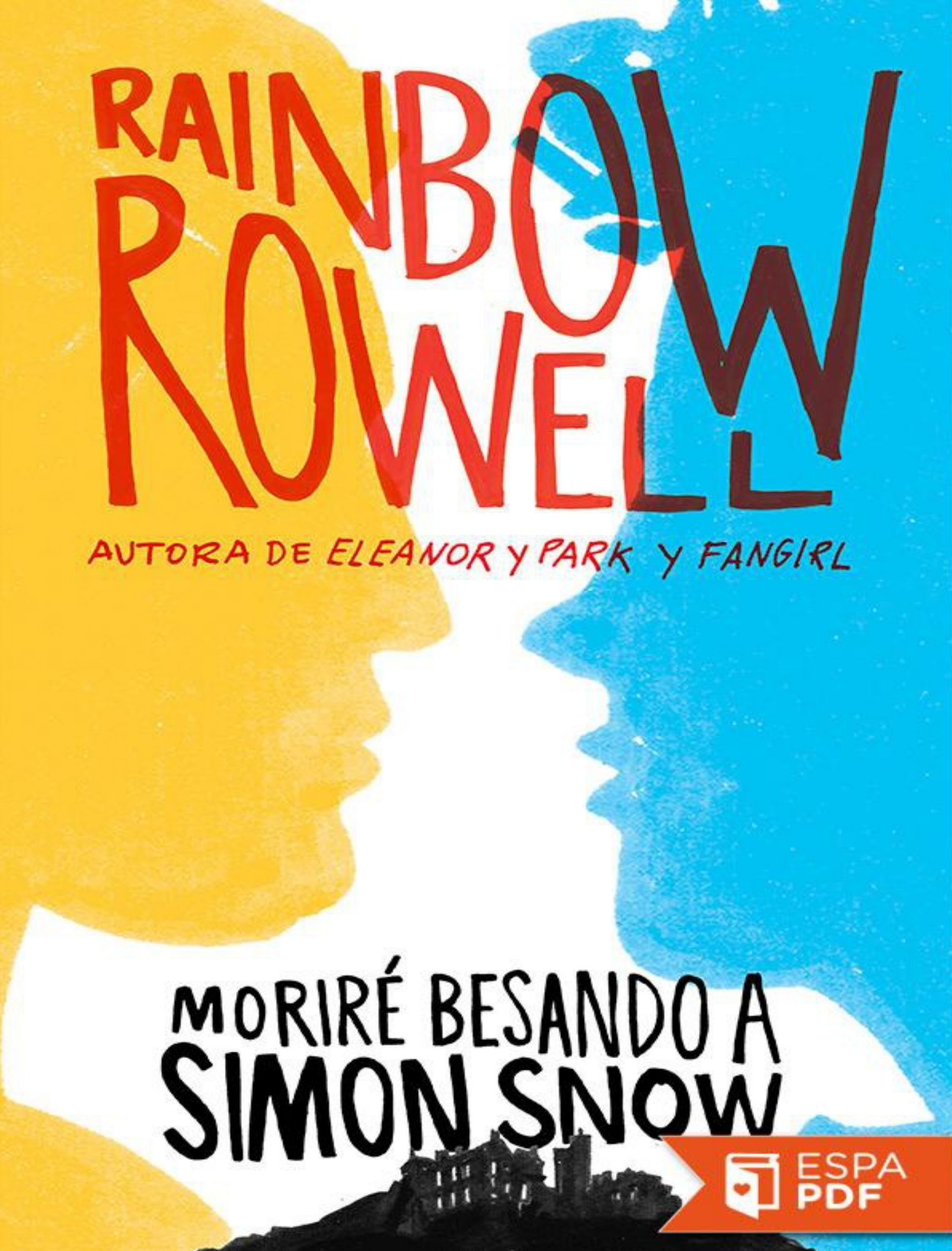
RAINBOW ROWELL

AUTORA DE *ELEANOR Y PARK* Y *FANGIRL*



MORIRÉ BESANDO A SIMON SNOW

ESPA PDF

Simon Snow es el mago más poderoso del mundo, tiene diecisiete años y es el Elegido, el único que puede salvar su mundo.

La verdad: Simon es el peor Elegido que nadie podría haber elegido.

Al menos eso es lo que dice Baz, su némesis. Y Baz será malvado y un vampiro y gilipollas, pero aquí tiene razón. La mayor parte del tiempo, Simon ni siquiera puede controlar su magia, ¿y tiene que salvar el mundo?



Rainbow Rowell

Moriré besando a Simon Snow

ePub r1.0

Titivillus 17.10.16

Título original: *Carry On*
Rainbow Rowell, 2015
Traducción: Emma Julieta Barreiro
Diseño de cubierta: Olga Grlic

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en espapdf.com

Para Laddie y Rosie,
para que luchen sus propias batallas
y forjen sus propias alas.

LIBRO UNO

1
SIMON

Voy solo a la estación de autobuses.

Siempre arman muchísimo lío con mis papeles cuando me voy. Durante el verano, ni siquiera me dejan ir al supermercado Tesco sin un acompañante y permiso de la mismísima reina de Inglaterra. Pero, cuando llega el otoño, simplemente firmo el documento de salida del centro de menores, y me dejan irme.

—Él va a un colegio *especial* —le explica una de las señoras de la

secretaría a la otra cuando me voy.

Están sentadas sobre una caja de poliespan y yo les devuelvo mis papeles deslizándolos a través de una ranura en la pared.

—Es una escuela para jóvenes delincuentes —susurra.

La otra mujer ni siquiera levanta la cabeza.

Esto se repite cada mes de septiembre, a pesar de que nunca repito centro de menores.

El Hechicero en persona vino a buscarme para llevarme a la escuela la primera vez, cuando tenía once años. Pero, al año siguiente, me dijo que podía llegar a Watford yo solo.

—Has sido capaz de matar a un dragón, Simon. Seguramente serás capaz de caminar un poco y coger un par de autobuses.

Yo no quería matar a aquel dragón. No creo que quisiera hacerme daño. (A veces todavía sueño con eso. El modo en que el fuego lo consumió de dentro hacia fuera, como una quemadura de cigarrillo consumiendo un trozo de papel.)

Llego a la estación de autobuses y me como una chocolatina de menta marca Aero mientras espero el primer autobús. Después tengo que coger otro. Y luego un tren.

Cuando estoy instalado en el tren,

intento dormir con la maleta en el regazo y los pies apoyados en el asiento de enfrente, pero un hombre un par de filas atrás no deja de mirarme. Siento sus ojos trepando por mi nuca.

Podría ser un simple pervertido.

O un policía.

O podría ser un cazarrestos que sabe cuánto le pagarían por mi cabeza.

—Se llaman cazarrecompensas —le dije a Penelope la primera vez que nos enfrentamos a uno de ellos.

—No, se llaman cazarrestos —respondió ella—. Porque son tus restos, tus dientes y tus huesos, más concretamente, lo que se quedan de ti si te pillan.

Me cambio de vagón y ni siquiera intento volver a dormirme. A medida que me acerco a Watford, me voy poniendo cada vez más nervioso. Todos los años considero la opción de saltar del tren en marcha y así lograr evitar el resto del camino a la escuela, aunque eso signifique quedarme en coma.

Podría hechizar el tren con un **¡Date prisa!,** pero es un hechizo arriesgado, y los primeros hechizos que conjuro a principios de curso no suelen salirme bien. Se supone que, durante el verano, debería practicar con hechizos pequeños, predecibles, cuando nadie me vea. Como encender farolas. O transformar manzanas en naranjas.

—Practica abrochándote los botones de la camisa, o atándote los cordones —sugirió la señorita Possibelf—. Ese tipo de cosas.

—Solo tengo un botón que abrocharme —le dije y, luego me sonrojé cuando ella bajó la vista hacia mis vaqueros.

—Entonces, usa tu magia para hacer las tareas domésticas —dijo—. Para fregar los platos. Para sacarle brillo a la cubertería de plata.

No me molesté en decirle a la señorita Possibelf que los platos en los que como en verano son desechables y los cubiertos son de plástico (solo tenedores y cucharas, nunca me dejan

usar cuchillos).

Ni siquiera me he molestado en practicar mi magia este verano.

Es aburrido. Y no tiene sentido. Y no sirve de nada. No consigo ser mejor mago a base de práctica, lo único que consigo es cabrearme y perder el control.

Nadie sabe por qué mi magia es así. Por qué se dispara como una bomba en lugar de fluir a través de mí como un maldito arroyo o como narices les funcione a los demás.

—No lo sé —me dijo Penelope cuando le pregunté qué experimenta ella con la magia—. Supongo que podría describirlo como un pozo en mi interior.

Tan profundo que ni siquiera alcanzo a ver el fondo. Pero en lugar de bajar cubos para sacarla, lo único que tengo que hacer es tirar de ellos para que afloren a la superficie. Y, entonces, simplemente aparece la cantidad necesaria que necesite mientras consiga concentrarme.

Penelope siempre consigue concentrarse. Además, ella es poderosa.

Agatha no lo es. No tanto, al menos. Y a Agatha no le gusta hablar de su magia.

Pero una vez, en Navidad, conseguí mantenerla despierta hasta que estuvo tan cansada y atontada que logré que me confesara que, para ella, lanzar un

hechizo es como flexionar un músculo y mantenerlo en esa posición.

—Igual que en el *croisé devant* —me dijo—. ¿Sabes lo que es?

Negué con la cabeza.

Estaba tumbada sobre una alfombra de piel de lobo delante de la chimenea, acurrucada como una preciosa gatita.

—Es un paso de *ballet* —dijo ella—. Es como tener que mantener una posición el máximo tiempo posible.

Baz dice que, para él, es como encender una cerilla. O apretar un gatillo.

En realidad, no tenía intención de contármelo, pero se le escapó cuando tuvimos que luchar contra la quimera en

el bosque en quinto. La quimera nos tenía acorralados, y Baz no era lo suficientemente poderoso como para combatir solo contra ella. (Ni siquiera el Hechicero tiene poder suficiente para luchar solo contra una quimera.)

—¡Hazlo, Snow! —me gritó Baz—. ¡Hazlo! Libérala ahora, joder.

—No puedo —intenté explicarle—. No funciona así.

—Claro que funciona así, maldita sea.

—No puedo activarla sin más —respondí.

—***Inténtalo.***

—Que no puedo, mierda.

Yo estaba blandiendo mi espada a

mi alrededor; a los quince años ya la manejaba bastante bien, pero la quimera no era corpórea. (Así es mi mala suerte, casi siempre. En cuanto empiezas a manejarte con la espada, todos tus enemigos se vuelven niebla y telarañas.)

—Cierra los ojos y enciende una cerilla —me dijo Baz.

Los dos estábamos intentando escondernos detrás de una roca. Él lanzaba un hechizo tras otro; prácticamente los estaba cantando.

—¿Qué?

—Eso era lo que solía decirme mi madre —comentó—. Enciende una cerilla en tu corazón, y luego sopla sobre la hojarasca.

Para Baz, todo está relacionado con el fuego. Me cuesta creer que todavía no me haya incinerado. O quemado en un hoguera.

Cuando estábamos en tercero, le divertía amenazarme con un funeral vikingo.

—¿Sabes qué significa eso, Snow? Una pira en llamas, a la deriva, en el mar. Podríamos hacer la tuya en Blackpool, para que todos tus amigos Normales chungos puedan venir.

—Vete a la mierda —respondía yo, tratando de ignorarlo.

Yo nunca he tenido amigos Normales, ni chungos ni de ningún tipo.

En el mundo de los Normales, todo

el mundo huye de mí si puede evitarlo. Penelope dice que perciben mi poder y me evitan instintivamente. Como los perros que no establecen contacto visual con sus amos. (Que no es que yo sea el amo de nadie, no quiero que suene así.)

De todas maneras, con los magos me pasa justo al revés. Les encanta el olor de la magia. Tengo que esforzarme mucho para conseguir que me odien.

A no ser que el mago en cuestión sea Baz. Él es inmune. Después de compartir habitación conmigo durante siete años, semestre tras semestre, quizá haya desarrollado cierta tolerancia a mi magia.

Aquella noche que estuvimos

luchando contra la quimera, Baz estuvo gritándome hasta que perdí el control y estallé.

Los dos despertamos unas horas más tarde en un agujero renegrido. La roca detrás de la que nos habíamos estado escondiendo se convirtió en polvo, y la quimera en vapor. O, tal vez, simplemente desapareciera.

Baz estaba convencido de que le había chamuscado las cejas, pero a mí parecía que estaba perfectamente, ni un solo pelo fuera de su sitio.

Típico de Baz.

2
SIMON

Durante los veranos, no me permito el lujo de pensar en Watford.

Después del primer curso allí, cuando tenía once años, me pasé el verano entero pensando en ello. Pensaba en toda la gente que había conocido en la escuela: Penelope, Agatha, el Hechicero. En sus torres y sus jardines. En la hora del té. En los postres. En la magia. En el hecho de que yo también era mágico.

Llegué a ponerme enfermo de tanto

pensar y soñar con la Escuela Mágica de Watford, hasta que empecé a sentir que solo era un sueño. Una simple fantasía con la que pasar el tiempo.

Como cuando solía soñar con que algún día sería futbolista y que mis padres, mis padres biológicos, volverían a por mí…

Imaginaba que mi padre sería fútbolista profesional. Y mi madre una modelo de alta costura. Y me explicarían que tuvieron que abandonarme porque eran demasiado jóvenes para ocuparse de un bebé, y porque tenían que sacar adelante sus carreras.

—Pero siempre te echamos de

menos, Simon —me dirían—. Te hemos estado buscando.

Y me llevarían a su mansión.

La mansión de un jugador de fútbol… Un internado mágico…

A la luz del día, en el mundo real, ambas fantasías eran igual de mierda. (Sobre todo si te despiertas en una habitación con otros siete chavales abandonados por sus familias.)

Aquel primer verano ya casi había reducido a polvo el recuerdo de Watford cuando me llegó el billete de autobús y mis documentos, junto con una nota del Hechicero en persona…

Real. Todo era real.

Así que, durante el verano siguiente,

después de mi segundo año en Watford, no me permití pensar en absoluto en la magia durante meses. Simplemente, fue como si me desconectara de ella. No la eché de menos, no me apeteció usarla.

Decidí dejar que la Escuela Mágica llegara como un gran regalo sorpresa en septiembre, si es que llegaba. (Y llegó. Hasta el momento, siempre lo ha hecho.)

El Hechicero solía decir que quizá algún día me dejaría pasar los veranos en Watford, o que tal vez incluso podría pasarlos con él, donde quiera que pase él los veranos.

Pero luego decidió que era mejor que pasara parte del año con los Normales. Para acostumbrarme a su

lenguaje y mantenerme alerta:

—Deja que las dificultades te afilen, Simon.

Al principio creí que se refería al filo de mi espada, pero después me di cuenta de que se refería a mí.

Yo *soy* la espada. La Espada del Hechicero. No estoy seguro de que pasar los veranos en casas de acogida me «afile» de ninguna manera… Pero sí me hace sentir más… ávido. Como hambriento. Hace que quiera ir a Watford como, no sé, como si me fuera la vida en ello.

Baz y los de su calaña —las Familias Antiguas y ricas— opinan que nadie iguala su capacidad de entender la

magia. Ellos creen que son los únicos a los que se les puede confiar el don de la magia.

Pero no hay nadie a quien le guste la magia más que a mí.

Ningún otro mago —ninguno de mis compañeros, ninguno de sus padres— sabe cómo es vivir sin magia.

Yo soy el único que lo sé.

Y haré cualquier cosa para asegurarme de que siempre esté aquí para mí y poder hacer de ella mi hogar.

Intento no pensar en Watford cuando estoy lejos de allí, pero este verano ha sido casi imposible no hacerlo.

Con todo lo que pasó el curso anterior, me costaba creer que el Hechicero fuera a prestarle atención a una cosa tan banal como el final de curso. ¿Quién interrumpe una guerra para mandar a los alumnos a sus casas para las vacaciones de verano?

Además, yo ya no soy un niño. Legalmente, podría haber solicitado la mayoría de edad a los dieciséis años. Podría haber alquilado un piso en algún sitio. Quizá en Londres. (Podía permitírmelo. Tenía un saco lleno de oro de los duendes, que solo desaparece si intentas pagar con él a otros magos.)

Pero el Hechicero me mandó a un nuevo centro de menores, como hace

siempre. Después de todos estos años, me sigue teniendo de aquí para allí, dando vueltas como una peonza. Como si allí fuera a estar a salvo. Como si allí el Humdrum no pudiera invocarme, o lo que sea que nos hizo a Penelope y a mí a finales del semestre pasado.

—¿Es capaz de invocarte? —preguntó Penny en cuanto conseguimos alejarnos de él—. ¿A través de una masa de agua? Eso no es posible, Simon. No existen precedentes.

—La próxima vez que me invoque bajo la forma de una puta ardilla demoniaca, no te preocupes, que se lo diré.

Penelope tuvo la mala suerte de

estar agarrada a mi brazo cuando el Humdrum me invocó, por lo que la arrastré conmigo. La única razón por la que conseguimos escapar fue su rapidez de pensamiento.

—Simon —me dijo ese día, cuando finalmente estábamos en el tren de vuelta a Watford—. Esto es serio.

—¡Por Siegfried y el puto Roy, Penny!, ya sé que esto es serio. Sabe cómo encontrarme.

Ni yo mismo sé cómo encontrarme, pero el Humdrum sí sabe cómo hacerlo.

—¿Cómo puede ser que sigamos teniendo tan poca información sobre él? —dijo, furiosa—. Es tan…

—Insidioso —dije—. Por algo le

llaman el Insidioso Humdrum.

—Deja de bromear. Esto es serio.

—Ya lo sé, Penny.

Cuando volvimos a Watford, el Hechicero escuchó nuestra historia y comprobó que no hubiéramos sufrido ningún daño, pero luego nos mandó a cada uno por nuestro lado. Simplemente… nos mandó a casa.

No tiene ningún sentido.

Así que, como no podía ser de otra manera, me he pasado el verano entero pensando en Watford. En todo lo que pasó, y todo lo que todavía me podría pasar y todo lo que estaba en juego… Me reconcomía por dentro.

Pero, a pesar de todo, intenté no

concentrarme en las cosas buenas. Porque las cosas buenas son las que te vuelven loco cuando las echas de menos, ¿sabes?

Tengo una lista de todas las cosas buenas que echo de menos y en las que no me permito pensar hasta que estoy a una hora de Watford. Entonces, repaso la lista, punto por punto.

Es un poco como irte introduciendo poco a poco en agua fría. Bueno, más bien lo contrario, como irte sumergiendo en algo realmente bueno, para reducir el efecto de la impresión. Empecé a hacer esta lista, mi lista de cosas buenas, cuando tenía once años, y probablemente debería eliminar algunos

puntos, pero es más difícil de lo que parece.

De todos modos, ahora mismo estoy a una hora de llegar a la escuela, así que recapitulo mentalmente la lista, y apoyo la frente contra la ventanilla del tren.

Las cosas que más echo de menos de Watford

Nº 1

Los bollos de cereza

Antes de estudiar en Watford nunca había probado los bollos de cereza. Solo había probado los de pasas, pero, por lo general, solo comía los normales,

los del supermercado, que suelen estar demasiado horneados.

En Watford, si quieres, siempre puedes comer bollos de cereza recién horneados para desayunar. Y a la hora del té vuelve a haber otra remesa. Tomamos té en el comedor después de las clases, antes de las actividades, el fútbol y los deberes.

Siempre tomo el té con Penelope y Agatha, y yo soy el único que siempre come bollos.

—Vamos a cenar dentro de dos horas, Simon —Agatha se sigue burlando de mí, después de todos estos años.

Una vez Penelope intentó calcular la

cantidad de bollos que me he comido desde que empezamos en Watford, pero se aburrió antes de averiguar el resultado.

Sencillamente, no puedo evitar comérmelos si están allí. Son suaves, ligeros y tienen un leve toque salado. A veces, hasta sueño con ellos.

Nº 2
Penelope

Este punto de la lista podría ocuparlo el rosbif. Pero hace unos años decidí limitarme a una sola comida. Si no, esta lista se convertiría en una oda a

la comida como la del musical *¡Oliver!*, y me entra tanta hambre que hasta me duele la tripa.

Agatha debería ocupar un lugar más alto de la lista que Penelope, porque Agatha *es* mi novia. Pero Penelope llegó a la lista primero. Nos hicimos amigos durante mi primera semana en la escuela, en clase de Palabras Mágicas.

No sabía muy bien qué pensar de ella cuando nos conocimos: una niña gordita con la piel morena y una brillante mata de pelo rojo. Llevaba gafas puntiagudas, de esas que usas para disfrazarte de bruja en una fiesta de disfraces, y un enorme y pesado anillo color morado en la mano derecha.

Estaba intentando ayudarme con un ejercicio, y creo que yo me limitaba a mirarla fijamente.

—Sé que eres Simon Snow —dijo ella—. Mi madre me dijo que estarías aquí. Dice que eres muy poderoso, probablemente más poderoso que yo. Yo soy Penelope Bunce.

—No sabía que alguien como tú pudiera llamarse Penelope —dije.

Menuda estupidez. (Ese año solo dije estupideces.)

Ella arrugó la nariz.

—¿Y cómo debería llamarse alguien como yo?

—No lo sé —de verdad que no lo sabía. Las chicas que había conocido

que se parecían a ella se llamaban Saanvi o Aditi, y, definitivamente, no eran pelirrojas—. ¿Saanvi? —propuse.

—Alguien como yo puede llamarse de cualquier manera —dijo Penelope.

—¡Ah! —dije—. Vale, perdona.

—Y podemos hacer lo que nos dé la gana con nuestro pelo —volvió al ejercicio, dando un latigazo en el aire con su coleta pelirroja—. Es de mala educación quedarse mirando fijamente a la gente, ¿sabes?, aunque sean tus amigos.

—¿*Somos* amigos? —le pregunté, más sorprendido que otra cosa.

—¿Te estoy ayudando con el ejercicio, no?

Lo estaba haciendo. Acababa de ayudarme a reducir una pelota de fútbol al tamaño de una canica.

—Creía que me estabas ayudando porque soy tonto —respondí.

—Todo el mundo es tonto —respondió—. Te estoy ayudando porque me caes bien.

Resultó que se había teñido el pelo accidentalmente de ese color probando un hechizo nuevo; después lo llevó pelirrojo durante todo primero. En segundo probó con el azul.

La madre de Penelope es india y su padre inglés. En realidad, los dos son ingleses; la rama india de su familia lleva muchísimos años instalada en

Londres. Más tarde, Penelope me contó que sus padres le habían pedido que se mantuviera alejada de mí en la escuela.

—Mi madre dice que nadie sabe realmente de dónde has salido. Y que puedes ser peligroso.

—¿Y por qué no le has hecho caso? —le pregunté.

—¡Porque nadie sabe de dónde has salido, Simon! ¡Y porque puedes ser peligroso!

—Tienes el instinto de supervivencia roto.

—Además, también me diste pena —dijo—. Estabas cogiendo varita al revés.

Todos los veranos echo de menos a

Penny, aunque me repita a mí mismo que no debo hacerlo. El Hechicero ha prohibido a todo el mundo que me escriba o me llame durante las vacaciones, pero Penny se las ingenia para encontrar la manera de enviarme mensajes: un día poseyó el cuerpo del anciano de la tienda de abajo, al que se le olvida ponerse la dentadura, y habló a través de él. Me alegré de tener noticias suyas y eso, pero fue tan raro que le pedí que no lo volviera a hacer a menos que hubiera alguna emergencia.

Nº 3
El campo de fútbol

No consigo jugar tanto al fútbol como antes. No se me da lo suficientemente bien como para entrar en el equipo de la escuela, además siempre estoy metido en algún plan, o en alguna tragedia, o fuera de la escuela porque el Hechicero me ha enviado a alguna misión. (No se puede defender la portería con confianza cuando el puto Humdrum de las narices es capaz de invocarte cuando le viene en gana.)

Pero a veces consigo jugar. Y es un campo perfecto: el césped es precioso. La única zona llana del campus. Es muy bonito, y cerca hay árboles, a la sombra de los que podemos sentarnos a ver los partidos. Baz juega en el equipo oficial

de la escuela. Por supuesto. El muy cabrón.

En el campo es igual que en todos los demás sitios. Fuerte. Agraciado. Jodidamente despiadado.

Nº 4
El uniforme

Incluí este punto en la lista cuando tenía once años. Hay que entender que, cuando recibí mi primer uniforme, era la primera vez que tenía ropa de mi talla, la primera vez que me ponía una chaqueta y una corbata. De repente, me sentí alto y elegante. Hasta que Baz

entró en el aula: él era el más alto y elegante de todos.

En Watford, los estudios duran ocho años. Los alumnos de primero y segundo usan chaquetas a rayas —de dos tonos de morado y dos tonos de verde— con pantalones gris oscuro, jerséis verdes y corbatas rojas.

Hasta sexto, dentro de la escuela hay que usar un sombrero como los que llevan los gondoleros, aunque en realidad es solo una prueba para ver si eres capaz de lanzar un **Estate quieto** suficientemente potente como para mantener el sombrero en su sitio. (El mío siempre lo hechizaba Penny. Si lo hubiera hecho yo, habría terminado

durmiendo con el maldito sombrero todo el curso.)

Cada otoño, cuando llego a nuestra habitación, hay un uniforme nuevo esperándome. Lo encontraré sobre mi cama, limpio, planchado, y me quedará perfectamente, da igual cuánto haya cambiado o crecido.

Los alumnos de cursos superiores —como yo, ahora mismo— visten chaquetas verdes con ribetes blancos. Además, si queremos podemos llevar jerséis rojos. Las capas son opcionales. Yo nunca las he usado, me hacen sentir un poco imbécil, pero a Penny le gustan. Dice que se siente como Stevie Nicks, la cantante de Fleetwood Mac.

Me gusta el uniforme. Me gusta saber la ropa que voy a llevar todos los días. No sé cómo vestiré el año que viene, cuando haya terminado en Watford…

He pensado en unirme a los Hombres del Hechicero. Ellos tienen sus propios uniformes, una mezcla de Robin Hood y agente del MI6, el servicio secreto británico. Pero el Hechicero dice que ese no es mi camino.

Me lo dice así:

—Ese no es tu camino, Simon. Tú camino está en otro lado.

Él quiere que me mantenga apartado de todo el mundo. Que reciba entrenamiento exclusivo. Lecciones

especiales. Creo que ni siquiera me habría permitido asistir a Watford si él no fuera el director y pensara que es el lugar más seguro para mí.

Si le preguntara al Hechicero qué ropa debería usar cuando termine en Watford, probablemente me daría un equipamiento de superhéroe.

Pero, cuando me marche, no pienso preguntarle a nadie cómo debería vestirme. Ya tengo dieciocho años.

Me vestiré yo solo.

O me ayudará Penny.

Nº 5
Mi habitación

Debería decir «nuestra habitación», pero no echo de menos la parte que comparto con Baz.

En Watford, cuando entras en primero, se te asigna una habitación y un compañero para toda tu estancia allí. Nunca tienes que recoger tus cosas, ni quitar tus pósteres.

Compartir habitación con alguien que quiere matarme, con alguien que lleva queriendo matarme desde que tenía once años, ha sido… Bueno, ha sido un poco jodido, ¿vale?

Pero tal vez el Crisol se sintiera un poco mal por ponernos a Baz y a mí juntos en la misma habitación (no literalmente, no creo que el Crisol tenga

sentimientos), porque, a cambio, Baz y yo tenemos la mejor habitación de Watford.

Vivimos en la Casa de los Enmascarados, casi en el confín de los terrenos de la escuela. Es un edificio de piedra de cuatro pisos y medio, y nuestra habitación está en la parte superior, en una especie de torreta que da al foso. La torreta es demasiado pequeña para tener más de una habitación, pero es más grande que las habitaciones de los demás alumnos. Y aquí solía alojarse el personal, así que tenemos nuestro propio baño.

Baz es en realidad una persona bastante decente para compartir un baño.

Se pasa toda la mañana ahí, pero es limpio; y no le gusta que toque sus cosas, así que lo mantiene todo bastante despejado. Penelope dice que nuestro cuarto de baño huele a cedro y bergamota, y ese olor debe ser de Baz porque, definitivamente, yo no huelo así.

Te contaría cómo consigue Penny entrar en nuestra habitación —las chicas tienen prohibido entrar a las habitaciones de los chicos y viceversa —, pero es que todavía no lo sé. Yo creo que lo hace con el anillo. Una vez la vi usarlo para abrir una cueva, así que cualquier cosa es posible.

Nº 6

El Hechicero

También metí al Hechicero en la lista cuando tenía once años. Y ha habido muchas veces que he pensado en sacarlo.

Como en sexto, cuando prácticamente me ignoró. Cada vez que intentaba hablar con él, me decía que estaba en medio de algo importante.

A veces, me lo sigue diciendo. Lo entiendo. Es el director. Y es mucho más que eso: es el líder del Aquelarre, así que, técnicamente, es quien gobierna el mundo de los Hechiceros. Y no es que sea mi padre. No es nada mío…

Pero es lo más parecido que tengo a

un pariente.

El Hechicero fue la primera persona que se acercó a mí en el mundo de los Normales y me explicó (o intentó explicarme) quién soy. Sigue cuidando de mí, a veces sin que yo me dé cuenta. Y cuando me puede dedicar un poco de tiempo, para hablar de verdad conmigo, es cuando me siento más apoyado. Lucho mejor cuando él está cerca. Pienso mejor. Es como si, cuando él está a mi lado, consiguiera creer lo que siempre me dice: que soy el Hechicero más poderoso que jamás se haya conocido en el mundo de los Hechiceros.

Y que tener tanto poder es algo

bueno, o que, al menos, algún día lo será. Que un día conseguiré resolver mis problemas y solucionar más de los que causo.

El Hechicero también es la única persona a la que se le permite mantener contacto conmigo durante el verano.

Y siempre se acuerda de que mi cumpleaños es en junio.

Nº 7
La magia

No necesariamente *mi* magia. Esa me acompaña a todas partes y, sinceramente, no es algo con lo que me

sienta demasiado cómodo.

Lo que echo de menos, cuando estoy lejos de Watford, es *estar* rodeado de magia. Un ambiente de magia natural, relajado. Gente lanzando hechizos por los pasillos y en las clases. Alguien que envía un plato de salchichas flotando hacia la mesa del comedor como si estuvieran transportándolas con cables.

El mundo de los Hechiceros no es un «mundo» como tal. No tenemos ciudades. Ni siquiera barrios. Los magos siempre han vivido entre la gente del mundo de los Normales. Según la madre de Penelope, así es más seguro, y evitamos alejarnos demasiado del resto del mundo.

Ella dice que eso fue lo que les pasó a las hadas. Que se cansaron de tener que lidiar con el resto de criaturas, se refugiaron en los bosques durante siglos, y después no encontraron el camino de vuelta al mundo.

El único lugar donde los magos conviven es en Watford, a no ser que estén emparentados entre sí. Existen algunos clubs sociales y asociaciones de magia, reuniones anuales, ese tipo de cosas. Pero Watford es el único lugar donde compartimos todo nuestro tiempo juntos. Precisamente por eso, la gente se pone a buscar pareja como loca durante los dos últimos cursos. Si no encuentras pareja en Watford, dice Penny, podrías

terminar solo, o inscribiéndote en los viajes de solteros de magos británicos al cumplir los treinta y dos.

Ni siquiera sé de qué se preocupa Penny; ella tiene un novio estadounidense desde cuarto. (Un estudiante que vino de intercambio a Watford.) Micah juega al béisbol y tiene una cara tan simétrica que se puede invocar un demonio en ella. Hablan por videoconferencia cuando ella está en casa, y, cuando Penny está en la escuela, él le escribe casi todos los días.

—Sí —me dice ella—, pero Micah es *estadounidense*. Ellos no se toman el matrimonio como nosotros. Igual me deja por alguna chica guapa que conozca

en Yale. Mi madre dice que por ahí es por donde se nos está yendo la magia: disipándose en los irreflexivos matrimonios estadounidenses.

Penny cita a su madre casi tanto como yo la cito a ella.

Son un par de paranoicas. Micah es un chico de fiar. Se casará con Penelope, y después querrá llevársela a Estados Unidos con él. *Eso* es lo que nos debería preocupar de verdad.

En fin…

La magia. Echo de menos la magia cuando estoy lejos.

Cuando estoy solo conmigo mismo, la magia es algo personal. Mi carga, mi secreto.

Pero, en Watford, la magia es el aire que respiramos. Es lo que me hace sentir parte de un todo mayor, no lo que me distingue de los demás.

Nº 8
Ebb y las cabras

Empecé a ayudar a Ebb, la cabrera, en segundo. Y, durante algún tiempo, pastorear a las cabras era básicamente mi actividad favorita. (Y Baz solía ponerse las botas riéndose de mí por ello.) Ebb es la mejor persona de Watford, es más joven que los profesores. Y sorprendentemente

poderosa para alguien que ha decidido pasarse la vida cuidando cabras.

—¿Qué tendrá que ver ser poderoso con dedicarte a lo que te dé la gana? —diría Ebb—. La gente alta no tiene por qué dedicarse al balonpapelera obligatoriamente.

—¿Te refieres al baloncesto?

(Al no salir de Watford, Ebb ha perdido un poco el contacto con el mundo de los Normales.)

—Da igual. Yo no soy un soldado. No veo por qué debería ganarme la vida luchando solo porque sepa dar puñetazos.

El Hechicero dice que todos somos soldados, y que todos poseemos una

pizca de magia. Eso era lo peligroso de los métodos antiguos, según él: los magos simplemente se divertían y hacían lo que les venía en gana, trataban la magia como un juguete o como si fuera un derecho, no como algo que tuvieran que proteger.

Ebb no tiene perro pastor que la ayude a cuidar de las cabras. Solo su bastón. La he visto traer de vuelta al rebaño con un sencillo gesto de la mano. Empezó a enseñarme a llamar a las cabras para que volvieran al redil una a una; cómo hacer que el rebaño al completo sienta que se está alejando demasiado. Una primavera, incluso, me dejó ayudar en el parto de un cabritillo.

Ya no tengo mucho tiempo libre que pasar con Ebb.

Pero las sigo manteniendo, a ella y a las cabras, en la lista de cosas que echo de menos. Aunque solo sea para poder pararme un minuto a pensar en ellas.

Nº 9
El Bosque Velado

Tengo que sacar esto de la lista.
A la mierda el Bosque Velado.

Nº 10
Agatha

Quizá también tendría que sacar a Agatha de la lista.

Ya empiezo a acercarme a Watford. Llegaré a la estación en cinco minutos. Alguien de la escuela vendrá a recogerme.

Solía dejar a Agatha para el final de la lista. Así me pasaba el verano entero sin pensar en ella, y esperaba hasta estar prácticamente en Watford para volver a traerla a mi mente. Así no tenía que pasarme todo el verano convenciéndome de que era demasiado buena para ser verdad.

Pero, ahora… No sé, quizá Agatha *sea* realmente demasiado buena para ser

verdad, al menos para mí.

El semestre pasado, justo antes de que el Humdrum nos secuestrara a Penny y mí, vi a Agatha con Baz en el Bosque Velado. Supongo que en algún momento noté que quizá había algo entre ellos, pero nunca creí que Agatha me traicionaría de esa manera, que cruzaría *esa* línea.

No tuve tiempo de hablar con ella después de verla con Baz: estaba demasiado ocupado siendo secuestrado y, luego, intentando escapar. Y, después, no pude hablar con ella porque durante el verano no se me permite hablar con nadie. Y, ahora, yo no sé…

No sé qué significa Agatha para mí.

Ni siquiera estoy seguro de haberla echado de menos.

3
SIMON

Cuando llego a la estación, nadie me está esperando. Nadie que conozca, al menos. Hay un taxista de aspecto cansado que lleva una cartulina en la que está escrito «Snow».

—Ese soy yo —le digo.

Parece dudar. No tengo pinta de alumno de internado privado, sobre todo cuando voy sin el uniforme. Llevo el pelo demasiado corto —me lo rapo todos los años cuando termina el semestre—, mis deportivas baratas, y no

parezco lo suficientemente *aburrido*: no puedo mantener los ojos quietos.

—Ese soy yo —repito en un tono levemente agresivo—. ¿Quiere que le enseñe el carnet de identidad?

Suspira y baja el letrero.

—Si quieres que te deje en medio de nada, colega, yo no pienso discutir contigo.

Me siento en la parte trasera del taxi y coloco la maleta en el asiento, a mi lado. El conductor enciende el motor y también la radio. Cierro los ojos; siempre me mareo en los coches, y hoy no va a ser menos. Estoy nervioso, y la única comida que me queda es una tableta de chocolate y una bolsa de

patatas fritas con sabor a queso y cebolla.

Ya casi estamos.

Esta es la última vez que hago esto. Volver a Watford en otoño. Volveré alguna vez, claro, pero no así, no como si estuviera volviendo a casa.

En la radio se escucha *Candle in the Wind* y el conductor se pone a cantarla.

La traducción del título de la canción de Elton John, **Una vela al viento,** es un hechizo peligroso. Aunque la frase hecha simboliza algo frágil, que se puede apagar en cualquier momento, los chicos de la escuela dicen que se puede usar para tener más, bueno, ya sabes, aguante. Pero si se enfatiza la

sílaba equivocada, se puede terminar prendiendo un fuego imposible de apagar. Un fuego real. Nunca se me habría ocurrido intentarlo, ni aunque lo hubiera necesitado: nunca se me han dado bien los hechizos con doble sentido.

El coche coge un bache, y yo salgo propulsado hacia delante: me tengo que agarrar del asiento delantero para no caerme.

—Ponte el cinturón —me dice bruscamente el conductor.

Obedezco mientras miro a mi alrededor. Ya hemos dejado la ciudad atrás y estamos entrando en el campo. Trago saliva y echo los hombros hacia

atrás para estirarlos.

El taxista vuelve a cantar, más fuerte ahora, «nunca sé a quién recurrir», como si estuviera realmente metido en la canción. Me dan ganas de decirle que se ponga él también el cinturón.

Pillamos otro bache, y estoy a punto de golpearme la cabeza contra el techo. Estamos en una carretera de grava. Este no es el camino habitual a Watford.

Miro el reflejo del conductor en el espejo. Tiene algo raro: su piel es verde oscuro y sus labios son rojos como la carne cruda.

Entonces, le miro directamente a él: está sentado justo delante de mí. No es más que un taxista. Dientes retorcidos,

nariz de borracho. Cantando Elton John.

Luego le miro otra vez en el espejo. Piel verde. Labios rojos. Hermoso como una estrella del pop. Un trasgo.

No pienso esperar a averiguar qué se trae entre manos. Me llevo la mano a la cadera y comienzo a murmurar el encantamiento de la Espada de los Hechiceros.

Es un arma invisible. Más que invisible, de hecho. Ni siquiera aparece hasta que se pronuncian las palabras mágicas.

El trasgo me escucha conjurar y nuestros ojos se encuentran en el espejo. Sonríe con malicia y busca algo en el interior de su chaqueta.

Si Baz estuviera aquí, estoy seguro de que haría una lista con todos los hechizos que podría usar en este momento. Probablemente haya alguno en francés que quedaría de maravilla. Pero en cuanto la espada se materializa en mi mano, aprieto los dientes y la extiendo hacia delante para cortar de un tajo la cabeza girada del trasgo y, de paso, el reposacabezas del coche. *Voilà.*

Él sigue conduciendo durante un segundo; luego el volante se vuelve loco. Gracias a la magia, la parte delantera y la trasera no están separadas por una barrera: me desabrocho el cinturón, me lanzo hacia el asiento delantero (por el lugar donde estaba la

cabeza del trasgo) y me aferro al volante. Debe de tener el pie apoyado en el acelerador. Nos hemos salido de la carretera, y no dejamos de acelerar.

Intento volver a la carretera. En realidad, no sé conducir: giro el volante hacia la izquierda y el costado del taxi golpea contra una verja de madera. El airbag se abre en mi cara y salgo despedido hacia atrás. El coche sigue golpeando contra algo, probablemente otra parte de la valla. Nunca pensé que fuera a morir *así*...

El taxi se detiene antes de que se me ocurra una manera de salvarme.

Estoy medio tirado en el suelo, me he golpeado la cabeza contra la

ventanilla y luego contra el asiento. Cuando tenga oportunidad de contarle esto a Penny, pienso saltarme la parte en la que me desabrocho el cinturón de seguridad.

Estiro el brazo por encima de mi cabeza y agarro el tirador de la puerta. Cuando se abre, caigo del taxi de espaldas sobre la hierba. Parece que hemos atravesado la verja y hemos entrado en un campo. El motor sigue encendido. Me levanto con un gemido, estiro el brazo por la ventanilla del conductor y lo apago.

Esto es un desastre. El airbag está lleno de sangre. Y el cadáver también. Y yo.

Le abro la chaqueta al trasgo, pero no encuentro nada más que un paquete de chicles y una navaja suiza. Eso no parece obra del Humdrum, en el aire no se percibe su rastro áspero e irritante. Inspiro hondo, solo para asegurarme.

Quizá sea otro intento de venganza, entonces. Los trasgos llevan detrás de mí desde que ayudé al Aquelarre a expulsarlos de Essex. (Se dedicaban a hechizar borrachos en los baños de las discotecas, y el Hechicero estaba preocupado de que se empezara a perder la jerga regional.) Creo que el trasgo que consiga matarme se convertirá en rey de su raza.

Pero no será este el que se ponga la

corona. Mi espada se ha quedado clavada en el asiento del copiloto, así que la saco de un tirón y dejo que desaparezca de nuevo en mi cadera. Entonces, me acuerdo de mi maleta y también la recojo, limpiándome la sangre en los pantalones de chándal grises antes de abrir la maleta para sacar mi varita. No puedo dejar este desastre así, sin más, y no creo que valga la pena dejar ninguna prueba.

Sostengo mi varita sobre el taxi y siento cómo mi magia fluye con dificultad hacia mi piel.

—Que me funcione aquí… —murmuro—. **¡Fuera, maldita mancha!**

He visto a Penelope usar el conjuro

para deshacerse de cosas horribles. Pero a mí para lo único que me sirve es para limpiarme un poco de sangre de los pantalones. Supongo que algo es algo.

La magia se está acumulando en mi brazo tan intensamente que me empiezan a temblar los dedos.

—Vamos —digo, apuntando—. ¡**Que baje el telón**!

De mi varita mágica y de las puntas de mis dedos brotan chispas.

—Joder, *vamos*...

Sacudo la muñeca y apunto de nuevo. Veo la cabeza del trasgo, que ha recuperado su verdadero color verde, sobre el césped junto a mis pies. Los trasgos son diablos guapos. (Bueno, la

mayoría de los diablos están bastante bien.)

—Supongo que te comiste al taxista —digo, dando una patada a la cabeza y enviándola hacia el taxi.

Siento como si el brazo me quemara.

—¡**Desaparece sin dejar rastro**! —grito.

Siento una oleada caliente que va desde el suelo hasta la punta de mis dedos, y el coche desaparece. Y la cabeza desaparece. Y la verja desaparece. Y la carretera…

Una hora más tarde, sudoroso y todavía cubierto de sangre de trasgo

seca y del polvo que sale de los airbags, finalmente veo aparecer frente a mí los edificios de la escuela. (Solo he hecho desaparecer un trozo de camino de grava, que en realidad no era una carretera. Lo único que tuve que hacer fue volver a la carretera principal y seguirla hasta aquí.)

Los Normales piensan que Watford es un internado superexclusivo. Y supongo que lo es. Sus terrenos están cubiertos con encantamientos antiguos. Una vez Ebb me dijo que la escuela se va hechizando con conjuros nuevos a medida que los desarrollamos. Así que hay capas y capas de protección. A un Normal, toda esta magia le quemaría los

ojos.

Me acerco al portón de hierro —en la parte superior se lee Escuela Watford —, y apoyo la mano sobre las barras para hacerles sentir mi magia.

Antes, eso era lo único que hacía falta. Los portones se abrían ante cualquier persona que poseyera magia. Incluso hay una inscripción sobre el travesaño a modo de recordatorio: «La magia nos separa del mundo, no dejemos que nada nos separe entre nosotros».

—Es una idea bonita —dijo el Hechicero cuando convocó al Aquelarre para endurecer las medidas de seguridad —, pero no vamos a seguir los consejos de una puerta de seiscientos años de

antigüedad en materia de protección. Yo no espero que la gente que entra en mi casa obedezca los mensajes bordados a punto de cruz en los cojines.

Yo asistí a aquella asamblea del Aquelarre junto con Penelope y Agatha.

(El Hechicero quiso que asistiéramos para mostrar al resto de miembros lo que estaba en juego. «¡Los niños! ¡El futuro de nuestro mundo!») Yo no presté atención a todo el debate. Mi mente andaba perdida, pensando en dónde vivía realmente el Hechicero y si alguna vez me invitaría allí. Era difícil imaginar al Hechicero en una casa, y mucho menos con cojines bordados a punto de cruz. Tiene aposentos en

Watford, pero a veces se marcha durante semanas enteras. Cuando era más pequeño, pensaba que, cuando el Hechicero se ausentaba, vivía en el Bosque Velado alimentándose de frutos secos y bayas y durmiendo en las madrigueras de los tejones.

La seguridad en las puertas de Watford y en la muralla del perímetro exterior se han endurecido año tras año.

Uno de los Hombres del Hechicero —Premal, uno de los hermanos de Penelope— está justo ahora montando guardia. Probablemente esté cabreado por tener que cumplir este encargo. El resto del equipo del Hechicero debe de estar en su despacho, planeando la

próxima ofensiva, y Premal está abajo, rellenando el registro de los alumnos de primero. Da un paso para colocarse delante de mí.

—¿Todo bien, Prem?

—Parece que soy yo el que debería preguntarte eso…

Bajo la vista hacia mi camisa ensangrentada.

—Un trasgo —le digo.

Premal asiente y me apunta con su varita, murmurando un hechizo de limpieza. Es tan poderoso como Penny. Prácticamente es capaz de lanzar hechizos en voz baja. Detesto que la gente me lance hechizos de limpieza; me hace sentir como un niño.

—Gracias —le digo de todas maneras y empiezo a avanzar, dejándole atrás.

Premal me detiene extendiendo el brazo.

—Espera ahí un minuto —dice, levantando su varita hasta mi frente—. Hoy tenemos medidas de seguridad especiales. El Hechicero dice que el Humdrum está merodeando por aquí con tu cara.

Me estremezco, pero intento no apartarme de su varita.

—Creía que eso se suponía que era secreto.

—Sí —respondió—. Pero es un secreto que la gente como yo tiene que

saber si se supone que vamos a protegerte.

—Si fuera el Humdrum —digo—, a estas alturas ya te habría devorado.

—Quizá eso sea lo que el Hechicero tenga en mente —dice Premal—. Al menos así estaríamos seguros de que es él.

Baja la varita.

—Estás limpio. Adelante.

—¿Penelope ya ha llegado?

Se encoge de hombros.

—No soy el guardián de Penelope.

Por un segundo, creo que está diciendo eso con cierto énfasis, con magia, lanzando un hechizo, pero se aparta de mí y se apoya contra el portón.

No hay nadie afuera en el Gran Prado. Debo de ser uno de los primeros en haber vuelto a la escuela. Echo a correr, solo por el placer de hacerlo, espantando un montón de golondrinas escondidas en la hierba. Vuelan a mi alrededor, gorjeando, y yo sigo corriendo. Atravieso a la carrera el césped, el puente levadizo, otra muralla, el segundo y tercer nivel de puertas.

Watford lleva en pie desde el siglo XVI. Está estructurada como una ciudad amurallada: los campos y bosques fuera de las murallas, y los edificios y los patios en el interior. Por la noche, suben

el puente levadizo, y nada ni nadie puede cruzar más allá del foso y las puertas interiores.

Sigo corriendo hasta que llego a lo alto de la Casa de los Enmascarados, y me recuesto contra la puerta de mi cuarto. Saco la Espada de los Hechiceros y me hago un pequeño corte con el filo en la yema del pulgar, que presiono contra la piedra. Esto también se puede hacer con un hechizo: que la habitación me reconozca y me permita acceder después de los meses que han pasado, pero la sangre es más rápida y más segura, y Baz no está cerca para olerla. Me meto el pulgar en la boca para chupármelo y empujo la puerta,

ahora abierta, sonriendo.

Mi cuarto. En unos días, volverá a ser nuestro cuarto, pero ahora es mío. Me dirijo hacia las ventanas y abro una. El aire fresco tiene un olor aún más dulce ahora que estoy dentro. Abro la otra ventana, todavía chupándome el pulgar, mientras observo cómo las motas de polvo se arremolinan en la brisa y la luz del sol para luego caer de nuevo sobre mi cama.

El colchón es muy antiguo —relleno de plumas y preservado con hechizos— y me hundo en él. *Ay, por Merlín*. Merlín y Morgana y Matusalén, cómo me alegro de estar de vuelta. Siempre me alegro tanto de estar de vuelta…

La primera vez que volví a Watford, en segundo, me metí directamente en la cama y me eché a llorar como un bebé. Todavía seguía llorando cuando Baz entró.

—¿Qué haces que ya estás llorando? —gruñó—. Vas a echar a perder mis planes de hacerte llorar yo.

Ahora cierro los ojos y aspiro todo el aire que puedo.

Plumas. Polvo. Lavanda.

El olor del agua del foso.

Además de ese olor ligeramente acre que Baz dice que son los lobos de mar. (No hay que dejar que Baz provoque a los lobos de mar: a veces se asoma por la ventana y escupe en el foso, solo para

fastidiarlos.)

Si él estuviera aquí, difícilmente podría oler otra cosa que no fuera su jabón caro…

Aspiro profundamente ahora, tratando de atrapar una nota de olor a cedro.

Escucho un forcejeo en la puerta, y me levanto, con la mano en la cadera y vuelvo a invocar la Espada de los Hechiceros. Ya van tres veces en lo que llevo de día, quizá simplemente tenga que dejarla fuera. El conjuro de invocación es el único hechizo que siempre me sale bien. Quizá porque no es como otros hechizos. Es más bien una promesa: **Por la justicia. Por el valor.**

En defensa del débil. En presencia de los poderosos. Mediante la magia, la sabiduría y el bien.

No está *obligada* a aparecer.

La Espada de los Hechiceros es mía, pero no pertenece a nadie. Solo aparece si confía en ti.

La empuñadura se materializa en mis manos, y yo levanto la espada a la altura de mi hombro al tiempo que Penelope empuja la puerta abierta.

Bajo la espada.

—Se supone que no deberías poder abrir esa puerta —le digo.

Se encoge de hombros y se deja caer sobre la cama de Baz.

Me doy cuenta de que estoy

sonriendo.

—Ni siquiera deberías poder atravesar la puerta.

Penelope vuelve a encogerse de hombros y se coloca la almohada de Baz bajo la cabeza.

—Si Baz se entera de que has tocado su cama —digo—, te mata.

—Que lo intente, si se atreve.

Giro levemente la muñeca y la espada desaparece.

—Tienes una pinta horrible.

—Me he cruzado con un trasgo malvado viniendo hacia aquí.

—¿No pueden simplemente *votar* para elegir a su nuevo rey?

Habla con naturalidad, pero sé que

me está evaluando. La última vez que me vio, yo era un manojo de hechizos y harapos. La última vez que vi a Penny, todo se estaba desmoronando…

Acabábamos de escapar del Humdrum, huimos de vuelta a Watford e irrumpimos en la Capilla Blanca en medio de la ceremonia de clausura: la pobre Elspeth estaba recibiendo un premio por ocho años de asistencia intachable. Yo todavía estaba sangrando (por los poros, nadie sabía por qué). Penny lloraba. Su familia estaba allí —porque todas las familias estaban presentes—, y su madre empezó a gritarle al Hechicero.

—Míralos, ¡esto es culpa tuya!

Y, entonces, su hermano Premal se interpuso entre ellos y empezó a devolverle los gritos a su madre. La gente creyó que el Humdrum estaba justo detrás de nosotros, y empezaron a salir corriendo de la capilla con las varitas mágicas en ristre. Era el típico caos de final de curso multiplicado por cien, y la sensación era mucho peor que un simple caos. Aquello parecía el fin del mundo.

Entonces, la madre de Penelope hechizó a todos los miembros de su familia para sacarlos de allí, incluso a Premal. (Probablemente solamente los llevara hasta el coche, pero, aun así, montó un buen numerito.)

Desde entonces, no he vuelto a

hablar con ella.

Una parte de mí quiere agarrarla y cachearla desde la cabeza a los pies, solo para asegurarme de que sigue entera, pero Penny odia los numeritos casi tanto como a su madre le encantan.

—No me saludes, Simon —me dijo su madre—. Porque después tendremos que decir adiós, y no puedo soportar las despedidas.

Mi uniforme está doblado al borde de mi cama, y empiezo a colocarlo, prenda a prenda. Pantalones grises nuevos. Corbata a rayas verdes y moradas nueva.

Penelope resopla a mis espaldas. Me dirijo a la cama otra vez y me dejo

caer, delante de ella, intentando no sonreír de oreja a oreja.

Tiene el rostro contraído en un mohín.

—¿Qué bicho te ha picado? —pregunto.

—Adelfa —resopla.

Adelfa es su compañera de cuarto. Penny dice que la cambiaría por una docena de vampiros malvados y conspiradores en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Qué ha hecho ahora?

—Volver.

—¿Y esperabas que no lo hiciera?

Penny se coloca la almohada de Baz.

—Todos los años vuelve más

desquiciada de lo que estaba el curso anterior. Primero se convirtió el pelo en un diente de león, y luego le dio por llorar cada vez que soplaba viento y se lo volaba.

Me reí.

—En defensa de Adelfa —digo—, hay que tener en cuenta que es mitad elfa. Y la mayoría de los elfos están un poco desquiciados.

—Ya, qué me vas a contar. Estoy segura de que lo usa como una excusa. No creo que pueda sobrevivir un curso más con ella. No garantizo que no vaya a convertirle la cabeza en un diente de león para luego soplársela.

Contengo una carcajada y hago un

esfuerzo enorme para intentar no sonreírle. Serpientes siseantes, cuánto me alegro de volver a verla.

—Ya es tu último año —digo—. Lo conseguirás.

Penny me mira con ojos serios.

—Es *nuestro* último año —dice—. Piensa lo que estarás haciendo el verano que viene…

—¿Qué?

—Quedar conmigo.

Se me escapa una sonrisa.

—¿Para ir a cazar al Humdrum?

—Que le den al Humdrum —dice.

Los dos nos reímos, y casi pongo una mueca, porque el Humdrum tiene el mismo aspecto que yo: es una versión de

mí mismo con once años. (Si Penny no lo hubiera visto también, yo hubiera creído que me lo había imaginado todo.)

Siento un escalofrío.

Penny se da cuenta.

—Estás demasiado delgado —comenta.

—Es por el chándal.

—Entonces, cámbiate.

Ella ya se ha cambiado de ropa. Va vestida con su uniforme gris de falda plisada y un jersey rojo.

—Vamos —dice—; es casi la hora del té.

Sonrío de nuevo y salgo de la cama de un salto, cojo un par de pantalones vaqueros y una sudadera morada en la

que se lee Watford Lacrosse. (Agatha juega en el equipo de lacrosse de la escuela.)

Penny me coge del brazo cuando paso al lado de la cama de Baz de camino hacia el cuarto de baño.

—Me alegro de verte —susurra.

Sonrío de nuevo. Penny va a conseguir que me duelan las mejillas.

—No montes un numerito —le susurro en respuesta.

4
PENELOPE

Demasiado delgado. Está demasiado delgado.

Y algo peor…, como hecho polvo.

El aspecto de Simon siempre mejora tras unos meses alimentándose del rosbif de Watford. (Y el pudín de Yorkshire, y el té con demasiada leche y las salchichas grasientas, y los sándwiches de bollos de mantequilla.) Tiene los hombros y la nariz ancha, y cuando adelgaza demasiado, es como si la piel le colgara de las mejillas.

Estoy acostumbrada a verle tan delgado todos los otoños. Pero, esta vez, hoy concretamente, está peor.

Tiene la cara cortada, los ojos rojos y la piel alrededor de los párpados parece áspera y seca. También tiene las manos enrojecidas y, cuando aprieta los puños, se le ponen blancos los nudillos.

Hasta su sonrisa es horrorosa. Demasiado grande y roja para su cara.

No puedo mirarle a los ojos. Le cojo de la manga cuando se acerca, y me siento aliviada cuando sigue caminando. Si se hubiera detenido, no habría podido soltarle. Le hubiera abrazado y le hubiera retenido entre mis brazos, haciendo un conjuro para alejarnos lo

máximo posible de Watford. Podríamos volver cuando todo hubiera acabado. Que el Hechicero, la familia Pitch, el Humdrum y los demás se encarguen de estas guerras en las que se han volcado de todo corazón.

Simon y yo podríamos buscarnos un piso en Anchorage. O en Casablanca. O en Praga.

Yo leería y escribiría. Él dormiría y comería. Y ambos viviríamos para llegar con vida al final de los diecinueve años. Quizá incluso hasta los veinte.

De verdad que lo haría. Me lo llevaría de aquí, si no creyera que él es el único que puede cambiar las cosas.

Si me llevara de aquí Simon y lo mantuviera a salvo…

… no estoy segura de que después hubiera un mundo de los Hechiceros al que volver.

5
SIMON

Tenemos el comedor prácticamente para nosotros solos.

Penelope se sienta en la mesa con los pies sobre una silla. (Porque le gusta fingir que todo le da igual.)

Hay unos cuantos chicos un poco más pequeños, de primero y segundo, en la otra punta del comedor, cenando con sus padres. Me doy cuenta de que todos, niños y adultos, están mirándome disimuladamente. Los niños se acostumbrarán a mi presencia pasadas

unas semanas, pero esta será la única oportunidad que tendrán los padres para echar un vistazo.

La mayoría de los magos saben quién soy. La mayoría sabían que vendría aquí antes de que yo mismo lo supiera; existe una profecía sobre mí —algunas profecías, de hecho—, sobre un mago superpoderoso que vendrá a resolverlo todo.

Y a darnos fin uno vendrá,
y otro que caer le hará.
Al de la magia más poderosa debéis permitir reinar
para el mundo de los Hechiceros poder salvar.

El Gran Hechicero. El Elegido. El Mayor de todos los Poderes.

Me sigue resultando raro pensar que se supone que ese soy yo. Pero tampoco lo puedo negar. Quiero decir, no hay nadie que tenga tanto poder como yo. No siempre lo puedo controlar o tener decisión sobre él, pero ahí está. Creo que cuando llegué a Watford, la gente había dejado de creer en las antiguas profecías. O quizá creían que el Gran Hechicero había llegado y había desaparecido sin que nadie se diera cuenta.

Creo que *nadie* esperaba que el Elegido llegara del mundo de los

Normales, de la mundanidad.

Ningún mago había nacido nunca en el mundo de los Normales.

Pero yo debí hacerlo, porque los magos no abandonan a sus hijos.

Penny dice que no hay magos huérfanos.

La magia es demasiado valiosa.

El Hechicero no me contó nada de eso la primera vez que vino a buscarme. Yo no sabía que era el primer Normal que poseía magia, ni que era el Hechicero más poderoso que jamás se haya conocido en el mundo de los Hechiceros. O que muchos magos — sobre todo los enemigos del Hechicero — pensaban que yo era una invención

del Hechicero, una especie de truco político. Un troyano de once años con vaqueros demasiado grandes y la cabeza rapada.

La primera vez que entré en Watford, algunas de las Familias Antiguas quisieron que hiciera una ronda de visitas para conocer a la gente más importante y poder comprobar mi existencia en persona. Como quien le hace una revisión a un coche. Pero el Hechicero no estaba dispuesto a tolerarlo. Dice que la mayoría de los magos están tan metidos en sus propias disputas y tramas de poder que pierden de vista el panorama general.

—No quiero que te conviertas en el

peón de nadie, Simon.

Ahora me alegro de que fuera tan protector. Me gustaría conocer a otros magos y sentirme más parte de la comunidad, pero conseguí hacer mis propios amigos cuando éramos más pequeños, cuando a nadie le preocupaba demasiado mi Gran Destino.

Mi estatus de celebridad ha sido más un estorbo que una ventaja para hacer amigos en Watford. Todo el mundo sabe que las cosas tienden a explotar a mi alrededor. (Aunque nunca se ha dado el caso de que exploten personas, que ya es algo.)

Yo ignoro las miradas ajenas procedentes de otras mesas y ayudo a

Penelope a traer el té.

A pesar de que estudiamos en un internado exclusivo —con capilla y foso propios—, en Watford nadie nos tiene consentidos. Nosotros mismos nos encargamos de la limpieza de nuestras habitaciones, y, a partir de cuarto, lavamos nuestra ropa sucia. Se nos permite utilizar la magia para las tareas domésticas, pero, normalmente, yo no la uso. La cocinera Pritchard prepara la comida, junto con algunos ayudantes, y todos los alumnos hacemos turnos para servirnos las comidas. Durante los fines de semana, nos servimos nosotros mismos.

Penelope trae una bandeja de

sándwiches de queso y una montaña de bollos calientes, y yo unto la mitad de la barra de mantequilla. (La unto en mis bollos en trozos grandes, de manera que se derrite por fuera, pero se mantiene fría por dentro.) Penny me mira como si le diera un poco de asco, pero también como si me echara de menos.

—Cuéntame qué tal tu verano —le digo entre trago y trago.

—Ha estado bien —dice ella—. Muy bien.

—¿De verdad? —me salen migas volando de la boca.

—He ido con mi padre a Chicago. Estuvo haciendo algunas investigaciones en un laboratorio allí, y Micah y yo le

ayudamos —en cuanto menciona el nombre de su novio, se relaja—. Micah habla español de maravilla. Me ha enseñado hechizos nuevos en ese idioma, creo que si lo dominara mejor, podría lanzar hechizos como si fuera nativa.

—¿Qué tal está él?

Penelope se sonroja y le da un mordisco al sándwich para no tener que responder inmediatamente. Solo han pasado unos cuantos meses desde la última vez que la vi, pero está distinta. Más madura.

Las chicas no están obligadas a usar falda en Watford, pero a las dos, a Penelope y Agatha, les gusta usarlas.

Penny la lleva plisada por debajo de la rodilla, por lo general con medias de rombos hasta la rodilla con los colores de la escuela. Lleva unos zapatos negros con hebillas, como los de Alicia en el País de las Maravillas.

Penny siempre ha aparentado menos edad de la que tiene —tiene una constitución de formas redondeadas y femeninas, las mejillas redondas y piernas gruesas y hoyuelos en las rodillas—, y el uniforme le hace parecer todavía más joven.

Pero, aun así…, este verano, ha cambiado. Está empezando a parecer una mujer vestida con ropa de niña.

—Micah está bien —responde ella

por fin, metiéndose el pelo negro detrás de la oreja—. Es la vez que más tiempo hemos pasado juntos desde que se fue de aquí.

—Entonces…, ¿no habéis perdido la chispa?

Se ríe.

—No. Más bien era como si fuera… real. Por primera vez.

No sé qué decir, así que intento sonreírle.

—Puaj —dice—, cierra la boca.

Lo hago.

—Bueno, ¿y tú qué? —pregunta Penny.

Me doy cuenta de que lleva un rato queriendo preguntármelo y que no se

aguanta más. Echa una mirada a nuestro alrededor y luego se inclina hacia delante.

—¿Me puedes contar qué ha pasado?

—¿Qué ha pasado cuándo?

—Este verano.

Me encojo de hombros.

—No ha pasado nada.

Ella se sienta de nuevo con la espalda recta, dejando escapar un suspiro.

—Simon, no ha sido culpa mía tener que irme a Estados Unidos. Intenté quedarme.

—No —respondo—. Me refiero a que no tengo nada que contarte. Tú te

fuiste. Se fue todo el mundo. Yo volví al centro de menores. Esta vez, a Liverpool.

—¿Quieres decir que el Hechicero, sencillamente, te mandó lejos de aquí? ¿Después de todo lo que pasó?

Penelope parece confundida.

No la culpo.

Acababa de escapar, y lo primero que hizo el Hechicero fue mandarme a hacer las maletas.

Creía que cuando Penny y yo le contáramos al Hechicero lo que había pasado, él querría perseguir al Humdrum inmediatamente.

Nosotros sabíamos dónde estaba el monstruo. ¡Finalmente sabíamos qué

aspecto tenía!

El Humdrum lleva atacando Watford desde que yo estoy aquí. Envía a los seres oscuros a atacarme. Se esconde de nosotros. Deja un rastro de puntos muertos en la atmósfera mágica. Y, finalmente, nosotros teníamos una *pista*.

Yo quería encontrarle. Quería hacerle pagar por ello. Quería ponerle fin a todo eso, de una vez por todas, peleando al lado del Hechicero.

Penelope se aclara la garganta. Debo de parecer tan perdido como me siento.

—¿Has hablado con Agatha? —pregunta ella.

—¿Con Agatha? —le unto mantequilla a otro bollo. Se han

enfriado, y la mantequilla no se derrite. Penny alza su mano derecha, y la gran piedra morada en su dedo brilla con la luz del sol.

—¡**Más leña al fuego**!

Es un desperdicio de magia. Penny está constantemente desperdiciando su magia en mí. La mantequilla se derrite en el bollo ahora humeante, y me lo paso de una mano a la otra.

—Ya sabes que Agatha no tiene permiso para hablar conmigo durante el verano.

—Pensé que quizá, «esta vez», encontraría la manera —dice Penelope —. Medidas desesperadas para intentar explicarse.

Me doy por vencido con el bollo, que está demasiado caliente, y lo dejo en mi plato.

—Ella nunca desobedecería al Hechicero. Ni a sus padres.

Penny se limita a quedárseme mirando. Agatha es también su amiga, aunque Penelope es mucho más crítica con ella que conmigo. No es cosa mía juzgar a Agatha; lo que a mí me concierne es ser su novio.

Penny suspira y mira hacia otro lado, dando patadas a la silla.

—Así que, ¿eso fue todo? ¿Nada? ¿Ningún avance? ¿Solo un verano más? ¿Qué se supone que vamos a hacer ahora?

Normalmente soy yo el que les da patadas a las cosas, pero me he pasado todo el verano pegándoles patadas a las paredes, y a cualquiera que me mirase mal.

Me encojo de hombros.

—Volver a la escuela, supongo.

Penelope no quiere volver a su habitación.

Dice que la novia de Adelfa también ha llegado pronto este año, y que no se cortan un pelo.

—¿Te he contado que Adelfa se ha perforado las orejas este verano? Se ha puesto unos cencerros enormes justo en

la parte puntiaguda.

A veces pienso que los prejuicios de Penny contra Adelfa rayan en el especismo, y se lo digo.

—Claro, para ti es fácil decirlo —dice, otra vez repantingada en la cama de Baz—. Tú no vives con una elfa.

—¡Yo vivo con un vampiro! —me defiendo.

—Eso aún no está confirmado.

—¿Me estás diciendo que no crees que Baz sea un vampiro?

—Estoy segura de que es un vampiro —dice ella—. Pero no está confirmado. En realidad, no le hemos visto beber sangre.

Estoy sentado en el alféizar de la

ventana, me inclino un poco hacia afuera para mirar el foso, agarrándome del cierre del panel con el que se abre la ventana.

—Le hemos visto cubierto de sangre. Hemos encontrado montones de ratas apergaminadas con marcas de colmillos abajo, en las catacumbas… —me burlo—. ¿Te he contado alguna vez que se le hinchan los carrillos cuando tiene una pesadilla? ¿Como si su boca estuviera llena de dientes extra?

—Son pruebas circunstanciales —dice Penny—. Y sigo sin entender cómo puede darte tanto miedo un vampiro con terrores nocturnos.

—¡Vivo con él! Tengo que mantener

la cordura.

Penny entorna los ojos.

—Baz nunca te haría daño dentro de vuestra habitación.

Penny tiene razón. No puede hacerlo. Nuestros cuartos están hechizados con un conjuro para evitar la traición entre compañeros: el Anatema del Compañero de Cuarto. Si Baz hiciera algo para hacerme daño físicamente dentro de nuestra habitación, sería expulsado de la escuela. El padre de Agatha, el doctor Wellbelove, dice que eso pasó una vez cuando él estaba en la escuela. Un chico pegó a su compañero de cuarto, y, de repente, fue aspirado a través de una ventana y aterrizó fuera de los portones

de la escuela. Jamás volvieron a abrirse ante él.

Los alumnos más pequeños reciben advertencias: si los de primero o segundo intentan pegar o hacer daño a su compañero de cuarto, se les quedan las manos frías y agarrotadas. Una vez, en primero, le tiré un libro a Baz y la mano tardó tres días en descongelárseme.

Baz nunca ha violado el Anatema, ni siquiera cuando éramos pequeños.

—Quién sabe de lo que es capaz cuando duerme —le digo.

—Tú lo sabes —dice Penny—, con lo mucho que le observas mientras duerme.

—Yo vivo con un ser oscuro, ¡tengo

derecho a estar paranoico!

—Te cambio a mi elfa por tu vampiro cualquier día de la semana. No hay Anatema para evitar que alguien sea letalmente enervante.

Penny y yo volvemos al comedor a por la cena —salchichas con batatas al horno y panecillos de pan blanco— y luego la subimos a mi habitación. Nunca podemos pasar tiempo juntos así cuando Baz está por aquí. Delataría a Penny.

Es como si fuera una fiesta. Nosotros dos solos y ninguna obligación, nadie de quien esconderse o con el que luchar. Penelope dice que esto será así siempre cuando nos vayamos a vivir juntos a un piso

compartido. Pero eso no va a pasar. Ella se irá a Estados Unidos en cuanto esta guerra termine. Tal vez antes, incluso.

Y yo me buscaré un piso con Agatha.

Agatha y yo superaremos lo que sea que nos ha pasado; siempre lo hacemos. Hacemos buena pareja. Probablemente nos casaremos cuando terminemos la escuela, que es cuando se casaron sus padres. Yo sé que quiere una casa en el campo… Yo no puedo pagar algo así, pero ella tiene dinero, y encontrará un trabajo que le haga feliz. Y su padre me ayudará a encontrar un trabajo si se lo pido.

Me gusta pensar en eso: en vivir tiempo suficiente como para que se me

ocurra qué hacer con mi vida.

En cuanto Penelope termina de cenar, se limpia las manos.

—Bueno —dice ella.

—Todavía no —gruño.

—¿«Todavía no», qué?

—Quiero decir que todavía no quiero empezar a elaborar estrategias. Acabamos de llegar. Todavía me estoy adaptando.

Ella mira alrededor de la habitación.

—¿A qué hay que adaptarse, Simon? Ya has sacado de la maleta tus dos pares de pantalones de chándal.

—Estoy disfrutando de la paz y la tranquilidad —alcanzo su plato y empiezo a terminarme las salchichas que

se ha dejado.

—No hay paz —dice ella—. Solo tranquilidad. Eso me pone nerviosa. Necesitamos un plan.

—Sí que *hay* paz. Baz todavía no ha llegado, y mira —agito su tenedor—: no hay nada atacándonos.

—Lo dice el que se ha cargado a un trasgo hoy. Simon —dice ella—, solo porque hayamos estado fuera dos meses, no quiere decir que la guerra haya entrado en pausa.

Gruño otra vez.

—Hablas como el Hechicero —le digo con la boca llena.

—Sigo sin poder creerme que haya pasado de ti el verano entero.

—Probablemente esté muy ocupado con «la guerra».

Penny suspira y entrelaza las manos. Está esperando a que me muestre razonable.

Pero la pienso hacer esperar.

La guerra.

No tiene sentido hablar de *la guerra*. Pronto llegará aquí. Ni siquiera es una guerra: son dos o tres —la guerra civil que se ha estado gestando, las hostilidades que siempre ha habido con los seres oscuros, y lo que demonios sea el Humdrum—, y, antes o después, terminará llamando a mi puerta.

—Bueno —repite Penny. Y tengo que tener muy mala pinta, porque,

después, dice—: no creo que la guerra vaya a irse a ningún sitio. Mañana seguirá ahí.

Dejo su plato limpio y Penny se acomoda en la cama de Baz, y yo ni siquiera me molesto en regañarla. Me acuesto en mi propia cama, escuchando lo que me está contando sobre aviones y supermercados estadounidenses y la enorme familia de Micah.

Penelope se queda dormida mientras me está contando algo sobre una canción que escuchó este verano, una canción que piensa que algún día llegará a ser un hechizo, aunque no se me ocurre para qué podría servir **Si eso, llámame.**

—¿Penelope?

No contesta.

Me reclino sobre mi cama y le abanico las piernas con la almohada: así de cerca están las camas; Baz ni siquiera tendría que salir de la suya para matarme. Ni al revés tampoco, supongo.

—*Penny*.

—¿Qué? —le dice ella a la almohada de Baz.

—Tienes que volver a tu habitación.

—No quiero.

—Pero tienes que hacerlo. Si el Hechicero te pilla aquí, te expulsará.

—Que me expulse. Me vendría bien un poco de tiempo libre.

Me levanto de la cama y me quedo de pie a su lado. Su melena oscura se

desparrama sobre la funda de la almohada, y la mejilla le aplasta las gafas. Se le ha subido la falda, dejando a la vista un muslo relleno y suave.

La pellizco. Ella se levanta de un salto.

—Vamos —le digo—, te acompaño.

Penny se sube las gafas y se alisa la falda.

—No. No quiero que sepas cómo burlo los hechizos de seguridad.

—¿Porque es algo que no puedes compartir ni con tu mejor amigo?

—Porque es divertido ver cómo intentas descubrirlo.

Abro la puerta y me asomo por el hueco la escalera. No veo ni oigo a

nadie.

—Vale —le digo, sosteniendo la puerta abierta—. Buenas noches.

Penny pasa a mi lado.

—Buenas noches, Simon. Hasta mañana.

Sonrío. No puedo evitarlo: me alegro tanto de haber vuelto.

—Mañana te veo.

En cuanto me quedo solo, me pongo el pijama de la escuela. Baz trae pijamas de su casa, pero a mí me gustan los de la escuela. No uso pijama cuando estoy en los centros de menores, nunca. Me hace sentir, no sé, vulnerable. Me cambio y me meto en la cama con un suspiro.

Estas noches en Watford, antes de que Baz llegue, son las únicas de mi vida en las que puedo dormir de verdad.

No sé qué hora es cuando me despierto. La habitación está oscura y un rayo de luz se refleja en mi cama, dividiéndola en dos.

Me parece ver a una mujer de pie junto a la ventana y, al principio, pienso que es Penny. Después la figura cambia y pienso que es Baz.

Entonces decido que estoy soñando y vuelvo a dormirme.

6
LUCY

Quiero decirte tantas cosas…
Pero queda poco tiempo.
Y mi voz no se escucha.

7
SIMON

Justo empieza a salir el sol cuando escucho que la puerta de mi habitación se abre con un chirrido. Doy un tirón a las sábanas para taparme la cabeza.

—¡Vete! —digo, aunque sé que, de todas maneras, Penny va a ponerse a hablar.

Se le da genial conseguir que se me olvide lo mucho que la echo de menos durante el verano. Alguien se aclara la garganta.

Abro los ojos y veo al Hechicero de

pie justo en el vano de la puerta, mirándome extrañado, al menos aparentemente. En el fondo de su mirada, parece haber algo más grave.

—Señor —me incorporo en la cama —. Lo siento.

—No te disculpes, Simon. Seguramente no me hayas escuchado llamando a la puerta.

—No… Déjeme que… Yo solo, esto…, me voy a vestir.

—No te preocupes —dice él, dirigiéndose hacia la ventana, esquivando la cama de Baz: hasta el Hechicero les tiene miedo a los vampiros. Aunque él nunca usaría la palabra «miedo». Él usaría algún

término como «cautela» o «prudencia».

—Siento mucho no haber estado ayer para darte la bienvenida —dice—. ¿Cómo fue el viaje?

Aparto las sábanas y me siento en el borde de la cama. Aún sigo en pijama, pero por lo menos estoy sentado.

—Bien —digo—. Bueno, supongo que… no tan bien, en realidad. Mi taxista era un trasgo malvado.

—¿Otro trasgo? —aparta la vista de la ventana y me mira con las manos entrelazadas detrás de la espalda—. Son tenaces, ¿verdad? ¿Estaba solo?

—Sí, señor. Intentó secuestrarme.

El Hechicero sacude la cabeza.

—Nunca se les ocurre trabajar en

parejas. ¿Qué hechizo usaste?

—Utilicé la espada, señor —me muerdo el labio.

—Bien —dice él.

—Y **Desaparece sin dejar rastro** para limpiarlo.

El Hechicero enarca las cejas.

—Excelente, Simon —baja la vista hacia mi pijama y mis pies descalzos, y, entonces, parece inspeccionar mi rostro —. ¿Qué tal el verano? ¿Algo de lo que informar? ¿Algo inusual?

—Me hubiera puesto en contacto con usted, señor.

(Yo puedo ponerme en contacto con él, si lo necesito. Tengo su número de móvil. También puedo mandarle un

pajarito para que se lo cuente.)

El Hechicero asiente con la cabeza.

—Bien.

Se me queda mirando unos segundos más, luego se aleja de la ventana, como si ya hubiera visto todo lo que tenía que ver de mí. La luz del sol se refleja en su denso cabello castaño y, por un minuto, tiene más aspecto de espadachín que de costumbre.

Va vestido con su uniforme: unas mallas de tela verde oscuro, botas altas de piel, una túnica verde con tiras y bolsillitos, y una espada envainada en una funda de tela que cuelga de una especie de cinturón de herramientas. A diferencia de la mía, su espada es

corpórea y visible.

La madre de Penny, la profesora Bunce, dice que en la antigüedad los magos vestían una capa ceremonial con capucha. Y los directores anteriores usaban túnicas y birretes. El Hechicero, dice ella, ha creado su propio uniforme. Ella opina que es un disfraz.

Yo creo que la profesora Bunce es la persona que no es enemiga directa del Hechicero que más le odia. La únicas veces que he escuchado al padre de Penny levantar la voz es cuando su madre se pone a hablar del Hechicero. Él le apoya la mano en el brazo y le dice:

—Ya vale, Mitali…

Y después ella responde:

—Lo siento, Simon, sé que el Hechicero es tu padre adoptivo…

Pero en realidad no lo es. El Hechicero nunca se ha presentado a sí mismo de esa manera. Como un miembro de mi familia. Siempre me ha tratado como un aliado, incluso cuando era pequeño. Cuando me trajo a Watford por primera vez, me sentó en su despacho y me lo contó todo. Sobre el Insidioso Humdrum. Sobre la magia en peligro de extinción. Sobre los agujeros de la atmósfera mágica conocidos como puntos muertos.

Yo todavía estaba intentando asimilar que la magia era *real*, y ahí

estaba diciéndome que algo la estaba matando —devorándola, extinguiéndola — y que yo era el único que podía ayudar a detenerlo:

—Eres demasiado joven para escuchar esto, Simon. Once años son muy pocos. Pero no es justo mantenerte alejado de todo esto por más tiempo. El Insidioso Humdrum es la mayor amenaza que el mundo de los Hechiceros ha enfrentado nunca. El Humdrum es poderoso; es omnipresente. Pelear contra él es como resistirse al sueño cuando se ha sobrepasado el borde del agotamiento.

»Pero tenemos que luchar contra él. Nosotros queremos protegerte; yo

prometo hacerlo con mi vida. Pero tienes que aprender, Simon, en cuanto puedas, a protegerte a ti mismo.

»El Humdrum es nuestra mayor amenaza. Y tú nuestra mayor esperanza.

Yo estaba demasiado aturdido como para responder algo o hacer ninguna pregunta. Demasiado joven. Lo único que yo quería era que el Hechicero me hiciera otra vez ese truco de magia con el que había conseguido que un mapa se desenrollara solo.

Me pasé el primer año en Watford diciéndome que estaba soñando. Y el siguiente año diciéndome que no lo estaba…

Para aquel entonces, ya me habían

atacado ogros, hecho añicos un crómlech, y crecido diez centímetros antes de que se me ocurriera hacer la verdadera pregunta.

¿Por qué yo?

¿Por qué tengo que luchar *yo* contra el Humdrum?

El Hechicero ha respondido a esta pregunta docenas de veces de distintas maneras a lo largo de los años: porque yo soy el Elegido. Porque mi llegada había sido profetizada. Porque el Humdrum no me dejará en paz.

Pero ninguna de esas es la respuesta real. Penelope es la única que me ha dado una respuesta que entiendo:

—Porque tú puedes, Simon. Y

alguien tiene que hacerlo.

El Hechicero está mirando algo fuera de mi ventana. Se me ocurre invitarle a que se siente. Entonces, intento recordar si alguna vez le he visto sentado.

Yo cambio de posición, y la cama chirría. El Hechicero se gira hacia mí, preocupado.

—¿Señor?

—Simon.

—El Humdrum…, ¿usted lo encontró? ¿Qué me he perdido?

El Hechicero se frota el mentón entre el pulgar y el índice, luego mueve la cabeza rápidamente de lado a lado.

—Nada. Ni siquiera estamos cerca

de encontrarlo, y tenemos que ocuparnos inmediatamente de otros asuntos.

—¿Qué asuntos podrían ser más importantes que el Humdrum? —se me escapa.

—Más importantes, no —dijo él—. Solo más urgentes. Se trata de las Familias Antiguas: me están poniendo a prueba —cierra la mano izquierda en un puño—. La mitad de Gales ha dejado de pagar el diezmo. Los Pitch están pagando a tres miembros del Aquelarre para que no asistan a las asambleas, para que así no tengamos quórum, y sin un número mínimo de miembros en la asamblea, no puede haber votación. Y lleva habiendo pequeñas reyertas en la

carretera que lleva a Londres todo el verano.

—¿Pequeñas reyertas?

—Trampas, peleas. A prueba, me están poniendo a prueba, Simon. Tú sabes que las Familias Antiguas tomarían las riendas si supieran que he dejado de estar alerta aunque solo sea un momento. Ellos desharían todo lo que hemos logrado.

—¿Creen que pueden luchar contra el Humdrum sin nosotros?

—Creo que no son capaces de ver a largo plazo —dice él, mirándome—, que en realidad no les importa. A ellos solamente les importa el poder, y lo quieren ya.

—Bueno, a mí son ellos los que no me importan —respondo—. Si el Humdrum extingue nuestra magia, no tendríamos por qué pelearnos. Deberíamos estar luchando contra el Humdrum.

—Y lo *haremos* —replica él—, cuando sea el momento correcto. Cuando sepamos cómo vencerlo. Pero, hasta entonces, nuestra prioridad es mantenerte a salvo. Simon… —se cruza de brazos—. He estado consultando con miembros del Aquelarre en quienes confío. Pensamos que quizá nuestros esfuerzos por protegerte han fracasado. A pesar de los hechizos y de la vigilancia, el Humdrum parece ser capaz

de burlarlo todo para llegar a ti cuando estás aquí, en Watford. Te hizo desaparecer misteriosamente en junio sin activar ninguna de nuestras defensas.

Me da vergüenza escucharle decir esto. Tengo la sensación de que fuera *yo* el que está fracasando, no el Hechicero ni los hechizos de protección. Se supone que yo soy el único que puede pelear contra el Humdrum. Pero por fin tuve la oportunidad de enfrentarme a él, y lo máximo que pude hacer fue huir. No creo que hubiera conseguido ni siquiera eso de no ser por Penelope.

El Hechicero tensa la mandíbula. Tiene uno de esos mentones que se aplanan en el centro, con un profundo

hoyuelo, como si se hubiera cortado con un cuchillo. Me da muchísima envidia.

—Hemos decido —dice él, muy despacio— que estarías más a salvo en un lugar que no sea Watford.

Creo que no estoy entendiendo bien adónde quiere llegar.

—¿Señor?

—El Aquelarre ha asegurado un lugar donde podrás vivir. Y un tutor privado. En este momento, no puedo contarte todos los detalles, pero yo mismo te llevaré. Nos marcharemos pronto, tengo que estar de vuelta antes de que sea de noche.

—¿Quiere que me marche de Watford?

El Hechicero entrecierra los ojos. Detesta repetir las cosas.

—Sí. No tienes que recoger demasiado. Tus botas y tu capa, cualquier objeto que quieras mantener.

—Señor, no puedo irme de Watford. Las clases empiezan la semana que viene.

El Hechicero ladea la cabeza.

—Simon. Ya no eres un niño. Ya no te queda nada por aprender en Watford.

Quizá tenga razón. Soy un alumno penoso, y no es que este año vaya a suponer demasiada diferencia, pero, aun así…

—No puedo dejar Watford. Es mi último año.

El Hechicero se frota la barba. Entrecierra los ojos hasta que se convierten en dos finas ranuras.

—Sencillamente, no puedo —le digo otra vez. Estoy intentando decidir por qué no, pero lo único que me viene a la mente es un *no*. No puedo irme de Watford. Llevo todo el verano deseando llegar aquí. Llevo esperándolo toda la vida. Siempre estoy en Watford o deseando estar en Watford, y el año que viene eso cambiará, no queda más remedio, pero *todavía no* tiene que hacerlo.

—No —le digo—. No puedo.

—Simon —su tono de voz es firme —, esto no es una *sugerencia*. Tu vida

está en juego. Y todo el mundo de los Hechiceros depende de ti.

Tengo ganas de rebatir ese argumento: *Baz* no depende de mí. Ninguno de los magos que apoyan a la familia Pitch creen que yo sea su salvador…

Aprieto los dientes con tanta fuerza que prácticamente puedo sentir su forma. Niego con la cabeza.

El Hechicero se cruza de brazos y me frunce el ceño como si fuera un niño que se niega a escuchar.

—¿Alguna vez te has parado a pensar, Simon, que el Humdrum te ataca solamente cuando estás aquí?

—¿Y usted acaba de darse cuenta de

ello? —trago saliva y añado, demasiado tarde—, señor.

—¡No lo entiendo! —dice él, levantando la voz—. Nunca antes has cuestionado mis decisiones.

—¡Nunca antes me ha pedido que me marchara de Watford!

Su rostro se endurece.

—Simon, estamos en guerra. ¿Te lo tengo que recordar?

—No, señor.

—Y todo el mundo hace sacrificios en tiempos de guerra.

—Pero *siempre* hemos estado en guerra —respondo—. Desde que entré aquí. No podemos dejar de hacer nuestra vida sin más porque estemos en guerra.

—¿Ah, no?

Ha terminado perdiendo los estribos. Su mano desciende como una flecha hacia la empuñadura de su espada.

—Mírame, Simon. ¿Alguna vez me has visto permitirme tener una vida normal? ¿Tengo mujer? ¿Hijos? ¿Tengo una casa de campo, con un sillón de leer y un cocker spaniel gordo que me traiga las zapatillas de estar por casa? ¿Cuándo hago *otra cosa* que no sea prepararme para la batalla que se avecina? No podemos permitirnos el lujo de olvidar nuestras responsabilidades simplemente porque estemos hartos de ellas.

Se me hunde la cabeza como si él me la hubiera empujado.

—No estoy harto —murmuro.

—Habla más alto.

Levanto la cabeza.

—No estoy harto, señor.

Nuestros ojos se encuentran.

—Vístete. Recoge tus cosas…

Siento agarrotados todos los músculos del cuerpo. Todas las articulaciones encasquilladas.

—No.

No puedo. Acabo de llegar. Y este verano ha sido el peor de mi vida. Solo he aguantado porque iba a volver a Watford cuando terminara, pero ya no puedo aguantar más. No me quedan

energías. Tengo las reservas vacías, y el Hechicero ni siquiera me está diciendo adónde quiere que vaya, y… ¿qué va a pasar con Penny? ¿Y con Agatha?

Niego con la cabeza. Escucho al Hechicero tomar aire bruscamente y, cuando miro arriba, hay una neblina de color rojo entre nosotros.

Joder, no.

El Hechicero se aparta de mí.

—Simon —dice él, varita en ristre —. **¡Mantén la calma!**

Busco a tientas mi varita y empiezo a lanzar hechizos.

—¡No pierdas la cabeza! ¡Aguanta! ¡Contente! ¡Hazte el duro!

Pero, para funcionar, los hechizos

necesitan magia y, ahora mismo, hacer que mi magia aflore a la superficie solo provoca que la nebulosa roja entre nosotros se vuelva más densa. Cierro los ojos e intento desaparecer. Intento no pensar en nada. Me tiro de espaldas en la cama, y mi varita rebota en el suelo.

Cuando soy capaz de volver a pensar, el Hechicero se inclina sobre mí y me apoya la mano en la frente. Algo está humeando, creo que son mis sábanas.

—Lo siento —susurro—. Yo no quería…

—Lo sé —dice él, pero sigue pareciendo asustado. Me aparta el pelo de la frente con una mano, y luego me

roza la mejilla con los nudillos.

—Por favor, no me obligue a marcharme —le ruego.

El Hechicero me mira a los ojos como si pudiera ver a través de ellos. Me doy cuenta de que está deliberando, y luego cede.

—Hablaré con el Aquelarre —dice él—. Tal vez todavía tengamos tiempo… —frunce los labios. Lleva un bigotillo fino, justo encima del labio superior; a Baz y a Agatha les gusta burlarse de él —. Pero tu seguridad no es lo único que nos preocupa, Simon…

Sigue reclinado sobre mí. Siento como si, entre nosotros, lo único que se pudiera respirar fuera el humo.

—Hablaré con el Aquelarre —dice él. Me da un apretón en el hombro y se levanta—. ¿Necesitas ir a ver a la enfermera?

—No, señor.

—Llámame si hay algún cambio. O si ves algo extraño, cualquier señal del Humdrum, o cualquier cosa… fuera de lo normal.

Asiento con la cabeza.

El Hechicero sale dando grandes zancadas de mi cuarto, con la palma de la mano apoyada en la empuñadura de su espada —lo que significa que está pensando— y cierra la puerta con fuerza tras de sí.

Me doy la vuelta en la cama y

compruebo que no esté en llamas, y luego caigo de nuevo en un profundo sueño.

8
LUCY

Y la niebla es tan densa.

9
SIMON

Cuando vuelvo a despertarme, Penny está sentada en mi escritorio. Está leyendo un tomo tan grueso como su brazo.

—Es más de mediodía —dice—. Te has convertido en un absoluto perezoso en el centro de menores; estoy escribiendo una carta a *The Telegraph*.

—No puedes entrar en mi habitación cuando te dé la gana sin llamar antes —digo, incorporándome y restregándome los ojos—. Aunque tengas una llave

mágica.

—No es una llave, y sí que he llamado a la puerta. Es que tú duermes como un tronco.

Paso a su lado para ir al baño, y ella me olfatea y luego cierra el libro.

—Simon. ¿Has perdido el control?

—Más o menos. Es una larga historia.

—¿Te han *atacado*?

—No —cierro la puerta del baño y levanto la voz—: Luego te lo cuento.

Penny se va a poner hecha una furia cuando le cuente que el Hechicero quiere mandarme lejos de aquí.

Me miro en el espejo y trato de decidir si darme una ducha o no. Tengo

el pelo aplastado a un lado de la cabeza y de punta por arriba, y siempre tengo sudores fríos cuando pierdo el control de esa manera. Me siento asqueroso. Me miro la barbilla en el espejo, con la esperanza de tener que afeitarme, pero no lo necesito: nunca lo necesito. Me dejaría crecer un bigote como el del Hechicero si pudiera, y me daría absolutamente igual que Baz se burlara de mí.

Me quito la camiseta y froto la cruz de oro que llevo alrededor del cuello para sacarle brillo. No soy creyente: es un talismán. Lleva años pasando de generación en generación en la familia de Agatha; es una protección contra los

vampiros. Estaba negra y sin brillo cuando el doctor Wellbelove me la dio, pero la pulí bien, y recuperó su color dorado. A veces la muerdo. (Lo cual probablemente no sea demasiado bueno tratándose de una reliquia medieval.) En realidad, no necesito ponérmela en verano, pero ya que me he acostumbrado a llevar un colgante antivampiros, me parece una tontería quitármelo.

El resto de chicos del centro de menores piensan que soy creyente. (Y también piensan que me fumo una cajetilla al día porque siempre huelo como a humo).

Me miro otra vez en el espejo. Penny tiene razón. Estoy demasiado delgado.

Se me marcan las costillas. Se me notan los músculos de la tripa, y no es porque esté musculado, es porque en realidad no he comido bien en tres meses. También me han salido lunares en todo el cuerpo, por lo que parece que tengo viruela incluso cuando no tengo pinta de estar desnutrido.

—¡Estoy duchándome! —grito.

—¡Date prisa o nos perderemos el almuerzo! —escucho a Penny moviéndose por mi cuarto mientras me meto a la ducha; entonces ella habla de nuevo justo al otro lado de la puerta—: Agatha ha vuelto.

Abro el grifo.

—Simon, ¿me has oído? ¡Agatha ha

vuelto!

Sí que la he oído.

¿Cuál es el protocolo para hablar con tu novia después de tres meses, cuando la última vez que la viste ella estaba cogida de la mano de tu mayor enemigo? (Cogida de las dos manos. Se miraban a los ojos, como si estuvieran a punto de cantar una canción).

Las cosas con Agatha llevan raras desde el año pasado, incluso antes de verla con Baz en el Bosque Velado. Estaba distante y callada, y cuando me lesioné en marzo (alguien me trucó la varita), su reacción fue poner los ojos en

blanco. Como si yo me lo hubiera buscado.

Agatha es la única chica con la que he salido. Llevamos juntos tres años, desde los quince. Pero a mí me llevaba gustando desde mucho antes de empezar a salir con ella. Me gusta desde la primera vez que la vi, caminando por el Gran Prado, con su larga melena rubia ondeando al viento. Recuerdo verla y pensar que nunca había visto nada tan bonito. Y que si eres tan guapo, tan elegante, en realidad nada estará nunca a tu altura. Es como ser un león, o un unicornio. Nadie podría estar nunca a tu altura porque ni siquiera estás en el mismo barco que el resto de la gente.

El simple hecho de sentarte al lado de Agatha hace que cualquiera se sienta intocable. Exaltado. Es como estar sentado en el sol.

Así que imaginad cómo es salir con ella: es como estar rodeado constantemente de su luz.

Tenemos una foto juntos del último solsticio de invierno. Ella lleva puesto un largo vestido blanco, y su madre le había trenzado muérdago en la melena, de un dorado lechoso. Yo también voy de blanco. Me sentía muy hortera, pero en la foto, bueno, salgo bien. De pie a lado de Agatha, vestido con un traje que me prestó su padre… En realidad, en esa foto tengo el aspecto que se supone

que debería tener.

Hoy el comedor está medio lleno. El semestre empieza mañana. Hay gente sentada en las mesas y de pie formando corrillos dispersos, poniéndose al día.

De comer hay rollitos de jamón y queso. Penelope coge un plato con mantequilla para mí, y yo sonrío. Si no estuviera mal visto, me comería la mantequilla a cucharadas. (De hecho, en primero lo hacía, siempre que era el primero en bajar a desayunar).

Echo un vistazo en derredor de la estancia para ver si está Agatha, pero no la veo. No debe de haber bajado a

comer. Me costaría creer que estuviera en el comedor y no quisiera sentarse en nuestra mesa, incluso a pesar de todo lo que ha pasado.

Rhys y Gareth, los chicos que viven en la habitación justo debajo de la mía, están sentados en nuestra mesa, en la otra punta.

—¿Todo bien, Simon? —dice Rhys. Gareth le está gritando a alguien en el pasillo.

—¿Todo bien, amigos? —le contesto.

Rhys saluda a Penny con un gesto de cabeza. Penelope nunca se ha molestado en conocer a casi ninguno de nuestros compañeros de clase, así que ellos

tampoco se han molestado en conocerla a ella. A mí me sentaría mal que alguien me ignorara como la ignoran a ella, pero Penny parece disfrutar de la ausencia de distracciones.

A veces, cuando cruzo el comedor, simplemente saludando a la gente, ella me lleva a rastras tirándome de la manga para que me dé prisa.

—Tienes demasiados amigos —dice ella.

—Estoy bastante seguro de que no es posible tener «demasiados amigos». Y, de todas maneras, yo no diría que todos son mis «amigos».

—Los días tienen las horas que tienen, Simon. Dos, tres personas: la

gente no tiene tiempo para más.

—Tu familia directa son muchas más de dos o tres personas, Penny.

—Lo sé. Es una lucha diaria.

Una vez empecé a hacer una lista de todas las personas que me importaban de verdad. Cuando llegué al número siete, Penelope me dijo que redujera la lista o que dejara de hacer amigos inmediatamente.

—Mi madre dice que en la vida no te deberían importar más personas de las que puedas defender de un ráksasa hambriento.

—No tengo ni idea de qué es un ráksasa —le dije—, pero no me importa; se me da bien luchar.

Me gusta estar rodeado de gente. Tanto los más cercanos, como Penny y Agatha; el Hechicero y Ebb, la cabrera; la señorita Possibelf y el doctor Wellbelove, como los que se limitan a ser simpáticos, como Rhys y Gareth. Si siguiera las reglas de Penny, nunca encontraría gente suficiente para jugar un partido de fútbol.

Ella saluda con la mano a los chicos con poco entusiasmo, luego se sienta entre ellos y yo, volviéndose hacia mí para cerrar nuestra conversación.

—He visto a Agatha con sus padres —dice ella—, antes, en los Claustros.

Los Claustros es la residencia de chicas más grande y antigua de la

escuela, un edificio largo y de poca altura en la otra punta de los terrenos. Solamente tiene una puerta y todas las ventanas son diminutos paneles de cristal. (En la escuela debió de reinar la hipermegaparanoia cuando empezaron a admitir chicas en el siglo XVII).

—¿A quién has visto? —pregunto.

—A *Agatha*.

—Ah.

—Si quieres, puedo ir a buscarla —se ofrece.

—¿Desde cuándo envías mensajitos de mi parte?

—Pensaba que quizá no querrías hablar con ella por primera vez delante de todo el mundo —dice—. Después de

lo que pasó.

Me encojo de hombros.

—No va a pasar nada. Agatha y yo estamos bien.

Penny me mira sorprendida, después dudosa; después niega con la cabeza, dándose por vencida.

—De todas maneras —dice ella, arrancando un trozo de su sándwich—, tenemos que encontrar al Hechicero después de comer.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Te estás haciendo el tonto hoy porque piensas que me pareces mono cuando lo haces?

—Sí.

Penny pone los ojos en blanco.

—Tenemos que encontrar al Hechicero y obligarle a que nos cuente qué ha estado pasando este verano. Lo que ha averiguado sobre el Humdrum.

—No ha averiguado nada. Ya he hablado con él.

Ella se detiene a medio bocado.

—¿Cuándo?

—Ha venido a mi habitación por la mañana.

—¿Y cuándo me lo pensabas contar?

Me encojo de hombros y me meto en la boca los últimos cinco centímetros de mi sándwich.

—Cuando me dejaras.

Penny vuelve a entornar los ojos. (Penny suele entornar los ojos bastante a

menudo).

—¿Y no tenía nada que contarte?

—Nada sobre el Humdrum. Él… —bajo la vista hacia mi plato, luego miro rápidamente alrededor—. Dijo que las Familias Antiguas le están causando problemas.

Ella asiente con la cabeza.

—Mi madre dice que están intentando organizar un veto de censura contra él.

—¿Pueden hacerlo?

—Lo están intentando. Y ha habido duelos durante todo el verano. Un amigo de Premal, Sam, se retó contra uno de los primos Grimm después de una boda, y ahora lo van a llevar a juicio.

—¿A quién van a llevar a juicio?

—Al primo Grimm.

—¿Por qué?

—Por usar hechizos prohibidos —dice ella—. Palabras prohibidas.

—El Hechicero piensa que debería marcharme —le digo.

—¿Qué? ¿Marcharte adónde?

—Cree que debería marcharme de Watford.

A Penny se le ponen los ojos como platos.

—¿Para luchar contra el Humdrum?

—No —niego con la cabeza—. Simplemente… marcharme. El Hechicero cree que estaría más seguro si estuviera en otro lugar. Piensa que

aquí todo el mundo estaría más seguro si me fuera.

Los ojos se le abren cada vez más.

—¿Adónde te irías, Simon?

—No me lo dijo. A algún lugar secreto.

—¿Una especie de piso franco? —pregunta ella.

—Supongo.

—Pero ¿qué pasaría con la escuela?

—El Hechicero considera que ahora mismo eso no es importante.

Penny resopla. Ella opina que el Hechicero subestima la educación la mayoría del tiempo. Especialmente a los clásicos. Cuando eliminó el programa de Lingüística, Penny escribió una carta

de reclamación al consejo de profesores.

—¿Así que eso quiere que hagas?

—Irme. Mantenerme a salvo. Practicar.

Penny se cruza de brazos.

—A una montaña. Como los ninjas. Como Batman.

Yo me río, pero ella no se ríe conmigo y se inclina hacia delante.

—No te puedes ir sin más, Simon. El Hechicero no te puede esconder en un agujero durante toda tu vida.

—No me voy a ir —le digo—. Le he dicho que no.

Ella alza la barbilla.

—¿Tú le has dicho que *no*?

—Yo…, bueno, no puedo marcharme de Watford así como así. Es nuestro último año, ¿no?

—Estoy de acuerdo. Pero ¿de verdad le has dicho que no?

—¡Le he dicho que no quería! No me quiero esconder y esperar a que el Humdrum me encuentre. Eso no se parece en nada a un plan.

—¿Y qué dijo el Hechicero?

—No mucho. Me enfadé y empecé a…

—*Lo sabía*. Tu habitación olía como los restos de una fogata. ¡Por las Palabras Mágicas! ¿Has *atacado* al Hechicero?

—No. Me contuve.

—*¿De verdad*? —Penny parece realmente impresionada—. Bien hecho, Simon.

—Aunque creo que le he asustado.

—Yo también me habría asustado.

—Penny, yo…

—¿Qué?

—¿Crees que tiene razón?

—Acabo de decir que no la tiene.

—No. Sobre lo de que… pongo en peligro a Watford. Que soy un peligro para… —miro a la mesa de los alumnos de primero. Han pasado completamente de los sándwiches y están atacando unos boles enormes con brazo de gitano relleno de mermelada—, todos.

Penny empieza a desmigajar su

sándwich otra vez.

—Por supuesto que no.

—*Penelope*.

Ella suspira.

—Esta mañana te contuviste, ¿no? ¿Cuándo le has hecho daño a alguien más que a ti mismo?

—¿Lo dices en serio, Penny? ¿Quieres que te haga una lista? Empezaré con las decapitaciones. Empezaré con lo que pasó *ayer*.

—Eso fueron batallas, y no cuentan.

—Yo creo que sí que cuentan.

Penny cruza los brazos nuevamente.

—Cuentan, pero de manera *diferente*.

—Pero es que no solo es eso —le

digo—. Es que… yo soy el objetivo, ¿no? El Humdrum solo me ataca cuando estoy en Watford, y solo ataca Watford cuando estoy aquí.

—Eso no es culpa tuya.

—¿Entonces?

—Bueno, no puedes evitarlo.

—Sí puedo —le digo—. Podría irme lejos de aquí.

—*No*.

—Buen argumento, Pen —le unto mantequilla a mi tercer rollo de jamón y queso. Me están temblando las manos.

—No, Simon. No puedes irte sin más. No deberías. Mira, si tú eres el objetivo, entonces yo soy la que mayor peligro corre. Yo paso la mayor parte

del tiempo contigo.

—*Lo sé*.

—No, quiero decir que mírame: estoy bien —yo la miro—. Estoy *bien*, Simon. Hasta Baz se encuentra bien, y él sí que no se separa de ti.

—Siento como si estuvieras quitándole importancia a todas las veces en las que has estado a punto de morir solo porque estabas conmigo. El Humdrum me raptó hace unos meses y tú te viste arrastrada por la situación.

—Y menos mal, gracias a Morgana.

Me está mirando los ojos, así que trato de no apartar la vista. A veces me alegro de que Penny use gafas; es capaz de establecer un contacto visual tan

potente que es bueno tener un parachoques.

—Le he dicho al Hechicero que no —le repito.

—Bien —dice ella—. Sigue diciéndoselo.

—*¡Nan!*

Las lágrimas y los gritos de una niña interrumpen nuestra conversación, y yo empiezo a susurrar el conjuro para invocar mi espada. Al otro lado de la sala, la chica —de segundo o tercero— se dirige corriendo hacia una figura brillante en la puerta.

—Vaya… —dice Penelope, impresionada.

La figura aparece y desaparece

como un holograma de la princesa Leia. Cuando la chica llega junto a ella —parece una mujer mayor vestida con un traje de pantalón blanco—, la figura se arrodilla y la abraza. Se acuclillan bajo el vano de la puerta. Entonces, la figura se desvanece por completo. La chica se levanta, temblando, y algunos de sus amigos corren hacia ella, dando botes.

—Qué guay —dice Penelope. Se gira para mirarme y ve mi espada—. Serpientes siseantes, Simon, guarda eso.

Yo la mantengo levantada.

—¿Qué *ha sido* eso?

—¿No lo sabes?

—*Penelope*.

—Ha tenido una Aparición. Es una

chica con suerte.

—¿Qué? —yo envaino la espada—. ¿Qué clase de Aparición?

—Simon, el Velo se está abriendo. Sé que sabes lo que es. Lo estudiamos en clase de Historia de la Magia.

Hago una mueca y vuelvo a sentarme, tratando de decidir si ya me he terminado la comida.

—Y en la Vigésima Vuelta —dice Penny—, cuando el año esté a punto de terminar, y el día y la noche compartan mesa en paz, el Velo se abrirá. Y todo aquel que tenga luz para proyectar, puede cruzarlo, aunque no por mucho tiempo. Recibidlos con alegría y confianza, ya que sus labios, aunque

estén muertos, pronuncian palabras verdaderas.

Está usando la voz que pone cada vez que cita algo: por eso sé que es de un texto antiguo o alguna otra cosa.

—No me estás ayudando mucho —le digo.

—El Velo se está abriendo —repite ella—. Cada veinte años, los muertos pueden hablar con los vivos si hay algo que tengan verdadera necesidad de decirles.

—Ah… —contesté—. Creo que he oído hablar de eso, aunque pensaba que era un mito.

—Cabría pensar que, después de siete años, dejarías de decir esas cosas

en voz alta.

—Bueno, ¿cómo se supone que tengo que distinguirlas? No hay ningún libro, ¿verdad? *Todas las cosas mágicas que son reales y todas las que son patrañas, tal como tú creías.*

—Tú eres el *único* mago que no ha sido criado con magia. Eres el único al que podría interesarle leer un libro así.

—Papá Noel no existe —le digo—, pero el Ratoncito Pérez sí. No hay ninguna explicación o motivo para esas cosas.

—Bueno, pues el Velo es totalmente real —dice Penny—. Es lo que evita que las almas de los difuntos vayan vagando por ahí.

—¿Pero se está abriendo ahora? —me entran ganas de volver a sacar la espada.

—El equinoccio de otoño está al caer —dice ella—, cuando el día y la noche tienen la misma duración. El Velo se disipa, y luego se abre, como una especie de niebla. Y los difuntos vuelven para decirnos cosas.

—¿A todos?

—Ojalá. Los difuntos solo vuelven si tienen algo importante que decir. Algo que sea verdad. Es como si regresaran para testificar.

—Eso suena… muy teatral.

—Mi madre dice que su tía volvió hace veinte años para contarles que

había un tesoro escondido. Mi madre está esperando que esta vez se aparezca de nuevo para que nos dé más datos.

—¿Qué tipo de tesoro?

—Libros.

—Faltaría más.

Decido terminarme el sándwich. Y el huevo duro de Penny.

—Pero, a veces —dice ella—, es un escándalo. La gente regresa para revelar aventuras amorosas. Asesinatos. En teoría, se tienen más oportunidades de cruzarlo si tu mensaje sirve para hacer justicia.

—¿Y eso cómo puede saberse?

—No es más que una teoría —dice Penny—. Pero si la tía Beryl se me

aparece, le voy a preguntar todo lo que pueda antes de que se desvanezca de nuevo.

Yo miro hacia atrás, en la otra punta del comedor.

—Me pregunto qué le habrá revelado a esa chica su abuelita.

Penny se ríe y apila sus platos.

—Probablemente su receta secreta para preparar caramelos de *toffee*.

—Así que esas Apariciones… ¿no son zombis?

Nunca está demás asegurarse de estas cosas.

—No, Simon. Son inofensivos. A no ser que temas a la verdad.

10
EL HECHICERO

Debería obligarle a irse. Podría hacerlo.

Ya no es un niño, pero todavía debería aceptar órdenes.

Prometí cuidar de él.

¿Cómo se mantiene una promesa así? Cuidar de un niño, cuando ese niño es el mayor poder que conoces…

¿Y qué *significa* cuidar del poder? ¿Usarlo? ¿Preservarlo? ¿Evitar que caiga en las manos equivocadas?

Creía que podría ser de más ayuda para Simon, especialmente en este

momento. Que podría ayudarle a entrar en contacto con su poder. Ayudarle a *empoderarse*.

Tiene que haber un hechizo para él… Palabras mágicas que lo fortalezcan. Un ritual que logre que el poder en sí mismo se volviera manejable. No lo he encontrado todavía, pero eso no significa que no esté ahí fuera. Que no exista.

Y, si lo encuentro…

¿Bastará con estabilizar su poder, si ni siquiera puedo estabilizar al muchacho?

Esto no aparece en las profecías: no hay nada sobre niños testarudos.

Podría ocultar a Simon del

Humdrum.

Podría ocultarlo de todo lo que aún no esté preparado para enfrentar.

Yo podría hacerlo, *¡yo debería hacerlo!* Debería ordenarle que se marche, y él lo haría. Todavía me haría caso.

Pero, y si no lo hace…

Simon Snow, ¿te perdería para siempre?

11
LUCY

Escúchame.

Él fue el primer miembro de su familia en entrar en Watford, el primero con suficiente poder para pasar las pruebas de acceso. Hizo todo el camino solo, desde Gales, en tren.

David.

Le llamábamos Davy. (Bueno, algunos solo le llamábamos imbécil.)

Y no tenía amigos, no creo que nunca

tuviera un amigo. Ni siquiera creo que yo fuera su amiga, no al principio, al menos.

Yo era, sencillamente, la única que le escuchaba.

—El mundo de los Hechiceros —decía él—. Qué mundo es este, dime: *¿qué mundo*? Esto no es una escuela; en las escuelas se educa a la gente, *las escuelas ayudan a mejorar a la gente.* ¿Me entiendes?

—*Yo estoy* recibiendo una educación —le dije.

—Claro que sí, ¿verdad? —sus ojos azules brillaban. Siempre había fuego en sus ojos—. Tú tienes poder. Tú tienes la contraseña secreta. Porque tu padre la

tenía, y tu abuelo antes que él. Tú estás dentro del club.

—También tú lo estás, Davy.

—Solamente porque demostré ser demasiado poderoso como para que me denegaran el acceso.

—Es verdad —le dije—. Así que ahora tú también estás dentro del club.

—Qué suerte tengo.

—No estoy segura de si lo dices en serio…

—Qué suerte tengo —dijo él—. Qué mala suerte tienen los demás. La función de este lugar no es compartir el conocimiento, sino mantenerlo en manos de los ricos.

—De los más poderosos, querrás

decir.

—Es lo mismo —escupió él. Siempre escupía las palabras. Los ojos siempre le brillaban, y su boca siempre escupía.

—Entonces, ¿no quieres estar aquí? —le pregunté.

—¿Sabes que la Iglesia solía dar misa en latín porque no quería confiar la palabra de Dios a los fieles?

—¿Te refieres al cristianismo? No sé nada sobre el cristianismo.

—¿Por qué *estamos* aquí, Lucy, cuando muchos otros son rechazados?

—Porque nosotros somos los más poderosos. Es importante que nosotros aprendamos a manejar y usar nuestra

magia.

—¿De verdad es tan importante? ¿No sería *más importante* enseñar a los que tienen menos poder? ¿Ayudarles a sacar mayor provecho de lo que *tienen?* ¿Solo se debería enseñar a leer a los poetas, entonces?

—No entiendo qué es lo que quieres. Tú estás *aquí*, Davy. En Watford.

—Estoy aquí. Y tal vez si me relaciono con las personas adecuadas, si me arrodillo ante todos los Pitch y los Grimm, ellos me enseñarán a usar los hechizos más complicados. Me dejarán sentarme en su mesa. Y, después, podré pasarme el resto de mi vida haciendo lo mismo que ellos, asegurándome de que

ningún otro me lo arrebate.

—Eso no es lo que yo pretendo hacer con mi magia.

Él dejó de escupir por un segundo para mirarme con los ojos entrecerrados:

—¿Y qué pretendes hacer, Lucy?

—Ver mundo.

—¿El mundo de los Hechiceros?

—No, *el mundo*.

Tengo tantas cosas que contarte.

Pero el tiempo es breve. Y el Velo muy denso.

Y se necesita magia para hablar, un alma llena de ella.

12
SIMON

Da la casualidad de que estoy solo cuando veo a Agatha.

Estoy tumbado en el prado, pensando en la primera vez que llegué aquí: el césped era tan bonito que pensaba que no se nos permitía pisarlo.

Agatha lleva unos pantalones vaqueros y una camisa blanca de gasa, y sube la colina hacia mí ocultando el sol lentamente, por lo que durante un segundo se forma un halo alrededor de su rubia melena.

Sonríe, pero me doy cuenta de que está nerviosa. Me pregunto si me habrá estado buscando. Me incorporo y ella se sienta en el suelo a mi lado.

—Hola —le digo.

—Hola, Simon.

—¿Qué tal te ha ido el verano?

Ella me mira como si no diera crédito a lo absurda que es la pregunta, pero también como si esta conversación ligera le quitara un peso de encima.

—Bien —dice ella—, tranquilo.

—¿Has ido a algún sitio? —le pregunto.

—Solo para las competiciones.

Agatha compite en concursos de salto ecuestre, de manera profesional.

Yo creo que le gustaría saltar representando a Gran Bretaña algún día. ¿O se dirá cabalgar? Yo no sé absolutamente nada de caballos. Una vez intentó subirme a un caballo, y a mí me entró el canguelo.

—Simon, no puedes tenerle miedo a un caballo. Has matado dragones.

—Bueno, no tengo miedo de matarlo, ¿sabes? Pero es que quieres que lo monte.

—¿Has tenido suerte? —le pregunto ahora.

—Un poco —dice ella—. Pero más que de la suerte, depende de la destreza.

—Ah —asiento con la cabeza—. Es verdad. Lo siento.

No me gusta mucho hablar con Agatha de caballos y esas cosas; y no es porque me den miedo. Es solo una más de todas las cosas que nunca dominaré. Todas esas estupideces de gente pija. Regatas y galas y, no sé, partidos de polo. La madre de Agatha tiene sombreros que parecen pasteles de boda.

Me sobrepasa. Ya tengo suficientes cosas de las que preocuparme intentando descubrir qué significa ser mago: jamás podré hacerme pasar por alguien de clase alta.

Quizá Agatha estaría mejor con Baz, después de todo…

Si él no fuera malvado.

Igual parece que estoy enfadado, porque ella se aclara la garganta en tono incómodo.

—¿Quieres que me vaya?

—No —le digo—. No. Me alegro de verte.

—En realidad, ni siquiera me has mirado —dice ella.

Así que la miro.

Es preciosa.

Y yo la quiero. Quiero que todo esté bien.

—Mira, Simon. Yo sé que viste…

La interrumpo.

—Yo no vi nada.

—Bueno, yo sí te vi a ti —dice ella. Eleva la voz—: Y a Penelope, y…

La interrumpo nuevamente.

—No, quería decir que… —esto no me está saliendo bien—. *Sí* que te vi. En el bosque. Y le vi… a él. Pero no pasa nada. Sé que tú nunca… Bueno, sé que tú *nunca lo harías*, Agatha. Y, de todas formas, da igual. Eso pasó hace meses.

Tiene los ojos enormes y confusos.

Agatha tiene unos ojos marrones preciosos. Casi dorados. Y seductoras pestañas largas. Y la piel alrededor de sus ojos brilla como la de un hada. (Agatha no es un hada. Las hadas capaces de usar palabras mágicas son bienvenidas en Watford, si logran encontrar la escuela, pero ninguna ha decidido asistir.)

—Pero, Simon, tenemos que… Me refiero a que, ¿no deberíamos *hablar* de eso?

—Yo preferiría pasarlo por alto —le dije—. No es importante. Y es que…, Agatha, me alegro tanto de verte —le cojo la mano.

Ella me deja que se la coja.

—Yo también me alegro de verte, Simon.

Yo sonrío.

Ella casi me devuelve la sonrisa.

13
AGATHA

Me alegro de verle, siempre me alegro de verle.

Siempre es un gran alivio.

A veces pienso en eso, en cómo será el día que no vuelva.

Algún día, Simon no volverá.

Lo sabe todo el mundo, yo creo que lo sabe hasta el Hechicero. (Penelope lo sabe, pero prefiere hacerse la tonta.)

Es solo que… Es *imposible* que pueda sobrevivir a esto. Lo quieren muerto demasiadas personas. Y

demasiadas cosas peores que personas. Seres oscuros. Criaturas. Lo que demonios sea el Insidioso Humdrum. Todos quieren matarlo, y él no puede seguir sobreviviendo; ha habido demasiadas situaciones en las que se ha salvado de milagro.

Nadie es tan fuerte.

Nadie tiene tanta suerte.

Un día de estos, no volverá, y yo seré una de las primeras personas a las que se lo contarán. Lo he meditado a fondo porque sé que, independientemente de cómo reaccione, no será suficiente.

Simon es el Elegido. Y él me eligió a mí. Y aunque le quiero —nos hemos

criado juntos, pasa todas las Navidades en mi casa, claro que le quiero—, no es suficiente. Lo que sea que sienta por él no es suficiente; no *será* suficiente, cuando le pierda.

¿Y si es como aquella vez que un coche atropelló a nuestro collie? Lloré, pero solamente porque se esperaba de mí que lo hiciera, no porque no fuera capaz de contenerme…

Antes pensaba que quizá reprimía mis sentimientos hacia Simon como medida de autodefensa. Como para protegerme a mí misma del dolor de perderlo, del dolor de tal vez perderlo todo, porque si Simon muere, ¿qué esperanza tenemos los demás?

(¿Qué tipo de esperanza *podemos* tener? Simon no es la solución a nuestros problemas; solo es una postergación de la sentencia.)

Pero no es eso, no es en defensa propia.

Es solo que no quiero a Simon lo suficiente.

No le quiero de la manera que debería quererle.

Tal vez no tenga esa clase de amor en mi interior, quizá esté rota.

Y, si ese es el caso, bien podría seguir con Simon, ¿no? ¿No es ahí donde él me quiere, a su lado? ¿No es ahí donde todo el mundo espera que esté?

¿Y si es el único lugar donde yo

puedo marcar alguna diferencia?

14
SIMON

Paso una hora más o menos con Agatha, pero no hablamos mucho. No le cuento nada del Hechicero.

(¿Qué pasaría si Agatha estuviera de acuerdo con el Hechicero? ¿Qué pasaría si también quiere que me vaya? Yo querría que ella se marchara, si estuviera en peligro en Watford. Joder, ella *está* en peligro aquí. Por mi culpa.)

Cuando vuelvo a mi cuarto, Penny ya está allí, acostada con un libro en la cama de Baz.

—Así que, ¿Agatha y tú ya habéis hablado? —me pregunta.

—Hemos hablado.

—¿Y te lo ha explicado? ¿Lo de Baz?

—Le he dicho que no hacía falta.

Penny suelta su libro.

—¿No quieres saber por qué tu novia se estaba enrollando con tu peor enemigo?

—No sé si es el peor —respondo—. Nunca he hecho una lista de mis enemigos.

—Estoy completamente segura de que tú eres el primero en la lista de Baz.

—De todas maneras, no se estaban enrollando.

Penny niega con la cabeza.

—Si yo me encuentro a Micah un día dándole la manita a Baz, me gustaría que me diera una explicación.

—A mí también me gustaría que te la diera.

—*Simon*.

—Penny. Pues claro que querrías que te diera una explicación. Tú eres así. A ti te gusta exigir explicaciones y luego explicarle a todo el mundo por qué sus explicaciones son una mierda.

—Yo no hago eso.

—*Sí* que lo haces. Pero a mí… Mira, es que no me importa. Ya ha pasado. Agatha y yo estamos bien.

—Me pregunto si también habrá

pasado para Baz.

—A la mierda Baz, él hará todo lo que esté en su mano para sacarme de quicio.

Y empezará a hacerlo en cuanto aparezca. Que puede ser en cualquier momento…

Ya ha llegado casi todo el mundo. Nadie quiere perderse el pícnic de bienvenida en el Gran Prado esta noche. Siempre es una juerga. Juegos. Fuegos artificiales. Magia espectacular.

Quizá Baz no venga al pícnic: aunque eso no ha pasado nunca, sería una idea agradable.

Penny y yo quedamos con Agatha en el prado.

No veo a Baz, pero hay mucha gente; si él quisiera evitarme, no le costaría mucho. (Normalmente Baz se *asegura* de que me percate de su presencia.)

Los alumnos más jóvenes están jugando y comiendo tarta, algunos vestidos con sus uniformes de Watford por primera vez. Los sombreros ladeados, las corbatas torcidas. Hay carreras y cánticos. Me he ahogado un poco cantando el himno de la escuela; hay un verso sobre «los años dorados en Watford / los años brillantes y

mágicos», y eso me recuerda otra vez que esto ya se acaba. Cada día de este año será el último que viva de esta manera.

El último pícnic de bienvenida.

El último día de comienzo de curso.

Me estoy poniendo como un cerdo a comer, pero a Penny y Agatha no les importa, y los huevos y los sándwiches de berro están para chuparse los dedos. Además, hay pollo asado. Pastel de carne de cerdo. Tartaletas especiadas con glaseado de limón amargo. Y jarras de leche fría y refresco de frambuesa.

Sigo alerta, esperando el momento en que aparezca Baz y lo estropee todo. No dejo de mirar por encima de mi

hombro. (Quizá esto forme parte de su plan, estropearme la noche consiguiendo que me obsesione con averiguar cómo me la va a estropear.) Creo que Agatha también está ansiosa por verle.

Una de las cosas que no me preocupan es que el Humdrum nos ataque. Mandó monos voladores para atacar el pícnic de bienvenida de cuarto, y nunca repite el mismo ataque dos veces. (Supongo que podría volver a atacarnos, enviándonos algo que no fueran monos voladores…)

Tras la puesta de sol, los alumnos más jóvenes vuelven a sus cuartos, y los de séptimo y octavo nos quedamos fuera, en el prado. Agatha, Penny yo

buscamos un sitio, y Penny hechiza su chaqueta y la convierte en una manta verde para que nos acostemos sobre ella. Agatha dice que es un desperdicio de magia, cuando dentro hay mantas que podríamos usar perfectamente.

—Se te van a quedar manchas verdes de césped en la chaqueta —dice Agatha.

—La chaqueta ya es verde — Penelope no le hace ni caso.

Es una noche cálida, y a Penelope y Agatha se les da bien la Astronomía. Nos tumbamos de espaldas, y ellas señalan las estrellas.

—Debería ir a buscar mi bola de cristal y predeciros el destino —dice

Penelope, y Agatha y yo gruñimos.

—Mira, te voy a ahorrar las molestias —le digo—. Me verás bañado en sangre, pero no sabrás distinguir de quién es la sangre. Y verás a Agatha preciosa y envuelta en luz.

Penelope hace un mohín con los labios, pero no le dura mucho. Hace demasiada buena noche como para hacer pucheros. Encuentro la mano de Agatha en la manta y, cuando le doy un apretón, ella me lo devuelve.

Este día, esta noche: siento que todo está bien. Mágicamente en su sitio. Como un presagio. (Yo no solía creer en presagios, no soy supersticioso. Pero entonces dimos un tema sobre presagios

en Ciencias Mágicas, y Penny me dijo que no creer en los presagios es como no creer en la reina de Inglaterra.)

Pasada una hora, más o menos, alguien cruza el Velo, directamente hacia el prado. Es la difunta hermana de alguien, que ha vuelto para decirle que no fue culpa suya.

Esta vez guardo la espada yo solo, sin necesidad de que Penny me lo pida.

—Es increíble —dice ella—. Dos Apariciones en un día, y el Velo apenas está empezando a abrirse…

Cuando el fantasma se va, todo el mundo empieza a abrazarse. (Creo que los de séptimo han estado pasándose vino de diente de león y combinados de

Bacardi. Pero nosotros tres no somos delegados de clase, así que no es problema nuestro.) Alguien empieza a cantar el himno de la escuela, y nosotros nos unimos. Agatha canta, a pesar de que se avergüenza de su voz.

Estoy feliz.

Estoy *realmente* feliz.

Estoy en casa.

Me despierto unas horas después, y pienso que Baz ya debe de haber vuelto.

No le veo —no veo nada con esta oscuridad—, pero hay *alguien* conmigo en la habitación.

—¿Penny?

Tal vez sea el Hechicero, otra vez. ¡O el Humdrum! O lo que soñé que veía en la ventana la noche anterior, que justo acabo de recordar…

Nunca me han atacado en mi cuarto: esta sería la primera vez.

Me siento y enciendo la luz sin intentarlo siquiera. A veces me pasa eso, con hechizos pequeños, cuando estoy estresado. Supuestamente, no debería ser así. Penny cree que podría ser telepatía, como si omitiera las palabras para llegar directamente a mi objetivo.

Sigo sin ver nada; pero me da la sensación de escuchar un susurro y una especie de lamento. Las dos ventanas están abiertas. Me levanto, miro afuera,

y luego las cierro. Miro debajo de las camas. Me arriesgo con un **¡A la de una, a la de dos y a la de tres!** y luego con un **¡Sal, ratita, quiero verte la colita!,** que hace que toda mi ropa salga volando del armario. Ya la colocaré mañana.

Me vuelvo a la cama, tiritando.

Hace frío.

Y sigo sin sentir que estoy solo.

15
SIMON

Baz no está en nuestra habitación cuando me despierto.

Le busco en el comedor durante el desayuno, pero tampoco está allí.

Mencionan su nombre durante mi primera clase: Griego, con el Minotauro. (El profesor en realidad se llama Minos; le llamamos «el Minotauro» porque es mitad hombre, mitad toro.)

El profesor Minos menciona el nombre de Baz cuatro veces al pasar lista.

—¿Tyrannus Pitch? ¿Tyrannus Basilton Grimm-Pitch?

Agatha y yo miramos alrededor del aula, luego nos miramos el uno al otro.

Se supone que Baz debería estar en Ciencias Políticas conmigo, también. Penny me obliga a coger Ciencias Políticas; cree que podría terminar siendo el líder del mundo de los Hechiceros algún día después de vencer al Humdrum.

A mí no me importaría pasarme el resto de mi vida ayudando a Ebb con el rebaño si sobrevivo al Humdrum, pero

Ciencias Políticas es bastante interesante, así que la curso todos los años.

Baz también la cursa siempre. Probablemente porque espera reclamar el trono algún día…

La familia de Baz solía administrarlo todo antes de que el Hechicero llegara al poder.

Los magos no tienen reyes ni reinas, pero los Pitch son lo más cercano que tenemos a una familia real: probablemente se habrían coronado a sí mismos si hubieran sospechado que alguien desafiaría su autoridad en algún momento.

La madre de Baz fue la directora de

Watford anterior al Hechicero, lo que la convertía en la persona más importante del mundo de la magia. (Junto al despacho del Hechicero hay un pasillo con retratos de los directores anteriores; es como el árbol genealógico de la familia Pitch.) Su muerte fue la que realmente lo cambió todo, la que llevó al Hechicero al poder.

Cuando el Humdrum mató a la directora Pitch enviando a los vampiros a Watford, todo el mundo se dio cuenta de que el mundo de los Hechiceros *tenía* que cambiar. No podíamos seguir como estábamos, dejando que el Humdrum y los seres oscuros nos exterminaran uno a uno.

Tuvimos que organizarnos.

Tuvimos que pensar en cómo defendernos.

El Hechicero fue elegido Hechicero, jefe del Aquelarre, en una asamblea de emergencia, y también fue elegido director interino de Watford. (Ese, técnicamente, sigue siendo su título.) El Hechicero comenzó con sus reformas inmediatamente.

Si ha tenido éxito o no, depende de a quién se lo preguntes…

El Humdrum todavía sigue ahí fuera.

Pero nadie ha muerto en los terrenos de la escuela desde que el Hechicero se hizo cargo de ella. Y yo sigo vivo, así que supongo que me inclino a decir que

está haciendo un buen trabajo.

Hace algunos años, tuvimos que hacer una redacción de Ciencias Políticas sobre la ascendencia al poder del Hechicero. El trabajo que escribió Baz era prácticamente un llamado a la sublevación. (Eso sí que es tener valor, pensé. Pedir la dimisión del director de tu escuela en un trabajo de clase.)

Baz se trae entre manos un juego muy extraño: expresa públicamente las ideas políticas de su familia —que son básicamente «¡Abajo el Hechicero! ¡Pacífica y legalmente!»—, como si no tuviera nada que esconder, mientras que su familia lidera una verdadera guerra encubierta y peligrosa contra nosotros.

Si les preguntaran a los Pitch por qué odian al Hechicero, se pondrían a dar un discurso sobre «las viejas costumbres» y «la herencia mágica» y «la libertad intelectual».

Pero todo el mundo sabe que lo que ellos quieren es volver a estar al mando. Quieren que Watford vuelva a ser lo que era antes: un lugar exclusivo para los más ricos y poderosos.

El Hechicero *eliminó* el pago de matrículas escolares cuando asumió el puesto, así como las presentaciones orales y las demostraciones de poder de la prueba de acceso. Literalmente, cualquier persona capaz de usar palabras mágicas puede asistir ahora a

Watford, independientemente de su poder o habilidad, incluso si son mitad gnomo por parte de madre o tienen más de sirena que de mago. La escuela tuvo que construir una nueva residencia de estudiantes, la Casa de la Fraternidad, para que hubiera espacio para todos.

—No se puede ser demasiado exigente con la carne de cañón —es la postura de Baz sobre las reformas.

Él odia que le traten como a cualquier otro estudiante, en lugar de como al futuro heredero. Si su madre aún fuera la directora, probablemente tendría una habitación individual y cualquier cosa que se le antojara…

Yo no debería pensar estas cosas. Es

terrible que su madre muriera. Que yo nunca haya tenido padres no significa que no sea capaz de entender lo mucho que debe de doler perder a alguien.

Baz no asiste a clase de Ciencias Políticas, así que vigilo a su mejor amigo, Niall, en su lugar. Niall ni se inmuta cuando pasan lista llamando a Baz, pero se queda mirándome, como si estuviera intentando decirme que él sabe que les sigo la pista y que no le importa una mierda.

Acorralo a Niall después de la clase:

—¿Dónde está?

—¿Tu polla? No la he visto. ¿Le has preguntado a Ebb?

(Sinceramente, no entiendo por qué los cabreros soportan que se digan tantas mierdas sobre lo pervertidos que son. A los vaqueros no les tienen tan fritos.)

—¿Dónde está Baz? —le digo.

Niall intenta zafarse de mí, pero es imposible zafarse de mí si me lo propongo. No es que sea grande, pero sí soy muy tenaz. Y cuando la gente me mira, tienden a recordar todas las criaturas que he matado antes.

Niall se detiene y se echa la mochila al hombro. Es un chico pálido y debilucho con ojos marrones que se hechiza todos los días para que se vuelvan de un color azul turbio. Un

derroche de magia. Él se burla:

—¿Y a ti qué más te da, Snow?

—Es mi compañero de habitación.

—Pensaba que estarías disfrutando de la soledad.

—Y lo estoy.

—¿Entonces?

Me aparto del camino de Niall.

—Si está tramando algo, lo voy a descubrir —le digo—. Siempre lo hago.

—Ah, sí, eres famoso por ello.

—¡Lo digo en serio! —le grito—. ¡Tu falta de sinceridad también es famosa!

Durante la cena, estoy tan ansioso

que casi pulverizo mi pudín de Yorkshire mientras como. (Pudín de Yorkshire. Rosbif. Salsa. Es lo que cenamos todos los años el primer día del curso. Nunca olvidaré mi primera cena en Watford: casi se me salen los ojos de las órbitas cuando vi a la cocinera Pritchard sacar las bandejas de rosbif. En aquel momento, me daba igual si la magia era o no real. Porque el rosbif y el pudín de Yorkshire son tan jodidamente reales como la lluvia.)

—Quizá solo siga de vacaciones, o algo así —dice Penny.

—¿Por qué iba a seguir de vacaciones?

—Su familia viaja —dice Agatha.

Ah, ¿en serio?, me entran ganas de decirle. *¿De eso hablabais cuando estabais solos en el bosque? ¿De vuestra pasión compartida por los viajes?* Yo arranco un trozo de mi panecillo y tiro sin querer el vaso de leche. Penny pone una mueca de asco.

—Baz nunca se saltaría las clases —respondo, recogiendo el vaso. Penny limpia la leche—. A Baz le importa mucho la escuela.

Nadie me lo rebate. Baz siempre ha sido el primero de nuestra promoción. Penny solía ser tan buena como él, pero convertirse en mi compinche terminó afectando a sus notas.

—No soy tu compinche —le gusta

decir a ella—. Soy tu compañera de momentos terroríficos.

—Tal vez —sugiere Penny ahora— su familia haya decidido dejar de fingir que estamos en paz. De todas maneras, cursar octavo no es obligatorio. Antes, mucha gente dejaba los estudios después de séptimo. Quizá los Pitch hayan decido empezar a ir en serio.

—«Y si no la guerra», como decía Sonny Corleone en *El Padrino* —digo.

—Exactamente.

—¿Contra el Hechicero, contra mí o contra el Humdrum?

—No lo sé —dice Penny—. Siempre creí que los Pitch se sentarían a observar cómo ambos bandos se

destruyen.

—Gracias.

—Ya sabes a lo que me refiero, Simon: las Familias Antiguas no quieren que el Humdrum gane. Pero no les importaría que derrotara al Hechicero. Esperarán a atacar cuando crean que el Hechicero está débil.

—Cuando crean que *yo estoy* débil.

—Es lo mismo.

Agatha está mirando hacia la mesa donde normalmente se sienta Baz. Niall y Dev, otro de los amigos de Baz —su primo o algo así—, están sentados uno al lado del otro, hablando con las cabezas muy juntas.

—No creo que Baz haya dejado los

estudios —dice ella.

Penny, sentada enfrente de nosotros, se inclina hasta ocupar el campo de visión de Agatha.

—¿Sabes algo? ¿Qué te contó Baz?

Agatha baja la vista hacia su plato.

—No me contó nada.

—Tuvo que contarte algo —dice Penny—. Fuiste la última en hablar con él.

Yo aprieto los dientes.

—*Penelope* —le digo, sin aflojar la mandíbula.

—Me da igual que hayáis decidido pasar de eso y seguir juntos —dice, agitando una mano en dirección a Agatha y a mí—. Esto es importante. Agatha, tú

conoces a Baz mejor que cualquiera de nosotros. ¿Qué te contó?

—Agatha no le conoce mejor que yo —rebato—. Yo vivo con él.

—Bien, Simon, ¿y qué te contó?

—¡Nada que me hiciera pensar que dejaría los estudios y perdería un curso entero para amargarme la vida!

—Ni siquiera tiene que estar presente para conseguirlo —murmura Agatha.

El comentario me molesta, aunque yo mismo he estado pensando eso mismo: ayer, sin ir más lejos.

—Ya he terminado —les digo—. Me voy a mi habitación. A disfrutar de la soledad.

Penny suspira.

—Cálmate, Simon. No nos castigues solo porque te sientas confundido. *Nosotras* no hemos hecho nada —Penny mira Agatha y ladea la cabeza—. Bueno, *yo* no, al menos…

Agatha también se levanta.

—Tengo deberes que hacer.

Vamos juntos hasta la puerta, y luego Agatha gira hacia los Claustros.

—¡Agatha! —le grito.

Pero no lo hago hasta que está demasiado lejos como para escucharme.

Tengo la habitación para mí solo, y no puedo disfrutarla porque la cama

vacía de Baz ahora me parece siniestra.

Invoco la Espada de los Hechiceros y practico en la habitación mis mandobles, en la parte de Baz.

Él odia que haga eso.

16
SIMON

Baz no aparece en el desayuno a la mañana siguiente. Ni a la siguiente.

Tampoco está en clase.

El equipo de fútbol empieza a entrenar, y otra persona ocupa su posición.

Pasada una semana, los profesores dejan de mencionar su nombre cuando pasan lista.

Vigilo de cerca a Niall y Dev durante algunos días, pero no parece que tengan a Baz escondido en un granero…

Sé que debería alegrarme de que Baz haya desaparecido de mi vida —es lo que siempre he dicho que quería, librarme de él— pero siento que… algo *no está bien.* La gente no desaparece así, sin más.

Baz nunca haría algo así.

Baz es… imborrable. Es una mancha de grasa humana. (Bueno, humana en su mayor parte.)

Tres semanas después de que empiece el semestre, todavía me sorprendo caminando por el campo de fútbol, esperando verle en el entrenamiento del equipo, y al no verle, doy una gran caminata en las colinas detrás de la escuela.

Escucho los gritos de Ebb antes de verla.

—Eh, Simon. ¡Hola!

Está sentada en el césped, un poco más adelante de donde yo me encuentro, con una cabra acurrucada en su regazo.

Ebb pasa la mayor parte del tiempo fuera, en las colinas, cuando hace buen tiempo. A veces deja que las cabras campen a sus anchas por los terrenos de la escuela: dice que se comen las malas hierbas y las plantas depredadoras. Las plantas depredadoras de Watford, en realidad, si pueden, te atrapan: son mágicas. Sin embargo, las cabras no lo son. Le pregunté a Ebb una vez si la magia de las plantas hace daño a las

cabras cuando se las comen.

—Son cabras, Simon —respondió ella—. Pueden comer cualquier cosa.

Cuando me acerco, me doy cuenta de que Ebb tiene los ojos rojos. Se los seca con la manga del jersey. Es un jersey viejo del uniforme de Watford, cuyo color ha pasado del rojo al rosa y con manchas marrones alrededor del cuello y las muñecas.

Si se tratara de cualquier otra persona, me preocuparía. Pero Ebb es un poco llorona. Se parece a Ígor, el burrito de Winnie the Pooh, si Ígor se pasara el día con las cabras en lugar de dejar que Winnie the Pooh y Piglet le animaran.

A Penelope le ponen de los nervios los lloriqueos, pero a mí no me importan. Lo bueno de Ebb es que ella nunca le dice a nadie que no baje la cabeza o que mire el lado positivo de las cosas. Es bastante reconfortante.

Me tumbo en el césped a su lado y acaricio el lomo de la cabrita con la mano.

—¿Qué andas haciendo aquí arriba? —me pregunta Ebb—. ¿No deberías estar en el entrenamiento de fútbol?

—No estoy en el equipo.

Ella rasca a la cabra detrás de las orejas.

—¿Desde cuándo es eso un impedimento?

—Yo…

Ebb se sorbe la nariz.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Ay, claro —sacude la cabeza, y los mechones de pelo alrededor de sus orejas salen despedidos. Tiene el pelo rubio, y sucio, y lo lleva siempre cortado recto por encima de la mandíbula y alrededor de la frente.

—Es por la época del año —dice ella.

—¿El otoño?

—El comienzo del curso. Me recuerda a mis días de estudiante. No se puede retroceder en el tiempo, Simon, nunca puedes volver atrás… —vuelve a restregarse la nariz con la manga, y

luego frota la manga en el pelaje de la cabra.

No le recuerdo a Ebb que ella nunca se ha marchado de Watford. No quiero burlarme de ella: a mí me parece un buen trato, pasar aquí el resto de tu vida.

—No todo el mundo ha vuelto —le digo.

Se le descompone el rostro.

—¿Hemos perdido a alguien?

El hermano de Ebb murió cuando eran muy jóvenes. Es una de las razones por las que siempre está tan triste: nunca lo superó. No quiero que se ponga a hablar de eso otra vez…

—No —le digo—. Me refiero, a Baz. Basil no ha vuelto.

—Ah —dice ella—, el joven señorito Pitch. Volverá, seguramente. Su madre valoraba mucho la educación.

—¡Eso digo yo!

—Bueno, tú eres quien mejor le conoce —dice ella.

—¡Eso también digo yo!

Ebb asiente y acaricia a su cabra.

—Y pensar que os llevabais como el perro y el gato —me mira con gesto inquisitivo. Sus ojos son pequeños y azules, de un azul brillante, más brillante quizá por la suciedad de su rostro.

—Ebb —insisto—, intentó matarme.

—No lo consiguió —se encoge de hombros—. Y hace mucho de eso.

—¡Ha intentado matarme tres veces!

¡Que yo sepa! ¡No importa que no lo consiguiera!

—Un poco sí que importa —dice ella—. Además, ¿qué edad tenía la primera vez, once? ¿Doce? Eso difícilmente puede contar.

—Para mí sí que cuenta —le digo.

—¿En serio?

Resoplo.

—Sí, Ebb, cuenta. Baz me odiaba antes incluso de conocerme.

—Precisamente por eso —dice ella.

—¡Precisamente! —respondo yo.

—Yo solo digo —añade— que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que tuve que separaros con un hechizo.

—Bueno, no hay ninguna razón para estar todo el día enganchados —le digo —. No nos lleva a ninguna parte. Y duele. Sospecho que estamos esperando.

—¿El qué? —pregunta ella.

—El final.

—¿El final de curso?

—El final de los finales —digo—. La gran pelea.

—Así que te estabas reservando para esto, y, ahora, ¿resulta que él no ha vuelto para la gran pelea?

—¡Precisamente!

—Bueno, yo no perdería la esperanza —dice Ebb—. Yo creo que va a volver. Su madre siempre valoró la buena educación. La echo de menos, en

esta época del año…

Se seca los ojos con la manga. Yo suspiro. A veces, con Ebb, es mejor limitarse a disfrutar del silencio. Y de las cabras.

Pasan tres semanas. Cuatro, cinco, seis.

Yo me detengo a buscar a Baz en todos los lugares en los que se supone que debería estar.

Ahora, cada vez que escucho a alguien en las escaleras fuera de mi habitación, sé que es Penny. Incluso a veces la dejo quedarse a pasar la noche a dormir en la cama de Baz: no parece

haber ningún peligro inmediato de que él irrumpa en el cuarto y la prenda fuego por ello. (El Anatema del Compañero de Cuarto no impide que se pueda hacer daño dentro de la habitación a una persona que no viva en ella.)

Interrogo a Niall unas cuantas veces más, pero nada indica que sepa dónde está Baz. Más bien, parece que Niall esté esperando que yo encuentre algunas respuestas.

Siento que debería hablar con el Hechicero sobre esto. Sobre Baz. Pero no *quiero* hablar con el Hechicero. Tengo miedo de que siga queriendo mandarme lejos de aquí.

Penny dice que no tiene sentido

evitarle.

—No es como si ahora resultaras invisible al radar del Hechicero.

Pero tal vez lo sea… Y eso también me molesta.

El Hechicero suele pasar tiempo fuera de Watford a menudo, pero apenas ha estado en la escuela durante este semestre. Y siempre que está aquí, va rodeado de sus Hombres.

En situaciones normales, estaría comprobando cómo estoy. Me llamaría a su despacho. Me encargaría misiones, me pediría ayuda. A veces pienso que el Hechicero realmente necesita mi ayuda —él puede confiar en mí más que en ninguna otra persona—, pero otras

pienso que lo único que quiere es ponerme a prueba. Para ver de qué pasta estoy hecho. Para mantenerme a raya.

Un día estoy sentado en clase cuando veo que el Hechicero se dirige sin compañía a la Torre de los Lamentos. En cuanto la clase termina, me dirijo hacia allí.

Es un edificio alto de ladrillo rojo, uno de los más antiguos de Watford, casi tan antiguo como la capilla. Se llama Torre de los Lamentos porque hay una vid que crece cada verano de arriba hacia abajo, provocando que el edificio haya comenzado a inclinarse hacia delante en los últimos años, casi como si se estuviera encogiendo de dolor. Ebb

dice que no hay que preocuparse de que se derrumbe: los hechizos siguen siendo poderosos.

El comedor está en la planta baja de la Torre, ocupando el piso entero, y encima se encuentran las aulas y las salas de juntas y las cámaras de invocación; el despacho del Hechicero y el santuario están en lo más alto.

El Hechicero va y viene dependiendo de su necesidad. El Hechicero tiene que rastrear y cazar al Humdrum por todo el mundo mágico —el mundo mágico británico, al menos—, lo cual ocupa una gran parte de su tiempo.

El Humdrum no solo me ataca a mí.

Eso ni siquiera es lo peor de todo esto. (Si lo fuera, el resto de los magos probablemente ya me habrían sacrificado a él.)

La primera vez que el Humdrum apareció, hace casi veinte años, empezaron a aparecer unos agujeros en la atmósfera mágica. Parece que el Humdrum (¿él? ¿ello?) es capaz de absorber la magia de un lugar, probablemente para usarla en nuestra contra.

Ir a uno de estos puntos muertos es como entrar en una habitación sin atmósfera. Simplemente, no hay nada que absorber, no hay magia: incluso yo me quedo seco.

La mayoría de los magos son incapaces de soportarlo. Están tan acostumbrados a la magia, a sentirla, que sin ella enloquecen. Así fue cómo el monstruo obtuvo su nombre. En inglés, el término «humdrum» significa tedio, y uno de los primeros magos que se enfrentó a él describió el ataque como «un insidioso tedio, una mundanidad que se instala sigilosamente en lo más profundo del alma».

Los puntos muertos permanecen muertos. Un mago recupera *su* magia si se aleja de ellos, pero la magia nunca vuelve a ese lugar.

Hay magos que han tenido que abandonar sus hogares debido a que el

Humdrum ha succionado la magia que contenían.

Sería un desastre si el Humdrum llegara a Watford en algún momento.

Hasta ahora, siempre ha enviado a otra persona —u otra *cosa,* un ser oscuro— a por mí.

Al Humdrum no le cuesta encontrar aliados. A todos los seres oscuros de este mundo y a sus vecinos les gustaría ver caer a los magos. Los vampiros, los hombres lobo, los demonios y las almas en pena, las mantícoras, los trasgos, todos ellos nos guardan rencor. Nosotros podemos controlar la magia, mientras que ellos no. Además, los tenemos a raya. Si los seres oscuros se salieran

con la suya, el mundo de los Normales sería un caos absoluto. Ellos tratan a los Normales como ganado. Nosotros —los magos— necesitamos que los Normales vivan sus vidas normales, relativamente ajenas a la magia. Nuestros hechizos dependen de que ellos puedan hablar con libertad.

Eso explica por qué los seres oscuros nos odian.

Pero todavía sigo sin saber por qué el Humdrum viene a por mí específicamente. Porque soy el Hechicero más poderoso, supongo. Porque soy la mayor amenaza.

El Hechicero dice que él mismo siguió la estela de mi poder como si

fuera un faro de luz cuando llegó el momento de traerme a Watford.

Quizá ese también sea el método del Humdrum para encontrarme.

Subo una escalera de caracol hasta lo alto de la Torre de los Lamentos, que da a un vestíbulo circular. El escudo de la escuela está tallado en una placa de mármol en el suelo y está tan pulido que parece que está mojado. Y el techo en forma de cúpula tiene un mural de Merlín invocando la magia con las manos extendidas hacia el cielo y la boca abierta. Se parece un poco a Stephen Fry, el presentador del programa *Muy Interesante*.

Hay dos puertas. El despacho del

Hechicero está detrás de la puerta alta de la izquierda, la que está coronada por un arco. Y el santuario, sus aposentos, se encuentran detrás de la puerta más pequeña de la derecha.

Primero llamo a la puerta de su despacho: nadie responde. Evalúo la opción de llamar a la puerta de sus aposentos, pero me da la sensación de que es demasiado intrusivo. Quizá lo mejor sea dejarle una nota.

Abro la puerta del despacho del Hechicero —está custodiada por hechizos, pero las custodias están programadas para dejarme entrar—, y luego entro muy despacio, por si acaso le estuviera molestando…

Está oscuro. Las cortinas están echadas. Las paredes suelen estar cubiertas de libros, pero han sacado un buen montón de las estanterías y están apilados en montículos alrededor del escritorio.

No enciendo la luz. Ojalá hubiera traído algún papel, o algo: no quiero revolver el escritorio del Hechicero. No es el tipo de escritorio que tenga pósits, o un cuaderno donde dejar notas mientras su dueño se encuentra fuera.

Cojo una pluma estilográfica que pesa mucho. Hay unas cuantas hojas de papel sobre su escritorio, listas con fechas, y le doy la vuelta a una y escribo:

Señor, me gustaría hablar con usted cuando tenga un momento. Sobre muchas cosas. Sobre mi compañero de cuarto.

Y, después, añado:

(T. Basilton Grimm-Pitch.)

Y, entonces, me arrepiento inmediatamente de haber escrito eso, porque el Hechicero sabe perfectamente quién es mi compañero de cuarto, y ahora parece que la nota la hubiera firmado él. Así que, entonces, *sí* la firmo:

Simon

—Simon —dice alguien, y me sobresalto, dejando caer la pluma.

La señorita Possibelf está de pie en el vano de la puerta, pero no entra al despacho.

La señorita Possibelf es nuestra profesora de Palabras Mágicas y la jefa de estudios. Es mi profesora favorita. No es exactamente simpática, pero creo que se preocupa de verdad por nosotros, y a veces se muestra más humana que el Hechicero. (A pesar de que creo que ella no es exactamente humana…) Es mucho más probable que ella note si

alguien se siente enfermo o triste, o si le han cercenado el pulgar y le pende de un tendón, que el director.

—Señorita Possibelf —le digo—. El Hechicero no está.

—Eso ya lo veo. ¿Tú tienes algo que hacer en su despacho?

—Creía que quizá se encontraría aquí. Me gustaría hablar con él de unas cuantas cosas.

—Estuvo aquí esta mañana, pero se ha vuelto a marchar.

La señorita Possibelf es alta y de complexión ancha, con una gruesa trenza plateada que cuelga por su espalda. Es una mujer increíblemente elegante y elocuente, y si se dirige directamente a

ti, su voz te produce una especie de cosquilleo en los oídos.

—Puedes hablar conmigo —dice ella.

Sigue sin entrar en el despacho: no debe de tener permiso para traspasar las custodias.

—Bueno —le digo—, en parte tiene que ver con Baz. Basil. No ha vuelto a la escuela.

—Sí, me he dado cuenta —dice ella.

—¿Sabe usted si va a volver?

Ella baja la vista hacia su varita, un bastón, y mueve el mango en círculos.

—No estoy segura.

—¿Ha hablado con sus padres? —le pregunto.

Ella me mira.

—Eso es confidencial.

Asiento con la cabeza y le doy una patada al costado del escritorio del Hechicero: entonces me doy cuenta de lo que estoy haciendo y doy un paso atrás, pasándome los dedos por la parte delantera del cabello.

La señorita Possibelf se aclara la garganta con gracia; incluso a través de la habitación, me llega una especie de vibración a la nuca.

—Lo que sí te *puedo* decir —indica — es que es política de la escuela contactar con los padres de un estudiante cuando un alumno no regresa al comienzo del semestre…

—Entonces, ¿han hablado con los Pitch?

Ella entrecierra sus ojos marrones.

—¿Qué es lo que esperas descubrir, Simon?

Dejo caer mi mano en señal de frustración.

—La verdad. ¿Está muerto? ¿Está enfermo? ¿Ha comenzado la guerra?

—La verdad…

Sigo esperando a que ella parpadee. Hasta los magos parpadean.

—La verdad —dice ella— es que no tengo respuestas para esas preguntas. Sus padres han sido contactados. Están al tanto de que Baz no ha regresado a la escuela, pero ellos no han dado ninguna

explicación. El señor Pitch ya tiene la mayoría de edad legal, igual que usted: es técnicamente un adulto. Si no asiste a la escuela, no soy responsable de su bienestar.

—¡Pero usted no puede simplemente ignorar que un alumno no vuelva a la escuela! ¿Y si está tramando algo?

—Eso, entonces, concierne al Aquelarre, no a la jefatura de estudios.

—Si Baz está ahí fuera organizando una revolución —insisto—, eso nos concierne a todos.

Ella me mira. Saco la mandíbula y me mantengo firme. (Esta es mi estrategia estándar cuando no sé qué otra cosa hacer.) (Porque es algo que se me

da bien…)

La señorita Possibelf cierra los ojos, pero no da la sensación de que necesite parpadear: es más bien como si se estuviera rindiendo. *Bien*.

Me mira.

—Simon, sabes que me preocupo por ti y que siempre soy sincera contigo. Pero no sé dónde está Basilton. Tal vez esté por ahí planeando algo terrible; espero que no, por su bien y por el tuyo. Lo único que sé es que cuando hablé con su padre, él no parecía sorprendido, aunque sí incómodo; era consciente de que su hijo no estaba aquí, y no parecía muy contento. ¿Sinceramente, Simon? Parecía un hombre al borde de perder la

paciencia.

Resoplo con fuerza por la nariz y asiento con la cabeza.

—Eso es todo lo que sé —dice ella —. Si soy capaz de averiguar algo más, te lo haré saber.

Asiento nuevamente.

—Ahora, tal vez debas ir a comer.

—Gracias, señorita Possibelf.

Cuando paso a su lado en el vano de la puerta, ella intenta darme una palmada en el brazo, pero yo sigo caminando, y la situación se torna incómoda. Escucho cómo se cierra la pesada puerta de roble detrás de nosotros.

Me salto el almuerzo y voy a dar un

paseo que se convierte en una carrera que se convierte en derribar a espadazos un árbol en la linde del bosque.

Me cuesta creer que la espada aparezca cuando la invoco.

17
SIMON

Dejo de buscar a Baz en todos los lugares en los que se supone que debería estar…

Pero no dejo de intentar averiguar dónde está.

Me ha dado por salir a pasear por el Bosque Velado por las noches. Penny se da cuenta de la cara que tengo y no intenta acompañarme. Agatha está siempre encerrada haciendo deberes y cosas de la escuela; debe de estar haciendo un esfuerzo especial este año:

quizá su padre le haya prometido regalarle un caballo nuevo, o algo así.

Antes me encantaba el bosque, me parecía relajante.

Después de algunas noches, me doy cuenta de que no me limito a vagar sin rumbo por el bosque; lo estoy recorriendo como si lo estuviera inspeccionando. Igual que lo inspeccionamos el año que Elspeth desapareció: todos cogidos de las manos, caminando en hileras, marcando las parcelas que ya habíamos recorrido. Yo voy marcando mentalmente las parcelas recorridas, alumbrándome el paso con hechizos y blandiendo la espada de un lado a otro para apartar las

ramas del camino. Si sigo así, voy a terminar podando el maldito bosque.

No encuentro nada. Solo consigo asustar a los duendecillos. Y una ninfa sale a decirme que, básicamente, soy un apocalipsis con patas para el bosque.

—¿Qué es lo que estás buscando? —me pregunta la ninfa, flotando sobre el suelo aunque le haya dicho que me da mucha grima. Su pelo parece musgo, y va vestida como una de esas chicas de los *mangas* japoneses, con botas victorianas y una sombrilla.

—A Baz —le respondo—. Mi compañero de cuarto.

—¿El muerto? ¿El de los ojos bonitos?

—Sí —¿Baz está *muerto*? Nunca había pensado así en él. Bueno, supongo que lo dice porque es un vampiro—. Espera, me ¿estás diciendo que está muerto? ¿Muerto de verdad?

—Todos los chupasangres están muertos.

—¿De verdad le has visto comer sangre?

Ella se me queda mirando. Mi espada está clavada en el suelo, al lado de mis pies.

—¿Qué es lo que buscas, Elegido? —ahora parece molesta al dirigirse a mí, y posa su sombrilla verde sobre su hombro.

—A mi compañero de cuarto, Baz.

El chupasangres.

—No está aquí —me responde ella.

—¿Estás segura?

—Más segura que tú.

Suspiro y clavo mi espada más profundamente en el suelo.

—Bueno, yo no estoy nada seguro.

—Estás consumiendo la buena voluntad de este bosque, mago.

—¿Cuántas veces tengo que salvar el bosque para caerle bien a tu gente?

—No sirve de nada que lo salves si vas a terminar talándolo.

—Estoy buscando a mi compañero de cuarto.

—A tu enemigo —me responde.

Tiene la piel de color marrón

grisáceo, llena de surcos y ondulaciones como la corteza de un árbol, y sus ojos brillan como los hongos que crecen en las profundidades del bosque.

—No importa lo que sea —le digo —, sabes a quién me refiero; ¿cómo puedes estar tan segura de que no está aquí?

La ninfa echa la cabeza para atrás, como si estuviera escuchando a los árboles que hay detrás de ella. Todos sus movimientos suenan como una brisa que se meciera entre las ramas.

—Él no está aquí —me dice—. A menos que se esté escondiendo.

—¡Pues claro que se está escondiendo! Se está escondiendo en

algún maldito lugar.

—Si *nosotros* no podemos verle, mago, tampoco tú podrás hacerlo.

Recojo mi espada y vuelvo a enfundarla en mi cadera.

—Pero ¿me contaréis si veis algo?

—Probablemente no.

—¡Eres imposible!

—Soy improbable.

—Esto es importante —le digo—. Una persona muy peligrosa está desaparecida.

—Para mí no es peligrosa —responde con un siseo—. No es peligroso para mis hermanas. Nosotras no sangramos. No nos involucramos en esos juegos mezquinos de ver quién es

más poderoso.

—Quizá se te haya olvidado que la de los Pitch es la Casa del Fuego —digo, señalando los árboles que hay detrás de ella, todos tan inflamables.

Alza la cabeza repentinamente, y su sonrisa se tuerce. Se cambia la sombrilla de hombro.

—De acuerdo —me responde con un silbido.

—¿Está bien?

—Si vemos a tu guapo chupasangres, le diremos que le estás buscando.

—No estás siendo de mucha ayuda.

—Se lo diremos a la criatura dorada, entonces.

—¿A la criatura dorada? ¿Yo soy la

criatura dorada?

Ella frunce la nariz y menea su melena de musgo, de la que brotan flores.

—¿Entonces quién?

—Tu criatura dorada. Su criatura dorada. Vuestro pistilo y estigma.

—Pistola… ¿Te refieres a Agatha?

—La hermana de cabellos de oro.

—¿Se lo contarás a Agatha, si ves a Baz?

—Sí —hace girar su sombrilla—. Nos parece pacífica.

Suspiro de nuevo y me froto el dorso de la mano contra la frente.

—Os he salvado por lo menos tres veces. Al bosque entero. Eres

consciente de eso, ¿verdad?

—¿Qué estás *buscando*, Elegido?

—Nada —levanto las manos al aire y me doy la vuelta para irme, dándole una patada al plantón de árbol más cercano—. ¡Nada!

Nunca pasa nada bueno en el Bosque Velado.

Camino por el bosque.

Camino por los campos.

Recorro todos los terrenos de la escuela entre clases, asomándome a edificios vacíos, abriendo puertas que llevan mucho tiempo cerradas.

A veces, el interior de la escuela me

parece tan grande como el conjunto de los terrenos cercados y los campos que rodean los edificios.

Hay habitaciones y pasillos secretos. Alas enteras ocultas que solo se te revelan si conoces el hechizo o posees el artilugio correcto.

Hay un piso extra entre la segunda y la tercera planta de los Claustros. (Penny lo llama «el bonus».) Es un reflejo del piso que está arriba. Todas las cosas que ocurren arriba, pasan allí también, pero con un día de retraso.

Hay un foso debajo del foso.

Y laberintos en las colinas.

Hay tres portones escondidos, y solamente he conseguido abrir uno de

ellos.

A veces tengo la sensación de que llevo toda la vida buscando el mapa, o la clave que haga que Watford —que todo el mundo de los Hechiceros— cobre sentido.

Pero lo único que encuentro son piezas del puzle. Es como si estuviera en un cuarto oscuro y solamente tuviera luz suficiente para iluminar una esquina cada vez.

Me pasé una buena parte de quinto merodeando por las catacumbas que hay debajo de la Capilla Blanca buscando a Baz. La capilla está en el centro de Watford, es el edificio más antiguo. Nadie sabe si Watford comenzó siendo

una escuela u otra cosa. Tal vez fuera una abadía mágica, o un asentamiento de magos: eso es lo que me gustaría creer. Me imagino una ciudad amurallada en la que los magos convivieran, sin esconderse, una comunidad mágica.

Las catacumbas se extienden bajo la capilla y más allá. Seguramente haya muchas maneras de bajar hasta ellas, pero yo solo conozco una.

En quinto, siempre veía a Baz escabullirse hacia la capilla después de cenar. Creía que debía de estar tramando algo: una conspiración.

Lo seguía hasta la capilla, a través de las altas puertas terminadas en arco que nunca cierran con llave, y luego por

detrás del altar, y del santuario y del Rincón de los Poetas, a través de la puerta secreta y abajo hasta las catacumbas.

Las catacumbas son completamente espeluznantes. Agatha nunca hubiera bajado conmigo, y Penelope solo me acompañó al principio, cuando todavía creía que Baz estaba tramando algo.

Dejó de hacerlo en quinto. También dejó de acompañarme a ver los partidos de fútbol de Baz. Y dejó de esperar conmigo en el pasillo afuera del balcón donde Baz recibe clases de violín.

Pero yo no me daba por vencido. No ahora que todas las piezas estaban empezando a encajar y tener sentido.

La sangre en los puños de la camisa de Baz. El hecho de que pudiera ver en la oscuridad. (Volvía a nuestra habitación en mitad de la noche y se cambiaba para irse a dormir sin encender una sola luz.) Después encontré una pila de ratas muertas en el sótano de la capilla, completamente estrujadas y secas, como limones exprimidos.

Estaba solo cuando por fin di con él. En la profundidad de las catacumbas, en el interior de Le Tombeau des Enfants, la Tumba de los Niños. Baz estaba sentado en un rincón, rodeado de hileras de cráneos apilados como naranjas en las paredes a su alrededor.

—Me has encontrado —me dijo.

Yo ya había desenvainado mi espada.

—Sabía que lo haría.

—¿Y ahora qué? —ni siquiera se levantó. Se limitó a sacudirse el polvo de los pantalones grises y recostarse contra los huesos.

—Ahora me vas a contar qué es lo que estás tramando —le contesté.

Se echó a reír. Baz se pasó aquel año entero riéndose de mí, pero aquel día su risa sonó más apagada de lo habitual. Había antorchas iluminando el cuarto gris con una luz anaranjada, pero su piel seguía siendo blanca como la tiza.

Recompuse mi postura, separé los pies alineándolos con mis caderas, cuadré los hombros.

—Murieron en una plaga —dijo Baz.

—¿Quiénes?

Baz levantó la mano y yo retrocedí, encogiéndome.

Él enarcó una ceja y movió su mano con una floritura para señalar el cuarto a nuestro alrededor.

—Ellos, *les enfants* —un mechón de cabello negro le cayó sobre la frente.

—¿Por eso estás aquí? ¿Para intentar rastrear una plaga?

Baz me miró fijamente. Él tenía dieciséis años: yo también, pero

siempre me hacía sentir como si tuviera cinco. Siempre me hacía sentir un niño pequeño, como si nunca fuera a estar a su altura. Como si él hubiera nacido sabiéndolo todo acerca del mundo de los Hechiceros: aquel era su mundo. Lo llevaba en el ADN.

—Sí, Snow —me dijo—. Estoy aquí para encontrar una plaga. La voy a poner en un matraz humeante y voy a infectar toda Metropolis.

Aferré la espada con fuerza.

Baz parecía aburrido.

—¿Qué estás haciendo aquí abajo? —exigí saber mientras blandía mi espada en el aire.

—Sentarme —dijo.

—*No*. No me vengas con esas. Por fin te he encontrado, después de todos estos meses; y vas a tener que contarme qué estás tramando.

—La mayor parte de los estudiantes murieron —dijo él.

—Ya vale. Deja de distraerme.

—Mandaron a los que estaban sanos a sus casas. Mi tatarataratío era el director; él se quedó aquí para ayudar a los enfermos y los moribundos. Su cráneo también está aquí abajo. Quizá podrías ayudarme a encontrarlo; dicen que he heredado su ceño aristocrático.

—No te estoy escuchando.

—La magia no les ayudó —dijo Baz.

Tensé la mandíbula.

—En aquella época todavía no tenían un hechizo para la plaga —continuó hablando—. No había palabras mágicas con el suficiente poder, con el poder adecuado.

Avancé un paso.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Baz empezó a tararear para sí mismo:

—Al corro de la patata / comeremos ensalada…

—¡Contéstame, Baz!

—Lo que comen los señores, / naranjitas y limones…

Blandí la espada hacia la pila de huesos al lado de Baz, haciendo rodar y repiquetear un montón de cráneos.

Él me dedicó una mueca de disgusto, deteniendo los cráneos con su varita con un **¡A sus puestos!** Los cráneos dieron media vuelta en el aire y regresaron a sus lugares.

—Muestra un poco de respeto, Snow —me dijo bruscamente, luego hundió los hombros y volvió a recostarse—. ¿Qué quieres de mí?

—Quiero saber qué te traes entre manos.

—Esto es lo que me traigo entre manos.

—Estar sentado en una maldita tumba con un montón de huesos.

—No solamente son huesos. Son *alumnos*. Y profesores. Todos los que

mueren en Watford son enterrados aquí.

—¿Y qué?

—*¿Y qué?* —repitió él, imitándome.

Le gruñí.

—Mira, Snow… —se levantó. Era más alto que yo; siempre ha sido más alto que yo. Incluso aquel verano en el que crecí casi diez centímetros, juro que ese maldito hijo de puta creció doce—. Me has estado siguiendo —dijo—. Me has estado buscando. Y ahora ya me has encontrado. No es culpa mía que no hayas encontrado lo que sea que estés buscando.

—Sé lo que eres —le dije con un gruñido amortiguado.

Clavó sus ojos en los míos.

—¿Tu compañero de cuarto?

Le volví a gruñir y levanté la espada unos centímetros.

—¡Eres un vampiro! —le grité. Él debió de sentir la ráfaga de mi aliento sobre su cara.

Baz comenzó a reírse.

—¿En serio? ¿Crees que soy un *vampiro?* Bueno, bueno, por Aleister Crowley…, ¿y qué piensas hacer al respecto?

Se sacó una petaca del bolsillo interior de la chaqueta y le dio un sorbo. No me había dado cuenta de que había estado bebiendo: mi espada descendió un poco. Me esforcé por recordarme que tenía que mantener la posición de

ataque, y la volví a levantar.

—¿Clavarme una estaca en el corazón? —me preguntó, dejándose caer otra vez en la esquina y apoyando un brazo sobre una pila de cráneos—. ¿Cortarme la cabeza, quizá? Eso solo funciona si mantienes la cabeza separada de mi cuerpo, y aun así podría caminar: mi cuerpo no se detendría hasta encontrar mi cabeza… Lo mejor sería usar fuego, Snow, es la única solución.

Quería partirle en dos con mi espada. Justo en aquel momento y aquel lugar. Por fin, joder.

Pero seguían viniéndome a la cabeza las palabras de Penelope:

—¿Cómo sabes que es un vampiro,

Simon? ¿Le has visto beber sangre? ¿Te ha amenazado alguna vez? ¿Ha intentado someterte?

Quizá lo hubiera hecho: tal vez por eso llevaba meses siguiéndole.

Y ahora le había encontrado.

—Haz algo —me dijo burlonamente —. Sálvale a alguien el día, Snow, o la noche. Rápido, antes de que yo… Mmm ¿qué cosa horrible podría hacer? Para todos los de aquí abajo ya es demasiado tarde: solo podría hacerte daño a ti, ¿no? Y la verdad, creo que no estoy de humor para chuparte la sangre. ¿Y si te convierto accidentalmente? Entonces estaría condenado a ver tu piadosa cara por el resto de la eternidad —Baz negó

con la cabeza y le dio otro sorbo a su petaca—. No creo que ser un no-muerto te favoreciera, Snow. Te estropearía ese bonito color de piel —volvió a reírse de mí, aunque sin alegría. Y cerró los ojos como si estuviera hecho polvo.

Seguramente lo estaba. Yo lo estaba. Llevábamos jugando al gato y al ratón en las catacumbas todas las noches varias semanas.

Bajé la espada, pero la dejé desenvainada, luego abandoné la pose de combate.

—Yo no tengo que hacer nada —le dije—. Ya sé lo que eres. Ahora solo tengo que esperar a que cometas un error.

Compuso una mueca de dolor sin abrir los ojos.

—¿En serio, Snow? ¿Ese es tu plan? ¿Esperar a que yo mate a alguien? Eres el peor Elegido que jamás haya sido elegido.

—Vete a la mierda —le dije.

Lo que siempre significa que he perdido la discusión. Me dispuse a salir de la tumba. Necesitaba hablar de aquello a fondo con Penelope, necesitaba reorganizarme.

—Si hubiera sabido que era así de fácil deshacerme de ti, te hubiera dejado atraparme hace semanas —gritó Baz a mis espaldas mientras me alejaba.

Me dirigí a la superficie, con la

esperanza de que no tuviera la capacidad de convertirse en un murciélago y perseguirme volando. (Penny me contó que eso era un mito. Pero aun así…)

Todavía podía escucharlo cantar, incluso después de llevar diez minutos caminando:

—Achupé, achupé, sentadito me quedé.

No he vuelto a las catacumbas desde aquella noche…

Espero hasta que estoy bastante seguro de que todo el mundo se ha ido a la cama y con un poco de suerte estén

dormidos: entonces me escabullo a la Capilla Blanca.

Dos bustos resguardan la puerta secreta en el Rincón de los Poetas: los dos magos poetas modernos más famosos, Groucho Marx y P. G. Wodehouse.

Tengo un trozo de cuerda de nailon, y ato uno de los extremos al cuello de Groucho.

La puerta en sí, un panel en la pared, siempre está cerrada, pero no tiene llave. Lo único que se necesita para abrirla es deseo genuino de cruzarla. Y la mayoría de la gente no quiere entrar aquí.

La puerta se abre de par en par para

mí. Y se cierra a mis espaldas cuando entro. Inmediatamente noto que el aire que me rodea es más frío. Enciendo una de las antorchas colgadas de la pared y escojo el primer camino que tomaré.

Abajo, en los serpenteantes túneles de las catacumbas, uso todos los hechizos reveladores y los que sirven para encontrar cosas perdidas que conozco. **(¡Sal, ratita, quiero verte la colita! ¡Arriba el telón! Scooby-dooby-doo, ¿dónde estás?)** Llamo a Baz por su nombre completo: eso hace que un hechizo sea más difícil de resistir.

Dominar las palabras mágicas es complicado. A veces, para revelar algo oculto, tienes que usar el lenguaje de la

época en la que fue escondido. Y, a veces, una frase antigua deja de funcionar cuando todo el mundo se cansa de decirla.

Yo nunca he dominado bien las palabras mágicas.

En parte por eso soy tan mal mago.

—Las palabras son muy poderosas —nos dijo la señorita Possibelf en nuestra primera clase de Palabras Mágicas. Nadie le estaba prestando atención; a la mayoría de los alumnos no les estaba contando nada nuevo. Pero yo estaba intentando grabármelo todo en la memoria—. Y adquieren más poder cuanto más las pronuncias —continuó diciéndonos—, y también cuanto más las

lees y las escribes, siempre que las combines de la manera adecuada. La clave para hechizar algo es conectar con ese poder. No solo hay que pronunciar las palabras, sino también evocar su sentido.

Eso significa que, para poder hacer magia, tienes que tener buen vocabulario. Y tener agilidad mental. Y el valor necesario para alzar la voz. Y buen oído para poder darle un giro a una frase hecha.

Y hay que entender realmente lo que se está diciendo; la manera en la que las palabras se convierten en magia.

Agitar la varita y repetir cualquier cosa que hayas escuchado mientras

paseabas por la calle no sirve; de hecho, esa es la mejor manera de separar accidentalmente el cuerpo de alguien de sus pelotas.

Nada de esto me sale de manera natural. Las palabras, el lenguaje, hablar.

No recuerdo cuándo empecé a hablar, pero sé que intentaron mandarme a algún especialista. Aparentemente, es algo que les pasa a menudo a los niños que no tienen padres, o cuyos padres nunca les hablan: simplemente no aprenden a hacerlo.

Yo solía ir a un logopeda.

—Usa tus palabras, Simon.

Me llegué a hartar de escucharle

repetir siempre la misma mierda. Sencillamente, era mucho más fácil coger lo que quería, en lugar de tener que pedirlo. O empujar a quien fuera que me estuviera haciendo daño, aunque después me devolviera el empujón.

Me pasé sin hablar prácticamente el primer mes que estuve en Watford. Era muy fácil no tener que hacerlo, porque aquí parece que nadie puede quedarse callado.

La señorita Possibelf y algunos profesores más se dieron cuenta y empezaron a darme clases particulares. Clases de cómo hablar en voz alta. A veces el Hechicero nos acompañaba en esas sesiones, frotándose la barba y

mirando fijamente por la ventana. Me imaginaba gritándole «¡Usa tus palabras!», y después me imaginaba que él me decía que había sido una equivocación haberme traído aquí.

De todas maneras, sigo sin dominar bien las palabras, y sigo siendo un desastre con la varita, así que apruebo, básicamente, porque lo memorizo todo. Y la sinceridad ayuda, aunque cueste creerlo. Cuando no sé qué hacer, me limito a hacer lo que Penny me dice que haga.

Camino lentamente y con cuidado por el camino que he elegido seguir en las catacumbas, lanzando los hechizos que mejor me funcionan para abrirme

paso.

Encuentro puertas ocultas dentro de otras puertas ocultas. Encuentro un baúl de tesoros que ronca ruidosamente. Encuentro el retrato de una niña de pelo rubio con lágrimas que le brotan de los ojos y se derraman por sus mejillas: su llanto brota de verdad, como si fuera un GIF grabado en la pared. Una versión más joven de mí se hubiera quedado allí para intentar desentrañar su historia. Una versión más joven de mí hubiera convertido esto en una aventura.

Sigo buscando a Baz.

O alguna pista.

Todas las noches me doy media vuelta cuando llego al extremo de mi

cuerda.

18
LUCY

¿Sabías que estas paredes tienen mil años?

Algunos de los espíritus que rondan por aquí hablan idiomas que ya nadie entiende. Pero eso no importa, supongo. Nadie los escucha.

Estas paredes eran las mismas cuando yo caminaba por aquí. La capilla. La torre. El puente levadizo.

Los lobos son una nueva adquisición. Los lobos de mar. Me pregunto de dónde los habrá sacado

Davy. O qué hechizos conjuró para atraerlos hasta aquí. ¿Qué creerá que le van a ayudar a prevenir?

—Es un paranoico —decía siempre Mit—. Cree que todo mundo se mete con él.

—Creo que hay unos cuantos que sí se meten con él —le rebatí.

—Solamente porque es un rencoroso hijo de puta —me dijo ella.

—Es que se preocupa demasiado.

—¿De sí mismo? Estoy de acuerdo.

—Todo le preocupa demasiado —le respondí—. No sabe cómo no darle tanta importancia a las cosas.

—Le has escuchado hablar demasiado, Lucy.

—Me da pena… Y, si le escucharas, tú también te darías cuenta de que lo que dice tiene sentido. ¿Por qué los elfos y los centauros con herencia mágica no pueden asistir a Watford? Y ¿por qué mi hermano tuvo que quedarse en casa? ¿Solo porque no es poderoso?

—Tu hermano es un idiota —respondió ella—. Lo único que le importa es Def Leppard y el hard rock.

—Sabes lo mucho que le dolió a mi madre que le rechazaran. Tiene una varita y ni siquiera sabe cómo usarla. Mis padres casi se divorcian por eso.

—Lo sé —me dijo Mitali en voz baja—. Lo siento. Pero la escuela no es suficientemente grande. No tiene

capacidad para todo el mundo.

—Se podría ampliar: Davy dice que sería posible. O podríamos construir una escuela nueva. Imagínatelo; una red de escuelas por todo el país para cualquiera que tenga magia.

Mitali frunció el ceño.

—Pero la gracia de Watford es que es la mejor. La mejor educación para los mejores magos.

—¿Esa es *la gracia* de Watford? Entonces Davy tiene razón: es elitista.

Mit suspiró.

—Davy dice que nos estamos debilitando —le dije—. Como sociedad. Que los seres oscuros y la magia salvaje nos van a erradicar de la

faz de la Tierra y dejarán que la propia Tierra reclame nuestra magia.

—¿Te ha dicho también que todas esas criaturas viven debajo de tu cama?

—Lo digo en serio —le contesté.

—Lo sé —me dijo con tristeza—. Ya me gustaría que no fuera así. ¿Qué espera Davy que hagas? ¿Qué espera que hagamos los demás?

Me acerqué a su cara y le susurré mi respuesta:

—*Una revolución*.

He estado vagando.

Intentando encontrar el camino de vuelta a ti.

Las paredes son las mismas. Y la capilla. Y la torre. Las corbatas son más finas. Las faldas son más cortas. Pero los colores son los mismos…

No puedo evitar sentirme orgullosa de Davy, cabría pensar que es irónico viniendo de mí, pero no puedo *evitar* sentirme tan orgullosa de él.

Lo consiguió. Su revolución.

Abrió estas puertas para cualquier niño bendecido con el don de la magia.

19
SIMON

Cuando por fin consigo hablar con el Hechicero, ya casi es Halloween.

Él mismo me manda llamar. Un petirrojo entra volando en la clase de Griego y deja una nota sobre mi pupitre. El Hechicero por lo general lleva un pájaro o dos volando a su alrededor. Petirrojos, sobre todo. Y reyezuelos y gorriones. (Como Blancanieves.) Prefiere conjurar un **Me lo ha dicho un pajarito** a usar su teléfono móvil.

Cuando la clase termina, me dirijo

hacia uno de los edificios en la otra punta de los terrenos de la escuela, erigido justo al lado de una de las murallas externas. En esa zona hay establos que han sido convertidos en garajes y almacenes.

Sus Hombres están fuera —Penny dice que le caerían mejor los Hombres del Hechicero si hubiera mujeres en sus filas—, reunidos alrededor de un enorme camión verde que no había visto nunca: una especie de camión militar con cubiertas de lona. Uno de ellos está sosteniendo una caja de metal. Se están turnando para alcanzarla y ver cómo sus manos la atraviesan.

—Simon —me dice el Hechicero

mientras sale del granero. Me rodea los hombros con un brazo y me aleja del camión.

—Hubiera venido de inmediato, señor, pero estaba en clase. Y el Minotauro dijo que si se hubiera tratado de una emergencia, habría mandado un pájaro más grande.

El Hechicero frunce el ceño.

—Ese hechizo no funciona con aves más grandes.

—Lo sé, señor, pero no quiso hacerme caso.

—No pasa nada —me responde con una palmada en el hombro—. No era una emergencia. Solo quería verte. Comprobar cómo estás. La señorita

Possibelf me contó lo de los ataques, los insectos; dijo que fue el Humdrum.

Fueron gamusinos. En clase de Palabras Mágicas. Un enjambre entero. Nunca había *visto* siquiera un enjambre de gamusinos.

Decimos que son insectos porque son más o menos del tamaño de un abejorro, pero los gamusinos en realidad se parecen más a los pájaros. Uno solo puede matar a un perro, o a una cabra, o a un grifo. Dos o tres pueden derribar a un mago. Anidan en tus oídos y zumban tan fuerte que no puedes pensar. Primero te vuelves loco; después llegan a tu cerebro, y pierdes todo lo demás.

Los gamusinos por lo general no atacan a las personas. Pero entraron por una de las ventanas del aula la semana pasada y me rodearon como una enorme y zumbante nube anaranjada. Lo peor fue esa sensación de sequedad y succión que siempre acompaña a los ataques del Humdrum.

Todos los demás alumnos de la clase salieron huyendo.

—La sensación era la que deja el Humdrum, señor. Pero ¿por qué mandaría gamusinos? Apenas suponen una amenaza.

—No para ti, sin duda —el Hechicero se frota la barba—. Tal vez quisiera recordarnos que sigue ahí

fuera… ¿Con qué los atacaste?

—No se puede vivir del aire.

—Bien hecho, Simon.

—Creo…, creo que maté otras cosas también. Ebb encontró unos faisanes muertos en el campo. Y Rhys tenía un periquito…

El Hechicero le echa un vistazo al petirrojo que está volando sobre su hombro, después me da un apretón en el hombro.

—Hiciste lo que era necesario, Simon. Y nadie resultó herido. ¿Fuiste a la enfermería?

—Estoy bien, señor —le contesto mientras me acerco a él—. Señor, esperaba que; quiero decir… ¿Ha hecho

algún progreso? ¿Con el Humdrum? Veo que sus Hombres entran y salen. Pero no veo que… Yo podría ayudarle. Penelope y yo. Podríamos ayudarle.

Su mano resbala por mi hombro y la deja reposar sobre su cadera.

—No hay nada que reportar en ese frente. No ha habido descubrimientos, ni ataques. Solo el aumento constante de los agujeros. Casi desearía que el Humdrum *volviera* a mostrar la cara —me revuelvo por dentro solamente de pensar en esa cara, pero el Hechicero continúa hablando— para demostrarles a esos imbéciles retrógrados a lo que nos estamos enfrentando en realidad.

No puedo evitar clavar la vista

sobre su hombro, en el camión. Sus Hombres llevan cargando cajas junto a nosotros todo el tiempo que llevamos hablando.

—Señor, ¿recibió mi nota?

El Hechicero entorna los ojos.

—¿Sobre la desaparición del muchacho Pitch?

—Sobre mi compañero de cuarto. Todavía no ha vuelto.

El Hechicero se frota la barba con el dorso de su guante de piel.

—Creo que haces bien en preocuparte. Las Familias Antiguas están cerrando filas, llamando a sus hijos a casa, cerrando sus verjas. Se preparan para lanzar un ataque contra

nosotros.

—¿Sus hijos?

Comienza a carraspear los nombres de varios chicos que conozco de vista, alumnos de sexto, séptimo y octavo.

—Pero seguramente —le contesto— las Familias Antiguas sean conscientes de que el Humdrum nos erradicará si no permanecemos juntos. Ahora es más poderoso que nunca.

—Quizá eso forme parte de su plan —me dice el Hechicero—. Ya he dejado de intentar entender a esta gente. Les importan más su propia riqueza y poder que nuestro mundo. A veces creo que no les importaría sacrificarlo todo solo por verme caer…

—¿Cómo puedo ayudarle, señor?

—Puedes ayudarme teniendo mucho cuidado, Simon —vuelve a apoyar la mano sobre mi brazo y se gira para quedar delante de mí—. Me marcharé de nuevo en unas horas. Pero estaba esperando que, a la luz de este último ataque, pudiera al fin convencerte de que hicieras caso de mis palabras. *Vete de aquí, Simon.* Deja que te lleve al refugio del que te he hablado: es lo más lejos que puedo ponerte del peligro.

Doy un paso atrás.

—Pero no fueron más que unos simples gamusinos, señor.

—Esta vez.

—No, *señor*. Ya se lo he dicho…

Estoy bien aquí. Estoy completamente a salvo.

—¡Tú nunca estás a salvo! —me responde con tal rudeza que casi parece una amenaza—. La seguridad, la estabilidad: no son más que una ilusión, un falso ídolo, Simon. Es como aferrarse a una balsa que se hunde en lugar de aprender a nadar.

—¡Entonces será mejor que me quede aquí! —le contesto, en voz demasiado alta. Uno de los Hombres del Hechicero, Stephen, se me queda mirando. Bajo la voz—: Si no estoy a salvo en ningún lugar, entonces es mejor que me quede aquí. Con mis amigos. O bien podría empezar a luchar: podría

ayudarle.

Nos miramos fijamente a los ojos y puedo notar cómo los suyos se llenan de lástima y decepción.

—Sé que podrías, Simon. Pero ahora mismo la situación es muy delicada…

No tiene que terminar la frase, ya sé a lo que se refiere.

El Hechicero no necesita una bomba.

No se envían bombas a misiones de reconocimiento ni se las invita a reuniones de estrategia. Se espera hasta que se agotan todas las opciones y, entonces, las lanzas.

Asiento con la cabeza.

Después me aparto de él, y vuelvo

caminando al centro de los terrenos de la escuela.

Noto cómo me observan sus Hombres. Todos son apenas uno o dos años mayores que yo. Odio que se crean mucho mayores, que se sientan tan importantes. Odios esos pantaloncillos verdes que usan, y las estrellas doradas en sus mangas.

—¡Simon! —grita el Hechicero a mis espaldas.

Yo relajo la expresión, después me doy la vuelta.

Está haciendo visera con una mano sobre sus ojos para protegerse del sol. Me lanza una de esas escasas sonrisas suyas, muy sutil.

—Puede que el Humdrum sea más poderoso que nunca, pero tú también lo eres. Recuerda eso.

Asiento con la cabeza mientras veo cómo vuelve caminando al garaje.

He quedado con Penelope, y ya llego tarde.

20
PENELOPE

Estamos estudiando fuera, en las colinas, aunque hace frío, porque a Simon no le gusta practicar donde puedan verle.

Lleva puesto su abrigo gris de lana y una bufanda a rayas de dos tonos de verde de la escuela, y yo tenía que haberme puesto pantalones porque el viento se cuela entre el tejido de mis leotardos grises.

Ya casi es Samhain; el Velo pronto se cerrará, y de la tía Beryl no se ha

aparecido ni la sombra.

—**¡Es lo que hay!** —dice Simon mientras apunta su varita hacia una de las pequeñas rocas que yacen al lado del tronco de un árbol. La roca tiembla y después se desmorona en una pila de polvo—. No tengo claro si el hechizo está funcionando —me dice—, o si solamente estoy destruyendo cosas.

Todos los estudiantes de octavo tienen que ser capaces de crear un hechizo nuevo a finales de curso, descubriendo un giro lingüístico que haya adquirido poder, o recuperando alguno antiguo que haya sido subestimado, y averiguar cómo aplicarlo.

Los mejores hechizos modernos son prácticos y duraderos. Los eslóganes son una basura, la gente Normal se cansa de decirlos y pasan a otra cosa. (Así es como los hechizos se marchitan: caducan justo cuando empezamos a pillarles el tranquillo.) Las canciones tampoco son muy de fiar, por los mismos motivos.

Casi ningún alumno de Watford ha sido capaz de crear un hechizo duradero.

Pero mi madre estaba en séptimo cuando consiguió que funcionara **Esta dama no se amilana,** la célebre frase de Margaret Tatcher, que sigue siendo un hechizo sumamente efectivo durante el combate, especialmente para las

mujeres. (Creo que mi madre se avergüenza un poco de que su hechizo sea uno de los que se enseñan en el taller de Ofensiva del Hechicero.)

Simon prueba con una frase nueva cada semana desde que empezó el semestre. Pero la verdad es que no le motiva, y no le culpo. Hasta los hechizos más sólidos suelen salir accidentados de su varita. Y, a veces, cuando lanza metáforas, resultan cruelmente literales. Como cuando le lanzó un **A veces un veneno para sacar otro es bueno** a Agatha en sexto para ayudarla a recuperarse de una resaca, y terminó emborrachándola todavía más. Creo que esa fue la última vez que Simon apuntó

con su varita a alguien. Y la última vez que Agatha bebió.

Barre los restos de la roca del tronco y se sienta encima, guardándose la varita en el bolsillo.

—Baz no es el único que está desaparecido.

—¿Qué quieres decir? —apunto mi varita a unas piezas de ajedrez que he puesto en el suelo. **¡Comienza el juego**!

El alfil se cae.

Lo intento de nuevo.

—¡El juego está en marcha!

No pasa nada.

—Esta frase tendría que servir para algo —digo—. Es el título de la banda sonora de la serie de Sherlock Holmes

con un verso de Shakespeare.

—El Hechicero me ha contado que las Familias Antiguas están sacando a sus hijos de la escuela —me dice Simon —. Dos alumnos de séptimo no han vuelto. Y Marcus, el primo de Baz, también está desaparecido. Ese chico solo está en sexto.

—¿Quién es Marcus?

—Uno que está muy cachas. Con mechas rubias. Juega de centrocampista.

Me encojo de hombros y me agacho para recoger las piezas de ajedrez. Ahora mismo, yo misma estoy siendo demasiado literal, porque he intentado todas las combinaciones posibles con esta frase. Siento que podría ser un buen

hechizo de inicio; un catalizador…

—¿Los únicos que no han vuelto son chicos? —le pregunto.

—Mmm… —me responde Simon—. No lo sé. El Hechicero no me ha dicho nada más.

—Qué machista —comento mientras sacudo la cabeza—. Marcus… ¿es el que se quedó atrapado en un montacargas en segundo?

—Sí.

—Así que se ha cambiado de bando… Bueno, me muero de miedo, entonces.

—El Hechicero cree que las Familias Antiguas se están preparando para algún tipo de ataque.

—¿Y qué quiere que hagamos al respecto?

—No quiere que hagamos nada —me responde Simon.

Me meto las fichas de ajedrez en el bolsillo.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, sigue queriendo que me marche…

Debo de haber fruncido el ceño, porque Simon enarca las cejas y dice:

—Ya *lo sé*, Penny; no me voy a ir a ningún lado. Pero si me quedo aquí, él quiere que no llame la atención. Quiere que *nosotros* no llamemos la atención. Dice que sus Hombres están trabajando en ello, y que es un asunto delicado.

—Mmm… —me siento al lado de Simon sobre el tronco del árbol.

Tengo que admitir que, en parte, me atrae la idea de no llamar la atención, de dejar que el Hechicero haga las locuras que le dé la gana sin contar con nosotros por una vez en la vida. Pero no me gusta que nos haya tenido que decir que no llamemos la atención. A Simon tampoco le gusta.

—¿Crees que Baz estará con los demás chicos? —le pregunto.

—Tendría sentido, ¿no crees?

No le contesto. En serio, odio con todas mis fuerzas hablar con Simon sobre Baz. Es como hablar de tés con el Sombrerero Loco. No soporto darle

cuerda con el tema.

Él raspa un poco la corteza del tronco con el talón.

Me recuesto contra él porque hace frío y Simon siempre está calentito. También porque me gusta recordarle que yo no le tengo miedo.

—Tiene sentido —repite.

21
EL HECHICERO

Libros, artilugios, joyas encantadas, muebles hechizados, patas de mono, colas de conejo, narices de gnomo…

Nos lo llevamos todo. Aunque sea consciente de que a mí nada de esto me servirá de nada.

Este movimiento tiene varios objetivos: no está de más mostrarles a las Familias Antiguas que sigo estando al mando.

De esta escuela.

De este reino.

Y que ninguno de ellos podría hacerlo mejor que yo.

Dicen que soy un fracasado porque el Humdrum todavía anda suelto, robándonos la magia, erradicándola de nuestras tierras; pero ¿quién de ellos podría siquiera suponer una amenaza para el Humdrum?

Quizá Natasha Grimm-Pitch podría haber puesto al Humdrum en su lugar, pero hace mucho tiempo que murió, y ninguno de sus aliados o parientes posee una pizca de su talento.

Envío a mis Hombres a requisar los tesoros de mis enemigos, a saquear sus bibliotecas. Demuestro a los poderosos que incluso un niño de cara sonrosada

vestido con mi uniforme tiene más poder que ellos en este nuevo mundo. Les demuestro lo que valen ahora sus apellidos: nada.

Y aun así…

No encuentro lo que necesito. No encuentro respuestas verdaderas; sigo sin poder arreglarlo.

El Gran Hechicero es nuestra única esperanza, ahora mismo.

Pero nuestro Hechicero más poderoso viene con un defecto de serie. Tiene una tara. Está roto.

Simon Snow es ese hechicero, lo sé.

Pero Simon Snow —mi Simon— todavía no tiene la capacidad de soportar ese poder. Aún no puede

controlarlo. Es el único recipiente lo suficientemente grande para contenerlo, pero está lleno de grietas. Está en peligro. Es…

No es más que un niño.

Tiene que haber alguna manera —un hechizo, un encantamiento, un talismán — que pueda ayudarlo. ¡Somos magos! Las únicas criaturas mágicas que pueden poseer y *darle forma* al poder. En algún lugar de nuestro mundo, hay una respuesta para Simon. (Un ritual, una receta, una rima.)

Las profecías no funcionan así…

Las historias no se desarrollan así…

De manera incompleta.

Si Simon tiene una tara, entonces

existe una manera de arreglarlo.

Y yo la encontraré.

22
SIMON

Creo que voy a suspender Griego. Y estoy completamente perdido en Ciencias Políticas.

Agatha y yo discutimos sobre si debería pasar en su casa en las vacaciones de fin de semestre: yo no quiero irme de Watford, y en realidad creo que ella no quiere que vaya con ella. Pero le gustaría que quisiera hacerlo. O algo así.

Dejo de usar el colgante de la cruz y lo guardo en una caja debajo de mi

cama…

Siento el cuello más ligero, pero noto como si tuviera la cabeza llena de piedras. Me ayudaría poder *dormir*, pero no lo consigo, y en realidad tampoco lo necesito; me las apaño bastante bien con siestas y magia.

Sigo teniendo que obligar a Penny a irse de mi habitación para que no se dé cuenta de qué hago por las noches.

—Pero nadie está usando la cama de Baz —rebate.

—Nadie está usando *tu cama* —le digo.

—Adelfa y Keris juntan las camas cuando no estoy: seguramente hay polvo de hadas por todos lados.

—Ese no es mi problema, Penny.

—Todos mis problemas son tus problemas, Simon.

—¿Por qué?

—¡Porque todos *tus* problemas son mis problemas!

—Vete a tu cuarto.

—Simon, por favor.

—Vete. O te van a expulsar.

—Solo si me pillan.

—*Vete*.

Cuando Penny por fin se va, yo también puedo hacerlo.

Desisto con las catacumbas y empiezo a buscar en las murallas.

En realidad, no creo que vaya a encontrar a Baz aquí arriba: ¿dónde se

escondería?

Pero al menos tengo la sensación de que, desde aquí, le vería llegar.

Además, me gusta el viento. Y las estrellas. En verano nunca tengo oportunidad de ver las estrellas: da igual a qué ciudad me manden, siempre hay demasiadas farolas.

En las murallas hay una atalaya con un pequeño escondite en su interior, con un banco y techado. Observo el ir y venir de los Hombres del Hechicero durante toda la noche en su camión militar. A veces me quedo dormido.

—Pareces cansado —me dice Penny

durante el desayuno. (Huevos fritos, champiñones salteados, judías al horno y morcilla.)—. Además… —se inclina sobre la mesa para acercarse a mí—, tienes una hoja en el pelo.

—Mmm… —yo sigo atibirrándome con mi desayuno. Si me doy prisa, me dará tiempo a repetir.

Penny vuelve a levantar la mano hacia mi pelo, mira a Agatha de refilón y la retira. Agatha siempre ha tenido celos de mi relación con Penny: da igual las veces que le repita que nuestra relación no es así. (De verdad que no lo es.)

Pero parece que Agatha nos está ignorando a ambos. Otra vez. Todavía. No hemos pasado mucho tiempo a solas

desde la discusión. La verdad, ha sido un alivio. Una persona menos preguntándome si estoy bien. Apoyo la mano en su pierna y le doy un leve apretón, y se gira a mirarme, sonriendo con la parte inferior de su cara.

—Vale —dice Penny—. Quedamos esta noche en la habitación de Simon. Después de cenar.

—¿Para qué tenemos que quedar? —pregunto.

—¡Para revisar estrategias! —susurra Penny.

—¿Estrategias sobre qué? —dice Agatha como si acabara de despertarse.

—Estrategias sobre todo —le contesta Penelope—. Sobre el

Humdrum. Sobre las Familias Antiguas. Sobre lo que los Hombres del Hechicero están haciendo realmente. Estoy harta de no llamar la atención; ¿no sentís que nos están dejando de lado?

—No —contesta Agatha—. Creo que deberíamos sentirnos agradecidos por tener un poco de calma.

Penny suspira.

—Eso pensaba yo; pero me estoy empezando a preocupar de que estén intentando mantenernos a raya. Mantenernos a raya a propósito.

Agatha niega con la cabeza.

—A ti lo que te preocupa es que alguien quiera que estemos felices y tranquilos.

—¡Sí! —dice Penny, pinchando el aire con su tenedor.

—Aparta ese pensamiento de tu mente —le contesta Agatha.

—Deberíamos ser parte del plan —nos dice Penelope—. Sea el que sea. Siempre hemos sabido de qué tratan los planes, incluso cuando éramos niños. Ya somos adultos. ¿Por qué el Hechicero nos está dando de lado?

—¿Crees que el Hechicero nos está manteniendo a raya a propósito? —le pregunta Agatha—. ¿No será el Humdrum? ¿O quizá Baz? —está siendo sarcástica, por supuesto, pero Penny no se da cuenta o hace como que no se da cuenta.

—*Sí* —dice Penny mientras vuelve a pinchar el aire con su tenedor como para asegurarse de que lo ha matado—. ¡Todas las respuestas anteriores!

Espero a que Agatha discuta un poco más, pero se limita a negar con la cabeza, agitando su sedosa melena rubia, y se sirve un poco de huevo encima del pan tostado.

Esa es una de las cosas que me gustan de Agatha. Y de Penny. Ambas siempre comen cuando hay comida disponible. Los tres hemos estado atrapados en celdas o nos han secuestrado águilas gigantes las veces suficientes como para saber que, cuando tienes la oportunidad de comer, debes

hacerlo.

Vuelvo a apoyar la mano en la pierna de Agatha. No parece contenta, ni cómoda. Tiene el ceño fruncido y los ojos entrecerrados, y creo que hoy no se ha maquillado.

—Pareces cansada —le digo con una nota de culpabilidad en la voz, porque acabo de darme cuenta.

Ella se recuesta sobre mí un momento, y luego vuelve a sentarse recta.

—Estoy bien, Simon.

—Los dos parecéis cansados —declara Penny de manera enfática—. Igual lo que tenéis es estrés postraumático. Igual lo que os pasa es

que no estáis acostumbrados a tanta paz y tranquilidad.

Le doy un nuevo apretón a Agatha en la pierna, y luego me levanto para traer más huevos, y tostadas y champiñones.

—*A raya*... —escucho decir a Penny mientras me alejo.

23
PENELOPE

Me ha costado un mundo conseguir que los dos estén aquí arriba, y Agatha no deja de protestar.

—Penelope, esto es una residencia de chicos. Nos van a *expulsar*.

—Pues el daño ya está hecho —le contesto mientras me siento en el escritorio de Simon—. Tienes las mismas posibilidades de que te pillen saliendo de aquí ahora o más tarde, así que te sale más a cuenta quedarte.

—No os van a pillar —dice Simon

mientras se recuesta en su cama—. Penny se cuela aquí constantemente.

A Agatha no le hace gracia oír eso. (Yo paso de ella: si es tan estúpida como para creer que Simon y yo nos gustamos después de todos estos años, no voy a perder el tiempo intentando convencerla de lo contrario.) Se sienta deliberadamente lo más lejos posible de nosotros, aunque eso signifique sentarse en la cama de Baz.

Cuando se da cuenta de lo que acaba de hacer, pone cara de querer volver a levantarse. Sus ojos recorren la habitación como si el propio Baz fuera a salir del baño. Simon está igual de paranoico.

La verdad es que… Menudo par.

—Sigo sin entender a qué viene esta reunión —dice Agatha.

—Para recopilar todos nuestros conocimientos —le digo mientras busco materiales por la habitación—. Esto sería mucho más fácil si tuviéramos una pizarra.

Levanto la varita y conjuro un **¿Ves lo que te digo?** y empiezo a escribir en el aire: *Lo que sabemos*.

—Nada —dice Agatha—. Fin de la reunión.

La ignoro.

—Tal como yo lo veo, hay tres cosas de las que tenemos que preocuparnos —escribo: «1. El Humdrum»—. ¿Qué

sabemos por ahora del Humdrum?

—Que se parece a mí —dice Simon, intentando seguirme la corriente. Agatha no parece sorprendida de escuchar esta información: Simon debe de haberle contado lo que pasó—. Y que quiere algo de mí —continúa Simon—. Que me está acechando.

—Y sabemos que ha estado tranquilito —añado—. Desde junio: ningún ataque aparte de los gamusinos.

Agatha se cruza de brazos.

—Pero el Humdrum sigue libre por ahí, ¿no? Devorando magia.

—Sí —le digo, dándole la razón—. Pero no tanto como antes. He visto a mi padre este fin de semana, y me ha

contado que los agujeros se están expandiendo mucho más lentamente de lo habitual —añado esto a mis apuntes en el aire.

—No sabemos si la está devorando —dice Simon—. No sabemos *qué* está haciendo el Humdrum con la magia.

—Tenemos que limitarnos a lo que sí sabemos… —les digo y escribo: «2. La guerra con las Familias Antiguas».

—Yo no lo calificaría de «guerra» —dice Agatha.

—Pero sí ha habido algunas rencillas, ¿no? —dice Simon—. Además de los duelos.

Agatha refunfuña.

—Bueno, es que no puedes entrar en

las casas de la gente sin más y exigir que te dejen inspeccionar su ático sin que se produzcan unos cuantos duelos.

Simon y yo nos giramos para mirarla.

—¿A qué te refieres? —le pregunto.

—Al Hechicero —responde Agatha —. Escuché a mi madre hablar con una de sus amigas del club. Ha estado haciendo redadas en las casas de los magos, buscando magia oscura.

—¿Ha hecho una redada en tu casa?

—No se le ocurriría: mi padre es miembro del Aquelarre —nos contesta Agatha.

—¿Qué tipo de magia oscura? —le pregunta Simon.

—Probablemente cualquier cosa que pueda usarse como un arma —nos dice Agatha.

—Cualquier cosa *puede usarse* como un arma —rebate Simon.

Añado a mis notas: «Redadas, magia oscura, duelos».

—Y sabemos que algunas Familias Antiguas han sacado a sus hijos de Watford —añade Simon.

—Lo que podría ser una coincidencia —respondo—. Deberíamos investigar más: quizá los chicos desaparecidos estén en la universidad.

—O quizá están hartos de que los traten como si fueran villanos —dice

Agatha.

—O tal vez —dice Simon— estén formando un ejército.

Añado a mis notas: «Los aliados de los Pitch dejan la escuela».

—¿Y qué pasa con Baz? —Simon está empezando a desesperarse.

Agatha recorre el colchón con las manos.

—Ya llegaremos a eso —le digo—. De momento, tenemos que centrarnos en lo que sabemos.

Pero Simon sigue insistiendo:

—La señorita Possibelf cree que puede estar desaparecido. Dijo que su padre parecía asustado cuando habló con él.

Dejo escapar un suspiro y añado una tercera columna: «3. Baz». Pero no hay nada que escribir debajo.

—Yo sigo sin creer que esto sea una guerra —insiste Agatha—. Solamente es política, igual que en el mundo de los Normales. El Hechicero tiene el poder, y las Familias Antiguas quieren recuperarlo. Se van a quejar y van a protestar y van a deshacer tratos y a organizar fiestas…

—No se trata solamente de política —Simon se acerca a ella, señalándola —. Se trata de lo que está bien y lo que está mal.

Agatha pone los ojos en blanco.

—Pues eso es lo mismo que dice el

otro bando.

—¿Eso es lo que dice Baz? —le pregunta Simon.

Intento interrumpirle.

—*Simon*.

—No es solo política —repite él—. Se trata de lo que está bien y lo que está mal. Se trata de nuestras vidas. Si las Familias Antiguas se salieran con la suya, yo ni siquiera estaría aquí. Nunca me hubieran dejado entrar en Watford.

—Pero eso no es algo personal, Simon —dice Agatha—. Es porque eres un Normal.

—¿Cómo que soy un Normal? —dice, levantando las manos—. Soy el Hechicero más poderoso que cualquiera

haya conocido.

—Sabes lo que quiero decir —le contesta Agatha, y creo que está siendo sincera—. Nunca había habido un Normal en Watford.

Agatha tiene razón, pero no puedo evitar preguntarme de quién será ese discurso que está repitiendo como un lorito.

—Mi llegada fue profetizada —le dice Simon, y suena tan patéticamente defensivo que busco una manera de cambiar de tema.

La llegada de Simon fue profetizada.

O la llegada de «alguien». Una y otra vez.

El Hechicero más poderoso de todos

los tiempos iba a venir, y él, o ella, se supondría que lo haría justo cuando el mundo de los Hechiceros más lo necesitara.

Y eso fue lo que pasó con Simon.

El Humdrum estaba devorando nuestra magia, el Hechicero y las Familias Antiguas estaban en lucha constante; y, entonces, llegó Simon. Llegó con su poder e iluminó el firmamento mágico como una tormenta eléctrica.

Casi todos los magos son capaces de recordar el lugar exacto en el que estaban ese día. (Yo no lo recuerdo, pero solo tenía once años.) Mi madre estaba dando una ponencia. Dice que

notó como si hubiera tocado un cable pelado, como si la electricidad la sacudiera desde dentro. Magia, magia en estado puro, hirviente y abrasadora…

Que es justo la sensación que la magia de Simon sigue produciendo. A él nunca se lo he dicho, pero es horrible. El simple hecho de estar a su lado cuando pierde el control es como recibir una descarga eléctrica. Te deja los músculos apaleados y el pelo con olor a humo.

A veces, el poder de Simon seduce a otros magos: son capaces de percibirlo y quieren estar más cerca de él. Pero cualquiera que sea realmente amigo cercano de Simon, hace tiempo que

superó la fase de la seducción.

Una vez, perdió el control mientras nos protegía a Agatha y a mí de una manada de monstrejones —que son como los tejones, pero malvados— y Agatha tuvo tics y temblores durante una semana entera después de eso. A Simon le dijo que tenía la gripe, para que no se sintiera mal. Agatha tiene menos tolerancia al poder de Simon que yo, puede que se deba a que su propio poder es inferior. O puede que sus magias sean incompatibles.

A veces pasa, incluso cuando dos personas están enamoradas. Hay una vieja historia, una tragedia romántica, sobre dos amantes cuyas magias les

condujeron mutuamente a la locura…

No creo que Simon y Agatha estén enamorados.

Pero no es asunto mío decírselo. (Además, ya lo he intentado.)

De todas formas, mi madre dice que cuando el Hechicero trajo a Simon a Watford, fue como si le estuviera restregando en la cara a todo el mundo de los Hechiceros que él tenía razón.

Aquí está el salvador del que lleváis hablando mil años.

Incluso la gente que no creía que fuera cierto no se atrevía a admitirlo en voz alta. Y nadie fue capaz de negar el poder de Simon.

Aunque sí intentaron evitar que

ingresara en Watford. El Hechicero tuvo que nombrar a Simon su heredero para que pudiera entrar a la escuela, y para poder incluirlo en el Libro de la Magia.

Todavía hay mucha gente que no acepta a Simon, incluso entre los aliados del Hechicero. «La magia no hace al mago», es una de las cosas que siempre dice Baz.

Suena a gilipollez clasista, pero en cierto modo, es cierto.

Los unicornios tienen magia. Los vampiros también. Los dragones, los cenutrios, los licánvagos, todos poseen magia.

Pero no eres un mago a menos que puedas *controlarla*, a menos que puedas

hablar el idioma de la magia. Y Simon…, bueno. Simon.

Simon se levanta y camina hacia la ventana, abriéndola de par en par y sentándose en el alféizar. La varita le estorba, así que se la saca del bolsillo trasero de los pantalones y la arroja a su cama.

Escribo en el aire: «4. El Hechicero».

—Bueno, entonces sabemos que los Hombres del Hechicero están haciendo redadas… Y, Simon, ¿no dijiste que estaban descargando cosas en la parte trasera de la escuela, en los establos? Podríamos empezar a investigar por allí —les digo.

Él me ignora y prefiere seguir mirando por la ventana.

—Agatha —le pregunto—, ¿qué más has escuchado en tu casa?

—No lo sé —me responde, toqueteándose el dobladillo de la falda —. Mi padre ha tenido muchas asambleas de emergencia con el Aquelarre. Mi madre dice que no pueden seguir celebrándolas en nuestra casa. Cree que nuestros vecinos Normales están empezando a sospechar algo.

—Muy bien —les digo—. Creo que es hora de que nos pongamos a pensar en qué es lo que no sabemos.

Dibujo una nueva columna en el aire,

pero Agatha se levanta y se dispone a marcharse.

—En serio, tengo mucho que estudiar.

—Agatha, espera, ¡te van a pillar si sales de aquí tú sola! —intento detenerla, pero ya está cerrando la puerta.

Simon resopla con fuerza, y se frota el pelo con las manos, levantándoselo en mechones cobrizos y rizados.

—Creo que voy a salir a dar un paseo —me dice mientras se encamina hacia la puerta y se deja olvidada la varita sobre su cama.

Una parte de mí desea que Simon esté saliendo para ir detrás de Agatha,

pero no creo que esa sea su intención.

Suspiro y me siento en su cama mientras miro nuestra ridícula lista. Antes de irme, borro nuestras palabras del aire con un **Calmar los aires.**

24
AGATHA

No sé qué es lo que espero.

¿Que me vea de pie junto a la muralla, con mi melena agitándose al viento y el vestido ondeando a mi alrededor…?

Y, luego, ¿qué?

¿Que eso signifique algo para él?

¿Que me vea aquí arriba, esperándole en las murallas, y que me mire como si fuera la primera vez que me viera? *Allí está la respuesta*, pensará él. Y desatará mis ataduras, y se

las atará alrededor del brazo, o del muslo. Y, por Morgana, ¿qué significaría eso?

Algo.

Algo nuevo.

Sé que Basil…, no sé…, *piensa* en mí. O, al menos, lo hacía. Sé que solía mirarme. Especialmente cuando estaba con Simon.

Sé que odiaba lo que Simon y yo tenemos. Y lo deseaba. Por eso hacía cualquier cosa para interponerse entre nosotros.

Baz siempre estaba allí, interrumpiendo todos los bailes. Tentándome para que me alejara de Simon, y luego, tan solo, tentándome.

Desapareciendo. Escabulléndose.

Algunas veces le seguí el juego: tal vez debería estar agradecida de que Baz nunca haya caído en mi farsa.

Aunque tal vez no fuera una farsa. Tal vez podría escaparme con Baz. Lo seguí al bosque aquel día; todavía no sé en qué estaba pensando.

Quiero decir que *sé* quién es Baz. Sé lo que es.

No puedo dejar a Simon por un vampiro conservador; mis padres me desheredarían. Y ni siquiera sé que significaría eso. ¿Tendría que ser malvada? ¿Envenenar las bebidas de otras personas? ¿Lanzar hechizos oscuros? O simplemente sería tan

sencillo como sentarme con otro chico en otra mesa… Seguir siendo hermosa desde la otra punta de la estancia.

Sería el dorado de su negrura. Ambos pálidos como la nieve.

Quizá no tendría que ser malvada: pero seguramente Baz no esperará que sea siempre buena, *tan* buena.

Y quizá viviría eternamente.

Recorro las murallas de noche con un vestido blanco y una capa de lana hasta la rodilla. El clima está comenzando a enfriarse. Noto el frío en las mejillas.

Tal vez me vea aquí arriba antes de que yo lo vea a él.

Tal vez me deseará.

Y, entonces, yo también sabré qué deseo.

25
LUCY

Lo sigo intentando.
Sigo llamando.
Sé que este es tu lugar.

26
SIMON

Al principio, cuando la veo de pie sobre las murallas, creo que es un fantasma, una Aparición.

Tiene la piel blanquísima y lleva puesto un vestido blanco ondulante, y la melena blanca suelta agitándose alrededor de su cabeza… Pero todos los que han cruzado el Velo lo han hecho con la ropa que llevaban cuando murieron, no con ropa típica de un fantasma.

No me doy cuenta de que la mujer de

blanco de las murallas es Agatha hasta que se sobresalta y se gira para mirarme. Ha debido de escucharme invocando mi espada. Cuando veo que es ella, la guardo inmediatamente.

—Ah…, hola. Creía que estabas estudiando —le digo.

Ya no estoy enfadado con ella. Ahora que estamos de pie al aire libre y fresco, y he tenido tiempo de aclararme la mente.

—Estaba estudiando —me responde ella—. Luego me entraron ganas de salir a dar un paseo.

—A mí también —estoy volviendo a mentirle.

Juro que no soy de los que mienten a

sus amigos o les ocultan cosas como esta. Es solo que… no puedo decirles que estoy aquí fuera buscando a Baz.

Bueno, nunca tengo ganas de hablar de Baz con Agatha, por razones obvias, y Penelope se niega a escucharme.

Cuando terminamos quinto, Penny decidió que no se me permitía hablar de Baz «a menos que represente un peligro claro e inminente».

—No puedes pasarte la vida quejándote de él cada vez que te molesta, Simon. Eso significaría que nunca dejarías de quejarte.

—¿Por qué no puedo? —le pregunto —. Tú te quejas de tu compañera de cuarto.

—Pero no constantemente.

—Bastante constantemente.

—¿Qué te parece si hacemos un trato? Puedes hablar de Baz cuando represente un peligro claro e inminente. Fuera de eso, no puede ocupar más del diez por ciento de nuestras conversaciones.

—No pienso ponerme a contabilizar todas las veces que hablo contigo de Baz.

—Entonces es mejor que intentes no quejarte de él constantemente.

Sigue sin tener paciencia con ese tema, aunque aquel año yo no me equivoqué ni un poquito con Baz: sí estaba tramando algo. Algo más que sus

habituales merodeos de vampiro.

Esa primavera, Baz intentó robarme la voz. Eso es lo peor que puedes hacerle a un mago; quizá incluso peor que asesinarlo: un mago no puede hacer magia sin palabras. (Al menos, no generalmente.)

Ocurrió en el prado: había visto a Baz escabullirse por el puente levadizo al anochecer y lo perseguí. Lo seguí hasta llegar a los portones de la escuela y, entonces, se dio la vuelta y me miró sin inmutarse, con las manos en los bolsillos, como si todo el tiempo hubiera sabido que iba tras él.

Yo estaba a punto de decirle algo cuando Philippa vino corriendo hacia

mí, diciendo: «¡Hola, Simon!» con esa voz suya tan chillona. Pero en cuanto pronunció mi nombre, fue incapaz de decir nada más. Comenzó a chillar monstruosamente, como si le estuvieran arrancando de la garganta todas las palabras que había pronunciado en su vida.

Sé que fue Baz.

Sé que hizo *algo*.

Se lo vi en los ojos cuando Philippa se quedó muda.

Mandaron a Philippa a casa. El Hechicero me dijo que recuperaría la voz, que no era permanente, pero nunca volvió a Watford.

Me pregunto si Baz seguirá

sintiéndose culpable por ello. Me pregunto si alguna vez se sintió culpable.

Ahora él tampoco está.

Cuando vuelvo a percatarme de la presencia de Agatha, me doy cuenta de que está temblando. Me desabrocho el abrigo gris de lana, deslizando los botones a través de los bucles de cordón de la trenca.

—Toma —le digo mientras me lo quito.

—No, estoy bien —me responde ella.

Lo sostengo en dirección a ella de todas maneras.

—No, está bien. No, *Simon*; ponte el

abrigo.

Dejo caer los brazos. No me parece bien volver a ponerme el abrigo, así que me lo doblo sobre un brazo.

No sé qué más decirle.

Esta es la vez que más tiempo hemos pasado Agatha y yo a solas desde que empezó el semestre. Ni siquiera la he besado desde que volvimos a la escuela. Seguramente debería besarla…

Me acerco para cogerle la mano, pero quizá me he movido demasiado rápido, porque ella se sorprende. Sus manos se abren de repente y algo cae de ellas. Me arrodillo para recogerlo antes de que el viento se lo lleve volando.

Es un pañuelo.

Sé que es el pañuelo de Baz antes incluso de ver sus iniciales bordadas en una esquina, al lado del escudo de armas de los Pitch (llamas, la luna y tres halcones).

Lo sé porque es la única persona que conozco que lleva pañuelos a la antigua usanza. Me dejó uno en mi cama, cuando estábamos en primer año, sarcásticamente, la primera vez que me hizo llorar.

Agatha intenta quitarme el pañuelo, pero no se lo permito. Se lo arranco de las manos.

—¿Qué es esto? —le pregunto con el pañuelo levantado ante su cara. (Ambos sabemos qué es)—. ¿Tú

estás…, tú le estás esperando? ¿Has quedado con él aquí? ¿Va a venir?

Abre los ojos como platos y se le llenan de lágrimas.

—No, por supuesto que no.

—¿Cómo puedes decirme «por supuesto que no» cuando estás aquí arriba, obviamente pensando en él, con su pañuelo en las manos?

Se cruza de brazos.

—Tú no sabes en qué estoy pensando.

—Tienes razón, yo no sé en qué piensas, Agatha. En serio que no lo sé. ¿Vienes aquí todas las noches? ¿Cuando nos dices que estás estudiando?

—Simon…

—**¡Contéstame!** —las palabras salen de mi boca como una orden e impregnadas de magia. Cosa que no debería ser posible, porque no son palabras mágicas, esto no era un hechizo. El hechizo para forzar a alguien a decir la verdad es **La verdad, toda la verdad y nada más que la verdad;** pero nunca lo he usado, es un hechizo muy avanzado y es uno de los restringidos. Aun así, percibo en el rostro de Agatha que se siente obligada a responder.

—No —le digo, imprimiendo magia a mi voz—. **¡No estás obligada!**

Su cara cambia de resignación a disgusto. Se aleja de mí.

—No quería hacer eso, *Agatha.* No

quería hacerlo, pero tú… —levanto los brazos en un gesto de desesperación—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Y si *estuviera* esperando a Baz? —ella me escupe esas palabras sabiendo que me van a dejar atontado.

—¿Por qué harías eso?

Se da la vuelta para mirar la muralla de piedra.

—No lo sé, Simon.

—¿Le *estás esperando?*

El viento se queda atrapado en su melena, haciéndola revolotear a sus espaldas.

—No —me responde ella—. No le estoy esperando. No tengo razones para creer que vaya a volver.

—Pero eso es lo que querrías.

Agatha se encoge de hombros.

—¿Qué te pasa, Agatha? —estoy intentando mantener el ánimo bajo control—. Baz es un monstruo. Un monstruo real.

—Todos somos monstruos —es lo que me responde.

Quiere decir que yo soy un monstruo.

Intento pisotear la ira que trepa por mis piernas.

—¿Me engañaste? ¿Con Baz? ¿Ahora estás con él?

—No.

—¿Eso es lo que quieres: estar con él?

Ella suspira y se recuesta contra las toscas piedras de la muralla.

—No lo sé.

—¿No quieres decirme nada más? ¿Un «lo siento», quizá? ¿No quieres arreglar esto?

Se gira de nuevo para mirarme por encima del hombro.

—¿Arreglar qué, Simon? ¿Nuestra relación? ¿Qué es nuestra relación? ¿Que yo esté disponible para ti cuando necesites una cita para el baile? ¿O que llore de alegría cada vez que regresas de entre los muertos? Porque puedo seguir haciendo todas esas cosas por ti. Todavía puedo hacerlo. Aunque no estemos juntos.

Su perfecta barbilla rosada está temblando. Sus brazos permanecen cruzados.

—Tú eres mi chica, Agatha —le respondo.

—No. Penelope es tu chica.

—Tú eres mi…

Agatha deja caer los brazos.

—¿Qué, Simon: qué soy?

Entierro las manos en mi pelo y hago rechinar los dientes.

—¡Tú eres mi futuro!

Agatha tiene el rostro contorsionado en una mueca de dolor y bañado en lágrimas. Aun así, está preciosa.

—¿Se supone que tengo que desear eso? —me pregunta ella.

—*Yo* lo deseo.

—Lo único que tú deseas es un final feliz.

—¡Por Merlín, Agatha! ¿Y tú no?

—¡No! ¡Yo no! Quiero ser lo que alguien quiera *ahora,* Simon, no un «y vivieron felices y comieron perdices». No quiero ser el premio al final de la carrera. Lo que obtienes cuando ganas a todos los malos.

—Estás dándole la vuelta a todo. Haces que parezca horrible.

Ella vuelve a encogerse de hombros.

—Tal vez.

—Agatha… —le tiendo la mano con la que no sostengo el pañuelo de Baz—. Podemos arreglar esto.

—Probablemente —me responde—. Pero no quiero hacerlo.

No se me ocurre nada más que decirle.

Agatha no puede dejarme. No puede dejarme *por él*. Ah, a él le encantaría, le encantaría saber que puede hacerme esto. Maldito sea todo: ni siquiera está aquí para poder hacerme sufrir con ello.

—Te quiero, Agatha —le digo, esperando que quizá eso funcione. Esas palabras son prácticamente mágicas en sí mismas. Las repito—: Te *quiero*.

Agatha cierra los ojos en el momento en el que su mirada topa conmigo. Aparta el rostro.

—Yo también te quiero, Simon. Creo

que por eso he dejado que esto se alarge durante tanto tiempo.

—No lo dices en serio —le digo.

—Sí lo hago —me responde—. Por favor, no discutas conmigo.

—No puedes dejarme por él.

Se gira a mirarme una vez más.

—No te estoy dejando por Baz, Simon. Él no está. Es que ya no quiero estar contigo. No quiero cabalgar hacia la puesta de sol a tu lado… Ese no es mi final feliz, no es mi «nada» feliz.

No intento discutir más.

No me quedo en las murallas.

Siento las mejillas calientes e

irritadas, y eso siempre es mala señal.

Corro, dejando atrás a Agatha, hacia las escaleras y las bajo tan deprisa que me salto algunos escalones y sigo descendiendo a brincos hasta el siguiente rellano.

Luego siento como si estuviera flotando sobre las escaleras. Cayendo sin tener que caer.

Nunca había hecho esto, y es extraño.

Anoto mentalmente contárselo a Penny, e inmediatamente borro la nota mental. Aun así, corro hasta los Claustros porque no quiero volver a mi habitación vacía, y el puente levadizo está levantado, y no sé a qué otro lugar

ir.

Estoy de pie bajo la ventana de Penny, y no puedo evitar pensar que podría llamarla por teléfono si el Hechicero no hubiera prohibido los móviles en Watford hace dos años.

Sigo teniendo calor.

Intento sacudirme la magia de encima, y algunas chispas salen volando y prenden unas hojas secas bajo mis pies. Las pisoteo para apagarlas.

Me pregunto si Agatha seguirá arriba, en las murallas. No puedo creer que me haya dicho lo que acaba de decirme. Durante un segundo me pregunto si no estaría siendo víctima de una posesión. Pero no tenía los ojos

completamente negros. (¿Tenía los ojos completamente negros? Estaba demasiado oscuro como para fijarme.)

Agatha no puede dejarme así. No puede dejarme.

Estábamos estables. Estábamos asentados.

Nosotros éramos el desenlace de esta historia. (Si es que consigo llegar al desenlace.) (Tienes que fingir que vas a tener un desenlace. Tienes que seguir adelante como si lo fueras a tener, porque, si no, no podrás seguir adelante de ninguna manera.)

A los padres de Agatha les caigo bien. Es posible que hasta me quieran. Su padre me llama «hijo». No rollo

«pienso en ti como un hijo», sino más bien un «¿Cómo estás, hijo?». Como si fuera hijo de alguien. El tipo de persona que pudiera ser hijo de alguien.

Y su madre siempre dice que soy guapo. Es prácticamente lo único que me dice su madre: «Qué guapo eres, Simon».

¿Qué le diría a Baz? «Qué guapo eres, Basil. Por favor, no masacres a mi familia con tus horrendos colmillos.»

El padre de Agatha, el doctor Wellbelove, detesta a los Pitch. Dice que son crueles y elitistas. Que intentaron evitar que su abuelo ingresara en Watford porque tartamudeaba.

Joder, no puedo… Es que… No

puedo.

Me recuesto contra el tronco de un árbol y apoyo las manos en los muslos, dejando caer la cabeza hacia delante y que la magia fluya a través de mí. Cuando me miro las piernas, tengo la sensación de que no tuvieran contornos. Como si los bordes fueran borrosos.

Tengo que arreglar esto. Con Agatha.

Le diré lo que quiera que diga.

Mataré a Baz para que deje de ser una opción.

Conseguiré que cambie de opinión. ¿Cómo puede decir que no existen los finales felices? Eso es lo único que deseo en la vida. El final feliz es donde empieza mi vida.

Tengo que arreglar esto.

—¿Va todo bien, Simon? —es Rhys, que viene por el camino de la biblioteca en su silla de ruedas.

Levanto la vista.

—Hola, todo bien —no estoy bien. Tengo la cara sonrojada y creo que estoy llorando. ¿Él también me verá los contornos borrosos? Se da prisa en dejarme atrás.

Dejo que Rhys me saque un poco de ventaja y después comienzo a seguirlo de vuelta a la Casa de los Enmascarados.

Debería dormir para que se me pase todo esto…

Me aseguraré de que esto se apague,

de no incendiar la cama, y entonces dormiré hasta que se me pase.

Y, mañana, lo arreglaré.

27
SIMON

Esta vez, cuando escucho los ruidos, no estoy dormido.

Solo estoy tumbado en la cama, pensando en Baz.

¿Qué le habrá dicho a Agatha? ¿Qué le habrá prometido?

Quizá no tuviera que decirle nada. Tal vez se limitara a ser él mismo. Más inteligente que yo. Más atractivo. Más rico. Jodidamente más elegante: podría ir a todos los eventos de su familia y sabría exactamente qué traje ponerse y

qué zapatos usar. Sabría qué corbata combina mejor con cada mes del año.

Si no fuera un vampiro, Baz sería jodidamente perfecto.

Jodidamente perfecto. Me doy la vuelta en la cama y presiono la cara contra la almohada.

Entonces, escucho un chirrido, y noto una ráfaga de viento frío. Intento ignorarlo. Ya me he dejado llevar por esta sensación antes. Aquí no hay nadie. No hay nadie en la ventana, no hay nadie en la puerta. El frío se cuela entre mis mantas, así que tiro de ellas hacia mí, girándome para ponerme de espaldas.

Y, entonces, veo a una mujer de pie delante de mi cama.

La reconozco. Es la misma persona que estaba de pie al lado de la ventana aquella noche. La reconozco como una de las Apariciones, porque ya he visto bastantes. Viene del otro lado del Velo.

—No eres él —me dice. Su voz es fría, fría de un modo literal, como si me calara en los huesos y fuera ascendiendo por mi piel con su helor, y está cargada de dolor.

Siento el impulso de invocar mi espada, pero no lo hago.

—¿Quién es usted? —le pregunto.

—Vuelvo una y otra vez. Este es su lugar. Aquí es donde me convocan. Pero aquí solo estás tú…

Es alta y lleva una túnica formal,

como una abogada o una profesora; y lleva la melena oscura recogida en un moño prieto. Aunque es traslucida, me doy cuenta de que su túnica es roja, su piel es olivácea y sus ojos son grises. La reconozco por el retrato que hay fuera del despacho del Hechicero…

Natasha Pitch, la última directora de Watford.

—¿Dónde está? —me pregunta ella —. ¿Dónde está mi hijo?

—No lo sé —le contesto.

—¿Le has hecho daño?

—No.

—No debes mentir a los muertos.

—No tengo intención de hacerlo.

Ella se gira para mirar la cama vacía

de Baz, y su tristeza es tan intensa que en ese momento daría lo que fuera para traerlo de vuelta con ella. (Haría lo que fuera para traerlo de vuelta.)

—El Velo se está cerrando. Pasarán veinte años antes de que pueda volver a ver a mi hijo —se gira para quedar delante de mí y se acerca. Está comenzando a desvanecerse. Penelope dice que todos se desvanecen, que no pueden estar mucho tiempo aquí: dos minutos máximo.

—Tú me tendrás que servir.

—¿Servir para qué? —está tan fría que no soporto su cercanía.

Ella se aproxima a mí y me coge de los hombros: sus manos como el hielo,

su aliento una brisa gélida en mi cara.

—Cuéntale a mi hijo —me dice con severidad—. Cuéntale que mi asesino está libre: Nicodemus lo sabe. Dile a Basil que encuentre a Nico y que me dé paz. ¿Me has entendido?

—Sí —le contesto—. Encontrar a Nico…

—Nicodemus. Díselo.

—Lo haré, se lo diré.

Su rostro se torna triste.

—Mi hijo —dice ella mientras unas frías lágrimas inundan sus ojos—. Dale esto —se inclina hacia mí y me da un beso en la sien. Nadie me había besado nunca ahí. Nadie me había besado nunca en otro lugar que no fuera la boca—. Mi

hijo —dice ella y suena como un susurro, pero creo que en realidad es un grito, es solo que se está desvaneciendo.

Me quedo tumbado en la cama después de que se marche. La habitación se queda helada. Debería encender una fogata, pero no quiero abrir los ojos.

Debo de haberme quedado dormido, porque el frío me despierta otra vez, una nueva ráfaga helada en la profundidad de la noche. Flota sobre mí como una nube gélida, me empapa, me toca, me arrulla.

—Mi niño, mi niño —escucho decir.

Esta vez no hay nadie, solo frío en

todas partes. Y la voz es cada vez más débil y más aguda, un quejido en el viento.

—Mi niño, mi niño, mi cielo. Jamás te hubiera abandonado. Me dijo que éramos estrellas.

—Se lo diré —le digo—. ¡Yo se lo contaré! —grito.

Lo único que quiero es que se vaya.

—Simon, Simon…, mi cielo.

Cierro los ojos y me cubro con las mantas. Pero tengo el frío en el cuerpo, lo tengo dentro.

—¡Yo se lo contaré!

Si Baz regresa, se lo contaré.

28
SIMON

Por la mañana, no aguanto en mi cuarto. Salgo corriendo por la puerta con la corbata sin anudar, colgándome del cuello, y el jersey al hombro.

No pienso volver. Nunca. No quepo en ese cuarto con tantos fantasmas. Dejaré que la madre de Baz se quede con su cama vacía. Estoy harto de tener que verla todos los días.

Tengo que contarle a Penny lo que ha pasado. Le va a decepcionar que no haya acribillado a la Aparición a

preguntas:

—Siento que su hijo esté desaparecido, señora Pitch, pero ya que Baz no está aquí, podríamos usar este tiempo para adelantar un poco la ciencia mágica…

Penny ya ha llevado el té y tostadas a nuestra mesa cuando llego. Yo cojo un plato de arenques ahumados con huevos revueltos.

—Tenemos que hablar —le digo mientras me dejo caer sobre una silla delante de ella.

—Qué bien —me dice—. Pensaba que ibas a obligarme a sonsacártelo a golpes.

—¿Ya lo sabes? ¿Cómo lo sabes?

—Bueno, sé que ha pasado algo: Agatha está sentada sola, y ni siquiera se ha girado para mirarme.

—¿Agatha? —levanto la vista, y allí está Agatha, sentada sola, en la otra punta del comedor, leyendo un libro mientras come un bol de cereales.

—¿Y bien? —me pregunta Penny—. ¿Es porque he dormido en tu habitación algunas noches? Porque podría hablar con ella de eso.

—No —le digo—. No… Es que hemos roto.

Penny está a punto de darle un mordisco a la tostada, pero la aleja de su boca.

—¿Habéis roto? ¿Por qué?

—No lo sé… Creo que está enamorada de Baz —eso me recuerda que llevo puestos los mismos pantalones del día anterior. Me meto la mano en el bolsillo y palpo su pañuelo.

—Oh —me contesta Penelope—. Supongo que lo entiendo, quiero decir…

Yo echo el cuello hacia delante.

—¿Lo entiendes? ¿Cómo puede ser que lo entiendas? ¿Que mi novia se haya enamorado de mi peor enemigo? Mi novia, que es más buena que el pan, ¿enamorada de mi enemigo, que es más malo que la tiña?

—Bueno, es que vuestra relación ha tenido épocas… mejores, Simon. Parecía que Agatha y tú solamente

estuviérais representando un papel.

—¿Y ese papel implicaba que me tuviera que engañar con Baz?

—Pero… ¿te ha engañado?

—No lo sé.

Penny suspira como si me tuviera pena. A veces puede resultar insoportablemente condescendiente.

—Agatha en realidad no está enamorada de Baz. Solamente está buscando algo que destaque. La idea de estar enamorada de un vampiro muerto es romántica.

—*¿Muerto?*

—Ya sabes a lo que me refiero —me contesta Penny—. Desaparecido. Desaparecido de verdad.

¿Estaría muerto Baz? ¿No debería estar su madre al tanto de eso? ¿No lo habría visto entonces al otro lado del Velo? Quizá la muerte sea un lugar muy grande. (Debe serlo.) Tal vez estuviera buscando a Baz aquí porque aún no lo ha encontrado al otro lado.

Picoteo los huevos un par de veces y luego suelto el tenedor.

Durante todo esto este tiempo, nunca he considerado seriamente que Baz pudiera estar muerto. Escondido, sí; y tramando algo. Tal vez incluso secuestrado o herido, pero… no muerto.

Prometió hacerme la vida imposible.

Cuando las puertas del comedor se abren de par en par, es casi como si

hubiera sido obra mía, como si yo lo hubiera invocado. Una ráfaga de brisa helada penetra en el comedor. Afuera, en el patio, brilla el sol, y, en un primer momento, lo único que alcanzamos a ver es la silueta de una persona.

Esto ha pasado tantas veces desde que empezó el semestre que ya nadie se asusta, ni siquiera los alumnos más pequeños.

Cuando la silueta avanza unos pasos, la reconozco de inmediato.

Alto. Con el cabello negro peinado hacia atrás. La boca torcida en un gesto burlón… Conozco esa cara tan bien como la mía.

Baz.

Me levanto demasiado rápido, tirando la silla en el proceso. Del otro lado del comedor, una taza se cae al suelo y se hace añicos; me doy media vuelta y veo que Agatha también está de pie.

Baz se dirige hacia nosotros.

Baz.

LIBRO DOS

29
BAZ

Resulta innecesariamente grandilocuente usar un **Ábrete, sésamo** en las puertas, pero lo hago de todas formas porque sé que todo el mundo estará en el comedor y que eso me garantizará una buena reaparición.

Quería que fuera así. Quería ser la única persona que tuviera en su poder la primicia de que estoy de vuelta.

Snow es el primero en reaccionar. Se pone de pie y tira los muebles por los aires. Tengo que hacer un gran esfuerzo

para no poner los ojos en blanco. (Resulta un poco difícil no mirarlo. Está delgado. Y demacrado. A estas alturas ya debería haber vuelto a coger peso.)

Dev y Niall, benditos sean, actúan como si hubiese llegado al desayuno ocho minutos tarde en lugar de ocho semanas. Dev le da un codazo a Niall y este me lanza una mirada de aburrimiento. A continuación, apartan la tetera de mi sitio, el cual han dejado vacío. Buenos chicos.

Me acerco a la mesa de servicio y me preparo un plato. Finjo no estar ferozmente hambriento. (Siento que, de ahora en adelante, estaré eternamente hambriento.)

Snow sigue de pie. La entrometida de su compinche le tira de la manga e intenta que vuelva a sentarse. Debería hacerle caso. Un momento, ¿qué es esto? ¿En qué parte de esta bonita escena está Wellbelove?

Examino la habitación sin girar el cuello. Ahí está, sentada en la otra punta de la estancia —¿problemas conyugales?—, mirándome fijamente. Todos tienen los ojos clavados en mí. Pero está claro que Wellbelove espera algo más, así que se lo concedo. Le dedico una mirada larga y gélida. Que piense lo que le dé la gana; va a hacerlo de todas maneras, así que…

Me siento en la mesa y Dev me sirve

una taza de té.

—Baz —me saluda, sonriendo.

—Señores —digo—. ¿Qué me he perdido?

30
BAZ

Snow vuelve a levantarse cuando entro en clase de Griego. Me siento en mi sitio, sin darme la vuelta para mirarlo.

—Ya vale, Snow. No soy la reina de Inglaterra.

No contesta. Seguro que todavía anda dándole vueltas a alguna de sus fanfarronerías.

Porque Snow refunfuña como nadie. «¡Pero! ¡Yo! ¡Quiero decir! ¡Ahm! ¡Es que!». Con razón es incapaz de soltar un hechizo.

El Minotauro se cruza de brazos y bufa en cuanto me ve.

—Señor Pitch —dice—, veo que ha decidido acompañarnos.

—Sí, señor.

—Tendremos que discutir sobre cuáles son sus planes para ponerse al día.

—Por supuesto, señor. Aunque creo que pronto se dará cuenta de que sigo bastante adelantado: mi madre siempre insistía en hacerme tomar clases de refuerzo de Griego y Latín durante el verano —es bueno mencionar a mi madre a los profesores más antiguos. Todos la siguen recordando. Noto cómo inclinan la cabeza levemente ante su

mención.

El Minotauro trabajaba en los terrenos de la escuela cuando mi madre era la directora. Por aquel entonces, a las criaturas mágicas no se les permitía formar parte del profesorado. Le desafío a que me eche eso en cara.

Desafío a todos, joder.

—Eso ya lo veremos —dice, entrecerrando esos ojos bovinos.

Tampoco estoy mintiendo. El Griego no me va a suponer ningún problema. También me irá bien en Latín, en Palabras Mágicas y en Elocución. Ciencias Políticas podría ser un hueso, depende de lo que hayan avanzado. Y lo mismo pasa con Historia y Astrología.

Voy a tener que dejarme la piel para volver a ser el primero de la clase. Y no tengo muy claro que el entrenador Mac me vaya a dejar volver a entrar en el equipo de fútbol…

Seguramente todos levantarían un poco la mano conmigo si les contara que me han secuestrado.

Pero no pienso a contarle a *nadie,* jamás, que me han secuestrado.

Secuestrado. Y por unos putos cenutrios, nada menos.

Los cenutrios son como los troles, pero más feos. Son grandes y estúpidos y siempre tienen frío. Van deambulando por todos lados abrigados, si las tienen, con mantas o batas de dormir y, si no,

con hojas y barro y periódicos viejos. Por lo general, viven debajo de los puentes. Porque les *gusta* vivir debajo de los puentes. La inteligencia no les llega más que para darte un garrotazo en la cabeza y arrastrarte a su guarida, si ven que pueden sacar algo de ti.

Mi tía Fiona no daba crédito cuando me encontró en la guarida de los cenutrios. Se pasó el camino entero de vuelta a casa y el camino de vuelta a Watford echándome la bronca. Me obligó a sentarme en el asiento trasero de su MG. (Un Glorious del año 67.)

—El asiento delantero es para gente que nunca ha sido secuestrada por unos malditos cenutrios. ¡Por Dios bendito,

Baz! —a mi tía Fiona le gusta maldecir como si fuera una Normal. Le parece muy punk.

Sé que solo estaba medio disgustada conmigo y medio aliviada de que estuviera vivo.

Me había pasado seis semanas atrapado debajo de aquel puente, metido en un ataúd. Y eso que los cenutrios ni siquiera estaban intentando *torturarme.* Creo que pensaban que meterme en un ataúd era el trato adecuado para un vampiro. O algo así. Incluso me traían sangre. (Decidí no pensar en cuál sería su procedencia.) No me trajeron nada de comida. La mayoría de la gente no sabe que los vampiros necesitamos ambas

cosas. La mayoría de la gente no sabe una mierda sobre los vampiros.

Ni yo mismo sé una mierda sobre los vampiros. No me dieron ningún manual de instrucciones cuando me mordieron.

Los cenutrios me encerraron en un ataúd durante seis semanas. Y, más o menos una vez al día, me echaban un poco de sangre. (En un vaso de plástico de un litro, con una de esas pajitas que se doblan.) Puedo pasar más tiempo sin comer que una persona normal pero, para cuando Fiona vino a buscarme, estaba bastante hecho polvo.

Afortunadamente, mi tía es una maga de armas tomar. Arrasó con los cenutrios, encontró mi ataúd y, después,

me aplicó magia sanadora: **Sana, sana, culito de rana**, susurraba. Y también: **¡Ponte bueno!**

(Todo aquello me trajo a la mente el día en que me convirtieron, con Fiona y mi padre bombardeándome con magia sanadora que curaba los mordiscos y los moratones pero que no surtía efecto en los cambios que ya se estaban obrando en mi interior.)

Aún me encontraba muy débil cuando Fiona me ayudó a salir del ataúd.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Tengo hambre. Tengo sed.

Le dio una patada a un cenutrio muerto. Cuando mueren, los cenutrios

parecen enormes piedras, una especie de montones enormes de barro y materia gris.

—¿No le puedes chupar la sangre a uno de estos?

—No —le contesté, sardónicamente.

La sangre de cenutrio es pantanosa y salada. Definitivamente, no es potable, que es probablemente la razón por la cual les mandaron capturarme.

—Te llevaré a un McDonald's —me dijo.

—Llévame a la escuela.

Fiona me compró tres Big Macs. Me comí el primero en dos bocados, pero lo vomité inmediatamente. Fiona paró el coche en la cuneta hasta que dejé de dar

arcadas.

—Estás fatal, Basil. Voy a llevarte a casa.

—Es septiembre, llévame a la escuela.

—Es octubre, y voy a llevarte a casa para que descanses.

—¿Octubre? Fiona, llévame a la escuela. Ya.

Me limpié la boca con la manga de la camisa. Todavía llevaba puesta la ropa de tenis: los cenutrios me habían pillado al salir del club. Estaba manchado de toda la porquería imaginable y, desde hacía muy poco tiempo, de vómito.

Fiona negó con la cabeza.

—Ahora mismo la escuela no importa, chaval. Estamos en mitad de una guerra.

—Siempre estamos en medio de una guerra. Llévame de vuelta a Watford. Prefiero morir a permitir que Penelope Bunce termine siendo la primera de la promoción en nuestro último curso.

—Baz, todo ha cambiado. Te han secuestrado. Te han usado para pedir un rescate.

Me apoyé sobre su coche.

—¿Por eso no me han matado los cenutrios? ¿Porque han pagado el rescate?

—No, joder. Los Pitch no hemos pagado nunca un rescate, y no vamos a

empezar ahora.

—¡Soy el único heredero vivo!

—Eso es precisamente lo que dijo tu padre. Él quería que pagáramos. Pero yo le dije que, aunque sabía que mi hermana había tocado fondo al casarse con un Grimm, no pensaba dejar que terminara de llevarse por delante lo que quedaba de nuestro orgullo. Sin ofender, Basil —me tendió otra Big Mac—. Inténtalo otra vez. Más despacio.

Le di un mordisco.

—¿Por qué me han secuestrado? —conseguí preguntar a través de tres capas de pan y dos trozos de carne.

—Al principio, querían dinero. Después, quisieron varitas.

—¿Para qué narices iban a querer varitas los cenutrios?

—¡Para nada! La verdadera cuestión es quién los ha contratado. O, más bien, quién los ha engatusado… No sé qué habrá que hacer para conseguir que un cenutrio obedezca tu voluntad, quizá sea suficiente con llevarles una bolsa de agua caliente. Siguieron llamándonos desde tu móvil, hasta que se quedó sin batería. Tu padre cree que te raptaron y que fue luego cuando trataron de decidir qué hacer contigo. Sin embargo, a mí todo me huele al Hechicero. No le basta con habernos denigrado, también anhela todo lo que nos ha hecho poderosos.

—¿Tú crees que ha sido el

Hechicero quien me ha mandado secuestrar? ¿El director de la escuela?

—Yo creo que el Hechicero es capaz de cualquier cosa —me contestó —. ¿Tú no?

Sí, lo creía. Pero Fiona siempre le echa al Hechicero la culpa de todo, así que resulta difícil tomarla en serio incluso cuando acababa de matar a unos cenutrios para salvarme la vida.

En aquel momento, lo único que quería era acostarme un rato.

—Ah —dijo Fiona—. Toma.

Del interior de su gigantesco bolso extrajo mi varita, marfil pulido con empuñadura forrada en piel, y la introdujo en el bolsillo de mis

pantalones. La saqué.

—Así que… —continuó—. Bueno, es evidente que no voy a dejarte volver a esa escuela y caer en las garras de ese desgraciado.

—Por supuesto que voy a volver.

—Basilton —nombre completo, tres sílabas. Hablaba en serio.

—No se atreverá a meterse conmigo en la escuela —argumenté—. No delante de todo el mundo.

—Baz, tenemos que actuar en serio. Ha vuelto a atacar a nuestra familia, de forma directa.

—Lo digo en serio. De todas maneras, soy mucho más valioso como espía que como soldado; al menos eso

es lo que las Familias Antiguas han dicho siempre.

—Eso es lo que decíamos cuando eras un niño. Pero ahora eres un hombre.

—Soy un estudiante —le respondí —. ¿Qué crees que diría mi madre si se enterara de que quieres sacarme de la escuela?

Fiona resopló y sacudió la cabeza. Aún nos encontrábamos en la cuneta, parados. Me abrió la puerta del coche.

—Sube, pequeña rata manipuladora.

—Solo si me llevas de vuelta a Watford.

—Primero voy a llevarte a casa. Daphne y tu padre quieren verte.

—Y después a Watford.

Me arrastró hacia el coche.

—¡Dios! Sí. Si sigues queriendo ir.

Pues claro que seguía queriendo ir a Watford… después de haber visto a mi padre. Y de que mi madrastra hubiera llorado por mí. Y de haber dormido doce horas seguidas bajo una lluvia de hechizos de sanación.

Al final, me pasé quince días metido en la cama.

Todos intentaron que me quedara durante más tiempo.

Incluso llamaron a Vera, mi antigua canguro, para que viniera y conseguir que me sintiera aún más culpable. (Vera es una Normal. Racionaliza todas nuestras peculiaridades fingiendo que

pertenecemos a la mafia. Cuando todo se vuelve demasiado complicado para ella, mi padre le devuelve la inconsciencia con un hechizo.)

A pesar de todo, me levanté de la cama dos semanas más tarde, hice las maletas y me senté en el asiento del copiloto del coche de Fiona.

—¡Te lo robaré si es necesario! —grité hacia la entrada—. ¡O secuestraré un autobús!

No había forma humana de evitar que volviera a la escuela. Este es mi último año allí. El último año en la torre. El último año en el campo. El último año que me queda para seguir atormentando a Snow antes de que

nuestra enemistad se vuelva algo más permanente y menos entretenido.

Mi último año en Watford, el último lugar donde había visto a mi madre…

Por mis muertos que iba a regresar.

La tía Fiona salió pisando estruendosamente con sus pesadas Doc Martens negras (topicazo), y abrió la puerta.

—Asiento de atrás —dijo—. El asiento delantero es para la gente que nunca ha sido secuestrada por unos malditos cenutrios.

Noto que Snow se pasa toda la clase de Griego observándome. En serio,

puedo sentirlo. Está tan alterado que su magia se desborda por todas partes.

A veces, cuando se pone así, me entra la tentación de llevármelo aparte y decirle: «Respira hondo, Snow. Suéltalo. Relájate. Antes de que provoques otro incendio. Esto no va a ayudarte, sea lo que sea que te preocupa».

Pero nunca lo hago. Llevármelo a un lado. Hablar con él para que se calme. En lugar de eso, le provoco hasta que explota.

Eso es lo que mejor se le da a Snow. No planea, no ataca. Simplemente, explota y, cuando lo hace, se lleva por delante todo lo que se interponga en su

camino.

Él mismo es medio cenutrio. El Hechicero le da mantas y guantes y Snow va adonde él le diga. Le he visto hacerlo. Probablemente soy quién más veces le haya visto hacerlo, salvo por Bunce…

La forma en que la silueta de Snow empieza a difuminarse, como si fuera la turbina de un reactor. La forma en la que las chispas brotan y resplandecen en su aura. La luz se refleja en su pelo y sus pupilas se contraen hasta que sus ojos se tornan de color azul oscuro. Por lo general, lleva su espada en la mano, y de ahí es de donde emergen las llamas, como látigos rodeándole las manos y las

muñecas, lamiendo la afilada hoja. Eso lo vuelve loco. Su cerebro se apaga durante un instante, o eso creo, cuando empieza a blandirla. A veces, el poder brota de él como si fueran olas. Olas negras y crecientes. Mucho más poder del que el resto de nosotros tenemos a nuestro alcance. Mucho más poder del que podemos imaginar. El poder se desborda de él como si fuera un vaso debajo de una catarata.

He visto cómo ocurría muy de cerca, estando justo a su lado. Si Snow sabe que estás ahí, te protege. No sé cómo lo hace, en realidad ni siquiera sé *por qué* lo hace. Es su forma de ser: usa el poco control que tiene para proteger a otras

personas.

El Minotauro está divagando. Conjugando verbos que me sé desde los once años.

Puedo sentir los ojos de Snow clavados en mi nuca. Puedo oler su magia. Un aroma ahumado, pegajoso. Como leña verde en una hoguera. La gente que se sienta a nuestro alrededor está ebria y atontada a causa del olor. Veo que Bunce intenta sacudírselo de encima. Penelope fulmina a Simon con la mirada. Él, a su vez, hace lo mismo conmigo.

Giro la cabeza lo justo como para que pueda ver la sonrisa torva en mis labios.

31
SIMON

Vuelvo a nuestra habitación en cuanto acaban las clases, pero Baz no está. Su ropa está colocada en el armario. La cama está hecha. Todas las botellas y los botes vuelven a estar colocados otra vez encima de la repisa del baño.

Abro las ventanas a pesar de que fuera está helando: llevo todo el día sobrecalentándome. Penelope estuvo a punto de tener que sujetarme durante el desayuno. Quería plantarme ante Baz y exigirle que me dijera dónde había

estado. Quería… Creo que solo quería asegurarme de que de verdad era él. Es decir… Evidentemente es él.

Baz está de vuelta.

Baz está vivo. O tan vivo como puede estar.

Hoy tenía muy mala pinta, parecía incluso más pálido que de costumbre. Parece también más delgado, y hay algo extraño en la manera en la que se mueve, como arrastrándose. Como si llevara piedras de diferentes pesos atadas a cada una de sus extremidades.

Lo único que quiero es correr hacia él, tirarlo al suelo y obligarle a que me lo cuente todo. Qué le ha pasado. Dónde ha estado…

Espero en nuestra habitación hasta la hora de la cena, pero Baz no vuelve. Después, en el comedor, me ignora.

Hace lo mismo con Agatha. (Ella tampoco le quita los ojos de encima, pero creo que su preocupación es distinta: ella no piensa que haya vuelto para matarla.) Se ha sentado sola en una de las mesas y no soy capaz de decidir si eso me enfada o me entristece. Si la propia Agatha me enfada o me entristece. Ni siquiera sé cómo se supone que debo sentirme por ella. Ahora mismo soy incapaz de *pensar.*

—Se me ha ocurrido que esta noche podríamos estudiar en la biblioteca —me dice Penny durante la cena, como si

yo no estuviera, literalmente, echando humo.

—Voy a tener que hablar con él en algún momento —le digo.

—No, la verdad es que no —me contesta—. De todas maneras, nunca habéis hablado entre vosotros.

—Voy a tener que plantarle cara.

Ella se inclina sobre su pastel de carne.

—Eso es lo que me preocupa, Simon. Primero deberías tranquilizarte un poco.

—Estoy tranquilo.

—Simon, tú nunca estás tranquilo.

—Eso me ha dolido, Penny.

—Pues no debería. Es una de las

razones por las que te quiero.

—Yo solo… Solo necesito saber dónde ha estado…

—Bueno, pues no te lo va a contar.

—Quizá se le escape algo, sin querer, mientras intenta no contármelo. ¿Qué es lo que estará tramando? Es como si hubiera estado encerrado en una de esas terroríficas cárceles estadounidenses.

—O a lo mejor ha estado enfermo.

Joder, no se me había ocurrido. En cualquier escenario que era capaz de imaginar, Baz estaba escondido, conspirando en alguna parte. Quizá estaba enfermo *y* conspirando…

—No importa cuál sea la verdad —

dice Penny—, no va a servir de nada que te pelees con él.

—No voy a hacerlo.

—Simon, sí que vas a hacerlo. Lo haces todos los años. En cuanto le ves. Lo único que digo es que no *deberías* hacerlo esta vez. Está ocurriendo algo. Algo más importante que Baz. El Hechicero prácticamente ha desaparecido, y Premal se ha pasado las últimas semanas en algún tipo de misión secreta; mi madre me ha contado que ha dejado de contestarle a los mensajes que le manda.

—¿Está preocupada por él?

—Mi madre siempre está preocupada por Premal.

—¿Tú estás preocupada?

Penny baja la mirada.

—Sí…

—Perdóname. ¿Deberíamos intentar encontrarlo?

Me devuelve una mirada severa.

—Mi madre dice que no. Dice que tenemos que esperar y estar atentos. Creo que mi padre y ella están haciendo algunas averiguaciones, discretamente, y no quiere que nosotros llamemos mucho la atención. Y por eso necesito que te tranquilices. Solo mantén los ojos abiertos. Observa. No lances muebles por los aires ni mates nada.

—Siempre dices eso —suspiro—. Pero, cuando se trata de «ellos o

nosotros», quieres que mate cosas.

—Nunca quiero que mates, Simon.

—Nunca tengo la sensación de tener elección.

—Lo sé —me sonríe con tristeza—. Pero no mates a Baz esta noche.

—No lo haré.

Aunque, probablemente, tenga que hacerlo algún día, y ambos lo sabemos.

Penelope me permite volver a mi habitación después de la cena y no intenta seguirme. Ahora que Baz ha vuelto, está atrapada con Adelfa y su novia.

—¡Los homosexuales tienen un

privilegio injusto! —se queja.

—Solo en lo que respecta a visitar compañeros de cuarto —le respondo.

Tiene la decencia suficiente como para no discutírmelo.

Cuando termino de subir las escaleras, estoy nervioso. Todavía no sé qué le voy a decir.

Nada, escucho que dice Penny, dentro de mi cabeza. *Haz tus deberes y vete a dormir.*

Como si las cosas fueran así de sencillas.

Compartir habitación con la persona que más odias en el mundo es como compartir habitación con una sirena. (De esas que están encima de los coches de

policía, no de las que intentan engatusarte cuando cruzas el canal de la Mancha.) No puedes ignorarla y tampoco llegas a acostumbrarte a ella. Nunca deja de resultar doloroso.

Baz y yo nos hemos pasado siete años gruñéndonos y poniéndonos muecas. (Él es el que pone muecas, yo gruño.) Los dos permanecemos lo más lejos posible de la habitación si sabemos que el otro está ahí y, cuando no podemos evitarnos, nos esforzamos para no mantener ninguna clase de contacto visual. Yo no le hablo. No hablo delante de él. No dejo que vea nada que pueda contarle a la zorra de su tía Fiona.

No me gusta insultar a las mujeres, pero es que Fiona, la tía de Baz, hizo una vez que los pies se me quedaran atrapados en el barro con un hechizo. Sé que fue ella porque la escuché recitar:

—¡Defiende tu posición!

Y ya la he pillado dos veces intentando colarse en el despacho del Hechicero.

—Es el despacho de mi hermana —me contestó ella—. Me gusta venir de visita de vez en cuando.

A lo mejor decía la verdad. O a lo mejor está intentando deshacerse del Hechicero.

Ese es el problema que tienen todos los Pitch y sus aliados: es imposible

saber si traman algo o si solo están actuando como lo haría una persona normal.

Ha habido años durante los cuales pensé que si le prestaba a Baz la suficiente atención podría averiguar sus planes (quinto). Y otros años en los que decidí que vivir con él ya era bastante castigo como para además tener que vigilarlo (el año pasado).

Al principio, no había ni estrategias ni decisiones. Solo estábamos nosotros dos, peleándonos por los pasillos y sacándonos la mierda a patadas hasta que acabábamos sangrando un par de veces o tres al año.

Solía suplicarle al Hechicero que

me cambiara de compañero, pero las cosas no funcionan así. El Crisol nos puso juntos a Baz y a mí el primer día de curso.

Todos los alumnos de primero son seleccionados de la misma manera. El Hechicero enciende una hoguera en el patio principal. Los de último año le ayudan y los novatos se colocan en círculo alrededor del fuego. El Hechicero pone el Crisol —un crisol de verdad, una reliquia de cuando se fundó la escuela—, sobre el fuego y pronuncia el encantamiento. Después, todo el mundo espera a que el hierro que hay en su interior se derrita.

Uno experimenta una sensación de lo

más extraña cuando la magia le empieza a hacer efecto. Estaba preocupado de que a mí no me hiciese efecto, porque yo era un intruso. Los otros niños empezaron a juntarse entre ellos, pero yo seguía sin sentir nada. Pensé en fingirlo, pero no quería que me pillaran y me expulsaran.

Y, entonces, sentí la magia, como un gancho en el estómago. Di un traspié hacia delante y miré a mi alrededor. Baz caminaba hacia mí. Parecía tan tranquilo… Como si se acercara a mí por propia voluntad y no por el efecto de un imán místico en las tripas.

La magia no cesa hasta que tu nuevo compañero de cuarto y tú os dais la

mano. Yo se la tendí a Baz inmediatamente. Sin embargo, él permaneció inmóvil durante todo el tiempo que pudo soportarlo. No sé cómo fue capaz de resistir la tensión, yo pensaba que se me iban a salir las tripas del cuerpo y a enredarse sobre él.

—Snow —dijo.

—Sí —le contesté, agitando la mano —. El mismo.

—El heredero del Hechicero.

Asentí con la cabeza, aunque lo cierto es que, en aquel momento, no reparé en lo que realmente quería decir. El Hechicero me convirtió en su sucesor para que pudiera tener una plaza en Watford. También por eso tengo su

espada. Es un arma histórica, que antes le solía ser entregada al heredero del Hechicero, cuando dicho el título aún se traspasaba en base a la línea sucesoria en vez de ser designado por el Aquelarre.

El Hechicero también me dio una varita: de hueso, con mango de madera y que había pertenecido a su padre, para que tuviera mi propio instrumento mágico. Debes tener magia en tu interior y también un medio de canalizarla fuera de tu cuerpo, ese es el requisito fundamental para entrar en Watford y también el requisito fundamental para ser un mago. Todos los magos heredan de su familia algún tipo de artilugio: Baz

tiene una varita, como yo (todos los Pitch usan varitas); sin embargo, Penny tiene un anillo y Gareth tiene una hebilla de cinturón (lo cual resulta muy violento, porque cuando quiere lanzar un hechizo tiene que sacar pelvis. A él le parece muy gracioso, pero nadie más tiene la misma opinión).

Penelope piensa que tener una varita de segunda mano es una de las razones por las que mis hechizos siempre son un desastre, ya que no está vinculada a mí con sangre. No sabe qué hacer conmigo. Después de siete años en el mundo de los Hechiceros, lo primero que hago siempre es invocar la espada, porque sé que acudirá cuando yo la llame. Mi

varita también aparece, pero la mitad de las veces que quiero utilizarla se hace la muerta.

La primera vez que le pregunté al Hechicero si podía cambiarme de compañero fue unos meses después de que Baz y yo empezáramos a vivir juntos. El Hechicero ni siquiera quiso escucharme, sabía perfectamente quién era Baz y sabía mejor que yo que los Pitch son unas víboras traidoras.

—El emparejamiento con tu compañero de cuarto es una tradición sagrada en Watford —me dijo, con voz amable pero firme—. El Crisol os ha unido, Simon. Debéis cuidaros el uno al otro y conoceros como si fuerais

hermanos.

—Sí, señor, pero… —ahí estaba yo, sentado en esa inmensa silla de cuero que hay en su despacho, la que tiene tres cuernos en lo alto—. El Crisol tiene que haberse equivocado. Mi compañero es un completo imbécil. Creo que es malvado, incluso. La semana pasada alguien hechizó mi portátil para que no pudiera abrirse, y sé que fue él. Prácticamente, se reía de mí a carcajada limpia.

El Hechicero se limitó a quedarse sentado en su escritorio, frotándose la barba.

—El Crisol os ha puesto juntos, Simon. Estás destinado a cuidar de él.

Siguió dándome la misma respuesta hasta que me cansé de preguntar. Se negó a hacerlo, incluso cuando le presenté *pruebas* de que Baz había intentado darme de comer a una quimera.

Baz *admitió* haberlo hecho y después argumentó que haber fallado ya era castigo suficiente. ¡Y el Hechicero le dio la razón!

A veces no entiendo al Hechicero…

Ha sido en estos últimos años cuando me he dado cuenta de que el Hechicero me obliga a quedarme con Baz para poder tenerlo bajo control. Lo que significa, o al menos espero que signifique, que el Hechicero confía en

mí. Cree que soy la persona adecuada para esa tarea.

Decido darme una ducha y afeitarme aprovechando que Baz no está. Solo me hago dos cortes, menos de lo que suelo hacer normalmente. Cuando salgo del baño, con los pantalones del pijama puestos y una toalla alrededor del cuello, Baz está al lado de su cama vaciando su mochila.

Gira rápidamente la cabeza hacia mí, con el rostro totalmente contorsionado. Como si me hubiera metido con él.

—¿Qué estás haciendo? —gruñe entre dientes.

—Dándome una ducha. ¿Qué

problema tienes?

—Tú —me dice, y tira la mochila al suelo—. Como siempre, tú.

—Hola, Baz. Bienvenido.

Aleja su mirada de mí.

—¿Dónde está tu collar? —su tono de voz es muy bajo.

—¿Mi qué?

No puedo verle bien la cara, pero parece que le tiembla la mandíbula.

—Tu *cruz*.

Mi mano vuela a mi cuello y luego a los cortes en la barbilla. Mi cruz. Hace semanas que me la quité.

Corro hacia la cama y la desentierro de entre mis cosas, pero no me la pongo. En vez de eso, avanzo hacia Baz y me

quedo en su parte de la habitación hasta que consigo que me mire. Lo hace. Tiene los dientes muy apretados y la cabeza está echada hacia atrás, *esperando* a que yo haga el primer movimiento.

Le muestro la cruz sosteniéndola con ambas manos, quiero que se dé cuenta de lo que es, de lo que significa. La alzo después por encima de mi cabeza y me la deslizo suavemente alrededor del cuello. Tengo los ojos clavados en los de Baz. Él tampoco deja de mirarme, las aletas de su nariz se agitan con fuerza.

Cuando la cruz vuelve a estar en mi cuello, sus párpados caen y sus hombros se enderezan.

—¿Dónde has estado? —le

pregunto.

Sus ojos vuelven a fijarse en los míos.

—No es asunto tuyo.

Siento que mi magia empieza a agitarse e intento empujarla a lo más hondo de mí.

—Estás hecho una mierda, ¿sabes?

Tiene mucho peor aspecto ahora que le veo de cerca. Está cubierto por una especie de película gris. Incluso sus ojos, que siempre son grises, están impregnados de ella.

Por lo general, sus ojos son de ese tono de gris que resulta de mezclar azul oscuro con verde oscuro: gris como el agua profunda. Hoy son más bien del

color del pavimento mojado.

A Baz se le escapa una risa.

—Gracias, Snow. La verdad es que tú también estás bastante escuchimizado y esmirriado.

Si lo estoy, es por su culpa. ¿Cómo se supone que iba a dormir y comer sabiendo que él estaba por ahí, conspirando contra mí? Y, si ahora que ha vuelto no piensa contarme nada útil, a lo mejor debería darle una paliza de todas formas, por habérmelo hecho pasar tan mal.

O… podría ponerme a hacer los deberes.

Creo que me limitaré a hacer los deberes.

Lo intento. Me siento en mi mesa y Baz sobre su cama. De pronto se va, sin decir ni una sola palabra, y sé que es porque va a bajar a las catacumbas a cazar ratas. O al bosque, a cazar ardillas.

También sé que una vez mató y se bebió la sangre de un lobo de mar, pero no sé por qué. Su cuerpo apareció flotando junto al borde del foso.

(Odio a los lobos de mar casi tanto como Baz. No creo que sean inteligentes pero, aun así, son diabólicos.)

Cuando Baz se marcha, yo vuelvo a la cama. Solo lleva aquí un día, y ya vuelvo a sentir la urgencia de saber dónde está en cada momento. Es como si

hubiéramos vuelto a quinto.

Cuando por fin regresa al cuarto, apestando a polvo y podredumbre, cierro los ojos.

Es entonces cuando me acuerdo de su madre.

32
BAZ

Esta noche he estado a punto de ir al despacho del Hechicero.

Solo para que mi tía Fiona me deje en paz cuanto antes.

Se pasó todo el camino a Watford dándome la brasa. Cree que el Hechicero hará un nuevo movimiento pronto. Cree que está buscando algo muy específico. Por lo visto, ha estado visitando (allanando, más bien) las casas de todas las Familias Antiguas durante los últimos dos meses. Aparece

montado en su Range Rover (1981, color verde bosque, muy bonito), y bebe el té de sus enemigos mientras sus Hombres usan hechizos de búsqueda para revolver las bibliotecas.

—El Hechicero dice que uno de nosotros colabora con el Humdrum —me dijo Fiona—. Que no hay nada que esconder, a no ser que nosotros estemos ocultándole algo.

No tuvo que añadir que hay *muchas* cosas escondidas en nuestra casa. No colaboramos con el Humdrum —¿por qué querría ningún mago colaborar con el Humdrum?—, pero nuestra casa está llena de libros prohibidos y objetos oscuros. Incluso muchos de nuestros

libros de recetas están prohibidos (aunque los Pitch dejamos de comer hadas hace siglos.) (Ya ni siquiera se encuentran hadas.) (Y no es porque nos las hayamos comido todas.)

Fiona no vive con nosotros. Tiene un piso en Londres y le gusta salir con Normales. Periodistas y baterías de grupos de música.

—No he traicionado a mi raza —diría—, nunca me casaría con uno.

Creo que sale con ellos porque no le parecen reales. Creo que todo esto tiene que ver con mi madre.

Mi padre siempre dice que Fiona tenía a mi madre en un pedestal, como si su hermana hubiera puesto la luna en el

cielo. (En realidad, oyendo a mi padre hablar de ella, uno podría pensar que efectivamente es posible que fuera ella quien puso la luna en el cielo. O que, quizá, la luna estuviera donde está solo para darle un gusto a ella.)

Fiona trabajaba como aprendiz de un herborista en Pekín cuando mi madre falleció. Vino al funeral y ya no volvió a irse. Se quedó con mi padre hasta que él se volvió a casar y luego se mudó a Londres. Ahora mismo, mi tía vive de la magia y del dinero de la familia, y para vengar a su hermana.

No es una buena combinación.

Fiona es lista y poderosa, pero mi madre era la jugadora de ajedrez de la

familia. A ella la habían preparado para la grandeza (eso es lo que dice todo el mundo).

Fiona es vengativa. Es impaciente. Y, a veces, lo único que quiere es rebelarse contra el sistema, aunque no tenga claro cuál es el sistema ni cómo rebelarse adecuadamente.

Su infalible plan para descubrir las verdaderas intenciones del Hechicero consiste en hacer que yo me cuele en su despacho. Está obsesionada con el despacho del Hechicero. Antes era el despacho de mi madre y yo creo que Fiona aún cree que puede volver a quitárselo.

—¿Que me cuele en su despacho

para hacer qué? —le pregunté.

—Solo para echar un vistazo.

—¿Qué esperas que encuentre?

—Pues no lo sé, ¿no? Seguramente haya dejado alguna pista en alguna parte. Investiga en su ordenador.

—Nunca va a su despacho a usar el ordenador —le dije—. Probablemente lo guarde todo en el teléfono.

—Pues róbaselo.

—Róbaselo tú —le respondí—. Yo tengo clase.

Me dijo que pensaba reunirse pronto con las Familias Antiguas, un consorcio formado por todos los clanes que fueron dejados de lado durante la revolución del Hechicero.

(Mi padre también asiste a esas asambleas pero, en realidad, no está muy interesado en ellas. Preferiría debatir acerca del ganado mágico y el inventario de semillas. Los Grimm son granjeros. Mi madre debió de estar locamente enamorada para casarse con él.)

Después de la muerte de mi madre, cualquiera con coraje suficiente para oponerse al golpe de estado fomentado por el Hechicero fue fulminantemente expulsado del Aquelarre. Ningún integrante de las Familias Antiguas ha tenido un asiento en el Aquelarre durante la última década, aunque la mayor parte de las reformas realizadas

por el Hechicero están dirigidas a nosotros: libros prohibidos, frases prohibidas. Reglas sobre cuándo podemos reunirnos y dónde. Impuestos destinados a cubrir las medidas del Hechicero y, más concretamente, para financiar que cualquier bastardo de fauno, primo de centauro o patética imitación mago de segunda división del reino pueda entrar en Watford. En el mundo de los Hechiceros nunca había habido impuestos antes. Eso era para los Normales, nosotros jugábamos en otra liga.

Así que no se puede culpar a las Familias Antiguas de intentar devolverle el golpe al Hechicero cuando se les

presenta la ocasión.

Bueno, de cualquier forma, le dije a Fiona que sí, que lo haría. Que fisgonearía en el despacho del Hechicero, incluso aunque aquello no sirviera para nada.

—Llévate algo de allí —insistió, sujetando el volante.

Yo estaba en el asiento de atrás, así que solo podía ver parte de su cara reflejada en el espejo retrovisor.

—¿Que me lleve qué?

Se encogió de hombros.

—Da igual. Llévate algo.

—No soy un ladrón —le respondí.

—No es robar: ese despacho es de ella, es tuyo. Llévate algo de allí, por

mí.

—Vale —accedí.

Al final, casi siempre le sigo la corriente a Fiona. Su manera de echar de menos a mi madre hace que siga viva en mí.

Esta noche, sin embargo, estoy demasiado cansado para cumplir el encargo de Fiona.

Y demasiado alterado. No puedo quitarme de encima la sensación de que alguien me persigue; de que quien haya pagado a los cenutrios para que me secuestraran va a intentarlo otra vez.

Cuando termino con mi incursión en

las catacumbas, me siento como si fuera arrastrando mi propio cadáver escaleras arriba, hasta nuestra habitación.

Snow ya está dormido cuando entro.

Normalmente yo me ducho por las mañanas y él por las noches.

Después de tantos años, tenemos el baile perfectamente coreografiado. Nos movemos por la habitación sin rozarnos, sin hablarnos, sin mirarnos una sola vez (o, al menos, no lo hacemos mientras el otro está pendiente).

Sin embargo, tengo telarañas en el pelo y esta noche estaba tan sediento que cuando terminé de alimentarme tenía las uñas llenas de sangre.

No me había pasado desde que tenía

catorce años, desde que estaba empezando a intentar acostumbrarme a esto. Por lo general, soy capaz de chuparle la sangre a un caballo de polo sin mancharme los labios siquiera.

Me muevo silenciosamente por la habitación. Por más que disfrute metiéndome con Snow, lo único que quiero esta noche es limpiarme y dormir un poco.

No tenía que haber intentado aguantar un día de clases entero. Se me ha dormido la pierna y la cabeza me está matando. Quizá el entrenador Mac no debería dejarme volver al equipo si no soy capaz ni de soportar ocho horas sentado en una mesa. (Parecía triste

cuando me vio aparecer en el entrenamiento. Y suspicaz. Me dijo que estaba en periodo de prueba.)

Me doy una ducha rápida y silenciosa y, cuando me meto en la cama, siento cómo todos y cada uno de mis huesos suspira satisfecho.

¡Por Crowley, cuánto echaba de menos esta cama! Aunque sea polvorienta y esté llena de bultos, aunque las plumas de ganso se cuelen por las costuras y pinchen.

El dormitorio que tengo en mi casa es enorme. Todos los muebles tienen cientos de años y yo no tengo permiso para colgar ni mover nada, porque todo está registrado en el Fondo Nacional

para la Preservación Histórica. De vez en cuando, cada pocos años, los periódicos locales se presentan en casa para escribir un artículo.

Mi cama de allí es pesada y tiene dosel y, si uno se acerca lo suficiente, se pueden apreciar las cuarenta y dos gárgolas talladas en el marco. Cuando era pequeño, tenía un banquito cerca de la cabecera, porque la cama era demasiado alta para poder subir solo.

Esta cama, en Watford, es más mía de lo que la otra ha llegado a serlo nunca.

Me doy la vuelta y me pongo de lado, mirando a Snow. Está dormido, así que da igual que le observe. Así que lo

hago. Aunque sé que no me va a servir de nada.

Snow duerme hecho una especie de bola: con las piernas encogidas y los puños metidos debajo, los hombros hacia afuera y la cabeza agachada, el pelo en una nube de rizos encima de la almohada. La poca luz de luna que hay parece quedar atrapada en su dorada piel.

Con los cenutrios, no había luz. Solamente una noche larga y eterna, llena de dolor, de ruido y de sangre.

Al menos, yo estoy medio muerto. Quiero decir que, cuando voy por ahí normalmente y me siento bien, estoy vivo solo a medias.

Metido en aquel ataúd, tuve que mantener la cabeza en su sitio.

Solamente me dejé ir un poco…

Solo para mantenerme *cuerdo*. Para poder *sobrevivir* a todo aquello.

Y, cuando empecé a sentir que las cosas se me estaban yendo de las manos, me aferré a lo único que siempre me da seguridad.

A esos ojos azules.

A esos rizos de bronce.

Al hecho de que Simon Snow es el Hechicero vivo más poderoso. De que nada puede hacerle daño, ni siquiera yo.

De que Simon Snow está vivo.

Y yo estoy completa y deseperadamente enamorado de él.

33
BAZ

La palabra clave es «desesperadamente».

Fue evidente desde el momento en que me di cuenta de que yo sería el peor parado si lograba camelarme a Snow.

Me di cuenta de ello en quinto. Cuando Snow me seguía como un cachorrito atado a mis tobillos. Cuando no me concedía ni un solo momento de soledad para poder asumir mis sentimientos o intentar silenciarlos masturbándome. (Cosa que intenté

durante el verano. Sin éxito.)

Desearía no haberme dado cuenta nunca. De que estoy enamorado de él.

Ha sido una tortura.

Compartir habitación con la persona que más deseas en el mundo es como compartir habitación con un incendio descontrolado.

Te sientes constantemente atraído hacia él. Y estás constantemente acercándote demasiado. Y sabes que no está bien, que nada puede salir bien, que no puede salir absolutamente nada bueno de eso.

Pero lo haces de todas maneras.

Y, entonces…

Bueno. Te quemas.

Snow dice que estoy obsesionado con el fuego. Diría que es un inevitable efecto secundario de ser altamente inflamable.

Bueno, supongo que todo el mundo es inflamable, pero los vampiros somos como trapos impregnados en aceite. Somos trozos de celuloide.

Lo irónico es que provengo de una larga línea de magos de fuego, de dos largas líneas, de hecho, los Grimm y los Pitch. Se me da genial manipular el fuego. Mientras no me acerque demasiado.

No…

Lo más irónico es que Simon Snow huele a humo.

Snow gime; tiene la cabeza plagada de pesadillas. Eso es algo que compartimos. Se coloca boca arriba y estira el brazo un momento para luego dejarlo caer sobre su cara. Sus ridículos rizos se desbordan otra vez sobre la almohada. Snow lleva el pelo corto en los lados y en la nuca, pero arriba es una maraña de rizos sueltos del color del tabaco. A pesar de la oscuridad, puedo ver su color.

También conozco de memoria el tono de su piel. También es dorada, pero de un tono un poco más claro. Snow nunca toma el sol, pero tiene pecas en los hombros y lunares por toda la espalda y el pecho, en los brazos y en

las piernas. Tres lunares en la mejilla derecha, dos debajo de la oreja izquierda, uno sobre el ojo izquierdo.

No me hace ningún bien tener esa información.

Pero tampoco estoy seguro de que me haga mal. No estoy seguro de si podría ser *peor*.

Las ventanas están abiertas. Snow duerme con las ventanas abiertas durante todo el año, a no ser que yo me oponga. Me resulta más fácil dormir con un par de mantas extra que protestar. Ya me he acostumbrado a su peso sobre el cuerpo.

Estoy cansado. Y lleno. Puedo sentir la sangre llenándome el estómago. Probablemente tenga que levantarme a

hacer pis en medio de la noche.

Snow gime otra vez y vuelve a ponerse de lado.

Estoy en casa. Por fin.

Me quedo dormido.

34
BAZ

A Snow le importa una mierda despertarme.

Le gusta ser la primera persona en bajar a desayunar, Chomsky sabrá por qué. A las seis de la mañana ya está dando topetazos por la habitación como una vaca que se hubiera colado aquí accidentalmente.

Las ventanas siguen abiertas y la luz del sol se cuela en la habitación. No tengo ningún problema con la luz del sol (ese es otro mito). Pero no me gusta. Me

produce un poco de escozor, especialmente a primera hora de la mañana. Snow se huele algo, creo, y deja las cortinas descorridas constantemente.

Supongo que antes nos peleábamos más por cosas así.

Y luego estuve a punto de matarle, y discutir por cerrar las cortinas empezó a resultar un poco ridículo.

Snow dice que fue en tercero cuando intenté matarle por primera vez: con la quimera. Lo cierto es que en aquella ocasión solo quería asustarle: quería ver cómo se meaba encima y lloraba de miedo. En vez de eso, se convirtió en una bomba nuclear.

También va contando por ahí que al año siguiente intenté tirarle por las escaleras. Lo que pasó en realidad fue que estábamos peleando en la parte superior de las escaleras y yo le metí tal puñetazo que salió volando por los aires. Más tarde, cuando mi tía Fiona me preguntó si había empujado a Simon Snow por las escaleras le contesté:

—Joder, pues claro que sí.

Sin embargo, al año siguiente, en quinto, sí que quise deshacerme de Snow de verdad.

Llegué a odiarlo tanto durante esa primavera… Detestaba su simple visión, lo que su visión me hacía sentir.

Cuando Fiona me contó que había

encontrado la manera de «quitarnos al heredero del Hechicero de en medio», me mostré más que dispuesto a ayudarla. Me dio una grabadora de bolsillo, un antiquísimo artilugio con una cinta magnética real, y me advirtió que no hablara cuando estuviera encendida. Me lo hizo jurar sobre la tumba de mi madre.

No sé qué esperaba que pasaría… Sentía como si estuviera en una película de espías, ahí de pie al lado de los portones de entrada y apretando el botón de la grabadora de bolsillo, justo cuando veía que Snow empezaba a perder los estribos.

Quizá pensé que podría hacerle caer

en la trampa…

Quizá pensé que aquello le haría daño (o le mataría).

Quizá pensé que *nada* podría matarlo.

Fue entonces cuando llegó esa maldita Philippa Stainton, corriendo campo a través con el único objetivo de ponerse en ridículo. (Se pasó el año entero dándole la brasa a Snow, aunque él pasaba claramente de ella.) La grabadora se tragó la voz de la chica emitiendo un chirrido horroroso, como el de un ratón al ser atrapado por una aspiradora. Volví a apretar el botón para detener la grabadora en cuanto escuché aquello… pero ya era demasiado tarde.

Snow supo que había sido cosa mía, pero no pudo probar nada. Y tampoco había nadie más que pudiera hacerlo: yo no había tocado mi varita. No había dicho ni una sola palabra.

La tía Fiona no le dio la más mínima importancia a aquel malentendido:

—Philippa Stainton... No es de los nuestros, ¿no?

Recuerdo devolverle la grabadora a mi tía pensando en la cantidad de magia que debía de haberle aplicado. Preguntándome de dónde habría sacado tal cantidad de magia.

—No te pongas triste, Basil —me dijo Fiona, cogiéndola—. La próxima vez no se nos escapará.

Unos días más tarde, en la clase de Palabras Mágicas, la señorita Possibelf nos aseguró a todos que Philippa se iba a poner bien. Pero nunca volvió a Watford.

Nunca olvidaré la cara que puso Philippa cuando su voz se extinguió.

Nunca olvidaré la que puso Snow.

Aquella fue la última vez que intenté hacerle daño. De manera permanente.

Le echo maldiciones. Me meto con él en los pasillos. Estoy todo el rato *pensando* en matarle, y algún día tendré que volver a intentarlo. Pero, hasta entonces, ¿qué sentido tiene?

Voy a perder.

Ese día, cuando Snow y yo de

verdad tengamos que enfrentarnos, perderé.

Puede que yo sea inmortal. (Puede. No sé a quién podría preguntárselo.) Pero, aun así, es ese tipo de inmortalidad a la que se le puede cortar la cabeza o prender fuego.

Snow es… algo completamente distinto.

Cuando explota, es más un elemento de la naturaleza que un mago. No creo que nuestro bando pueda llegar nunca a derrotarlo o dominarlo. Pero yo sé (lo *sé*), que tengo que cumplir con mi papel.

Estamos en guerra.

Es probable que el Humdrum sea el responsable de haber matado a mi

madre, pero el Hechicero va a terminar expulsando de la esfera mágica a toda mi familia. Para que sirvamos de ejemplo. Ha acabado con nuestra autoridad. Ha vaciado nuestras arcas. Ha manchado nuestro nombre. Solo nos queda esperar al día en que le dé por apretar el botón de las bombas nucleares.

Y *Snow* es su bomba nuclear particular. Con él como as en la manga, el Hechicero es omnipotente. Puede obligarnos a hacer lo que quiera… Puede hacernos desaparecer.

No puedo permitir que eso suceda.

Este es mi mundo, el mundo de los Hechiceros. Tengo que cumplir con mi

deber y luchar por él. Aun sabiendo que voy a perder.

Snow está de pie delante de su armario, buscando una camisa limpia que ponerse. Estira un brazo sobre la cabeza y veo cómo se le marcan los músculos de los hombros.

Lo único que hago es perder.

Me siento, echando las mantas a un lado. Snow se sobresalta y coge una camisa del armario.

—¿Te has olvidado de que estoy aquí? —le pregunto.

Llego de dos grandes zancadas hasta mi armario, cojo unos pantalones y una camisa y me los cuelgo del brazo. No tengo ni idea de por qué Snow se

entretiene tanto con la ropa, como si tuviera que tomar una decisión muy difícil. Todos los días va vestido con el uniforme, fines de semana incluidos.

Cuando cierro la puerta de mi armario, reparo en que me está mirando fijamente. Parece inquieto. No estoy seguro de qué habré hecho para inquietarlo, pero le dedico una mueca de desprecio para terminar de desquiciarle del todo.

Me visto en el baño. Snow y yo nunca nos hemos vestido el uno enfrente del otro, es una prolongación de nuestra paranoia mutua. Y doy gracias a todas las serpientes siseantes. Mi vida ya es bastante dolorosa.

Cuando ya estoy vestido y listo para volver al cuarto, me encuentro con que Snow está todavía de pie al lado de la cama, con la camisa puesta pero sin abrochar y la corbata colgando del cuello. Su pelo tiene peor aspecto incluso que cuando se ha despertado, como si se hubiera estado revolviendo los rizos con la mano.

Se queda paralizado y se gira para mirarme.

—¿Qué pasa, Snow? ¿Se te ha comido la lengua el gato?

Él se encoge involuntariamente. **Se te ha comido la lengua el gato** es un hechizo muy retorcido que yo ya he usado contra él dos veces, cuando

estábamos en tercero.

—Baz —se aclara la garganta—. Yo…

—¿Eres una desgracia para la magia?

Aparta la mirada.

—Yo…

—Escúpelo, Snow. Parecía que estabas a punto de lanzar un hechizo. ¿Es eso? La próxima vez usa tu varita, por lo visto ayuda.

Se revuelve el cabello una vez más con una sola mano.

—¿Podrías, *simplemente…?*

No hay nada impresionante en los ojos de Snow. Son de tamaño y forma normales. Los tiene un poco hinchados.

Sus pestañas son cortas y de color marrón oscuro. Ni siquiera el color es demasiado impresionante. Solamente azul. Ni azul marino. Ni azul cerúleo. Ni con matices violetas o verdes.

Entonces parpadea. Tartamudea. Siento que empiezo a sonrojarme. (Por Crowley, sí que debí de beber sangre anoche si soy capaz de sonrojarme.)

—No —le digo mientras recojo mis libros—. La verdad es que no.

Y ya estoy saliendo por la puerta. Bajando las escaleras.

Escucho que Snow refunfuña a mis espaldas.

Cuando baja a desayunar, todavía lleva la corbata colgando del cuello.

Bunce frunce el ceño y aparta la mirada. Snow suelta el bollo que se está comiendo y se limpia las manos en los pantalones antes de anudársela. Alza la vista para mirarme, pero yo ya estoy mirando hacia otro lado.

35
SIMON

Penelope quiere comer en el prado.

—Hace calor —dice—, el césped está seco y es posible que no podamos hacer otro pícnic hasta primavera.

Creo que lo que busca es mantenerme alejado de Baz y Agatha. Se han pasado toda la semana con jueguecitos. Turnándose para lanzarse miradas desde la otra punta del comedor y desviar después la vista rápidamente. Baz también me mira todo el rato, para asegurarse de que me doy cuenta.

Todo el mundo sigue especulando sobre dónde ha estado durante las últimas semanas. Los rumores más populares son una «oscura ceremonia de iniciación que lo traumatizó demasiado como para mostrarse en público» e «Ibiza».

—Mi madre va a venir para llevarme esta noche al pueblo —me dice Penny. Estamos sentados, con la espalda apoyada sobre el tronco de un enorme y retorcido tejo, y mirando hacia direcciones ligeramente distintas—. Vamos a ir a cenar —dice—. ¿Te apetece venir?

—No te preocupes, gracias.

—Podríamos ir a ese sitio de

tallarines japoneses que te gusta tanto. Mi madre invita.

Niego con la cabeza.

—Debo mantener vigilado a Baz —le respondo—. Sigo sin tener ni idea de dónde ha estado.

Penny suspira, pero no discute. Mira fijamente el césped seco de la pradera.

—Echo de menos las Apariciones. Eran tan mágicas…

Me río.

—Ya me entiendes —me responde —. A mi madre se le apareció la tía Beryl, y yo me lo perdí.

—¿Qué le dijo?

—¡Pues lo mismo que la última vez! «Deja de buscar mis libros. Ahí no hay

nada para los de tu calaña».

—Espera un momento, ¿volvió para decirle que deje de buscar sus libros?

—Era investigadora universitaria, como mi madre y mi padre. Cree que nadie es suficientemente inteligente como para entender sus investigaciones.

—No me puedo creer que tus antepasados hayan vuelto solo para insultaros.

—Mi madre dice que siempre supo que la tía Beryl se llevaría su mal genio al infierno.

—¿Los fantasmas se aparecen alguna vez en sitios donde no deberían estar?

—Creo que son más bien como almas…

—Vale, pues las almas. ¿Alguna vez se pierden?

—No estoy segura —responde Penny. Le arranca un trozo a su sándwich y se gira para mirarme—. Sé que se les puede confundir. Que es posible intentar ocultarles sus objetivos. Algo así como que, si te preocupa que un alma pueda volver y revelar alguno de tus secretos, puedes intentar esconder a la persona viva a la que se van a aparecer. Ha habido asesinatos, incluso. Si te asesinan, no se te pueden aparecer y, por tanto, no puedes escuchar ni revelar ninguno de los secretos de la Aparición.

—¿Entonces las Apariciones pueden

confundirse…?

—Sí, solamente se aparecen donde creen que alguien podría estar. Igual que haría una persona normal. Madame Bellamy dijo que vio a su marido rondando por la parte de atrás de su aula antes de que consiguiera cruzar el Velo.

Igual que cuando vi a la madre de Baz en la ventana…

Debería contarle a Penny lo que me ha pasado. Siempre le cuento a Penny lo que me pasa.

—Vámonos —me dice mientras se pone de pie y se sacude el césped de las piernas—. O llegaremos tarde a clase.

Coloca su mano unos centímetros por encima de las servilletas y los

envoltorios de plástico y, con un giro de muñeca, dice:

—**¡Cada mochuelo a su olivo!** —y, al decir eso, desaparecen.

—Qué desperdicio de magia —digo, por costumbre, mientras recojo las mochilas.

Penny pone los ojos en blanco.

—Estoy tan cansada de oírte decir eso… Se supone que *debemos* usar la magia. ¿Para qué la estamos reservando?

—Para que esté ahí cuando la necesitemos.

—Ya me sé la respuesta oficial, Simon, gracias. En Estados Unidos la gente piensa que, cuanto más usa uno la

magia, más poderoso se vuelve.

—Lo mismo piensan de los combustibles fósiles.

Penny me mira, incrédula, y empieza a reírse.

—No me mires así —le respondo—. Sé mucho de combustibles fósiles.

Soy compañero de clase de Baz en la mitad de las asignaturas. En nuestro curso hay solo otros cincuenta alumnos. Ha habido semestres enteros en los que hemos coincidido en todas las asignaturas y hemos tenido que estar juntos todo el día.

Solemos sentarnos lo más lejos que

podemos el uno del otro, pero hoy, en Elocución, madame Bellamy nos hace despejar el centro del aula apartando los pupitres a un lado y nos pone por parejas. Baz acaba sentado justo detrás de mí.

Madame Bellamy no ha vuelto a ser la misma desde la Aparición; es como si… Bueno, como si hubiera visto a un fantasma. Nos pone un montón de trabajo práctico y luego se dedica a deambular por la parte de atrás del aula, como si estuviera perdida.

A estas alturas, en octavo, ya hemos superado las partes básicas de Elocución: proyección de la voz, pronunciación correcta de las

consonantes, hablar en voz alta. Llegados a este punto, todo está más relacionado con los matices. Con cómo volver más poderoso un hechizo diciéndolo con pasión e intención. Con cómo hacer las pausas justas antes de determinadas palabras para fortalecer el encantamiento.

Gareth es mi compañero hoy. Como casi todos los días. Se le da fatal Elocución. Aún repite los hechizos con el mismo tono monótono que emplearía para leer apuntes. Sus hechizos funcionan, pero acaban deshinchándose y aterrizando como si fueran globos de plomo. Si Gareth hace levitar algo, se sacude espasmódicamente; si transforma

algo, lo hace como si fuera una animación barata de *stop-motion*.

Penelope dice que Gareth da vergüenza ajena, y no solo por su ridícula hebilla mágica.

Baz dice que Gareth nunca hubiera sido admitido en Watford en los viejos tiempos.

La elocución de Baz es perfecta. Y es capaz de dominarla en cuatro idiomas. (Aunque supongo que en lo que respecta a su dominio del francés, el latín y el griego solo puedo fiarme de su palabra.) Le escucho perfectamente detrás de mí, lanzando hechizos de enfriamiento y calentamiento uno detrás de otro. Noto en la nuca cómo cambia la

temperatura del aire.

—Más despacio, señor Pitch —le dice madame Bellamy—. No es necesario desperdiciar tanta magia.

Percibo la irritación que destila la voz de Baz cuando empieza a escupir hechizos incluso más rápido que antes.

Me resulta inquietante lo mucho que Baz y Penelope tienen en común. Se lo he mencionado a ella en varias ocasiones.

—Además —apunté—, las familias de los dos odian al Hechicero.

—Mi familia no se parece a la de los Pitch —me contestó—. Ellos son unos racistas que discriminan a otras especies. Estoy segura de que Baz

piensa que yo no debería estar en Watford.

—¿Son racistas? —le pregunto—. ¿Pero él no pertenece a alguna raza? En los retratos, su madre parece española, o árabe.

—El árabe y el español son idiomas, Simon. Y todo mundo pertenece a alguna raza. Baz es la persona más blanca que yo haya visto.

—Pero porque es un vampiro —le contesto.

Joder, tengo que contarle a Baz lo de su madre. O tengo que contarle a Penny lo de la madre de Baz… O a lo mejor debo contárselo al Hechicero. Si no ha sido el Humdrum el que ha matado a la

madre de Baz, ¿entonces quién ha sido?

No soy capaz de guardar un secreto tan grande.

No me cabe dentro.

Penny se cuela en mi habitación antes quedar con su madre esta noche. Es estúpidamente valiente, lo único en lo que Penelope se muestra estúpida. Juraría que esa parte de su personalidad crece cuanto más tiempo pasa entre emergencias. Estoy tentado de cerrarle la puerta en las narices.

—Si Baz te encuentra en nuestra torre se chivará —le digo—. Y luego te *expulsarán*.

Ella hace un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Está en el campo, viendo entrenar al equipo. Pitch está ahí tan pichi.

Empuja la puerta, pero yo la detengo.

—Entonces se chivará algún otro.

—Bah. Todos los chicos de nuestro curso me tienen miedo. Creen que voy a convertirlos en rana.

—¿Existe un hechizo para eso?

—Sí, pero es demasiado agotador, y después tendría que besarlos a todos para que recuperaran su forma normal.

Dando un largo suspiro, suelto la puerta y echo un vistazo hacia las escaleras mientras Penelope se desliza

al interior de mi habitación.

—Solo he venido a convencerte de que vengas conmigo —dice.

—Pues no va a funcionar.

—Por favor, Simon. Mi madre no me echará tantos sermones si vienes con nosotras.

—Me los echará a mí, entonces.

Me siento en la cama, sobre la que tengo desparramados un montón de libros. También hay algunos viejos documentos de la biblioteca.

—Exacto. Sería una carga compartida… Oye, ¿estás leyendo *La Crónica Mágica?*

La Crónica es lo más parecido a un periódico que tenemos los magos. Lleva

un registro de los nacimientos y muertes, de los vínculos mágicos y las leyes, además de las actas de todas las asambleas del Aquelarre. He podido sacar clandestinamente algunos volúmenes de principios de la década de los 2000 de la biblioteca.

—Sí —le contesto—. He oído decir que es fascinante.

—Eso me lo has oído decir a mí —me dice—. Y sé que no me estabas prestando atención cuando te lo decía. ¿Por qué estás leyendo *La Crónica Mágica?*

Levanto la vista de los libros.

—¿Alguna vez has oído hablar de un mago llamado «Nico» o «Nicodemus»?

—¿En toda la historia de la magia, quieres decir?

—No. No lo sé, tal vez. Solo alguien que se llame así. ¿A lo mejor un político o alguien que haya formado parte del Aquelarre? ¿O un profesor?

Ella se apoya en mi cama y me dice:

—¿Esto es para el Hechicero? ¿Estás en alguna misión?

—No —sacudo la cabeza—. No, ni siquiera le he visto. Esto es… Bueno, es por Baz —Penny me mira, sorprendida —. Estaba pensando en su madre —le digo—. En algo que he oído. Que quizá tenía un enemigo.

—Los Pitch siempre han tenido más enemigos que aliados.

—Exacto. De todas formas, estoy seguro de que no es importante.

En realidad, a Penny todo esto no le interesa pero, como ya he formulado la pregunta, intenta contestarme.

—Un enemigo llamado Nico…

Pero entonces algo empieza a sonar en el bolsillo de su abrigo. Se le abren los ojos de par en par y su mano vuela al bolsillo.

Siento cómo a mí también se me ponen los ojos como platos.

—¿Tienes un teléfono?

—Simon…

—¡Penelope! ¡No puedes tener un móvil en Watford!

Ella se cruza de brazos.

—No entiendo por qué no.

—Son las reglas. Son un riesgo de seguridad.

Frunce el ceño y se saca el teléfono del abrigo. Es un iPhone blanco, nuevo.

—Mis padres se sienten mejor si saben que lo llevo conmigo.

—¿Cómo es que funciona aquí? —le pregunto—. ¿No se supone que hay hechizos que…?

Penelope está revisando sus mensajes de texto.

—Mi madre lo encantó. Ya ha llegado, está en la entrada… —vuelve a mirarme—. Por favor, ven con nosotras.

—Tu madre podría ser una supervillana terrorífica.

Penny se ríe.

—Ven a cenar con nosotras, Simon.

Vuelvo a negar con la cabeza.

—No. Quiero terminar de revisar esto antes de que vuelva Baz.

Al fin, se rinde y se va, corriendo por las escaleras de la torre como si le importara un bledo que la pillen. Me acerco a la ventana e intento divisar a Baz en el campo de fútbol.

36
PENELOPE

Mi madre insistió en que tuviera un móvil después de lo que pasó con el Humdrum.

En verano, estuvo algunas semanas diciendo que ni siquiera podía volver a Watford. Y mi padre tampoco intentó convencerla de lo contrario. Creo que se sentía culpable. Como si hubiera tenido que anticiparse a lo que el Humdrum se traía entre manos.

Mi padre se pasó todo el mes de junio encerrado en su laboratorio y no

salía ni siquiera para comer. Mi madre le preparaba su biryani preferido y le dejaba platos humeantes al lado de la puerta.

—¡Ese chiflado! —mi madre no paraba de despotricar—. ¡Mandar niños a pelear contra el Humdrum!

—No nos mandó el Hechicero —intenté rebatirle—. El Humdrum nos secuestró.

Aquello solo sirvió para enfurecerla más. Supuse que querría averiguar cómo lo había conseguido el Humdrum. (Es imposible secuestrar a alguien de esa forma, teletransportarlo tan lejos. Se necesita mucha magia… Y ni siquiera Simon tiene tanta.) Sin embargo, mi

madre no quiso tratarlo de forma racional.

Me alegró mucho comprobar que desconocía los detalles de todos los líos en los que nos habíamos metido. Y, debo añadir, de los cuales siempre nos las habíamos apañado para salir. Al menos nos deberían reconocer ese mérito.

Estoy segura de que mi madre hubiera tardado mucho menos en tranquilizarse de no ser por las pesadillas.

Cuando sucedió de verdad, no grité.

Simon y yo estábamos de pronto en medio del Bosque Velado, mirando boquiabiertos a Baz y Agatha, y yo cogiendo a Simon del brazo. Un segundo

después, estábamos en mitad de un claro en Lancashire. Simon reconoció el lugar porque había vivido en un centro de menores de la zona cuando era pequeño, cerca de Pendle Hill. Hay una enorme escultura sonora que parece un tornado, y al principio pensé que aquel sonido era el Humdrum.

En aquel momento me di cuenta de que estábamos en un punto muerto.

Mi padre se dedica a estudiar los puntos muertos, así que he oído hablar mucho sobre ellos. Son agujeros en la atmósfera mágica que comenzaron a aparecer cuando lo hizo el Humdrum. Entrar en uno es como perder uno de los sentidos. Como abrir la boca y darte

cuenta de que no puedes emitir ningún sonido. La mayor parte de los magos son incapaces de soportarlo. Se vuelven locos inmediatamente. Mi padre me contó que él nunca ha tenido tanto poder como la mayor parte de los magos, así que la idea de perderlo no le resulta tan aterradora.

Así que Simon y yo aparecemos de repente en el claro. Puedo sentir al instante que se trata de un punto muerto. Pero es *más* que eso. Es peor. El viento arrastra una especie de silbido extraño, y todo está seco, muy seco, y caliente.

A lo mejor no se trata de un punto muerto, pensé. *A lo mejor solo es un punto moribundo*.

—Lancashire —pensó Simon en voz alta.

Y, entonces, el Humdrum apareció.

Yo supe que era el Humdrum porque era la fuente de todo lo que estaba pasando. Igual que sabes que el sol es el responsable de que durante el día haya luz. Todo el calor y la aridez provenían de él. O estaban siendo absorbidas por él.

Y ninguno de los dos, ni Simon ni yo, gritamos o intentamos correr, porque estábamos paralizados de terror. Ahí estaba el Humdrum. *Y era exactamente igual que Simon.* Exactamente igual a Simon cuando le vi por primera vez. Once años, con unos vaqueros sucios y

una camiseta vieja. El Humdrum estaba jugando incluso con una pequeña pelota roja de goma que Simon se negó a soltar durante todo primero.

Aquel niño botó la pelota en dirección a Simon, y este la atrapó. Después, empezó a gritarle al Humdrum:

—¡Basta! ¡Basta! ¡Muéstrate, cobarde! ¡Muéstrate!

Hacía tanto calor y todo estaba tan seco que era como si nos estuviera succionando la vida, sorbiéndonosla a través de nuestra propia piel.

Ambos habíamos sentido aquello antes, durante otros ataques del Humdrum: ese efecto de succión seco y áspero, como si fuera arena.

Conocíamos la sensación, la reconocimos enseguida. Pero nunca habíamos visto al Humdrum. (Ahora me pregunto si aquella sería la primera vez que el Humdrum tuvo la *capacidad* de mostrarse.)

Simon estaba seguro de que el Humdrum usaba una especie de máscara de su cara solo para burlarse de él. Seguía gritándole que mostrara su verdadero rostro.

Pero lo único que hizo el Humdrum fue empezar a reírse como si fuera un niño pequeño. De esa forma que tienen los niños pequeños de reírse cuando se les empiezan a escapar las carcajadas y ya no pueden parar.

(En realidad, no sé por qué, ni qué significa, pero creo que el Humdrum no se apareció de esa forma para gastarle una broma cruel: creo que esa es su forma real. Creo tiene el mismo aspecto que Simon.)

La succión comenzó a volverse demasiado fuerte. Bajé la vista y, al mirarme el brazo, descubrí que de mis poros estaba empezando a brotar un líquido amarillo y sangre.

Simon estaba gritando; el Humdrum estaba riéndose.

Me estiré, le quité la pelota a Simon y la arrojé colina abajo.

El Humdrum dejó entonces de reírse e, inmediatamente, se lanzó como un

rayo a buscarla. En el segundo en el que nos dio la espalda, la succión se detuvo.

Me caí al suelo.

Simon me levantó y me echó sobre su hombro (lo cual me parece bastante alucinante, teniendo en cuenta que él y yo pesamos más o menos lo mismo). Siguió adelante como un auténtico marine y, en cuanto salimos del punto muerto, me cambió de posición junto a su pecho y de su espalda emergieron unas grandes y huesudas alas. Bueno, o algo *parecido* a alas. Deformes, con demasiadas plumas y demasiadas articulaciones…

No hay ningún hechizo capaz de conseguir eso. No hay palabras mágicas

tan poderosas. Lo único que hizo Simon fue decir:

—¡Desearía poder volar!

Y sus palabras se hicieron magia.

(Esto no se lo he contado a nadie. Los magos no son como los genios: no funcionamos a base de deseos. Si alguien se enterara de que Simon es capaz de hacer eso, lo quemarían vivo en una hoguera.)

Los dos estábamos heridos, así que intenté conjurar hechizos de sanación. Pensaba que el Humdrum volvería a transportarnos al claro en cuanto encontrara su pelota. Sin embargo, quizá aquel era de ese tipo de trucos que no podía repetir dos veces en un día.

Simon voló lo más lejos que pudo, conmigo agarrada a él, pegada a él mediante hechizos que se debilitaban con rapidez. Entonces, debió de darse cuenta de lo desquiciados que parecíamos y descendió para aterrizar cerca de un pueblo.

Queríamos coger un tren, pero Simon no lograba hacer que sus alas volvieran a retraerse. Porque aquello no eran alas. Eran huesos y plumas y magia… y fuerza de voluntad.

Sobre eso tratan mis pesadillas: estamos escondidos en una zanja, al lado de la carretera. Simon está completamente exhausto. Yo estoy llorando. Intento sujetar sus alas y

empujarlas para que vuelvan a meterse otra vez dentro de su espalda, para que podamos ir al pueblo y coger un tren. Sus alas se deshacen en mis manos. Y Simon sangra.

En mis pesadillas, soy incapaz de recordar cuál es el hechizo correcto…

Pero sí pude recordarlo ese día. Es un hechizo que se usa con niños que están asustados, para deshacer el efecto de bromas pesadas y fantasías poco realistas. Puse mis manos sobre la espalda de Simon y mascullé:

—¡Paparruchas!

Las alas se desintegraron sobre sus hombros en una amalgama de polvo y sangre.

En la estación, Simon le robó la cartera a alguien para poder comprar los billetes. Dormimos en el tren, acurrucados. Y, cuando regresamos a Watford, lo hicimos en medio de la ceremonia de fin de curso. Mi madre y mi padre estaban allí, y me llevaron a rastras a casa.

Estuvieron a punto de no dejarme volver a la escuela en otoño. Intentaron convencerme de que me quedara en Estados Unidos. Mi madre y yo nos gritamos muchísimo, y no hemos vuelto a mantener una conversación normal desde entonces.

Les dije a mis padres que no podía perderme el último año en Watford. Sin

embargo, todos sabíamos que lo que realmente estaba diciendo era que no pensaba permitir que Simon volviera sin mí.

Les dije que iría caminando hasta Watford o que encontraría la manera de llegar volando.

Así que ahora me obligan a llevar siempre encima un teléfono móvil.

37
AGATHA

Watford es un lugar tranquilo si no eres la novia de Simon Snow y te has pasado tantos años con él que nunca te has molestado en hacer otros amigos.

Yo no tengo compañera de cuarto. La compañera que me asignó el Crisol, Philippa, se puso enferma en quinto y volvió a casa.

Simon y Baz le hicieron algo. Mi padre dijo que contrajo una laringitis traumática súbita.

—Una tragedia para cualquier mago.

—Sería una tragedia para *cualquiera* —le respondí—. Los Normales también hablan.

La verdad es que no echo de menos a Philippa. Estaba muy celosa de que a Simon le gustara yo, y no ella. Y se burlaba constantemente de mis hechizos. Además, siempre se pintaba las uñas sin abrir la ventana.

Tengo amigos, claro. Amigos de verdad. En casa. Pero no tengo permiso para contarles absolutamente nada sobre Watford. Ni siquiera tengo la capacidad de hacerlo: mi padre me hechizó para hacerme callar el día que me pilló quejándome de mi varita delante de mi amiga Minty.

—¡Solamente le he dicho que era un rollo tener que llevarla a todos lados! ¡Ni siquiera he mencionado que es mágica!

—¡Ay, por el amor de Dios Agatha! —dijo mi padre.

Mi madre estaba lívida.

—Tienes que hacerlo, Welby.

Así que mi padre levantó su varita, apuntó hacia mi cara y dijo:

—**¡Apud Fordwat non loqui!**

Es un hechizo muy serio. Solo los miembros del Aquelarre tienen permiso para usarlo. Supongo que aquella era una situación comprometida: si les cuentas a los Normales algo sobre la magia, hay que rastrearles hasta

encontrarlos y hacerles un lavado de cerebro. Y, si eso no es posible, tienes que mudarte.

Así que ahora, Minty (nos conocimos en Primaria, y ese es su nombre de verdad. Mola, ¿verdad?) piensa que estudio en un internado superreligioso donde está prohibido usar Internet. Lo que, tal como yo lo veo, es verdad.

Porque la magia *es* una religión.

Lo que ocurre es que no existe la posibilidad de no creer, o de practicarla solo durante Semana Santa o Navidad. Tu vida tiene que girar alrededor de la magia todo el tiempo. Si has nacido con magia, estás automáticamente atrapado

en una serie de guerras que nunca terminan porque nadie sabe ya por qué empezaron.

Eso no se lo digo a mis padres.

Ni tampoco a Simon, ni a Penny.

Apud verum adfectus non loqui.

Baz pasea solo por el patio. No hemos hablado desde que volvió.

Nunca hemos hablado de verdad, supongo. Ni siquiera aquella vez en el Bosque Velado. Simon apareció de repente antes de que la cosa llegara a más y luego desapareció igual de repentinamente.

(Justo cuando crees que vas a vivir

una escena que no involucre a Simon, él se deja caer para recordarte que todos los demás somos personajes secundarios en la catástrofe de su vida.)

Ese día, en cuanto Simon y Penny desaparecieron, Baz me soltó las manos.

—¿Qué cojones le acaba de pasar a Snow?

Esas fueron las últimas palabras que me dedicó.

Sin embargo, sé que todavía me mira en el comedor. Sé que eso hace que Simon se vuelva loco. Esta mañana, terminó hartándose y estampando el tenedor contra la mesa. Cuando me volví para mirar a Baz, él me guiñó un ojo.

Ahora apuro el paso para alcanzarlo.

El sol se está poniendo y la luz hace que su grisácea piel casi parezca cálida. Sé que también provoca la sensación de que mi cabello refulja como si estuviera envuelto en llamas.

—Basil —le digo tranquilamente, sonriendo como si su nombre fuera un secreto.

Vuelve ligeramente la cabeza para mirarme.

—Wellbelove —suena cansado.

—No hemos hablado desde que has vuelto —le digo.

—¿Y lo hacíamos antes?

Decido arriesgarme.

—No tanto como a mí me hubiera gustado.

Suspira.

—Por Crowley, Wellbelove. Debe haber una forma mejor de llamar la atención de tus padres.

—¿Qué?

—Nada —me contesta, y sigue caminando.

—Baz, pensé que… Pensé que a lo mejor necesitabas hablar con alguien.

—No, estoy bien.

—Pero…

Se detiene un momento y vuelve a suspirar mientras se frota los ojos.

—Mira…, Agatha. Ambos sabemos que no importa la razón por la que Snow y tú os estéis peleando. Lo solucionaréis pronto y volveréis a vuestro destino de

ensueño. No lo compliques.

—Pero nosotros no…

Baz ha reanudado la marcha. Cojea un poco. Quizá por eso no ha vuelto a jugar al fútbol. Sigo acompañándole.

—A lo mejor no quiero un destino de ensueño —le digo.

—Cuando averigües cómo escapar del destino, dímelo, por favor.

Camina tan deprisa como le permite la cojera, y decido no correr detrás para ponerme a su altura. Eso daría una impresión bastante desesperada.

—¡A lo mejor quiero algo más interesante! —le grito.

—¡Yo no soy más interesante! —me grita él, sin volver la cabeza—.

Simplemente no te *convengo*. Aprende a diferenciarlo.

Me muerdo el labio inferior e intento no cruzarme de brazos como una niña de seis años.

¿Cómo sabe él que no me conviene?

¿Por qué todo el mundo cree saber qué es lo mejor para mí?

38
BAZ

Snow se ha pasado el día entero observándome. Semanas enteras. Y la verdad es que no estoy como para soportarlo. A lo mejor mi tía Fiona tenía razón: tenía que haberme quedado más tiempo en casa y descansar. Me siento hecho una mierda.

Es como si fuera incapaz de saciarme, como si no pudiera entrar en calor. Y luego, anoche, tuve una especie de ataque en las catacumbas. Ahí abajo está siempre muy oscuro. Y, aunque

puedo ver en la oscuridad, tuve la sensación de estar otra vez metido en ese estúpido ataúd de los cenutrios.

No podía estar más tiempo bajo tierra. Atrapé seis ratas, les aplasté el cráneo contra el suelo y até las colas en un nudo. Después, me las llevé arriba y les chupé la sangre en el patio, bajo las estrellas. Solo me faltó mandarle a toda la escuela una carta firmada declarando que soy un vampiro. Un vampiro que le tiene miedo a la oscuridad, por Crowley bendito.

Les eché los esqueletos de rata a los lobos de mar. (Son peores que las ratas. Los dejaría secos si su sabor no fuera tan penetrante y se me quedara durante

semanas en la boca. Como un sabor a carne de presa y pescado, todo mezclado.)

Después dormí como un muerto durante nueve horas y, aun así, no fue suficiente. Llevo medio adormilado desde la comida y no es que pueda subir a mi habitación para echarme una siesta. Estoy seguro de que Snow se sentaría enfrente de mí y se dedicaría a observarme.

Me ha estado siguiendo desde que volví. No se mostraba tan pesado desde quinto; ayer incluso me siguió al baño de chicos y fingió que solo necesitaba lavarse las manos.

No tengo la fuerza necesaria para

todo esto.

Siento que vuelvo a tener quince años, como si fuera a dejarme llevar si se me acerca demasiado (para besarle o morderle). La única razón por la que fui capaz de sobrellevar ese año fue que no supe decidir cuál de esas dos opciones me sacaría de mi desgracia.

Aunque es probable que el propio Snow me saque de mi desgracia si intentara cualquiera de las dos.

Esas eran mis fantasías en quinto: besos, sangre y que Snow le hiciera un favor al mundo deshaciéndose de mí.

Esta tarde he ido a ver el entrenamiento de fútbol para tener una excusa para poder sentarme. Me

escabullí del equipo cuando todos se fueron a cenar.

Wellbelove se me acerca en el patio y vuelve a intentar enredarme en ese drama suyo de bella damisela despechada, pero no tengo tiempo para este dolor de muelas. Me he enterado por la señorita Possibelf de que el Hechicero regresará mañana a Watford y yo todavía no he encontrado la manera de colarme en su despacho. (Seguramente porque es una idea estúpida.) Pero, si subo ahí y robo algo, al menos podré quitarme de encima durante un tiempo a Fiona.

Me arrastro hasta la Torre de los Lamentos. Ignoro la escalera de caracol

y cojo el ascensor de servicio hasta el último piso.

Atravieso la puerta y me dirijo hacia el despacho del director. Cuando mi madre ostentaba el cargo, yo vivía aquí con ella. No tendría más de cinco años. Mi padre venía casi todos los fines de semana, y en verano volvíamos todos juntos a la casa de Hampshire.

Mi madre me dejaba jugar en su despacho mientras ella trabajaba. Me sacaba de la guardería y dejaba que esparciera todos mis bloques de Lego sobre la alfombra.

Cuando llego al despacho del director, la puerta se abre sin problemas: el Hechicero nunca

deshabilitó los hechizos protectores que mi madre lanzó para permitirme el acceso. Puedo entrar también a sus aposentos. (Una vez me colé ahí dentro y acabé vomitando en su inodoro.) Si fuera por Fiona, tendría que inspeccionar sus dependencias todas las noches, pero le he dicho que tenemos que guardarnos ese truco para cuando realmente lo necesitemos. Hasta que nos resulte útil. Y no utilizarlo solo para prenderle fuego a una bolsa llena de mierda y dejarla encima de su cama.

—Además, Fiona, no pienso cagar dentro de una bolsa.

—Lo haré yo, imbécil; mi mierda también vale.

Se me encoge el estómago en cuanto entro en el despacho. En cuanto veo el escritorio de mi madre. Está oscuro, las cortinas están echadas, así que enciendo un pequeño fuego en la palma de mi mano y lo alzo delante de mí.

Mi madrastra se asusta mucho cuando me ve hacer esto.

—Basilton: no. Eres inflamable.

Pero encender un fuego me resulta tan fácil como respirar, apenas tengo que usar magia y siempre siento que lo tengo bajo control. Puedo hacer que se retuerza entre mis dedos como si fuera una serpiente. Mi padre siempre dice:

—Es igual que Natasha. Tiene más fuego que un demonio.

(Aunque mi padre marcó una línea roja el día que me pilló fumando en el garaje.)

—Por Crowley bendito, Baz. Eres inflamable.

El despacho tiene exactamente el mismo aspecto que cuando yo jugaba aquí. Podría pensar que el Hechicero se habría deshecho de todas las cosas de mi madre para colgar pósteres del Che Guevara, pero no lo ha hecho.

Hay polvo en la silla. En la silla de mi madre. Y otra gruesa capa de polvo sobre el teclado del ordenador. No creo que lo use mucho. El Hechicero no es el tipo de persona que se sienta a escribir. Siempre anda merodeando por ahí o

blandiendo una espada o haciendo algo que justifique ese disfraz de Robin Hood que lleva puesto.

Abro el cajón superior con la varita, pero no hay nada, apenas algunos viejos artículos de oficina. El cargador de un móvil.

Mi madre siempre guardaba té en este cajón. Y chicles de menta y caramelitos. Me acerco para ver si aún puedo olerlos: tengo la capacidad de percibir olores que a otras personas les pasan desapercibidos. (Puedo oler cosas que ninguna persona puede oler.) (Porque no soy una persona.)

El cajón huele a madera y cuero. La habitación huele a cuero y a acero y al

bosque, igual que el propio Hechicero. Abro los otros cajones con la mano. No hay trampas. No hay nada personal dentro. Ni siquiera estoy seguro de qué llevarle a Fiona. Un libro, quizá.

Alzo la llama para poder echarle un vistazo a los estantes y, durante un momento, considero la posibilidad de soplar, de hacer que todo el despacho se incendie. Entonces, me doy cuenta de que todos los libros están desordenados. Totalmente desordenados. Apilados unos encima de otros en lugar de estar colocados en las baldas, algunos de ellos apilados en el suelo. Siento la necesidad de ordenarlos por temas igual que solía hacerlo mi madre. (Siempre

me dejaba coger sus libros. Tenía permiso para leer cualquiera, siempre y cuando lo devolviera a su lugar y prometiera preguntar si algo me asustaba o me confundía.)

Quizá debería aprovechar que todos estos libros estén desorganizados: nadie se va a percatar si falta uno, o varios. Me acerco a uno con un dragón grabado en el lomo. El dragón tiene la boca abierta y unas llamas salen de ella para forman el título, *Fuegos y llamaradas: El arte de arder.*

Un rayo de luz se refleja en la estantería que hay junto a mí y me doy media vuelta con un respingo, lanzando el libro por los aires, las páginas

ondeando al viento. Algo sale del libro cuando cae al suelo.

Snow está de pie en el umbral de la puerta.

—¿Qué estás haciendo aquí? —exige saber.

Tiene la espada desenvainada.

He visto muchas veces esa espada en acción. Lo más lógico sería que me mostrara aterrado pero, en cambio, lo encuentro reconfortante. Ya he lidiado con esto, con Snow, varias veces antes.

Debo de estar realmente exhausto, porque le digo la verdad:

—Estoy buscando uno de los libros de mi madre.

—No deberías estar aquí —me

responde mientras sujeta la espada con ambas manos.

Sostengo la llama por encima de mi cabeza y me alejo de los estantes.

—No le estoy haciendo daño a nadie. Solo quiero un libro.

—¿Por qué?

Sus ojos descienden hasta el libro, que está tirado entre los dos, y luego se abalanza sobre él, abandonando la posición de ataque para llegar a él antes que yo. Me apoyo en la estantería y cruzo un tobillo delante del otro. Snow ya está agazapado sobre el libro. Seguramente cree que es una pista, la que hará que mi conspiración se desmorone.

Vuelve a ponerse de pie, los ojos fijos en el trozo de papel que tiene en la mano. Parece alterado.

—Toma —me dice suavemente mientras me lo ofrece—. Perdona…

Cojo el papel. Es una foto. Él se me queda mirando. Estoy tentado de metérmela en el bolsillo sin mirarla siquiera para poder hacerlo tranquilamente después, pero la curiosidad me puede y la levanto hasta mis ojos.

Soy yo.

Estoy en la guardería, creo. (Watford solía tener maestros infantiles y una guardería, la misma donde atacaron los vampiros.)

En la foto no soy más que un bebé, no tendré más de tres o cuatro años. Llevo puesto un peto de color gris claro con pantaloncillos bombachos y unas botas de piel blancas. Lo más llamativo es mi piel, de un llamativo tono rojizo y dorado que contrasta con la blanca camisa y los calcetines del mismo color. Le sonrío a la persona que saca la foto. Y alguien me tiene cogido de la mano.

Reconozco el anillo de boda de mi madre. Reconozco su gruesa y áspera mano.

Y, entonces, soy capaz de *recordar* su mano. Descansando encima de mi pierna cuando quería que me quedara quieto. Sosteniendo con precisión la

varita en el aire. Deslizándose dentro del cajón de su escritorio para sacar un dulce y metérselo en la boca.

—Tus manos raspan —le decía cuando me frotaba la mejilla.

—Son las manos de un portador del fuego —me contestaba—. Son lanzallamas.

Recuerdo las manos de mi madre rascándome la mejilla, colocándome el pelo detrás de las orejas.

Las manos de mi madre alzadas sobre su cabeza y prendiéndole fuego al aire dentro de la guardería mientras un monstruo con la piel blanca como la tiza me hundía los dientes en la garganta.

—Baz… —dice Snow.

Ha recogido el libro y me lo ofrece. Lo cojo.

—Necesito contarte algo —me dice.

—¿Qué?

¿Desde cuándo tenemos Snow y yo algo que decirnos?

—Tengo que hablar contigo.

—Pues habla —le respondo, con la barbilla alzada.

—Aquí no —vuelve a guardar su espada—. No deberíamos estar aquí. Y lo que tengo que decirte es privado.

Durante un momento, ni siquiera un momento, durante menos de medio segundo, me lo imagino diciendo: «La verdad es que me siento desesperadamente atraído por ti». Y

después me imagino a mí mismo escupiéndole en la cara. Luego me imagino lamiéndole el escupitajo de la mejilla y besándole. (Porque estoy mal de la cabeza. Y si no, preguntadle a quien queráis.)

Con un **¡Pide un deseo!,** apago la llama que arde en la palma de mi mano, guardo la foto dentro del libro y me lo coloco bajo del brazo.

—Afortunadamente para nosotros —le digo—, tenemos nuestra propia *suite* privada en lo alto de una torre. ¿Suficientemente privado para ti?

Él asiente con la cabeza, un poco avergonzado, y me hace un gesto para que pase frente a él.

—Vámonos ya.

Y eso hago.

39
SIMON

Acabo de pillar a mi enemigo con las manos en la masa, irrumpiendo en el despacho del Hechicero. Podría hacer que lo expulsaran por esto. *Por fin.*

Y, en cambio, le he entregado lo que ha ido a robar. Y, luego, voy y le pregunto si podemos pasar tiempo a solas. Y todo porque he visto una foto suya de cuando era bebé.

Pero es que la cara que tenía Baz en esa foto… Sonriendo solamente porque se sentía feliz, con las mejillas rojas

como manzanas.

Y la cara que puso cuando la vio… Como si alguien hubiera hecho sonar un gong y todas sus barreras se hubiesen desmoronado.

Volvemos a nuestro cuarto y es un poco incómodo. No tenemos ningún tipo de experiencia en caminar uno al lado del otro, aunque por lo general solemos ir siempre en la misma dirección. Mantenemos la distancia en las escaleras y nos alejamos aún más mientras caminamos por los patios de la escuela. Me entran ganas de volver a desenvainar mi espada.

Baz ha ido mosqueándose progresivamente y, cuando llegamos a

nuestra habitación, está profundamente cabreado. Cierra la puerta de un portazo a nuestras espaldas, deja caer el libro encima de su cama y, después, se cruza de brazos.

—Muy bien, Snow. Ya estamos solos. Cuéntame lo que sea que me quieras decir.

Yo también cruzo los brazos.

—Vale —digo—. Solo… siéntate, por favor.

—¿Por qué tengo que sentarme?

—Porque me haces sentir incómodo.

—Qué bien —me responde—. Deberías alegrarte de que no te esté desangrando.

—¡Por Dios santo, Baz! —le digo.

Blasfemo como un Normal solo cuando me sacan de mis casillas—. ¿No podrías calmarte y ya? Esto es importante.

Baz sacude la cabeza, claramente molesto, pero se sienta en el borde de la cama, frunciéndome el ceño. Tiene esos ojos caídos, como de perro, que siempre parecen mirar por debajo de los párpados a pesar de tenerlos completamente abiertos. Y sus labios se tuercen naturalmente en las comisuras. Es como si su cara hubiera sido diseñada para hacer pucheros.

Camino hasta mi mochila y saco un cuaderno. Apunté todo lo que pude el día después de que la madre de Baz se me apareciera: en aquel momento lo

escribí para contárselo después al Hechicero.

Me siento en mi cama, delante de él, y de mala gana se gira para quedar de lado.

—Vale —le digo—. Mira, en realidad yo no quiero contarte esto. Ni siquiera sé si debería hacerlo. Pero se trata de tu madre y creo que no estaría bien que no te lo dijese.

—¿Cómo que se trata mi madre? —sus brazos se descruzan y se inclina hacia mí para intentar quitarme el cuaderno de las manos.

Lo aparto.

—Voy a contártelo, ¿vale? Escúchame.

Entrecierra los ojos.

Yo me siento estúpidamente aturullado.

—Cuando no estabas… No estabas aquí cuando el Velo se levantó.

Lo adivina inmediatamente, las aletas de su nariz se inflan y los ojos se le salen de las órbitas. Es jodidamente inteligente, no sé cómo voy a hacer para poder estar a su altura alguna vez.

—Mi madre… —empieza a decir.

—Te estaba buscando. Se apareció varias veces en la habitación. ¿Dónde estabas para que no pudiera encontrarte?

—¿Mi madre cruzó el Velo?

—Sí. Dijo que había sido convocada aquí, a nuestro cuarto. Que *este* era tu

sitio. Y se enfadó mucho al ver que no estabas aquí. Quería saber si yo te había hecho daño.

—¿Habló contigo?

—Sí. Bueno…, *sí* —me froto el pelo con las manos—. Vino a buscarte y yo por poco me cago de miedo cuando me preguntó si te había hecho daño. Y luego dijo que el Velo se estaba cerrando…

Bajo los ojos en dirección al cuaderno.

Baz me lo arrebata esta vez y hojea las páginas rápidamente. Luego me lo vuelve a lanzar al pecho.

—Escribes como un animal. ¿Qué fue lo que te dijo?

—Me dijo que… —se me quiebra la

voz—. Que su asesino está libre. Que deberías encontrar a Nicodemus para darle paz.

—¿Darle paz?

No sé qué más decirle. Su rostro se llena de agonía.

—Pero ella *mató* a los vampiros.

—Lo sé.

—¿Se refería al Humdrum?

—No lo sé.

—Vuelve a contármelo.

Vuelvo a mirar mis notas.

—Mi asesino está libre, Nicodemus lo sabe. Encuentra a Nicodemus y dame paz.

—¿Quién es Nicodemus? —Baz me exige una respuesta.

Es feroz y autoritario, igual que su madre.

—No me lo dijo.

—¿Qué más? —me pregunta—. ¿Pasó algo más?

—Bueno…, ella me dio un beso —me tiemblan las manos y me froto las yemas de los dedos contra la frente—. Me dijo que era para ti, que te lo diera.

—Y, luego, ¿qué? —tiene los puños apretados a ambos lados del cuerpo.

—Luego se fue —le respondo—. Volvió otra vez más, esa misma noche, antes de que el Velo se cerrara… —Baz tiene cara de querer estrangularme—. Y ella, bueno, ella parecía distinta, como si estuviera más triste, como si estuviera

llorando —vuelvo a comprobar mis notas—. Y esa vez no pude verla, pero escuché que decía: «Mi niño, mi cielo.» Aquello lo dijo varias veces, creo. Después me llamó por mi nombre y me dijo que jamás te hubiera abandonado. Y luego: «Me dijo que éramos estrellas.»

—¿Quién dijo eso? ¿Nicodemus?

—Supongo, no lo sé.

Baz aprieta los puños y su voz sale de él como un tenso rugido.

—Quién *cojones* es Nicodemus.

—No lo sé. Pensé que *tú* lo sabrías.

Se levanta de la cama y empieza a vagar por la habitación.

—Mi madre volvió. Volvió para poder verme. Y fuiste tú quien habló con

ella en mi lugar. Increíble.

—Bueno, ¿y *tú* dónde estabas? ¿Por qué no pudo encontrarte?

—¡Estaba indispuesto! ¡No es de tu incumbencia!

—Bueno, ¡pues entonces espero que tu viajecito secreto haya valido la pena! —le espeto—. ¡Porque tu madre vino a verte! ¡Vino una y otra y otra y otra vez…! ¡Y tú estabas por ahí planeando tu desesperada rebelión!

Deja de pasearse y, acto seguido, se abalanza sobre mí. Sus manos buscan mi cuello. Y estoy más asustado por él que por mí, a pesar de que sé que quiere matarme. Porque si me toca un solo pelo, van a expulsarlo. El Anatema.

Me levanto de un salto y lo agarro por las muñecas. Está frío.

—Baz, no quieres hacerme daño. ¿Verdad?

Intenta zafarse de mí. Jadea con furia.

—No quieres hacerme nada —le digo, intentando empujarlo hacia atrás —. ¿Verdad que no quieres hacerme daño? Perdóname. Mírame a los ojos. *Perdóname.*

Sus ojos grises vuelven a enfocarme, y da un paso hacia atrás, apartando los brazos de mí. Los dos miramos a nuestro alrededor por toda la habitación, esperando que el Anatema empiece a hacer efecto.

Alguien llama a la puerta y ambos damos un respingo.

—¿Simon? —escucho a Penny al otro lado de la puerta.

Baz enarca una ceja y casi puedo escucharlo pensar: «Interesante.» Lo empujo a un lado y abro la puerta.

—Penny, ¿qué estás haciendo…?

Ha estado llorando. Vuelve a empezar y dice:

—Simon —y se echa a mis brazos.

La envuelvo lentamente en un abrazo y alzo la mirada hacia Baz, esperando a que haga sonar la alarma.

Sacude la cabeza, como si todo esto fuera demasiado para él.

—Voy a dejaros solos —dice y pasa

a nuestro lado deslizándose para salir por la puerta. Odio pensar que va a usar esto en contra de Penelope, o de mí, pero ahora tengo que ocuparme de Penny, que solloza en mi camisa.

—Oye —le digo, palmeándole ligeramente la espalda. No se me dan muy bien los abrazos y ella lo sabe, pero seguramente ahora mismo no le importa —. Oye, oye, ¿qué pasa?

Ella se aparta y se limpia la cara con la manga. Todavía lleva puesto el abrigo.

—Mi madre… —tiene la cara completamente contraída. Vuelve a limpiarse con la manga.

—¿Tu madre está bien?

—Sí, todo el mundo está bien. Pero me ha contado que Premal fue ayer a verla —Penny está hablando demasiado rápido, llorando todavía—. Fue de parte del Hechicero, con otros dos de sus Hombres, para registrar nuestra casa.

—Pero ¿por qué?

—El Hechicero los envió. Premal dijo que era un registro rutinario para buscar magia prohibida, pero mi madre le contestó que no existe eso de los registros rutinarios, y que preferiría que la condenaran al Abismo de la Desesperación antes que dejar que el Hechicero la tratara como a un enemigo del Estado. Después, Premal dijo que aquello no era una *petición*. Mi madre le

contestó que podían regresar cuando tuvieran una orden del Aquelarre —Penny tiembla en mis brazos—. Y Prem le dijo que estamos en guerra y que el Hechicero es *el Hechicero.* Y que mi madre no tenía nada que esconder, de todas formas. Mi madre le contestó que no se trataba de eso, que se trataba de los derechos civiles y de la libertad, y de que tu hijo de veinte años no se presentara en la puerta de casa como Rolf en *Sonrisas y lágrimas*. Estoy segura de que Premal se sintió humillado y que no era él mismo, o que quizá se dejó llevar por su parte más estúpida, porque le contestó que pensaba volver y que, para entonces,

más le valía a mi madre cambiar de postura. Mi madre dijo que podía regresar como un fascista o como un nazi, pero que no podría hacerlo como su hijo.

A Penny se le vuelve a quebrar la voz y se cubre la cara con ambos brazos, dándome un codazo en la barbilla sin querer.

Echo la cabeza hacia atrás y la cojo de los hombros.

—Estoy convencido de que solo se les ha escapado un poco de las manos. Hablaremos con el Hechicero.

Se aparta violentamente de mí.

—Simon, no. No puedes hablar de esto con él.

—Penny, es el Hechicero. No va a intentar hacerle daño a tu familia. Sabe que son buenos.

Vuelve a negar con la cabeza.

—No, mi madre me hizo prometer que no te lo contaría, Simon.

—Nada de secretos —le digo, repentinamente a la defensiva—. Tenemos un pacto.

—¡Lo sé! Y por eso estoy aquí, pero no puedes contárselo al Hechicero. Mi madre está asustada. Y mi madre nunca se asusta.

—¿Por qué no dejó sencillamente que registraran la casa?

—¿Y por qué debería permitirlo?

—Porque —le digo— si el

Hechicero hace esto, estoy convencido de que es por alguna razón. El Hechicero no va por ahí fastidiando a la gente. No tiene tiempo para eso.

—Pero ¿y si llegan a encontrar algo?

—¿En tu casa? No hay nada que encontrar.

—Pero podrían hacerlo —dice—. Conoces a mi madre: «La información busca ser libre», «No existen las ideas equivocadas». Nuestra biblioteca es prácticamente tan grande como la de Watford y mucho más completa. Si quisiera encontrar algo peligroso, estoy segura de que podría hacerlo.

—Pero el Hechicero no *quiere* hacerle daño a tu familia.

—Entonces, ¿a quién quiere hacerle daño, Simon?

—¡A la gente que quiere hacernos daño a nosotros! —le digo, prácticamente gritando—. ¡A la gente que quiere hacerme daño a mí!

Penny encoge los brazos y me mira. Ya casi ha dejado de llorar por completo.

—El Hechicero no es perfecto. No siempre tiene razón.

—Nadie es perfecto. Pero debemos confiar en él. Lo hace lo mejor que puede.

En cuanto termino de decir eso, siento que la culpa me golpea en el estómago. Tenía que haberle contado al

Hechicero lo del fantasma. Tenía que habérselo contado a Penny. Tenía que habérselo contado a cualquiera de los dos antes que a Baz. A lo mejor he estado espiando para el bando equivocado.

—Necesito pensar sobre todo esto —dice Penny—. No es mi secreto, no me corresponde contarlo. Ni a ti tampoco.

—Vale.

—Vale.

Se le vuelven a llenar los ojos de lágrimas y agita otra vez la cabeza.

—Debería irme. Todavía no me puedo creer que Baz no se haya presentado aquí con el tutor de la

residencia. Deben de creer que está mintiendo…

—No creo que haya ido a chivarse.

Penny resopla por la nariz.

—Por supuesto que ha ido a chivarse. Pero me da igual. Tengo preocupaciones más urgentes.

—Quédate un poco más —le digo.

Si se queda, le contaré lo de la madre de Baz.

—No. Ya hablaremos de todo esto mañana. Solo necesitaba contártelo.

—Tu familia estará a salvo. No tienes de qué preocuparte. Te lo prometo.

Penelope parece escéptica, y casi espero que me recuerde lo inútiles que

han sido mis palabras hasta ahora. Pero se limita a asentir con la cabeza y me dice que me verá mañana en el desayuno.

40
BAZ

Podría hacer que empapelaran a Bunce por esto.

(Pensaba que era imposible violar los hechizos de restricción de género de las residencias. Pero era de esperar que Bunce encontrara la forma de hacerlo. Es endiabladamente ingeniosa.)

Pero me da igual.

Vuelvo a dirigirme a las catacumbas y me dedico a cazar sin pensar.

La tumba de mi madre está aquí. Odio la sensación de que pudiera estar

observándome. ¿Las almas pueden ver a través del Velo? ¿Sabe que me he convertido en uno de ellos?

En ocasiones me pregunto qué hubiera ocurrido si ella hubiera sobrevivido.

Fui el único niño de la guardería al que convirtieron ese día. Los vampiros podrían haberme llevado con ellos si mi madre no los hubiera detenido.

Mi padre llegó en cuanto se enteró. Fiona y él hicieron todo lo posible por curarme, pero sabían que ya me habían convertido. Que la sed de sangre acabaría por manifestarse tarde o temprano.

Y lo único que hicieron fue…

Hacer como si nada hubiera pasado. Por Crowley, tuvieron suerte de que no empezara a devorar gente cuando entré en la pubertad. No creo que mi padre hubiera dicho ni una sola palabra aunque me hubiera pillado chupándole la sangre a la sirvienta. «Basil, cámbiate de ropa para la cena. Vas a hacer enfadar a tu madrastra.»

Hubiera preferido pillarme *desnudando* a la sirvienta… (Le decepciona mucho más el hecho de que sea homosexual que el hecho de que esté muerto.)

Mi padre prefiere ignorar que soy un vampiro —excepto en lo concerniente a ser inflamable—, y sé que nunca me

echará de casa a causa de ello.

Pero ¿y mi madre?

Ella me hubiera matado.

Ella se hubiera enfrentado a mí, a lo que soy, y hubiera hecho lo correcto.

Mi madre nunca hubiera dejado entrar a un vampiro en Watford. Y no lo *hizo*.

Me detengo cuando llego a la puerta de su cripta. A la piedra en la pared que señala dónde está.

Fue la persona más joven en dirigir Watford. Y uno de los tres directores que, a lo largo de la historia, murió defendiéndolo. Descansa aquí, en un lugar honorífico, parte de los mismos cimientos de la escuela.

Mi madre volvió.

Volvió a buscarme.

¿Qué significado tiene que no haya podido encontrarme?

A lo mejor los fantasmas no pueden ver a través de los ataúdes.

A lo mejor no pudo verme porque no estoy completamente vivo. ¿Seré yo capaz de verla a *ella* cuando Simon acabe finalmente conmigo?

Porque terminará haciéndolo.

Acabará conmigo.

Snow hará lo correcto.

Permanezco en las catacumbas hasta que termino de alimentarme. Hasta que

me harto de estar furioso. Hasta que no soporto mirar la foto durante más tiempo. (De niño era una rechonchita bolsa de sangre muy afortunada.)

Hasta que termino de llorar.

Cabría pensar que es algo que se pierde con la transformación: las lágrimas. Pero todavía hago pis, todavía lloro. Todavía pierdo agua.

(En realidad, no sé cómo funciona esto de ser un vampiro. Mi familia se niega a dejar que me vea un médico mágico. Pero bueno, no es precisamente como si me hubiera pillado una gripe o necesitara una vacuna.)

Las flores que había dejado encima de la tumba de mi madre ya se han

marchitado. Les lanzo un hechizo **¡En abril, aguas mil!**, y vuelven a florecer. Invierto en el hechizo más magia de la que me puedo permitir utilizar ahora mismo, porque crear comida y devolver vida a las flores requiere de energía vital, y me dejo caer contra la pared.

Últimamente, cuando estoy muy cansado, ni siquiera puedo mantener la cabeza erguida.

Y mi pierna izquierda no ha llegado a curarse por completo desde lo de los cenutrios. Se me duerme. Doy un pisotón contra el suelo de piedra y noto una extraña sensación subiéndome por el talón.

Si mi madre pudo cruzar el Velo,

significa que todavía no se ha ido definitivamente. No está aquí, no puede verme. Pero tampoco está en el Más Allá. Su alma está atrapada en un lugar intermedio.

¿Cómo puedo ayudarla?

¿Encontrando a ese tal Nicodemus? ¿Fue él quien envió a los vampiros?

Siempre me han dicho que fue el Humdrum quien lo hizo. Incluso Fiona lo cree. Ha sido el Humdrum quien ha mandado a Watford todo lo demás.

Tengo la pierna izquierda tan dormida que, cuando por fin llego a nuestra torre, tengo que apoyarme en la derecha e ir arrastrándola detrás de mí escaleras arriba.

Bunce se ha ido ya de nuestra habitación. Snow está metido en su cama y las ventanas están abiertas. Se ha duchado. Snow usa el jabón que nos dan en la escuela. Por eso siempre huele a hospital cuando está limpio.

No me molesto en enjuagarme la cara ni en cambiarme de ropa. Me limito a desvestirme, me quedo en ropa interior y me meto en la cama. Me siento como si estuviera muerto. Como si llevara muerto mucho tiempo.

En cuanto consigo acomodarme, con los ojos cerrados y habiéndome obligado a no llorar otra vez, Snow se aclara la garganta. Está despierto. No puedo llorar.

—Voy a ayudarte —me dice, en voz tan baja que solo un vampiro podría escucharlo.

—¿Que vas a ayudarme a qué?

—A encontrar a quien haya matado a tu madre.

—¿Por qué?

Se da la vuelta para poder mirarme a la cara. Casi no puedo distinguirlo en la oscuridad. Él no puede verme.

Se encoge de hombros.

—Porque atacaron Watford.

Le doy la espalda.

—Porque era tu madre —dice Snow —. Y la mataron delante de ti. Y eso… Eso está mal.

41
LUCY

El Velo se está cerrando.

Atrayéndonos a todos de vuelta, pero a mí no logra atraparme.

Creo que ya no queda lo suficiente de mí. Imagínatelo: no tener vida suficiente como para estar propiamente muerto. No tener suficiente sustancia para cruzar a un lado ni tampoco para volver al otro.

Preferiría quedarme aquí.

Preferiría seguir hablando contigo, aunque no puedas escucharme. Aunque

no pueda verte. (Hubo un momento en el que creí que podría hacerlo. Hubo un momento en el que creí que podrías escucharme.)

Permanezco aquí, a la deriva. Voy deslizándome sobre suelos que no me sostienen. Vuelo a través de paredes que no pueden contenerme.

El mundo es gris y está lleno de sombras.

Les cuento mi historia.

LIBRO TRES

42
SIMON

Baz está casi vestido cuando me despierto.

Está de pie delante de la ventana —aunque hace demasiado calor aquí dentro, la ha cerrado—, y se está haciendo el nudo de la corbata, mirando su reflejo en el espejo.

Lleva el pelo largo, aunque es un chico, y, cuando juega al fútbol, le cae sobre los ojos y las mejillas. Sin embargo, se lo echa hacia atrás después de ducharse, así que con ese nacimiento

en forma de pico que lo caracteriza, parece un gánster desde primera hora de la mañana, o un vampiro de alguna película en blanco y negro.

Siempre me pregunto si Baz logra ser un vampiro solo porque se parece muchísimo a uno. Pero quizá llamarlo así sea pasarse, ser demasiado directo, ir demasiado a las claras. (Baz tiene una nariz larga y fina, de esas que comienzan muy arriba en la frente y prácticamente se encuentra en medio de sus cejas. A veces, cuando lo observo, me dan ganas de estirar el brazo y bajarle la nariz dos centímetros, aunque sé que no va a funcionar.) (También tiene la nariz un poco torcida en la parte inferior, por mi

culpa.)

No sé qué vamos a hacer esta mañana.

O sea, prometí ayudarle a averiguar qué le pasó a su madre. ¿Se supone que vamos a empezar ahora mismo? ¿O es una de esas promesas que me perseguirán durante años a partir de ahora, incluso cuando ya me haya olvidado de todo esto?

Y, de todas maneras, aún somos enemigos, ¿no? ¿Seguirá queriendo matarme?

Tal vez no intente hacerlo hasta que le haya ayudado con lo de su madre; supongo que esa es una idea reconfortante.

Baz tira del nudo de la corbata una última vez y se gira hacia mí mientras se pone la chaqueta.

—No te has librado.

Me incorporo.

—¿Qué?

—No pretenderás que me crea que lo de anoche fue un sueño o que no era lo que querías decir. Me vas a ayudar a vengar la muerte de mi madre.

—Nadie dijo nada sobre *venganza* —me desarropo dando un tirón a las sábanas y me incorporo sacudiéndome el pelo con ambas manos. (Cuando duermo se me enreda)—. Dije que te ayudaría a descubrir quién la mató.

—Eso es ayudarme, Snow. Porque,

en cuanto lo sepa, los mataré.

—Bueno, en esa parte no te voy a ayudar.

—Ya lo estás haciendo —dice Baz, y se echa la mochila al hombro.

—¿Qué?

—A partir de este momento —dice, apuntando hacia el suelo—. Empezaremos con esto ahora. Es nuestra prioridad más importante.

Se dirige a la puerta.

Intento argumentar.

—¿Qué…?

Baz se detiene, resopla y se da media vuelta hacia mí.

—¿Qué pasará con todo lo demás? —pregunto.

—¿A qué te refieres con «lo demás»? —responde—. ¿Las clases? Podemos seguir yendo a clase.

—No —protesto—. Tú *sabes* qué es lo demás —pienso en los últimos siete años de mi vida. En todas sus amenazas vacías, y en cada amenaza que ha cumplido—. Quieres que te ayude con esto, pero… también quieres empujarme por las escaleras.

—Está bien. Prometo no tirarte por las escaleras hasta que resolvamos esto.

—Lo digo en serio —insisto—. No puedo ayudarte si estás constantemente tendiéndome trampas.

Responde con desprecio.

—¿Crees que esto es una trampa?

¿Que he traído a mi madre de entre los muertos para joderte?

—No.

—Hagamos una tregua —añade.

—¿Tregua?

—Estoy seguro de que sabes qué significa «tregua», Snow. Nada de agresiones hasta que esto termine.

—¿Nada de agresiones?

Pone los ojos en blanco.

—Nada de *actos* de agresión.

Cojo mi varita mágica de la mesa que separa nuestras camas y me dirijo hacia él, elevándola en la mano izquierda a la vez que extiendo la derecha.

—Júralo —le digo—. Con magia.

Me mira con los ojos entrecerrados. Me doy cuenta de que tiene la mandíbula tensa.

—Está bien —dice, y aleja de un golpe mi varita—. Pero no dejaré que te me acerques con eso.

Saca su propia varita del bolsillo interior de su chaqueta y la sostiene entre nosotros. Luego, me coje la mano —la suya está fría— y la aparto precipitadamente, por puro reflejo. Ejerce más presión.

—Tregua —dice Baz, mirándome a los ojos.

—Tregua —respondo, no muy convencido.

—Hasta que descubramos la verdad

—añade.

Asiento.

Luego da un golpe a nuestras manos unidas.

—¡Palabra de caballero!

Siento la magia de Baz penetrar en mi mano. La magia ajena nunca se percibe como la propia: lo mismo que la saliva ajena no sabe como la propia. (Aunque yo solo puedo hablar del sabor de la de Agatha.) La magia de Baz *arde*. Como el calor de la fricción. Permanece en los músculos de mi mano.

Acabamos de hacer un juramento. Nunca antes había hecho uno. Baz todavía podría romperlo —aún podría volverse en mi contra—, pero sufriría

calambres en las manos y perdería la voz durante unas cuantas semanas. Quizá todo forme parte de su plan.

Ambos miramos nuestras manos unidas. Aún puedo sentir su magia.

—Podemos hablar sobre esto después de clase —dice Baz—. Cuando volvamos aquí.

Afloja su mano y yo retiro la mía.

—Vale.

Llego tarde a desayunar y Penelope no me ha guardado ni una sardina, ni siquiera una tostada.

Dice que no tiene ganas de hablar y yo tampoco, aunque tengo que decirle

muchas cosas.

Agatha sigue sin querer sentarse con nosotros. Esta mañana, ni siquiera la he visto: me pregunto si se habrá ido a alguna parte con Baz. Tendría que haber añadido eso a la tregua: «También tienes que dejar en paz a mi novia».

Exnovia, supongo. En fin.

—¿Ya has tenido noticias de tu madre? —le pregunto a Penny.

—No —responde—. ¿Baz me va a delatar?

—No. ¿Ha vuelto el Hechicero?

—No le he visto.

Apenas se come la mitad del desayuno, como siempre; y yo como el doble, solo para mantener la boca

ocupada. Salgo temprano de clase de Griego porque siento que he abandonado a Penny —no puedo ponerme de su lado contra el Hechicero—. Si sirve de algo, tampoco podría ponerme nunca de parte del Hechicero contra ella.

Cuando llego a clase, Baz ya está ahí. Ignorándome. Me ignora toda la mañana. Lo veo en el pasillo unas cuantas veces cuchicheando con Dev y Niall.

Cuando llega la hora de volver a vernos en nuestra habitación, le digo a Penny que no iré a cenar porque me voy a quedar estudiando y atravieso el patio corriendo para volver a La Casa de los Enmascarados.

En cuanto llego a las escaleras, comienzo a preguntarme si esta reunión será una trampa, pero no es más que una paranoia. Baz no tiene que *engañarme* para atraerme a nuestra habitación; duermo ahí todas las noches.

No es como aquella vez que intentó que me comiera la quimera. Aquella vez, me pidió que nos encontráramos en el Bosque Velado. Dijo que tenía información para mí, sobre mis padres, y que era demasiado peligroso arriesgarse a contármela en el campus de la escuela.

Sabía que estaba mintiendo.

Intenté convencerme de que iba al bosque solo para ver qué era capaz de

hacer y darle una buena paliza. Aunque una parte de mí seguía pensando que quizá realmente *supiera* algo sobre mis padres —bueno, *alguien* debe de saber quiénes son—. Y aunque Baz solo pretendiera usarlo en mi contra, seguiría siendo algo.

Fue maravilloso cuando la quimera detectó primero a Baz, oculto en los árboles, y se abalanzó sobre él en lugar de perseguirme a mí. Debí dejar que el monstruo lo persiguiera. Baz se lo tenía merecido…

También aquella vez que estábamos en cuarto y me dejó una nota con la letra de Agatha donde decía que la esperara bajo el tejo al anochecer. Estaba

helando y, por supuesto, ella no apareció y me quedé ahí toda la noche sin poder moverme hasta que bajaron el puente levadizo a la mañana siguiente. Mi conjuro para calentar no funcionó y los demonios de la nieve no dejaron de tirarme castañas a la cabeza. Se me pasó por la cabeza machacarlos, pero son una especie mágica protegida. (Por el calentamiento global.) Me pasé toda la noche esperando que ocurriera algo peor. ¿Por qué Baz me torturaba con demonios de la nieve? Son bolas de nieve semiconscientes con cejas y manos. Ni siquiera son *malignos*. Pero no pasó nada más, lo que significa que el malvado plan de Baz se desmoronó, o

que su malvado plan era que estuviera a punto de morir congelado la noche antes de un examen importante.

Luego, el año pasado, me dijo que la señorita Possibelf quería verme y, cuando fui a su despacho, Baz había encerrado una mofeta dentro. La señorita Possibelf estaba segura de que era culpa mía, aunque le caigo muy bien.

Me vengué metiendo la mofeta en su armario, lo que en realidad tampoco fue una venganza, porque compartimos habitación.

Ahora estoy delante de la puerta, todavía intentando decidir si se trata de una trampa. Decido que da igual, porque incluso aunque supiera que *es* una

trampa, entraría.

Cuando abro la puerta, Baz está empujando una antigua pizarra frente a nuestras camas.

—¿De dónde has sacado eso? —pregunto.

—De un aula.

—Sí, pero ¿cómo ha llegado hasta aquí?

—Volando.

—No —replico—, en serio.

Pone los ojos en blanco.

—Lancé un **Arriba, arriba y adiós.** No me costó mucho.

—¿Por qué?

—Porque estamos resolviendo un misterio, Snow. Me gusta organizar mis

pensamientos.

—¿Así sueles planear cómo arruinarme la vida?

—Sí. Con trozos de tiza de colores. Deja de quejarte —abre su mochila y saca unas cuantas manzanas y otras cosas envueltas en papel encerado—. Come —dice y me lanza un envoltorio.

Es un sándwich de beicon. También ha traído una jarra de té.

—¿Qué es todo esto? —le pregunto.

—La cena, evidentemente. Sé que no funcionas a menos que te des un buen atracón.

Desenvuelvo el sándwich y decido darle un mordisco.

—Gracias.

—No me las des —dice—. Suena fatal.

—No tan mal como que tú me traigas sándwiches de beicon.

—Muy bien, de nada. ¿A qué hora llega Bunce?

—¿Por qué iba a venir?

—Porque siempre lo hacéis todo juntos, ¿no? Cuando accediste a ayudarme, contaba con que traerías a tu otra mitad, la más inteligente.

—Penelope no sabe nada de esto —aclaro.

—¿No sabe nada sobre la Aparición?

—No.

—¿Por qué no? Pensé que se lo

contabas todo.

—Es que… parecía que era asunto tuyo.

—Es que *es* asunto mío —reafirma Baz.

—Exacto. Así que por eso no se lo he dicho. Dime, ¿por dónde empezamos?

En su rostro se dibuja una mueca.

—Contaba con que Bunce nos dijera por dónde empezar.

—Comencemos por lo que sabemos —digo—. Por ahí es donde siempre comienza Penelope.

—Muy bien.

Baz parece realmente nervioso. Golpea con la tiza en la pernera de su pantalón y deja manchas blancas en él.

«Nicodemus», escribe en la pizarra con una prolija caligrafía cursiva.

—Eso es lo que no sabemos —aclaro—. A menos que te hayas inventado algo.

Niega con la cabeza.

—No, nunca he oído hablar sobre él. Hice una inspección rápida en la biblioteca a la hora de la comida; pero es poco probable que encuentre algo en el *Jardín de versos para niños*.

De la biblioteca de Watford han sacado la mayoría de los libros sobre magia. El Hechicero quiere que nos concentremos en libros Normales para que nos acostumbremos al lenguaje.

Antes de las reformas del

Hechicero, Watford era tan proteccionista con los conjuros tradicionales, que eran lo único que enseñaban, en lugar de hechizos más nuevos que funcionaban mejor. Incluso hubo iniciativas para que los libros y la cultura victorianos fueran tan populares como los Normales, solo para infundir un aliento renovado a los viejos conjuros.

—La lengua evoluciona —dice el Hechicero—. Nosotros también debemos hacerlo.

Baz vuelve a mirar la pizarra. Ahora tiene el pelo seco y le caen mechones sueltos sobre las mejillas. Se coloca una tiza detrás de la oreja, luego escribe una

fecha en la pizarra:

«12 de agosto de 2002.»

Comienzo a preguntarle qué ocurrió ese día, entonces, me doy cuenta.

—Solo tenías cinco años —digo—. ¿Recuerdas algo?

Me observa, luego devuelve la mirada a la pizarra.

—Algo.

43
BAZ

Algo. No recuerdo cómo comenzó el día, ni ninguna de las partes normales.

Solo recuerdo unas cuantas cosas de ese año. Una excursión al zoológico. El día que mi padre se afeitó el bigote y no lo reconocí.

Recuerdo que, en general, iba a la guardería.

Que todos los días nos daban galletas integrales con leche. El mural de un conejo en el techo. Una niña que un día me mordió. Recuerdo que había

trenes y que me gustaba el color verde. Que había bebés y que, a veces, si alguno lloraba, la profesora me permitía acercarme a la cuna y decir:

—No te preocupes, nubecita, vas a estar bien.

Porque eso era lo que mi madre me decía cuando yo lloraba.

No creo que hubiera muchos niños. Solo los hijos de los profesores. Dos salas. Yo todavía estaba con los bebés.

No recuerdo haber estado ahí de manera específica el 12 de agosto. Sin embargo, recuerdo cuando los vampiros derribaron la puerta.

Los vampiros —nosotros— somos extraordinariamente fuertes cuando

estamos de cacería. Una robusta puerta de roble con conejitos y tejones tallados… no supone ningún impedimento para un grupo de vampiros.

No estoy seguro de cuántos vampiros fueron a la guardería ese día. Parecían docenas, pero no puede ser que fueran tantos, porque fui el único niño al que mordieron. Recuerdo que uno de ellos, un hombre, me levantó como si fuera un cachorro, cogiéndome por la parte trasera del peto. El babero se alzó y me ahogó por un segundo.

Por lo que recuerdo, mi madre se encontraba justo detrás de ellos, llegó casi de inmediato. Pude escucharla gritando conjuros antes de que pudiera

verla. Vi su fuego azul antes de ver su rostro.

Mi madre podía invocar el fuego en voz baja. Podía arder durante horas sin cansarse.

Podía lanzar corrientes de fuego sobre la cabeza de los niños; el aire cobraba vida gracias a él.

Recuerdo que la gente salió huyendo. Recuerdo que vi a uno de los vampiros encenderse como una bengala. Recuerdo la mirada en el rostro de mi madre cuando me vio, un destello de agonía ante el hombre que me aprisionaba y hundía sus dientes en mi cuello.

Y luego, *dolor*.

Y luego, nada…

Debí de perder el conocimiento.

Cuando desperté, estaba en el despacho de mi madre, y mi padre y la señorita Possibelf me lanzaban conjuros de curación.

Cuando desperté, mi madre se había muerto.

44
SIMON

Baz eleva la mano hacia la pizarra y escribe «vampiros», y luego, «en una misión del Humdrum» y, más adelante, «una muerte».

No entiendo cómo es capaz de hacer esto: hablar sobre vampiros sin admitir que él también es uno. Fingir que aún no lo sé. Que él no sabe que yo ya lo sé.

—Bueno, no hubo solo una muerte —aclaro—. También murieron vampiros, ¿me equivoco? ¿Tu madre los mató a todos? ¿Cuántos?

—Es imposible saberlo —cruza los brazos—. No hubo restos —vuelve a girarse hacia la pizarra—. No *quedan* restos en este tipo de muertes, solo cenizas.

—Entonces el Humdrum envió vampiros a Watford…

—La primera transgresión en la historia de la escuela —señala Baz.

—Y la última —añado.

—Bueno, se ha vuelto mucho más difícil, ¿no te parece? —apunta Baz—. Eso es algo que le debemos a tu Hechicero; tener esta escuela más tiesa que una vela. Ocultaría Watford detrás del Velo si pudiera.

—¿Ha habido *algún* ataque de

vampiros desde entonces?

Baz se encoge de hombros.

—No creo que los vampiros ataquen normalmente a los magos. Mi padre dice que se comportan como los osos.

Ellos.

—¿Cómo? —le pregunto.

—Bueno, cazan donde es más sencillo hacerlo, entre los Normales, y no atacan magos a menos que estén hambrientos o rabiosos. Es complicarse demasiado.

—¿Qué más te contó tu padre sobre los vampiros?

La voz de Baz es fría:

—Rara vez surge el tema.

—Bueno, quería decir —cuadro los

hombros y, después de pensarlo, digo—que en esta situación específica ayudaría *saber* cómo actúan los vampiros.

Baz frunce los labios.

—Seguramente beben sangre y se convierten en murciélagos, Snow.

—Me refiero a culturalmente, ¿vale?

—Claro, eres un fanático de la cultura.

—¿Quieres que te ayude, o no?

Suspira y escribe en la pizarra: «Vampiros: alimento para la mente».

Me embuto el último mordisco del sándwich en la boca.

—¿De verdad los vampiros se pueden convertir en murciélagos?

—¿Por qué no le preguntas a uno?

Continuemos: ¿qué más sabemos?

Me levanto de la cama y me limpio las manos en el pantalón. Luego saco de mi escritorio un ejemplar encuadernado de *La Crónica*.

—Busqué la cobertura del ataque en la prensa.

Abro el tomo por la página adecuada y se lo paso. El retrato oficial de su madre abarca la mitad de la página. También hay una foto de la guardería quemada y ennegrecida, y el titular:

VAMPIROS EN LA GUARDERÍA

Natasha Grimm-Pitch muere al defender Watford contra los seres oscuros.

¿Nuestros hijos están a salvo?

—Nunca había visto esto —asegura Baz, cogiendo el tomo.

Se sienta en mi silla y comienza a leer la historia en voz alta:

El ataque ocurrió apenas unos días antes de que comenzara el semestre de otoño. Imagine la matanza que hubiera ocurrido en un día típico de Watford…

La profesora Mary, administradora de la guardería, dijo que una de las bestias atacó a Grimm-Pitch por detrás, clavándole los colmillos en el cuello, justo después de que ella hubiera decapitado a otro que amenazaba a su propio hijo.

«Se convirtió en una Furia —señaló Mary—. Como algo salido de una película. El monstruo la mordió y ella profirió el conjuro ***¡Tigre! ¡Tigre!, reluciente incendio,*** *y entonces ambos quedaron envueltos en llamas…».*

Baz detiene la lectura. Parece inquieto.

—No lo sabía —confirma, más para el libro que para mí—. No sabía que la habían mordido.

—¿Qué quiere decir **Tigre, tigre?** —me detengo.

No me fío de mí mismo cuando pronuncio hechizos nuevos en voz alta.

—Es un conjuro de inmolación —señala—. Era muy popular entre los

asesinos…, y entre amantes desdeñados.

—Entonces ¿se suicidó? ¿De manera premeditada?

Cierra los ojos e inclina la cabeza hacia delante sobre el libro. Siento que debería hacer algo para consolarle, pero es imposible que tu peor enemigo te consuele.

Excepto que… Diablos, *no* soy su peor enemigo, ¿o sí? Diablos y demonios.

Aún sigo a su lado y golpeo mi mano contra su hombro —una especie de palmadita de consolación— y cojo el tomo. Continúo la lectura en voz alta donde se ha quedado:

Su hijo, Tyrannus Basilton, de cinco

años de edad, quedó conmocionado, pero resultó ileso. Su padre, Malcolm Grimm, llevó al niño al hogar de la familia en Hampshire para que se recuperara.

Se ha convocado al Aquelarre a una asamblea de emergencia desde la fecha de este escrito para debatir sobre el ataque en Watford, la escalada de los seres oscuros y el nombramiento de un director interino.

Ha habido peticiones para cerrar la escuela hasta que se resuelvan nuestros problemas con los seres oscuros, e incluso se ha sugerido que imitemos a los estadounidenses y los escandinavos e integremos a nuestros

hijos en las escuelas de los Normales.

—Hay más artículos al respecto —le digo—, sobre qué hacer con Watford. He estado leyendo los que se publicaron durante unos cuantos meses. Muchas actas de asambleas, debates y notas editoriales. Hasta que el Hechicero quedó a cargo en febrero.

Baz mira en dirección a mí, pero tiene la mirada perdida. El pelo le tapa los los ojos, tiene los brazos cruzados y se abraza los codos. Intento hacer lo que he hecho antes para consolarlo de nuevo: en realidad, esta vez pongo mi mano en su hombro.

—Todo está bien —le digo.

Se ríe. Un ladrido seco.

—Definitivamente, esto no *está bien*.

—No. Quiero decir que está bien que no te sientas bien. Lo que estés sintiendo, está bien.

Se levanta y se sacude mi mano de encima.

—¿Eso es lo que te dicen tus amigos cada vez que haces explotar un trozo nuevo de las instalaciones de la escuela? Porque te están mintiendo. No está bien. Y no va a estarlo. Hasta ahora, solo ha sido un signo de que ocurrirán cosas peores. No *vas* a estar bien, ¿o sí, Snow?

Siento cómo el sonrojo asciende como una oleada por mi espalda y mis

hombros, y lo reprimo alejándome de manera deliberada él.

—No se trata de mí.

—No creía que se tratara de ti —gruñe—, pero ya me he equivocado antes contigo. Aquí, siempre se trata de ti.

Dejo caer el libro en mi escritorio y me encamino hacia la puerta. Tenía que haber sabido que esto no iba a funcionar. Es un grandísimo e intolerable imbécil, incluso cuando es completamente patético.

—Pensé que estabas estudiando —dice Penelope.

Se ha llevado el portátil a la mesa del comedor y hay papeles esparcidos alrededor. También hay una jarra de té, pero estoy seguro de que ya se ha enfriado.

Pongo mi mano sobre la jarra y digo:

—**¡Más leña al fuego!**

Escucho el burbujeo del té y una fina grieta en la tetera hace caer la tapa.

—Estaba ayudando a Baz con algo —respondo—, pero ya he terminado. Definitivamente.

Ella frunce la nariz por encima la jarra de té agrietada mientras yo me sirvo una taza. Puedo adivinar qué está pensando: *Eso no debería estar pasando,* pero alza la cabeza y vuelve a

fruncir la nariz.

—¿Estabas ayudando a Baz con algo?

—Sí. Ha sido un error.

Me siento y tomo un sorbo de té. Me quema la lengua.

—¿Por qué estabas ayudando a *Baz* con algo?

—Es una larga historia.

—Lo que me sobra es tiempo, Simon.

Entonces es cuando escuchamos el primer grito. Me pongo de pie, tiro la mesa y rompo la jarra de té definitivamente.

Unos chicos llegan corriendo al comedor desde el patio. Todos gritan.

Consigo agarrar a una chica de primer año prácticamente levantándola del brazo.

—¿Qué ocurre?

—¡Un dragón! —grita—. ¡El Humdrum ha enviado un dragón!

Tengo la espada en la mano y ya estoy corriendo hacia la puerta. Sé que Penny viene justo detrás de mí.

Afuera, el patio está vacío, pero hay rastros de quemaduras en la fuente y una franja de tierra ennegrecida. Puedo sentir el Humdrum en el aire, esa sensación de succión vacía, su ansia seca. A estas alturas, la mayor parte de los estudiantes de Watford reconoce esa sensación; es tan efectiva como la mejor

alarma.

Atravieso la primera y la segunda entrada corriendo y una onda de calor me golpea en el arco principal, cuando estoy a punto llegar al puente levadizo. Es un muro de aliento ardiente. Sostengo el arma delante de mi rostro y siento que Penny me agarra por la espalda de la camisa. Extiende su anillo y lo pasa sobre mi hombro.

—**¡No puedes pasar!**

—¿Qué es eso? —le grito.

—Un conjuro de barrera. No funcionará a menos que el dragón conozca la canción.

—¿Y cómo se supone que el dragón va a conocer esa canción?

—¡Lo estoy haciendo lo mejor que puedo, Simon!

—¡Ni siquiera puedo verlo! —le grito—. ¿Tú puedes?

No lo veo, pero creo que lo escucho. Se agita. Un río de fuego se vierte sobre el prado y alzo la mirada: se precipita hacia nosotros. Parece un tiranosaurio rex rojo, con unos ojos amarillos de gato y unas enormes y correosas alas rojas.

Penny sigue arrojando hechizos por encima de mi hombro para intentar derribarlo.

—¿Qué haremos cuando esté en el suelo? —le pregunto.

—¡Dejará de bombardearnos con fuego! —grita.

Intento recordar la última vez que luché contra un dragón, pero entonces apenas tenía once años. Estoy seguro de que, simplemente lo hice estallar. *Acércate más*, pienso en el monstruo, *así podré hacerte pedazos*.

El dragón gira un par de veces en el aire sin lanzarnos fuego y, por un minuto, pienso que uno de los conjuros de Penny está funcionando. Luego veo su objetivo: un grupo de niños, quizá de tercero, agazapados debajo del tejo.

La señorita Possibelf está con ellos y la veo lanzar hechizos al dragón con su bastón. Corro hacia el árbol, saco la varita del bolsillo trasero de mi pantalón y grito al dragón lo más fuerte

que puedo:

—¡Su atención, por favor!

Pongo todo el peso de mi magia ahí.

El dragón se detiene y hace un movimiento para acercase a mirarme, suspendido por un momento en el aire, como si estuviera haciendo una pausa. Luego echa la cabeza hacia atrás y se abre paso hacia mí.

—¡Oh, maldición! —dice Penelope.

Está a unos cuantos metros de mí. Se dirige a la escuela —no al dragón—, y grita:

—¡Nada que ver!

—¿Qué haces? —le grito mientras giro a la derecha para alejar al dragón de los edificios.

—¡Tu hechizo para llamar la atención le ha hecho efecto a toda la escuela! —dice Penny—. Todo el mundo está saliendo para ver qué ocurre. **¡Nada que ver!** —vuelve a gritar en todas las entradas—. **¡A sus puestos!**

Vuelvo la mirada y veo niños en el puente levadizo y otros que corren sobre el borde de las murallas. El dragón se vuelve a abalanzar sobre nosotros y decido correr hacia él. Lanza una llamarada de fuego sobre mi cabeza. En el último momento, caigo y me alejo rodando: sus dientes se clavan en la tierra a mi lado.

Levanta el vuelo, resopla, aparentemente lleno de frustración, y me

embiste cerrando la quijada de golpe. Hago oscilar la espada sobre su cuello y el filo lo alcanza y se clava en él. El dragón levanta el vuelo nuevamente y yo me elevo con él, aferrado a mi espada, aprovechando el impulso para balancearme sobre la cabeza de la bestia, insertando las rodillas detrás de su quijada.

Esto está mejor. Ahora puedo estrangularlo.

El dragón intenta sacudirse para soltarse de mí —y yo intento sacar mi espada de su cuero para poder darle otra estocada— cuando escucho a Baz gritando mi nombre. Busco con la mirada y lo veo corriendo a lo largo de

las murallas.

Debe de haber lanzado un hechizo para poder elevar su voz. (Me pregunto si se tratará de **¡Atención, atención!** Es un hechizo que nunca he conseguido conjurar.)

—¡Simon —grita—, no le hagas daño!

¿Que no le haga daño? A la mierda. Vuelvo a tirar de espada.

—¡Simon! —grita Baz de nuevo—. ¡Basta! ¡No son seres oscuros!

Llega al final de la muralla pero, en lugar de detenerse, da un salto a la parte superior del muro y pasa sobre el foso. ¡Con solo una carrera consigue saltar fuera del edificio! ¡Y no se cae! Flota

por encima del foso y aterriza al otro lado. Es la cosa más hermosa que he visto jamás.

El dragón también debe de pensar lo mismo, porque deja de luchar conmigo y sigue a Baz con la cabeza.

Sus alas baten con menos furia. Casi se arrellana en el aire y baja en picado hacia Baz, aspirando pequeñas nubes de fuego.

Baz corre hacia nosotros y luego se detiene con las piernas separadas y su varita en el aire.

—Baz —le grito—, ¡no!, ¡eres inflamable!

—¡Todo es inflamable! —me responde.

—*¡Baz!*

Pero ya está apuntando hacia el dragón y lanzando un hechizo:

—Mariquita, mariquita, levanta el vuelo a tu hogar, tu casa se incendia y tus hijos ya no están.

El primer verso es un hechizo común para plagas y ratones, cosas así. Pero Baz continúa. Está intentando recitar la canción infantil completa. Como si fuera el mismísimo Houdini.

—Mariquita, mariquita, levanta el vuelo a tu hogar, tu casa se incendia y tus hijos se quemarán. Todos menos una, su nombre es Elena, que está debajo del cazo de la avena.

En nuestro mundo no hay nada más

poderoso que las canciones infantiles: son versos y refranes que se aprenden en la niñez y permanecen en la mente para siempre. Un mago poderoso puede hacer que un ejército dé marcha atrás con *Humpty Dumpty.*

—Mariquita, mariquita, levanta el vuelo a tu hogar, tu casa se incendia y tus hijos se quemarán.

El dragón no se marcha, pero se encuentra fascinado por Baz. Aterriza delante de él e inclina la cabeza. Si ahora suelta una bocanada de fuego, bastará para arrasar con él.

Pero Baz se mantiene firme:

—Todos menos uno, su nombre es Nino, que yace debajo de la piedra del

molino.

Me deslizo para soltarme del cuello de la bestia y saco la espada con el peso de mi cuerpo mientras desciendo.

—Mariquita, mariquita, levanta el vuelo a tu hogar, tu casa se incendia y tus hijos se quemarán.

Me pregunto por qué nadie le está ayudando: luego miro a mi alrededor y veo que todos los estudiantes y profesores de la escuela se encuentran en las ventanas y en las murallas. Todos están inmóviles y atentos, como les pedí que hicieran. Incluso Penny se ha rendido. O quizá está tan atónita como yo. Baz sigue adelante.

—Todos menos una, su nombre es

Vera, que se oculta debajo de una sopera.

El dragón mira por encima de su hombro y me hace pensar que quizá está considerando marcharse caminando. Pero, entonces, golpea con su pie, frustrado, y extiende sus anchísimas alas.

Baz eleva aún más la voz. Tiene sudor en la frente y en el nacimiento del cabello, y le tiemblan las manos.

Quiero ayudarle, pero lo más probable es que le estropee el hechizo. Considero la opción de darle una estocada al dragón mientras está distraído, pero Baz me ha pedido que pare. Me muevo lentamente hasta que me

encuentro detrás de él.

El dragón sacude la cabeza y comienza a dar vueltas de nuevo. Empiezo a pensar que de verdad quiere irse. Que *quiere* que el hechizo funcione.

—Mariquita, mariquita, levanta el vuelo a tu hogar, tu casa se incendia y tus hijos se quemarán.

Ahora, a Baz le tiembla el brazo entero.

Le apoyo la mano en el hombro para afianzarlo. Y, entonces, hago algo que nunca había hecho antes: algo que posiblemente no hubiera intentado con alguien a quien temiera hacer daño.

Empujo.

Cojo un poco de la magia que puja

constantemente por salir de mi interior y presiono levemente para transmitírsela a Baz.

Su brazo se endereza como una vara y su voz resuena aún más a mitad de frase:

—**El vuelo a tu hogar**.

Las alas del dragón se estremecen y se mueve dando tumbos.

Le transmito un poco más de magia. Me preocupa que sea demasiada, pero Baz no desfallece ni se doblega. Su hombro es una dura roca, firme bajo mi palma.

—**¡Mariquita, mariquita, levanta el vuelo a tu hogar!** —estalla su voz. Las alas del dragón se agitan frenéticamente,

como un avión despegando hacia atrás.

Dejo de empujar y cierro los ojos, dejo que Baz use mi magia del modo que mejor le parezca. No quiero que se me vaya la mano y activarlo como una granada.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, el dragón es un punto rojo en el cielo y se escucha un aplauso procedente de las murallas.

—**¡A sus puestos!** —grita Baz, y apunta con su varita hacia la escuela. La muchedumbre comienza a dispersarse de inmediato. Luego Baz se aleja de mi mano y se pone delante de mí.

Me mira como si fuera la mayor de las abominaciones. (Lo cual ya

sabíamos todos que soy.) Se le enarca tanto la ceja derecha que da la sensación de que se le hubiera separado del ojo.

—¿Por qué me has ayudado? —le pregunto.

—Tregua —me dice, aún alarmado. Luego sacude la cabeza, igual que lo hizo el dragón cuando intentaba sacudirse el hechizo de Baz—. De todas maneras, no te estaba ayudando a ti —levanta la mano para frotarse detrás del cuello—. Estaba ayudando al dragón. Pudiste haberlo matado.

—Estaba atacando la escuela.

—No porque quisiera hacerlo. Los dragones no atacan a menos que se sientan amenazados. Y los dragones ni

siquiera viven en esta parte de Inglaterra.

Penelope se topa conmigo como un tren de carga. Me coge la mano y la coloca sobre su hombro.

—Enséñame —me dice—. Enciende la máquina.

Aparto la mano.

—¿Qué?

Ella me la coge de nuevo.

—He visto lo que acaba de pasar —vuelve a poner mi mano en su hombro —. ¿Cuándo has aprendido a hacer eso?

—Basta —le digo, de la manera más convincente que puedo mientras miro alrededor, buscando a cualquiera que pudiera estar escuchándonos. El prado

está lleno de chicos; todos inspeccionan las marcas de quemaduras y actúan, en general, como si hubieran estado a punto de morir.

—Solo le daba apoyo moral.

—Excelente trabajo, caballeros —la señorita Possibelf está a nuestro lado; ni siquiera la he visto acercarse—. Muy pocas veces he visto una canción infantil tan poderosa y llena de matices, señor Pitch; y tampoco una situación que la requiriera de manera tan urgente.

Baz se inclina de manera modesta. Con un gesto perfecto. El pelo le cae hacia delante.

—Señor Snow —continúa, y se dirige hacia mí—, quizá usted pueda

proporcionar un informe al director a su regreso. Y vamos a trabajar la moderación esta semana en Elocución.

Hundo la cabeza.

—Sí, profesora.

—Descansen —dice, sin usar la magia.

Penelope vuelve a colocar mi mano en su hombro. La retiro inmediatamente.

De vuelta al castillo, veo a Agatha, la única que aún nos observa desde las murallas.

45
SIMON

—¡Has visto una Aparición! ¡Y no me lo has contado!

Penelope está de pie con los brazos en jarras y estoy segurísimo de que ahora mismo estaría torturándome con sus hechizos si Baz no le hubiera quitado la varita.

—¿Se lo has contado *a él?* —hace un gesto con la mano hacia Baz—. ¿Pero no me lo has contado *a mí?*

—Era *su* madre —argumento.

—Sí —añade—, pero él ni siquiera

estaba aquí.

—Iba a contártelo, Penny, pero luego volvió, y todo se fue complicando.

—Te lo estamos contando ahora —corrige Baz.

—¿«Estamos»? —dice—. ¿Desde cuándo vosotros dos sois «nosotros»?

—¡No somos «nosotros»! —respondo casi a gritos.

Baz lanza las manos al aire y se deja caer en su cama.

—Sois imposibles.

—Y ¿desde *cuándo* —me dice Penny— eres una toma de corriente a la que los demás magos pueden enchufarse sin más?

—No lo sé —respondo—. Nunca

antes lo había intentado.

—Inténtalo de nuevo —dice y se deja caer en mi cama, al lado de mí.

—Penny, no. No quiero hacerte daño.

Pone mi mano en su hombro.

—Simon, imagina lo que podríamos hacer con tu poder y mis hechizos. Podríamos haber acabado con el Humdrum para la hora de cenar; y luego podríamos hacernos cargo del hambre y la paz en el mundo.

—Imagina lo que hará el Hechicero cuando se dé cuenta de que tiene un generador de energía nuclear en su patio trasero —canturrea Baz desde su cama.

Trago saliva y miro hacia la pared.

La mano de Penny cae de mi hombro. Debo admitir que no tengo ganas de contarle al Hechicero —ni a nadie más — lo que he hecho hoy. Ya es bastante malo no poder controlar mi poder. No quiero que se me vaya por completo de las manos.

La mano de Penny cubre la mía en la cama.

—¿Era un hechizo especial? —me pregunta muy bajito.

—No —le digo—, solo… empujé.

—Enséñame.

Baz se incorpora sobre un codo para ver mejor. Miro directamente a los ojos a Penny.

—Confío en ti —dice.

—Eso no significa que no te vaya a hacer daño.

Penny se encoge de hombros.

—El dolor es pasajero.

—Eso no significa que no te vaya a *perjudicar*.

Vuelve a encogerse de hombros.

—Venga… hay que descifrar cómo funciona.

—Nunca *hay* que hacer nada —aclaro—. Pero tú siempre *quieres*.

Me aprieta la mano.

—Simon.

Miro en la profundidad de sus ojos; no me va a dejar en paz hasta que acceda. Intento recordar la sensación que tuve allí, en el prado. Como que mi

magia se estaba abriendo, desenredando —tan solo un poco—. Apenas soltando un poco…

Doy un *empujón* muy pequeño.

—¡Serpientes siseantes! —dice Penny, apartando la mano y levantándose de la cama de un salto—. Vete a joder a un trol de nueve dedos, Simon —sacude la mano con lágrimas en los ojos—. ¡Por Stevie Nicks y Gracie Slick! *¡Joder!*

Me pongo de pie.

—¡Lo siento! ¡Penny, perdóname! ¡Déjame ver!

Baz se deja caer de nuevo en su cama, muerto de risa.

Penelope me muestra el brazo: lo tiene rojo y lleno de ronchas.

—Lo siento —le digo y le cojo la muñeca con suavidad—. Deberíamos ir a la enfermería.

—No creo —dice—. Me parece que ya se me está pasando —se le estremece el brazo.

Baz se levanta de la cama y echa un vistazo.

—¿Habéis sentido como si os hubiera lanzado un hechizo? —pregunto.

—No —contestan ambos al mismo tiempo.

—Se parecía más a un golpe seco —aclara Penelope, y mira a Baz—. ¿Tú qué sentiste?

Baz saca su varita mágica.

—No sé. Estaba concentrado en el

dragón.

—¿Te dolió? —le pregunta.

—Tal vez no viste lo que pensaste que veías —dice Baz—. Quizá Snow en realidad solo me estuviera *dando* apoyo moral.

—Claro. Y quizá tú seas el Hechicero más prodigioso que haya habido en cinco generaciones.

—Tal vez lo *sea* —le dice mientras le da golpecitos a Penny en el brazo con su varita de marfil—. **¡Ponte bueno!**

—¿Cómo te ha hecho sentir *eso*? —le pregunto.

—Mejor —dice renuente, y aleja el brazo de nosotros. Le frunce el ceño a Baz—. Ardiente.

Baz sonríe alzando de nuevo la ceja.

—Me refiero a la temperatura —añade—. Tu magia produce la misma sensación que una grasa ardiente, Basil.

Baz hace ondear su varita con desdén y la dirige a la pizarra.

—Es una cosa de familia.

Como decía, la magia de cada mago da lugar a una sensación distinta. La magia de Penelope produce una sensación espesa y deja un sabor en la boca como a salvia. Me gusta bastante.

—Entonces… —dice Penelope mientras lo sigue hacia la pizarra—. Viste una Aparición. Una auténtica Aparición: Natasha Grimm-Pitch estuvo *aquí*.

Baz mira por encima de su hombro.

—Pareces impresionada, Bunce.

—Lo estoy —dice Penelope—. Tu madre era una heroína. Desarrolló un hechizo para la fiebre gnómica. Además, fue la directora más joven en la historia de Watford.

Baz mira a Penny como si fuera la primera vez que se ven.

—Y —Penny continúa— defendió a tu padre en tres duelos antes de que él aceptara su propuesta.

—Eso suena a costumbre bárbara —digo.

—Así era la tradición —añade Baz.

—Era brillante —afirma Penny—. He leído las actas.

—¿Dónde? —pregunta Baz.

—Las tenemos en la biblioteca de mi casa —dice Penny—. A mi padre le encantan los ritos matrimoniales. Cualquier tipo de magia familiar, en realidad. Mi madre y él están unidos en cinco dimensiones.

—Suena encantador —dice Baz, y me siento aterrado, porque creo que lo dice en serio.

—Yo voy a hacer que el tiempo se detenga cuando haga mi propuesta a Micah —dice Penelope.

—¿El estadounidense bajito? ¿El de las gafas de culo de vaso?

—Ya no es tan bajito.

—Qué interesante —Baz se frota el

mentón—. Mi madre era el no va más.

—Era una leyenda —Penelope sonríe.

—Pensé que tus padres detestaban a los Pitch —digo.

Ambos me miran como si acabara de meter una mano en un tazón de sopa.

—Eso es política —dice Penelope —. Estamos hablando de *magia*.

—Obviamente —respondo—. ¿En qué estaba pensando?

—Obviamente, no estabas pensando —dice Baz.

—¿Qué está pasando ahora mismo? —pregunto—. ¿Qué estamos haciendo?

Penelope cruza los brazos y entrecierra los ojos delante de la

pizarra.

—Nosotros —declara— estamos investigando quién mató a Natasha Grimm-Pitch.

—La leyenda —añade Baz.

Penelope lo mira con ternura, el tipo de mirada que normalmente solo usa conmigo.

—Para que pueda descansar en paz.

46
BAZ

Penelope Bunce es una maga tenaz, no me importa admitirlo.

Bueno, no me importa admitirlo ahora que está momentáneamente de mi parte.

No me sorprende que Snow la siga como un perro con estupidez congénita con una correa demasiado corta. Estoy bastante seguro de que seguimos sin saber nada que no supiéramos antes, pero Bunce es tan perspicaz y transmite tanta confianza que cada minuto que

pasamos con ella en la habitación parece un progreso.

También nos ha arreglado la ventana y ahora ya no chirría.

No estoy seguro de si le sigo pareciendo odioso o repugnante, pero Roma no se construyó en una hora, ni a base de admiración recíproca. Está dotada de una inteligencia magnífica para la Historia de la Magia —su casa debe de estar repleta de libros prohibidos— y la mitad de sus opiniones la mandarían a un calabozo si se apellidara Pitch en lugar de Bunce.

(Debe de tener un poco de sangre Normal en alguna parte; Bunce es el apellido menos mágico del reino. Y solo

hay que ver a su padre, el profesor Bunce. Es como si un libro lleno de notas a pie de página hubiera cobrado vida. Es una chaqueta con parches en los codos andante. Enseñó una unidad especial sobre el Humdrum el semestre pasado, y creo que no he podido seguir ni una sola de sus frases entera.)

Snow y Bunce me mandan a buscar algo de cena —porque soy el único que tiene cierta influencia con la cocinera Pritchard; es prima lejana mía— y, cuando vuelvo, Bunce tiene en la mano un trozo de tiza verde y está agregando sus anotaciones a las mías con una letra manuscrita pequeña y apretada en la pizarra.

Nicodemus.

—Verificar biblioteca.

—¿Preguntar a mi madre? (¿Algún riesgo?)

—¿Preguntar al Hechicero? No.

—¿Google? ¡Sí! (Usarlo no duele, Simon.)

Incluso sus notas se dirigen a Snow. Este par son como Ant y Dec. Agarraditos por la cadera. Mmm…, me pregunto si Wellbelove vendrá también en el *pack*.

—Simon tiene razón sobre los vampiros —dice Bunce sin apartarse de la pizarra.

La bandeja de la cena se me ladea en

las manos. Me inclino un poco para corregir la inclinación.

—¿Qué?

—Los vampiros —dice mientras se da media vuelta con los brazos en jarras. Tiene la camisa manchada con el polvo de la tiza.

Snow deja un libro y se acerca para coger la jarra de leche de la bandeja. Se la lleva a la boca y le doy una patada en la espinilla.

—¡Anatema! —dice.

—No intento hacerte daño; intento protegerte de tus propios modales repugnantes. La habitación no va a culparme esta vez, idiota. Aquí hay tres vasos.

Coloca la leche en la mesa que separa nuestras camas, luego coge los vasos y el trapo lleno de bocadillos.

—¿La cocinera Pritchard te acaba de *dar* todo esto? —desenvuelve una pila de *brownies*.

—Le caigo bien —aseguro.

—Pensaba que *yo* le caía bien —dice—. ¡La salvé de una lagartija de cocina!

—Sí, bueno, le caigo bien por lo que soy.

—*Vampiros* —dice Penelope—. ¿Al menos me estáis escuchando?

Hago un gesto despectivo. Me sale solo: es la costumbre.

—Tómate un sándwich, Bunce.

—¿Cómo podremos averiguar quién envió a los vampiros o qué querían —sigue parloteando— si no sabemos nada sobre ellos?

—Los vampiros quieren sangre —dice Snow con el hocico lleno de rosbif.

—Pero eso lo pueden obtener en cualquier parte —dice Penelope—. Pueden obtenerlo fácilmente. En el Soho, después de medianoche —coge un sándwich y se sienta en la cama de Snow con las piernas cruzadas. Podría ver por debajo de su falda si me diera la gana; y si inclinara un poco la cabeza—. No se me ocurre ningún lugar más complicado para que un vampiro obtenga sangre —añade— que Watford,

en pleno día.

En eso tiene razón.

—Entonces, ¿por qué intentarlo siquiera? —pregunta.

—Bueno, las clases todavía no habían empezado —señalo mientras cojo una manzana—, así que nadie estaba en guardia.

—Claro, pero es *Watford* —sacude su larga melena—. Incluso en aquel entonces, había un muro de defensa contra las seres oscuros.

—No tiene por qué tener sentido —dice Snow—. El Humdrum envió a los vampiros igual que hoy envió al dragón, que tampoco quería estar aquí.

No estaba seguro de si Snow era

consciente de eso ni de si me había creído cuando se lo había dicho. Pensé que iba a asesinar a aquella dragona a sangre fría delante de toda la escuela.

Bueno, no la iba a asesinar exactamente a sangre fría —nos *estaba* atacando—. Pero matar un dragón es un acto mezquino, demasiado oscuro incluso para mi familia. No se mata a un dragón a menos que se quiera abrir una puerta al infierno.

—Pero si la directora Grimm-Pitch se refería al Humdrum —dice Bunce—, ¿qué razón tenía para ponerle a Baz esa carga? ¿Esperaba matar al Humdrum? ¿Y qué hay del tal Nicodemus?

Snow frunce el ceño.

—Deberíamos dejar de considerarlo un ataque aislado.

—Es el único ataque de vampiros en la historia de la escuela —sostengo.

—Claro, pero en aquella época estaban ocurriendo todo tipo de cosas —responde—. El Hechicero dijo que los seres oscuros pensaban que nos estábamos debilitando; estaban haciendo un serio avance en nuestro reino.

—¿Cuándo dijo eso? —pregunta Penny.

—Está en *La Crónica* —responde Snow—. El Hechicero dio un discurso ante el Aquelarre; antes incluso de la invasión de Watford —se mete lo que le que queda del bocadillo en la boca y

estira el brazo alrededor de Penny para coger un libro. Su chaqueta y su jersey están en el suelo, y la camisa blanca se le sale por un lado de los pantalones.

Encuentra la página correcta de inmediato y nos la muestra. Estoy de pie, por encima de ellos: la verdad es que no estoy preparado para sentarme en la cama de Snow.

Es la primera página de *La Crónica*. El discurso del Hechicero se publicó íntegro y hay un extenso gráfico con fechas y atrocidades resaltados en negrita —todos los ataques al género mágico en un periodo de cincuenta años —. **«¿NUESTRO REINO EN PELIGRO?»**, se pregunta el titular.

—Espera un minuto… —Bunce le quita el libro y le da su bocadillo para que se lo sostenga; él le pega un mordisco—. No dice nada sobre el Humdrum —pasa las hojas hasta llegar a la historia sobre la muerte de mi madre, luego la revisa con el dedo—. Tampoco hay nada sobre el Humdrum —cierra el libro y golpea la cubierta con su anillo —: **¡Búsqueda exhaustiva: Humdrum!**

El libro se abre y las páginas comienzan a pasar solas hacia delante. Adquieren mayor velocidad hacia el final; luego, el libro se cierra de golpe en su regazo.

—Ni una mención —confirma Penny.

—No tiene sentido —añado—. El Humdrum ya existía entonces. El primer punto muerto apareció a finales de la década de los noventa. Cerca de Stonhenge. Lo estudiamos en Historia de la Magia.

—Lo sé —dice Penny—. Mi madre estaba embarazada de mí cuando ocurrió. Mi padre y ella visitaron el lugar —Bunce le quita a Snow lo poco que queda de su bocadillo y le da un mordisco. Me mira y mastica con aire de sospecha—: Me pregunto cómo supieron…

—¿Quién? —pregunto—. ¿Qué?

—Me pregunto cómo llegaron a la conclusión de que el Humdrum estaba

detrás de todo —reflexiona Penny—, detrás de los ataques de las seres oscuros y los puntos muertos. ¿Cómo podían saber que se trataba de él antes de saber la sensación que producía? Así es como lo identificamos ahora. Esa *sensación*.

—¿Sentiste el Humdrum? —pregunta Snow—. ¿Ese día, en la guardería?

—Estaba un poco distraído —respondo.

—¿Qué te dijeron? —pregunta Bunce.

—¿Quién me dijo qué?

—Tu familia. Tras la muerte de tu madre.

—No me dijeron nada. ¿Qué me iban

a decir?

—¿Te contaron que fueron los vampiros?

—No hacía falta que me lo contaran: yo mismo estaba allí.

—¿Lo recuerdas? —pregunta Penelope—. ¿Viste a los vampiros?

—Sí —coloco la manzana de nuevo en la bandeja.

Snow se aclara la garganta.

—Baz, ¿cuándo fue la primera vez que escuchaste que fue el Humdrum quien envió a los vampiros?

Igual piensan que mi padre me sentó en un sillón orejero de cuero y me dijo: «Basilton, hay algo que debo decirte…».

Él nunca ha pronunciado esas palabras.

En mi familia, nadie *cuenta* nada. Las cosas, simplemente, se saben. Aprendes a saber.

Nadie tuvo que contarme que podemos hablar de mi madre, pero no de su muerte.

Nadie tuvo que contarme que yo mismo soy un vampiro.

Recordaba que me habían mordido, crecí escuchando las mismas historias de terror que los demás niños, y de repente un día desperté con ansias de sangre. Y nadie tuvo que *decirme* que no podía beberme la de otra persona.

—Lo supe en la escuela —afirmo—.

Igual que vosotros.

Ambos parecen sorprendidos.

—¿Qué les pasó a los vampiros? —pregunta Snow—. No los que mató tu madre; a los demás.

—El Hechicero expulsó a la mayoría fuera de Inglaterra —respondo —. Creo que es la única vez que mi familia ha cooperado con sus redadas.

—Mi madre dice que la guerra comenzó con las redadas de vampiros —añade Bunce.

—¿Qué guerra? —pregunta Snow.

—Todas —precisa. Se inclina sobre el regazo de Snow para alcanzar los *brownies*.

Cojo un bocadillo y la manzana y me

pongo de pie.

—Necesito un poco de aire.

Espero hasta llegar a las catacumbas para tragar.

En realidad, no me gusta comer delante de la gente.

47
SIMON

Penny vuelve a la pizarra y sigue tomando apuntes.

Hablar con mi padre durante las vacaciones de Navidad. ¿Podemos esperar tanto tiempo?

¿Le pido que envíe notas?

—¿Por qué *todas*? —pregunto.

—¿Mmm?

—¿Por qué todas las guerras? ¿Por qué *todas* comienzan con las redadas de

vampiros?

—La guerra con los seres oscuros comenzó ahí —señala—. Debería ser obvio. Es decir, los magos y los vampiros nunca se han llevado bien: nosotros necesitamos vivos a los Normales y ellos, muertos. Pero la invasión de Watford fue un acto de guerra. Y también fue el primer ataque real del Humdrum.

—¿Y qué me dices de la guerra con las Familias Antiguas?

—Bueno, las reformas del Hechicero comenzaron en ese momento —señala.

—Ojalá solo hubiera una guerra —aventuro—. Y un solo enemigo con el

que romperme la cabeza.

—Vaya —dice Penny mientras por fin se aleja de la pizarra—, ¿qué va a ser de ti ahora que no tienes a Baz?

—Todavía tengo a Baz.

—Pero no como enemigo.

—Solo nos hemos dado una tregua —aclaro.

—Una tregua en la que compartís magia.

—Penny —frunzo el ceño y vuelvo a recostarme en mi cama. Estoy hecho polvo.

Noto cómo se sube a la cama y se coloca a mi lado.

—Inténtalo de nuevo —me dice y me coge la mano.

—No.

—¿Por qué lo has probado con Baz?

—No lo he hecho —le digo—. Solo quería ayudarle y no sabía cómo. Así que apoyé la mano sobre su hombro y *me concentré* en ayudarle.

—Fue absolutamente extraordinario.

—¿Crees que alguien se dio cuenta?

—No… Quizá. No lo sé. Ni siquiera yo estaba completamente segura de lo que estaba pasando, y era la que más cerca estaba. Pero le vi enderezarse como una vara cuando lo tocaste. Y, entonces, el hechizo empezó a funcionar. Es imposible que Baz tenga poder suficiente como para repeler un dragón… —me aprieta la mano—.

Inténtalo de nuevo.

Le devuelvo el apretón.

—No, te dolería.

—A Baz no le dolió.

—Tal vez sí le dolió, pero él nunca lo admitiría.

—Quizá no le dolió —repite— porque ya está muerto.

—Baz no está muerto.

—Bueno, no está vivo.

—Yo…, yo creo que… —añado—. Baz tiene magia. Eso es vida.

—¡Por los dientes de Morgan! Imagina que *pudieras* hacerlo de nuevo. Que realmente pudieras controlar tu poder, Simon.

—Era Baz quien controlaba mi

poder.

—Daba la sensación de que te estuvieras concentrando por primera vez, como si algo te estuviera dirigiendo. Has usado a Baz como si fuera una varita mágica.

Cierro los ojos.

—No lo estaba usando.

48
BAZ

Cuando vuelvo, Bunce ya se ha ido. Me percato de que se ha vuelto a sentar en mi cama: huele a ella. A sangre y chocolate y hierbas aromáticas. Mañana se lo pienso decir.

Snow se ha dado una ducha, por eso la habitación está húmeda, aunque los papeles y las cosas de la cena aún están desperdigados por la mesa y el suelo. Es como tener dos desastres de compañeros de habitación en vez de uno.

En todo caso, la pizarra está en su

sitio, llena a reventar con la prieta caligrafía de Bunce, apoyada contra la pared.

Me quito la chaqueta, hago un hechizo de limpieza, y la cuelgo en el armario. Tengo la corbata en el bolsillo. La saco y la coloco alrededor de la percha.

Me he comido el sándwich en el sótano y lo he acompañado con unas cuantas ratas. Necesito volver de cacería al bosque; las ratas empiezan a escasear y en las catacumbas cada vez cuesta más encontrarlas, incluso aunque intente no cazar a las hembras.

Ir a cazar al bosque es una lata. Tengo que hacerlo de día porque al

anochecer el Hechicero sube el puente levadizo y no puedo usar un **Ligero como una pluma** para saltar sobre el foso todas las noches como lo he hecho hoy; no tengo tanta magia.

Miro por encima del hombro y veo a Snow: un bulto en la cama, completamente tapado por las mantas.

Él sí que tiene magia.

Él sería capaz de cualquier cosa.

Sigo notando la vibración de su magia, y eso que ya han pasado varias horas desde que me apretó el hombro con la mano. Ya me había lanzado hechizos antes, pero este ha sido distinto. Ha sido como si me hubiera golpeado con un rayo benévolo. He

sentido una quemadura limpia. Infinita…

No, la palabra para definirla no es infinita. *Hueca*. Como si mi interior hubiera crecido. Como si ahora pudiera lanzar cualquier hechizo: sostener cualquier promesa.

Al principio tuve la sensación de que Snow me estaba entregando parte de su magia. Transmitiéndomela. Sin embargo, después la magia estaba *en mí*. En ese momento, todo lo que era suyo, también me pertenecía.

Está bien. Debo dejar de pensar en esto así. Como si fuera un regalo. Snow nunca se hubiera abierto ante mí si no hubiéramos tenido un dragón encima…

Me pregunto si podría intentar

arrebatarle magia, pero la idea me revuelve el estómago.

Me cambio, me lavo los dientes en el baño, y, cuando salgo, veo que Snow está sentado en su cama.

—¿Baz?

—Qué —me siento en mi cama, encima de las mantas.

—Esto… ¿puedes venir aquí?

—No.

—Pues voy yo, entonces.

Me cruzo de brazos y piernas.

—Mejor no.

Snow resopla, exasperado. *Bien*, pienso.

—Ven aquí un momento —dice—. ¿Vale? Tengo que probar una cosa.

—¿Te das cuenta de lo ridículo que suena eso?

Se levanta. Nuestra habitación está a oscuras, pero ya ha salido la luna y yo le veo a él mejor de lo que él me ve a mí. Lleva puestos los pantalones de pijama de franela del uniforme de la escuela y su cruz dorada. Bajo esta luz, su piel es tan gris como la mía, y brilla como una perla.

—No te puedes sentar en mi cama —le digo mientras lo hace—. Bunce tampoco. Me apesta la cama a intensidad y *brownies*.

—Toma —dice y me tiende la mano.

—¿Qué *quieres* que haga, Snow?

—Nada —dice. Lo dice en serio, el

maldito hijo de puta—. Tenemos que intentarlo otra vez.

—¿Por qué?

—Para asegurarnos de que no fue una casualidad —dice.

—*Fue* una casualidad. Estabas luchando con un dragón y yo te estaba ayudando, una casualidad al cuadrado.

—¡Por Merlín, Baz! ¿No quieres averiguarlo?

—¿El qué? ¿Si puedo acceder a ti como un generador?

—No fue así —me corrige—. Te dejé acceder a mí.

—¿Me vas a dejar hacerlo de nuevo?

—No.

—¡Entonces da igual que fuera una casualidad!

Snow sigue sentado en mi cama.

—Vale —dice—. Tal vez.

—¿Tal vez qué?

—Tal vez lo haría de nuevo —dice —. Si estuviéramos en una situación como la de hoy: si hubiera vidas en peligro y esto pudiera ser una solución, una opción distinta a, ya sabes, *explotar*.

—¿Y si la vuelvo en tu contra?

—¿Mi magia?

—Sí —digo—. Qué pasaría si cojo tu magia, la vuelvo en tu contra y resuelvo la cuestión Baz contra Simon de una vez por todas.

A Snow se le abre un poco la boca.

La lengua le brilla negra en la oscuridad.

—¿Por qué eres tan capullo? —su voz suena enfadada—. ¿Por qué *ya* se te ha ocurrido?

—Se me ocurrió mientras aún estaba encantando al dragón —respondo—. ¿A ti no se te ocurrió?

—*No*.

—Por eso te voy a hacer polvo —digo.

—Hemos hecho una tregua —dice Snow.

—Aún puedo *pensar* de manera antagónica. Tengo pensamientos violentos contra ti constantemente.

Me coge la mano. Tengo ganas de

apartarla, pero no quiero que parezca que estoy asustado y… también tengo ganas de *no* quitarla. Maldito Snow. Ahora mismo, tengo pensamientos violentos contra él.

—Voy a intentarlo ahora —dice.

—Bueno.

—¿Vas a lanzar algún hechizo?

—No lo sé —digo—. Este es tu experimento.

—Pues no lo hagas —dice—. Ahora mismo no, al menos. Pero dime si te duele.

—Antes no me ha dolido —musito.

—¿No lo ha hecho?

—No.

—¿Qué sensación te ha producido?

—Deja de hablar de sensaciones —le digo, sacudiendo su mano—. Pégame. O cárgame. Lo que sea que quieras hacer.

Snow se pasa la lengua por el labio inferior, entrecierra los ojos. *Por Crowley*.

Siento su magia.

Primero, la noto como un zumbido en la punta de los dedos, luego una ráfaga de energía estática en todo el brazo. Intento no apartarme.

—¿Estás bien? —pregunta. Su voz es suave.

—Sí. ¿Qué estás haciendo?

—No sé —murmura—. ¿Abriéndome? Creo.

La energía estática se instala en mi brazo con un fuerte tamborileo, como chispas ardientes de electricidad. La incomodidad se desvanece, incluso cuando la creciente sensación de ardor se intensifica. Ya sé qué hacer con esto: esto es fuego.

—¿Sigues bien? —pregunta.

—De maravilla —afirmo.

—¿Qué significa eso? ¿Que podrías usarla?

Me río, y mi risa suena más desenfadada de lo que me gustaría.

—Snow: creo que ahora mismo podría lanzar un soneto.

—Muéstramelo —dice.

Estoy tan lleno de poder que siento

como si pudiera ver sin abrir los ojos. Como si pudiera convertirme en una estrella nova y formar mi propia galaxia, si así lo quisiera. ¿Así que esto es lo que se siente al ser Simon Snow? ¿Como si tuvieras el infinito en el bolsillo de la camisa?

Digo con voz clara:

—Estrellita, ¿dónde estás?

Cuando llego al final de la siguiente frase, la habitación que nos rodeaba ha desaparecido y da la sensación de que las estrellas están tan cerca que se pudieran tocar.

—¿En el cielo o en el mar?

Simon me coge la otra mano y mi pecho se expande aún más.

—¡Por Merlín y Morgana! —dice—. ¿Estamos en el espacio?

—No lo sé —respondo.

—¿Es un hechizo? —pregunta.

—No sé.

Ambos miramos a nuestro alrededor. No *creo* que estemos en el espacio; puedo respirar sin ningún problema. Y no noto que esté flotando, aunque oscilo al borde de la histeria. Demasiado poder. Demasiadas estrellas. La boca me sabe a humo.

—¿Estás reprimiéndote, aunque solo sea un poco? —le pregunto.

—No que yo sepa —dice Snow—. ¿Es demasiado?

—No. Es como si hubieras

completado el circuito —digo, apretando su otra mano—. Aunque me siento como si estuviera borracho.

—¿Borracho de poder? —pregunta.

Suelto una risita nerviosa.

—Mierda, Snow. Deja de hablar. Esto es vergonzoso.

—¿Quieres que deje de hacerlo?

—No. Quiero ver las estrellas.

—Me estoy deteniendo —dice.

Y se detiene. La sensación es como si una marea se alejara, una marea de heroína y fuego.

Sacudo la cabeza. No suelto las manos de Snow.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí. ¿Y tú?

—Bien.

Ahora estamos sentados en mi cama, sosteniéndonos las manos, Simon Snow y yo. No me a atrevo a mirarle a los ojos, así que clavo la mirada en su cruz.

—Tu madre… —dice—. Cuando volvió, dijo lo mismo sobre las estrellas: «Me dijo que seríamos estrellas».

—Creo que es una coincidencia —afirmo.

—Claro —asiente Simon—. ¿Te queda algo? ¿Se te ha quedado dentro? ¿Mi magia?

—¿Una especie de resto, te refieres? —pregunto.

—Sí.

Sacudo la cabeza.

—No. Una sensación. Un zumbido. Pero no poder.

—¿Podrías hacerlo tú solo?

—¿Qué quieres decir?

—Aún nos estamos tocando —dice —. Intenta acceder a ella.

Cierro los ojos e intento abrirme, ser un vacío o un agujero negro. No ocurre nada. Entonces, intento impulsarme hacia Snow. Succionarlo con mi propia magia… Pero tampoco pasa nada.

Abro los ojos.

—No. No puedo absorberla de ti. Nunca antes había escuchado que un mago pudiera absorber la magia de otro. ¿Te imaginas que hubiera un hechizo

para eso? Nos destrozaríamos los unos a los otros.

—Ya nos destrozamos los unos a los otros.

—No puedo alcanzarla —repito.

—¿Crees que mi magia te ha hecho daño?

—No lo creo.

—Entonces, podríamos hacerlo de nuevo.

—Lo acabamos de hacer, Snow.

Asiente. Me pregunto si se le ha olvidado que nos estamos dando la mano. O si se le ha olvidado qué *significa* darse la mano. O si se le ha olvidado completamente quién soy.

Vuelvo a tener ganas de apartar las

manos, pero, ahora mismo Snow podría encenderme hogueras en las palmas, y no podría retirarlas. Siento como si ya lo hubiera hecho.

—Baz —dice, y no es que sea la primera vez que pronuncia mi nombre, pero sé que lo evita—, esto es estúpido. Si vamos a trabajar juntos, no puedes seguir pretendiendo que no lo sé.

—¿Que no sabes qué? —digo, apartando las manos bruscamente.

—Que no sé lo que eres.

—Sal de mi cama, Snow.

—No va a cambiar nada…

—¿No?

—Bueno, *haría* las cosas más sencillas —dice—. ¿Cómo podemos

discutir lo que sabemos sobre los vampiros cuando ni siquiera admites que eres uno?

—*Largo de mi cama*.

Snow se pone de pie, pero no deja de insistir.

—Lo *sé*. Lo he sabido desde que íbamos a quinto. ¿Cómo se supone que vamos a ayudarte si sigues manteniendo todos estos secretos? Es decir, ¿por qué has empezado el curso con retraso? ¿Y qué te ha pasado? ¿Por qué cojeas?

—Esto no es asunto tuyo —gruño—. Nada de esto lo es.

—Tienes razón, pero me dijiste que querías que te ayudara. Así que lo has convertido en mi asunto.

—Solo te contaré lo que me parezca relevante.

—Se supone que debemos descubrir quién envió a los vampiros chupasangre a matar a tu madre y tú *eres* un vampiro chupasangre. ¿No crees que sea relevante?

Como si pudiera admitirlo. En voz alta. De manera oficial. Como si todo el gremio de magos no fuera a estar encantado de quemarme si supieran que es verdad.

Como si el propio Snow no hubiera tratado de delatarme todos los días durante estos siete años.

Mantengo la boca cerrada.

Debería irme. Volver a las

catacumbas. Pero la magia de Snow me ha dejado exhausto: no estoy seguro de poder mantenerme en pie ahora mismo. Así que me limito a cerrar los ojos.

—Por hoy, ya he tenido bastante de ti —digo—. Es como si me hubieran caído dos rayos en las últimas doce horas, y, ahora mismo, estoy hecho polvo.

49
SIMON

Agatha quiere hablar conmigo después de clase de Palabras Mágicas.

No hemos cruzado una palabra desde que rompimos —ella casi ni me mira—, así que cuando que se me acerca, mi reacción espontánea es mirar al suelo y tratar de seguir caminando dando un rodeo. Me tiene que coger de la manga para que le preste atención, lo cual resulta incómodo para ambos.

—Simon —dice—. ¿Puedo hablar contigo?

Parece muy nerviosa; se muerde el labio inferior. Tengo que admitir que lo primero que se me ha pasado por la cabeza es que Agatha me echa de menos. Que quiere volver conmigo.

Por supuesto, voy a decirle que sí. Ni siquiera voy a darle oportunidad de que me lo pregunte. Podemos empezar ahora mismo donde lo dejamos. Quizá incluso le cuente lo que está pasando con Baz: a lo mejor podría ayudarme.

Luego pienso que Agatha se aloja en los dormitorios que quedan cerca de nuestra habitación, tan cerca que Baz puede oler su flujo sanguíneo, y decido no contárselo todo, por lo menos de momento.

Pero la voy a recuperar.

Todo esto ha sido una mierda. Nos ignoramos mutuamente. Nos sentamos lejos. Actuamos como enemigos cuando siempre hemos sido amigos.

Voy a recuperarla. Justo a tiempo para Navidad.

Últimamente pienso mucho en la Navidad. Desde que llegué a Watford, siempre la paso con los Wellbelove.

Creo que al principio fue una especie de acción humanitaria del padre, el doctor Wellbelove. Es exactamente el tipo de cosa que haría un hombre como él: abrirles su casa en Navidad a los huérfanos.

Así fue como Agatha y yo nos

hicimos amigos. Ni siquiera creo que hubiera hablado alguna vez conmigo de no ser porque pasábamos dos semanas juntos todos los años en aquella casa.

No es que Agatha sea una estirada…

Bueno…, sí que es un poco estirada. Creo que le gusta ser la más guapa y tener la mejor ropa y ser la más afortunada de la escuela.

No la puedo culpar por ello.

Aunque tampoco es que sea muy sociable. Sobre todo en la escuela. Antes de Watford, estaba volcada de lleno en la danza, y sigue muy metida en el mundo de los caballos; además, creo que tiene más confianza con cualquiera de los amigos Normales con los que

pasa los veranos que con nadie de la escuela.

Agatha no es como Penny. A ella no le interesan de manera natural las cuestiones políticas de la magia. Y tampoco es como yo: ella no *tiene la obligación* de preocuparse.

No creo que a Agatha le interese demasiado la magia, sencillamente. La última vez que hablamos sobre planes de futuro, estaba pensando en estudiar para ser veterinaria.

El doctor Wellbelove está muy interesado en temas de igualdad entre Normales y magos, y sostiene que a los magos no nos conviene considerarnos superiores a los Normales. («Entiendo

la postura de Welby —diría la madre de Penelope—, pero somos capaces de hacer todo lo que hacen los Normales y, *además*, magia. ¿Cómo no va a ser eso mejor?»)

A Agatha su padre nunca la presionó para estudiar una carrera mágica. Creo que hasta podría salir con un Normal, si quisiera. (Aunque a su madre sí que le importaría; en el club no admiten a los Normales.)

De todas maneras, me encanta pasar tiempo con los Wellbelove, siempre que no estén dando una cena elegante o me arrastren con ellos durante la temporada de eventos sociales. En su casa, todo es último modelo y de categoría superior.

Tienen una televisión que ocupa una pared entera, con unos altavoces enormes escondidos detrás de unos cuadros de caballos y sus sofás son de cuero.

La madre de Agatha nunca está en casa y su padre normalmente está en la clínica. (Es médico, y aunque también trata a Normales, la mayoría de sus pacientes son magos. Es especialista en enfermedades agudas aNormales.) Han contratado a una especie de asistenta, Helen, que cocina para Agatha y la lleva a todas partes. Pero nadie trata a Helen como la asistenta. Viste con ropa de calle en lugar de con uniforme, y está enganchadísima a *Doctor Who*.

Todos, incluso Helen, son buenas personas. La madre de Agatha me regala ropa elegante en Navidad y su padre habla conmigo sobre mi futuro como si no fuera a morir envuelto en una bola de fuego.

Me caen genial, de verdad. Y me gusta la Navidad. Últimamente he estado pensando lo raro que va a ser estar sentado en la mesa, hablando con los padres de Agatha, sabiendo que ya no estamos juntos.

Agatha y yo nos quedamos en el aula de Palabras Mágicas después de que todo el mundo se haya marchado.

Sigue mordiéndose el labio.

—Agatha… —le digo.

—Se trata de la Navidad —me interrumpe.

Se mete el pelo detrás de la oreja. Lleva una melena completamente lisa con raya al medio que enmarca su rostro de manera natural. (Penny dice que es un hechizo. Agatha dice que *no*. Penny dice que los hechizos de belleza no son algo de lo que *avergonzarse*.)

—Mi padre quiere que sepas que, por supuesto, sigues siendo bienvenido en nuestra casa por Navidad —dice Agatha.

—¡Ah! —respondo—. Está bien.

—Sin embargo, creo que ambos sabemos que podría ser muy incómodo —continúa, parece bastante incómoda

solo mencionándolo—. Para los dos.

—Está bien —respondo—. Sería incómodo, supongo.

—Estropearía la Navidad —añade.

Me lo pienso dos veces antes de contestar: «¿De verdad? ¿Realmente la estropearía, Agatha? Es una casa enorme y yo me voy a pasar el día en el salón, con la tele».

—Está bien —digo, en cambio.

—Así que le dije que probablemente la pasarías con los Bunce.

Agatha sabe que no puedo quedarme en casa de los Bunce. La madre de Penelope me soportaría dos o tres días antes de empezar a tratarme como a un gran danés que no pudiera evitar tirar

cosas con la cola.

La casa de los Bunce no es pequeña, pero está llena de gente, y de montones y montones de cosas. Libros, documentos, papeles, trastos. Es imposible no acabar en el suelo. Tendría que ser incorpóreo para conseguir no tirar cosas al suelo.

—Bueno —le respondo a Agatha—. No pasa nada.

Ella mira al suelo.

—Estoy seguro de que seguirán mandándote regalos.

—Les mandaré una postal.

—Eso les gustaría —dice—. Gracias —se echa la cartera al hombro y se aleja un paso de mí; luego se detiene y se echa el pelo a un lado de la

cara. (Es un gesto inútil; el pelo nunca le tapa la cara)—. Simon, fue alucinante cómo venciste a ese dragón. Le salvaste la vida.

Me encojo de hombros.

—Sí, bueno, aunque en realidad lo hizo Baz, ¿no? Yo le hubiera cortado el cuello si hubiera sabido cómo hacerlo.

—Mi padre dice que lo envió el Humdrum.

Vuelvo a encogerme de hombros.

—Feliz Navidad, Simon —dice Agatha.

Luego me deja atrás, rumbo a la puerta.

50
SIMON

—En serio, deberías dejar que me quedara en vuestra habitación —dice Penelope—. Facilitaría las cosas.

—*No* —respondemos Baz y yo a la vez.

—¿Dónde vas a dormir —le pregunto—, en la bañera?

Las pizarra aún ocupa el área despejada que empieza donde terminan nuestras camas y ahora hay pilas de libros alrededor. Los libros más preciados de la biblioteca de Watford

han llegado hasta nuestra habitación, gracias a Baz y Penelope, y estoy seguro de que ninguno de los dos los ha cogido en préstamo por la vía habitual.

Hemos estado trabajando aquí todas las noches, aunque lo único que lo demuestra es el caos que nos rodea.

—No me importaría dormir en la bañera —dice Penny—. Podría lanzar un hechizo para hacer que fuera mullidita.

—No —dice Baz—. Ya tengo bastante con compartir baño con Snow.

—Penny, tú tienes una buena habitación —le digo, ignorando el comentario de Baz.

—Simon, una buena habitación no

incluye a Adelfa en ella.

—¿Es tu compañera de habitación? —pregunta Baz—. ¿La elfa?

—Sí —responde Penelope.

Frunce los labios hacia arriba y hacia abajo a la vez.

—Imagínate que fueras una elfa —dice—. Ya sé que es de mal gusto, pero imagínatelo: eres una elfa y tienes una hija y la llamas *Adelfa. Adelfa, la elfa.*

—A mí me parece bonito —digo.

—A ti la que te parece bonita es Adelfa —replica Penny.

—Adelfa *es* bonita —me encojo de hombros.

—Snow —dice Baz—. Acabo de comer.

Levanto la vista. Probablemente Baz considere que los elfos pertenecen a una especie inferior. Medio idiotas, parecidos a los gnomos y los trols de Internet.

—Es como si un hada que se llamara Mara —continúa.

—O un vampiro que se llamara Maripiro —respondo.

—Maripiro ni siquiera es un nombre propio, Snow. Se te da fatal este juego.

—En defensa de Adelfa —dice Penelope, y se nota que le está costando decirlo—, es probable que los elfos no vayan por ahí llamándose a sí mismos «elfos». Vamos, que puedes ser un humano y llamarte Urbano, o un chico y

llamarte Nico y nadie le daría más vueltas.

—Seguro que tienes la habitación llena de polvo de elfo —dice Baz, estremeciéndose.

—*No* empieces —digo, dirigiéndome a Baz—. Buenas noches, Penny.

—Vale —dice, se incorpora y coge el libro que estaba leyendo. Es una copia encuadernada de *La Crónica*; todos la hemos leído sin cesar, en busca de pistas. Nos estamos volviendo expertos en eventos contemporáneos de hace una década.

Todo es tan extraño…

No solo trabajar con Baz, sino

tenerlo cerca constantemente cuando estoy con Penny.

Aunque sigue sin dirigirnos la palabra fuera de la habitación.

Baz dice que confundiría a sus esbirros verle acompañado del enemigo. De verdad que los llamó así: «esbirros». Tal vez estuviera de broma…

No siempre sé cuándo Baz se está burlando de mí. Su boca tiene un gesto cruel. Da la sensación de que usa ese tono de desprecio incluso cuando está contento por algo. En realidad, no sé si alguna vez se *siente* feliz. Es como si solo tuviera dos emociones: estar enfadado y sádicamente divertido.

(Y confabulando, aunque… ¿confabular es una emoción? Si lo es, entonces son tres.)

(Y repugnado. Cuatro.)

En definitiva, Penelope y yo seguimos sin confiar del todo en Baz. Por ejemplo, nunca hablamos del Hechicero: si lo hacemos, la conversación se convierte inmediatamente en pelea. Además, Penny no quiere que Baz sepa que puede que su familia tenga problemas con el Hechicero. (A pesar de que, posiblemente, Baz lo comprendería.)

Penny no deja de recordarme que Baz sigue siendo el enemigo. Que cuando la tregua termine, podría utilizar

todo lo que haya averiguado en mi contra.

Aunque no estoy seguro de que sea *yo* precisamente quien necesite recordatorios. La mitad del tiempo que pasamos juntos, yo me limito a sentarme en mi cama a leer mientras Penelope y Baz comparan sus diez hechizos favoritos del siglo XIX o discuten sobre el mérito mágico de *Hamlet* frente al de *Macbeth*.

El otro día, la acompañó a los Claustros en su camino a las catacumbas. Cuando volvió, me contó que seguía sin tener ni idea de cómo consigue Penny entrar en la Casa de los Enmascarados. Al día siguiente, ella me

dijo que Baz se negó a admitir que iba a las catacumbas a chuparles la sangre a roedores.

—¿Vienes conmigo? ¿Te pilla de camino? —le pregunta ahora Penelope desde la puerta.

—No, por esta noche tengo suficiente —responde Baz.

Es todo tan jodidamente raro…

—Os veo a la hora de comer —dice Penny cerrando la puerta tras de sí.

Si Baz no va a salir a cazar esta noche, quizá deba darme un baño e irme a dormir. Solemos pelear con más saña cuando estamos los dos solos.

Estoy poniéndome el pijama cuando dice en voz alta:

—Entonces, ¿qué plan tienes para la próxima semana? ¿Para las vacaciones?

Noto cómo se me tensa la mandíbula.

—Probablemente vaya a casa de Penny unos días y el resto de las vacaciones las pasaré aquí.

—¿No vas a celebrar las fiestas alrededor de la chimenea de la familia Wellbelove?

Cierro el armario de un portazo. Aún no hemos hablado de esto. Baz y yo. Sobre Agatha.

No tengo ni idea de si han estado hablando entre ellos. O si quedan. Agatha ya ni siquiera viene a cenar al comedor. Creo que lo hace en su

habitación.

—No —digo mientras paso al lado de su cama.

—Snow —dice.

—¿Qué?

—Deberías venir a Hampshire.

Me detengo y le miro.

—¿Qué? *¿Por qué?*

Baz se aclara la garganta y cruza los brazos, eleva la barbilla para acentuar lo mucho que me menosprecia.

—Porque juraste ayudarme a encontrar al asesino de mi madre.

—Te *estoy* ayudando.

—Bueno, serías más útil allí que aquí. La biblioteca de mi casa es demasiado grande para poder abarcarla

yo solo. Y allí tengo un coche: podríamos investigar de verdad. Aquí ni siquiera tienes Internet.

—Me estás sugiriendo que vaya a tu casa.

—Sí.

—A pasar la Navidad.

—Sí.

—Con tu familia.

Baz pone los ojos en blanco.

—Bueno, no es que tengas familia propia, precisamente.

—Estás loco —vuelvo a dirigirme hacia el baño.

—¿Qué quieres decir con loco? —pregunta—. Tu ayuda podría serme útil, y aquí no tienes nada; deberías pensar

que quizá te venga bien la compañía.

Me detengo en la puerta y me doy media vuelta otra vez.

—Tu familia me *odia*.

—Sí, ¿y? Yo también.

—Quieren matarme —respondo.

—No van a matarte, serás un invitado. Lanzaré un hechizo, incluso, si quieres. **Siéntete en tu casa.**

—No puedo quedarme en tu casa. ¿Estás de broma?

—Snow, hemos vivido en la misma habitación durante siete años. ¿Cómo puede ser que esto te suponga un problema?

—¡Estás loco! —le digo y cierro la puerta.

Ha perdido la cabeza por completo.

—¿Tu madre no *confía* en mí? —digo.

Recorremos toda la longitud del pasillo y Penelope me hace callar de inmediato con un gesto de la mano.

—*Sí* que confía en ti —responde—. Confía totalmente en ti. Sabe que eres honesto y franco, y que si escuchas algo que no deberías, irías directamente a hablar con el Hechicero.

—¡No lo haría!

—Podrías hacerlo, Simon.

—¡Penny!

—*Shhhh*.

—*Penny* —intento de nuevo, de manera más discreta—, nunca haría nada que causara problemas a tu madre con el Hechicero. Y no creo que ella haya hecho nada que pueda causarle problemas con el Hechicero.

—Ha vuelto a echar de nuestra casa a sus Hombres —dice Penny—. Premal dice que la próxima vez, el Hechicero irá en persona a mi casa.

—Entonces, debería estar allí —argumento—. Él nunca le haría daño si yo estoy delante.

Penny se detiene.

—Simon, ¿de verdad crees que el Hechicero podría hacer daño a mi madre?

Yo también me detengo.

—No. Por supuesto que no lo haría.

Se inclina.

—Mi madre va a presentar una apelación ante el Aquelarre; considera que eso se resolverá solo. Pero *sabes* que necesito investigar sobre la Tragedia de Watford mientras esté en casa y bajo ningún concepto mi madre te permitirá entrar en nuestra biblioteca con todo lo que está pasando. Te llama mini-Hechicero.

—¿Por qué no le caigo bien?

—Sí le caes bien —dice Penny, poniendo los ojos en blanco—. El que no le cae bien es él.

—No le caigo bien a tu madre,

Penny.

—Es que piensa que atraes problemas. Y es verdad que lo haces, Simon. Posiblemente de manera literal.

—Bueno, pero no puedo evitarlo.

Penelope reanuda el paso.

—A mí no tienes que convencerme.

No es que me importe quedarme solo en Watford, bueno, no me importa *demasiado*. Pero es que, en Navidad, no queda nadie en la escuela. Voy a tener que forzar la puerta de la cocina para poder comer. Supongo que podría pedirle la llave a la cocinera Pritchard…

Llegamos al aula de mi siguiente asignatura y golpeo intencionadamente

la pared al lado de la puerta con el hombro. (Las personas que dicen que golpear o romper cosas no te hace sentir mejor, es que no lo han probado.)

—¿Así es como la llamamos ahora? —pregunto—. ¿«La Tragedia de Watford»?

Penny tarda un segundo en retomar nuestra conversación.

—Así es como la llamaron en aquel tiempo —dice—. ¿Qué más da cómo la llamemos?

—Da igual, es solo que… Estamos haciendo esto porque alguien murió. La madre de Baz. «La Tragedia de Watford» suena como si le hubiera ocurrido a personas desconocidas que

no nos incumben.

—Dile al Hechicero que te vas a quedar a pasar aquí la Navidad —dice —. Querrá estar contigo.

Su comentario me hace reír.

—¿Qué? —dice Penny.

—¿Te lo imaginas? —respondo—. ¿Pasar la Navidad con el Hechicero?

—Cantando villancicos —se ríe.

—Desenvolviendo paquetes.

—Viendo el discurso de la Reina.

—¿Te imaginas los *regalos* que me haría? —le digo, riendo—. Sería capaz de envolverme una maldición solo para ver si puedo romperla.

—Podría vendarte los ojos, llevarte al Infierno del Bosque y decirte que

vuelvas a casa con la cena.

—¡Ja! —sonrío—. Igual que en tercero.

Penny me toca el brazo y yo me deslizo por la pared.

—Habla con él —dice—. Es un loco furioso, pero se preocupa por ti.

Baz es uno de los últimos alumnos en irse de vacaciones. Se toma su tiempo para hacer las maletas en su baúl de cuero. Ha metido casi todos nuestros apuntes ahí dentro… Aún no ha decidido si va a contarles a sus padres todo esto, pero investigará todo lo que pueda. Alguien debe saber algo sobre

Nicodemus.

Estoy tirado en la cama, tratando de convencerme de que va a estar bien tener la habitación entera para mí, e intentando no mirarlo. Me aclaro la garganta.

—Ten cuidado, ¿vale? Vamos, que no sabemos quién es ese tal Nicodemus, ni si es peligroso, y no queremos que se entere de que le estamos buscando.

—Solo se lo contaré a personas en las que confíe —dice Baz.

—Claro, pero solo a ellas, ¿verdad? No sabemos en quién podemos confiar.

—¿Confías en Penelope?

—Sí.

—¿Confías en su madre?

—Confío en que no es malvada.

—Bueno, yo confío en mi familia. Me da igual que tú no lo hagas.

—Solo te pido que tengas cuidado —le digo.

—Deja de demostrar que te preocupa mi bienestar, Snow. Me molesta —cierra la tapa de su baúl y ajusta las hebillas. Luego me dedica una mirada ceñuda y decide algo. Conozco a esa mirada. Llevo la mano a la empuñadura de mi espada.

—Snow… —dice.

—¿Qué?

—Siento que debo decirte algo. En favor de nuestra tregua.

Me lo quedo mirando, a la espera.

—Ese día que nos viste a Wellbelove y a mí en el bosque…

Cierro los ojos.

—¿Por qué se supone que esto es beneficioso para nuestra tregua?

Continúa:

—Ese día que me viste con Wellbelove en el bosque: no pasó lo que tú piensas.

Abro los ojos.

—¿No estabas tratando de robarme a mi novia?

—No.

—Vete a la mierda —le digo—. Has intentado meterte entre Agatha y yo desde el día en que me eligió a mí.

—Ella no te eligió a ti.

—Eso no te lo crees ni tú, Baz.

Parece incómodo; esto es nuevo.

—No —continúa—. Lo que quiero decir es que Wellbelove nunca me consideró una opción.

Hundo la cabeza en la almohada.

—Eso pensaba yo, aunque, aparentemente, me equivoqué. Mira, ahora tienes vía libre con ella. Me ha dejado.

—Me *interrumpió* —dice—. Ese día en el bosque.

Lo ignoro.

—Interrumpió mi *cena*. Me vio. Le estaba pidiendo que no se lo dijera a nadie.

—¿Y para eso tenías que darle la

mano?

—Tenía que hacer el numerito para joderte. Sabía que nos estabas viendo.

—Bueno, pues funcionó —respondo.

—No me estás escuchando —ahora parece bastante incómodo—. En *ningún* momento quise interponerme entre Wellbelove y tú. Simplemente, siempre he tratado de joderte.

—¿Estás diciendo que solo ligaste con Agatha para hacerme daño?

—*Sí*.

—¿Nunca te ha gustado?

—*No*.

Aprieto los dientes.

—¿Y crees que quería saberlo?

—Por supuesto. Ahora puedes

arreglar las cosas con ella y pasar las mejores Navidades de tu vida.

—¡Eres un imbécil! —le digo y me pongo de pie de un salto y me abalanzo sobre él.

—¡Anatema! —grita, y lo escucho, aunque casi hundo el puño en su mandíbula.

Me detengo un segundo.

—¿Ella lo sabe?

Se encoje de hombros.

—¡Eres *tan* imbécil! —vuelvo a decirle.

—Solo estaba ligando con ella —dice Baz—. No intenté que se la comiera una quimera.

—Ajá, pero le *gustas* —replico—.

Creo que le gustas más tú que yo.

Agacha la cabeza y vuelve a encogerse de hombros.

—¿Y por qué iba a ser así?

—Vete a la mierda, Baz. En serio —estoy tan cerca de él que, prácticamente, le escupo en la cara—. Agatha llevó a todas partes tu maldito pañuelo, durante todo el tiempo que estuviste fuera. Desde el año pasado.

—¿Qué pañuelo?

Voy al cajón donde está guardado el pañuelo, con mi varita mágica y algunas otras cosas, y se lo sacudo en la cara.

—Este.

Baz coge el trozo de tela de mi mano y se la quito, porque no quiero que lo

tenga. Ahora mismo, no quiero que tenga nada.

—Mira —dice—, voy a dejar de ligar con ella. De ahora en adelante, voy a pasar de Wellbelove. Ella no es importante para mí.

—¡Eso es peor todavía!

—¡Entonces no *voy* a dejar de hacerlo! —dice, como si fuera él quien debiera estar enfadado—. ¿Te parece mejor? Joder, me casaré con ella y tendremos los hijos más guapos de toda la historia de la magia, y los vamos a llamar Simon con el único fin de joderte.

—¡Vete ya! —le grito—. *En serio*. Si tengo que seguir viéndote un minuto

más, hasta me va a dejar de importar el Anatema. Si me expulsan de Watford, al menos ya no tendré que volver a verte.

51
BAZ

He intentado hacerle un favor a Snow.

Un favor que ni siquiera atiende a mis intereses, *para nada.*

Joder, debería casarme con Wellbelove. A mi padre le iba a encantar.

Casarme con ella. Abrirle las puertas de cualquier cosa que quiera. Luego, encontrar mil hombres que sean exactamente iguales al puto Simon Snow y romperles el corazón a todos y cada uno de ellos de diferentes maneras.

Wellbelove no es muy poderosa, pero es guapa. Y tiene una posición social magnífica; mi madrastra y ella podrían salir a montar juntas a caballo.

Y mi padre dejaría de quejarse de que el apellido de los Pitch vaya a morir conmigo. (Aunque el linaje de los Pitch *ya* está muerto conmigo; estoy casi seguro de que los vampiros no pueden tener hijos.) (¡Por Crowley!, ¿os imagináis un bebé vampiro? Qué pesadilla.) (Además, ¿por qué no transmite su maldito apellido mi tía Fiona? Si yo heredé el de mi madre, Fiona seguramente podría proporcionar unos cuantos Pitch al mundo.)

Creo que si me casara con una chica

de una buena familia, a mi padre ni siquiera le importaría que sea maricón. Ni quién sería el verdadero padre de sus nietos. Si la idea de legar el apellido de mi madre de ese modo no me revolviera el estómago, lo consideraría.

Probablemente Snow encontraría una forma totalmente nueva de odiarme si supiera que pienso sobre el amor, el sexo y el matrimonio con tanta frialdad. Sobre su perfecta Agatha.

¿Pero qué más da, si mis intenciones nunca son buenas? Mi camino al infierno no se pavimenta sobre buenas intenciones, ni tampoco sobre malas. Sencillamente, es el que es.

Hazlo, Snow. Perdona a tu novia. No

me interpongo en tu camino. Id juntos a las malditas colinas a ver la puesta de sol pegaditos: ya estoy harto de ser un estorbo. *Estoy harto. Tregua.*

No esperaba limar asperezas con toda esta… *cooperación*. No esperaba convencer ni convertir a Snow. Aunque creía que estábamos haciendo avances. Suponía que, cuando todo esto se terminara, tal vez seguiríamos en lados opuestos de la trinchera, pero al menos no estaríamos escupiéndonos mutuamente. No estaríamos buscando pelea.

Sé que Simon y yo siempre seremos enemigos…

Pero pensé que llegaríamos a un

punto en donde no quisiéramos serlo.

52
SIMON

Cuando Penny (y Baz) se marchan, paso mucho tiempo paseando por los patios de la escuela. Decido buscar la guardería…

Baz cree que la Torre de los Lamentos la engulló tras la muerte de su madre. Penny dice que a veces pasa eso, cuando un mago está atado a un edificio, sobre todo si han conjurado magia de sangre en el lugar. Cuando la sangre del Hechicero se derrama, también afecta al edificio. Alrededor del lugar, se forma

una especie de quiste.

Pienso en lo que podría pasar si muriera en la Casa de los Enmascarados, con la cantidad de veces que he derramado sangre para que nuestra habitación me reconozca.

Es uno de los motivos por los que a Penny no le gustan los hechizos y juramentos de sangre: «Si eres tan bueno como tu palabra, las palabras deberían bastar».

Ya la estoy citando otra vez. Llevo el día entero hablando mentalmente con ella. A veces Baz también se une a la conversación, normalmente para decirme que soy un gilipollas…, aunque nunca usa esa palabra, ni siquiera en mi

mente. Es demasiado vulgar para él.

Merodeo inquieto alrededor de la Torre de los Lamentos así, hablando solo y fisgoneando por los rincones, cuando algo al otro lado de la ventana me llama la atención. Veo una hilera de cabras que avanza entre la nieve sobre el puente levadizo. Una silueta que debe ser la de Ebb se arrastra detrás de ellas.

Ebb. *Ebb*…

Ebb lleva en Watford desde que tenía once años, y ahora debe de tener al menos treinta o cuarenta. Seguramente estuviera aquí cuando la directora Pitch murió. Ebb nunca se fue de la escuela.

Cuando llego al granero, las cabras ya están dentro. Doy un golpe en la

puerta, no quiero darle un susto; Ebb siempre ha vivido aquí, con las cabras.

Sé que suena raro, pero la verdad es que me cuesta imaginar a Ebb viviendo rodeada de otras personas, de otros miembros del personal de la escuela. En el granero, puede hacer lo que le venga en gana: a las cabras les da igual.

—¡Hola, Ebb! —digo, y golpeo la puerta con más fuerza—. Soy yo, Simon.

La puerta se abre y una de las cabras asoma el hocico por ella antes de que la propia Ebb aparezca.

—Simon —dice mientras abre la puerta de par en par y me hace un gesto para indicarme que entre—. ¿Qué haces aquí? Creía que todo el mundo se había

ido a casa.

—Solo quería desearte Feliz Navidad —digo y la sigo al interior del granero. Dentro hace más calor, pero no mucho más. Con razón Ebb viste como lo hace: un jersey de Watford hecho jirones encima de otro jersey, con una larga bufanda a rayas de la escuela y un sombrero de punto bastante mal tejido.

—¡Serpientes siseantes, Ebb! Aquí hace más frío que en la hoguera de una bruja.

—No se está tan mal —responde—. Entra, voy a echar más leña al fuego.

Caminamos entre las cabras hasta la parte trasera del granero, que Ebb usa como sala de estar. Tiene una mesita, un

tapete y una televisión, hasta donde yo sé, la única que hay en Watford. Todo el mobiliario está dispuesto alrededor de una estufa que no está conectada a ninguna pared ni chimenea.

Eso es siempre lo mejor de visitar a Ebb: le importa un bledo desperdiciar magia. La mitad de las cosas que salen de su boca son hechizos, pero nunca la he visto quedarse corta de magia o exhausta.

La estufa funciona con magia, estoy seguro. Y es probable que también use magia para ver en la tele los partidos de fútbol.

«¿Por qué no pone una ducha mágica?», me preguntó Agatha la última

vez que vino conmigo a visitar a Ebb, hace años. No sé dónde se baña Ebb. Quizá lanza un **Limpio como una patena** todas las mañanas.

(Cuando tenía trece años, a mí se me ocurrió hacer justo eso, pero Penny me echó la bronca porque las patenas, en realidad, no están tan limpias, y el hechizo **Limpio como una patena** solo elimina la suciedad visible.)

Ebb coloca algunas ramas en la estufa y da unos golpecitos al fuego.

—Bueno, pues feliz Navidad a ti también —dice—. Me has pillado por los pelos. Mañana me voy a casa.

—¿A ver a tu familia? —le pregunto.

Ebb es de East End, un barrio al este

de Londres. Asiente.

—¿Necesitas que alguien cuide de las cabras?

—No, las voy a dejar sueltas por los terrenos de la escuela. ¿Tú qué vas a hacer? ¿Vas a pasar las fiestas en casa de Agatha?

—No —respondo—. He pensado en quedarme aquí. Es mi último año y, bueno, estoy tratando de aprovechar Watford al máximo.

—Siempre puedes volver, Simon; yo lo hice. ¿Quieres un café? Me temo que es lo único que tengo aquí. No, espera, tengo unas galletas Rich Tea. Vamos a comérnoslas antes de que se revengan.

Le doy la vuelta a un cubo y me

siento sobre él al lado del fuego. Ebb revuelve en la alacena que ha colgado de la parte trasera del granero. También ha colgado unos cuantos estantes, que están abarrotados de figuritas de animales de cerámica llenas de polvo.

Cuando estaba en segundo, le regalé una delicada figura de una cabrita por Navidad; la encontré en verano en un mercadillo de barrio. Se alegró tanto que, desde hace algunos años, siempre le regalo algún detallito por Navidad. Cabras, ovejas, burritos…

Me avergüenzo al darme cuenta de que vengo con las manos vacías cuando Ebb me trae una descascarillada taza de café y una pila de galletas.

—No sé qué podría hacer yo aquí si me quedara —respondo—. No creo que Watford necesite dos cabreros.

Una de las cabritas más jóvenes pasa a mi lado y me acaricia la rodilla con el hocico. Coloco una galleta en la palma de mi mano y la cabrilla se la come.

Ebb sonríe y se recuesta en su sillón.

—Te encontraríamos algo que hacer. Cuando la profesora Pitch me trajo aquí, no había una vacante, precisamente.

—La madre de Baz —comento mientras rasco a la cabrita entre las orejas. Quizá me cueste menos de lo que pensaba que Ebb me hable de esto.

—Sí, la misma —dice—. Ella sí que

era una maga poderosa.

—¿La conocías bien?

Ebb da un mordisco a la galleta.

—Bueno, daba clase de Palabras Mágicas cuando yo estaba en la escuela —dice, soplando su sucia bufanda para sacudirse las migas—. Y era la directora. Así que supongo que así es como la conocí. Evidentemente, no nos relacionábamos en los mismos círculos, ya sabes, pero cuando mi hermano Nicky murió, mi familia dejó de relacionarse con nadie.

El hermano de Ebb murió cuando ella estaba en la escuela. Habla mucho de él, aunque siempre se pone triste y taciturna. Ese es uno de los motivos por

los que a Penny nunca le ha terminado de caer bien Ebb. «Es tan melancólica. Incluso sus cabras parecen tristes», dice siempre.

A mí me parece que las cabras están perfectamente. Unas cuantas olisquean alrededor de la silla de Ebb y esta pequeña pedigüeña se me ha acomodado en los pies.

—A mí me daba miedo marcharme de Watford —continúa Ebb—, y la profesora Pitch me dijo que no hacía falta que lo hiciera si no quería. Si miro atrás, creo que quizá le preocupaba que me metiera en problemas. Siempre tuve más poder que buen juicio. Yo era una bomba de relojería: ambos lo éramos,

Nicky y yo. La profesora Pitch le hizo un favor a la magia cuando me contrató y me dijo que ya no tenía que preocuparme por el futuro. Me dijo que el poder no tiene por qué ser una carga. Si es un yugo demasiado pesado, guárdalo en otra parte. En un cajón. Debajo de la cama. «Suéltalo, Ebeneza —me decía—. Naciste con él, pero no necesariamente es tu destino.» Que es algo que nunca me dijo mi padre, por ejemplo… Me pregunto si la profesora Pitch hubiera sido tan indulgente si hubiera sido su propia hija.

Me río e intento no escupir la galleta reblandecida.

—¿Qué pasa? —dice—. Se supone

que es una historia inspiradora.

—¿Te llamas Ebeneza?

—¡Es un nombre tan bueno como cualquier otro! Muy tradicional —ella también se ríe, y se mete una galleta entera en la boca, que traga con el café.

—Parece que era buena persona —comento—. La madre de Baz.

—Sí, claro. Bueno, era fiera como una leona. Y más oscura de lo que a mucha gente le gusta pensar, pero todos los Pitch lo son. Defendió las reformas con uñas y dientes. Pero adoraba Watford. Adoraba la magia.

—Ebb…, ¿cómo murió tu hermano? —nunca antes se lo he preguntado. No quería que Ebb se pusiera más triste de

lo que ya está normalmente.

Inmediatamente, se inclina hacia delante en su sillón y aparta la mirada de mí.

—Bueno, no es algo de lo que se suela hablar. Se supone que yo no debo mencionarlo bajo ningún concepto (como no pudieron enterrar su cuerpo, enterraron su nombre, incluso lo tacharon del Libro), pero era mi hermano gemelo. No me parece bien fingir que nunca lo fue.

—No sabía que era tu gemelo.

—Sí. Compañeros de perrerías.

—Debes de echarle de menos.

—*Sí*, le echo muchísimo de menos —resopla—. No he hablado con él

desde que cambió de bando; da igual lo que diga la gente.

—Claro que no —respondo—. Está muerto.

—*Sé* lo que dice la gente.

—Sinceramente, Ebb, nunca he escuchado a nadie hablar sobre tu hermano, solo a ti.

Se me queda mirando un segundo, con la espalda rígida; luego da la sensación de volver en sí y se gira hacia el fuego, encorvándose de nuevo.

—Lo siento, Simon. Es solo que… creía que la gente pensaba que me uniría a él. Que no sería capaz de vivir sin él. Nicky quería que lo hiciera.

—¿Quería que te suicidaras?

—Quería que nos uniéramos a… —mira alrededor de manera ansiosa y su voz se vuelve un murmullo—: A los vampiros. Nicky me dijo que me estaría esperando, que siempre me esperaría.

La galleta que tengo en la mano se rompe.

—¿Unirte a los vampiros?

—¿De verdad nadie habla sobre él? ¿Sobre mí?

—No, Ebb.

¿A los vampiros? ¿El hermano de Ebb se unió a *los vampiros*?

Parece perdida.

—Nunca hablan de él, ni siquiera después de lo que hizo… Supongo que es lo que pasa cuando te tachan del

Libro. Yo estuve allí. La profesora Pitch me dejó conservar las letras de su nombre.

Coge su bastón, y, aunque sé que solo es Ebb, estoy bastante asustado y me sobresalto. La cabra que descansaba en mis pies da un brinco y se aleja a toda prisa. Ebb ni se da cuenta. Nunca la he visto tan triste como ahora. Las lágrimas se derraman sin cesar por sus sucias mejillas.

Mueve el bastón haciendo círculos sobre el fuego y las palabras se dispersan entre las llamas, pero no se queman: «Nicodemus Petty».

Estoy estupefacto, a punto estoy de estirar el brazo para intentar cogerlas.

¡Nicodemus! ¡Nicodemus, el que se unió a los vampiros!

—Nicky —murmura Ebb—. El único mago en toda la historia que *eligió* la muerte para unirse a los vampiros —se enjuga los ojos con la manga—. Lo siento, Simon. No debería hablar sobre él; pero no puedo dejar de *pensar* en él en esta época del año. Las fiestas. Allí fuera, él solo.

—¿Sigue *vivo?*

Esta pregunta estaba fuera de lugar, o quizá es que estoy siendo demasiado impetuoso: Ebb se limpia una nueva cascada de lágrimas.

—Aún anda por ahí —dice—. Creo que, si hubiera muerto, lo habría notado.

Antes, cuando se metía en problemas, siempre era capaz de percibirlo.

—¿Dónde está? —pregunto. Me da la sensación de que parezco demasiado insistente, demasiado desesperado por saberlo.

Ebb se coloca de espaldas al fuego.

—Ya te lo he dicho, no he hablado con él desde el día en que se fue. Lo juro.

—Te creo —le digo—. Lo siento. Debes… Debes de echarle de menos.

—Como echaría de menos mi propio corazón —dice Ebb.

Introduce el bastón en la hoguera y va recogiendo las letras una a una.

—¿Él estaba con ellos? —pregunto

—. ¿Con los vampiros que mataron a la madre de Baz?

Ebb alza la barbilla de repente.

—No —responde en tono defensivo —. Yo misma se lo pregunté a la profesora Mary; antes de que muriera. Me juró que Nicky no estuvo allí ese día. Él nunca haría algo así. Nicky no quería matar a nadie. Solo quería vivir eternamente.

—¿Tú estabas en la escuela? —pregunto—. ¿Cuando ocurrió?

Su rostro se torna más triste de lo que nunca hubiera creído posible.

—Estaba fuera, con las cabras. No pude ayudarla.

—¿Qué pasó con la guardería? —

insisto, temeroso de que, dentro de un minuto, Ebb esté llorando tanto que no pueda contestar más preguntas—. ¿Adónde se fue?

—Se oculta a sí misma —dice, dejando escapar un fuerte resoplido—. Estaba custodiada para proteger a los niños y fracasó en su misión. Así que los guardias la ocultaron. Restringieron las paredes y el suelo. Una vez, la encontré en el sótano. Otra, en medio de la Torre de los Lamentos. Y después, desapareció.

Quizá debería hacerle más preguntas a Ebb. Penny no se detendría justo ahora. Baz sacaría su varita mágica y exigiría saberlo *todo*.

Yo, en cambio, me limito a sentarme con Ebb a mirar el fuego. De vez en cuando, la veo limpiarse los ojos con una punta de la bufanda. Como si estuviera devolviéndole la suciedad a su rostro.

—Lo siento —le digo—. No quería sacar a relucir un tema tan doloroso. Hay tantas cosas que desconozco sobre Watford…

—¿Qué sabemos cualquiera de nosotros sobre Watford? —suspira Ebb —. Ni siquiera las ninfas del bosque recuerdan la época anterior a la Capilla Blanca.

—Lo siento —repito.

Ebb se echa hacia delante y me

rodea los hombros con el brazo. Es un gesto que hace a veces. Cuando era niño, me encantaba. Me sentaba muy cerca de ella para que pudiera rodearme más fácilmente.

—¡Bah! —dice—. No has sacado tú el tema. No se me quita de la cabeza. De alguna manera, me sienta bien hablar sobre ello. Sacármelo un poco del corazón, aunque solo sea un minuto.

Me levanto y Ebb me acompaña a la puerta. Luego, me da unos golpecitos en la espalda.

—Feliz Navidad, Simon —dice, limpiándose otra vez las mejillas—. Si te sientes solo —añade—, siempre me puedes llamar. Mándame un destello,

¿de acuerdo? Lo sentiré.

Que me parta un rayo. Ebb debe de ser tan poderosa como el Hechicero: *¿De verdad puede enviar un destello?*

—Estaré bien —respondo—. Gracias, Ebb. Feliz Navidad.

Me abre la puerta e intento fingir que no tengo prisa por despedirme, pero en cuanto la cierra, empiezo a correr hacia la Casa de los Enmascarados. Atravieso la nieve pisándola con fuerza durante todo el camino hasta nuestra torre, y luego saco el dinero en efectivo que guardo en la parte inferior de mi armario. No es mucho, pero creo que me da para llegar hasta Hampshire.

Intento hacer autostop hasta la

estación de tren, pero nadie me recoge. No pasa nada. Sigo corriendo. Llego a la estación y me compro el billete y un bocadillo.

Estoy montado en el tren, a una hora de Watford y una hora de Winchester, cuando me doy cuenta de que quizá simplemente debería haberle pedido el teléfono a alguien y hacer una llamada.

53
BAZ

Me gusta tocar el violín en la biblioteca. Mis hermanos y hermanas aún no tienen permiso para entrar aquí y en la pared que da a los jardines hay un ventanal con vidrieras.

Me gusta tocar el violín, punto. Se me da bien. Y me sirve para mantener distraídas todas las partes de mi mente que me estorban. Cuando toco, pienso más claramente.

Mi abuelo también tocaba. Era capaz de lanzar hechizos con el arco de su

violín.

Me dejé el violín en casa cuando me marché a la escuela —no estaba en mis cabales— y ahora estoy un poco oxidado por la falta de práctica. Estoy ensayando una melodía de Kishi Bashi que mi madrastra, Daphne, califica como «innecesariamente lúgubre».

—Basilton… *Señor Pitch*.

Me aparto el instrumento de la barbilla y me doy media vuelta. Vera está de pie en la puerta.

—Lamento interrumpirlo, pero ha venido a verlo un amigo suyo.

—No estaba esperando a nadie.

—Es un amigo de la escuela —dice —. Va vestido con el uniforme.

Coloco el violín en su sitio y me aliso la camisa.

Supongo que será Niall. A veces se pasa por aquí. Aunque, normalmente, me suele mandar un mensaje antes… No, normalmente no: siempre. Y nunca vendría con el uniforme. Nadie lo haría; estamos de vacaciones.

Acelero el paso, atravieso el salón y el comedor prácticamente al trote, varita mágica en mano. Daphne está en la mesa con el portátil. Me mira con curiosidad. Reduzco la velocidad.

Cuando llego al vestíbulo, Simon Snow está ahí de pie como un perro perdido.

O como si tuviera amnesia.

Lleva puesto el abrigo de Watford y unas enormes botas de cuero; además, está cubierto de nieve y barro. Vera ha debido de decirle que se quede en la alfombra, porque está exactamente en el centro.

Lleva el pelo hecho un desastre y tiene la cara roja. Da la sensación de que estuviera a punto de explotar justo ahí, sin necesidad de que algo lo encienda.

Me detengo en el arco de la entrada del vestíbulo, me guardo la varita en la manga y meto las manos en los bolsillos.

—Snow.

Levanta la cabeza de golpe.

—*Baz*.

—Estoy intentando imaginar cómo has llegado a mi puerta… ¿Rodando cuesta abajo por una colina muy escarpada y aterrizando aquí?

—*Baz*… —vuelve a decir. Espero a que suelte lo que sea que quiere decir—. Llevas… Llevas vaqueros.

Inclino la cabeza.

—Sí. Y tú llevas encima medio campo.

—He tenido que venir andando desde la carretera.

—¿En serio?

—Al taxista le daba miedo venir a tu calle. Piensa que tu casa está encantada.

—Y es que lo está.

Traga saliva. Snow tiene el cuello

más largo y la forma de tragar saliva más aparatosa que conozco. Saca la barbilla y le sobresale la nuez, es todo un espectáculo.

—Bueno —continúo, enarcando las cejas de manera enfática—. Gracias por pasar por aquí…

Snow deja escapar un gruñido amortiguado y da un paso, saliéndose de la alfombra, y luego regresa.

—He venido a hablar contigo.

Asiento.

—Vale.

—Es…

—Vale —repito, esta vez con un tono más amable. En realidad, no quiero enfadarle tanto que se termine yendo.

(Nunca me gusta que Snow se vaya)—. Pero no puedes entrar así en la casa. ¿Qué has hecho para terminar así?

—Ya te lo he dicho. He venido andando desde la carretera principal.

—Podías haber hecho un hechizo para no ensuciarte.

Me frunce el ceño. Snow nunca se lanza hechizos a sí mismo —ni a ninguna otra persona— si puede evitarlo. Me saco la varita mágica de la manga y la apunto hacia él. Se encoge, pero no me pide que no lo haga. Lanzo un **¡Limpio como una patena!** a sus botas. El barro sale disparado en un remolino, abro la puerta principal y barro el desastre hacia el exterior con la varita.

Cuando cierro la puerta, Snow se está quitando su abrigo empapado. Lleva puestos los pantalones de la escuela y un jersey rojo; todavía tiene las piernas y el pelo mojados. Levanto la varita otra vez.

—Estoy bien —dice, deteniéndome.

—Vas a tener que quitarte las botas —le digo—. Siguen hechas una sopa.

Se agacha para desatárselas, y la lana húmeda de los pantalones se estira de manera ridícula sobre sus muslos…

Y, entonces, Simon Snow está de pie en el vestíbulo de mi casa, y en los pies solo lleva unos calcetines rojos.

Se me sube toda la sangre del cuerpo a las mejillas y las orejas.

—Venga, Snow. Vamos a… hablar.

54
SIMON

Sigo a Baz de una habitación inmensa a otra. No creo que su casa sea un castillo, pero casi.

Atravesamos un comedor que parece sacado de *Downton Abbey*, y en la mesa hay una mujer trabajando delante de un llamativo portátil plateado.

Se aclara la garganta y Baz se detiene para presentarme.

—Madre, ¿recuerdas a mi compañero de habitación, Simon Snow?

Seguro que me ha reconocido, pero

sigue pasmada. Su reacción hace que yo mismo me pregunte qué demonios pienso que estoy haciendo aquí. En la puta casa de los Pitch.

Tendría que haberlo pensado durante el trayecto en tren o en el taxi, o mientras recorría los ocho kilómetros desde la carretera principal hasta la puerta de la mansión de Baz.

Nunca pienso las cosas.

—Snow —dice Baz—. Acabas de conocer a mi madrastra, Daphne Grimm.

—Encantado, señora Grimm —respondo.

Aún parece atónita.

—El gusto es mío, señor Snow. ¿De visita por asuntos oficiales?

No entiendo a qué se refiere: nunca he tenido asuntos oficiales.

Baz sacude la cabeza, e intenta interrumpir lo que sea que signifique esa mirada en su rostro.

—Solo está aquí de visita, madre. Tenemos que hacer juntos un trabajo para la escuela. Y no tienes que tratarle de usted. Simplemente, llámale Simon.

—No, *usted* no puede llamarme Simon —balbuceo.

—Vamos a estar arriba, en mi habitación —dice Baz, ignorándome.

Su madrastra se aclara la garganta otra vez.

—Os haré llamar cuando la cena esté lista.

—Gracias —dice Baz y comienza a moverse de nuevo. Me lleva hasta una escalera enorme flanqueada por estatuas: mujeres desnudas que sostienen círculos de luz. No estoy seguro de si son de luz eléctrica o mágicas, pero parece bastante lógico tener luces incorporadas en las escaleras cuando en tu casa todo es color madera oscura o rojo oscuro; y las ventanas están tan lejos que da la sensación de que la casa fuera el fondo del océano.

Intento seguirle el ritmo. Sigo sin dar crédito a que vaya en vaqueros. Me suponía que no usaba el uniforme fuera de la escuela, pero siempre me he imaginado a Baz pasando su tiempo

libre vestido de traje y chaleco, con una especie de pañuelo de seda alrededor del cuello.

Bueno…, parecen unos vaqueros muy caros. Oscuros. Ceñidos de la cintura a los tobillos, sin que parezcan demasiado ajustados.

Por un momento, me pregunto si me estará intentando tender una trampa. Ni siquiera sabía que venía, pero ¿estas casas no *vienen* con las trampas directamente incorporadas? Probablemente Baz tirará de una cuerda negra con borlas y caeré a una mazmorra en cuanto termine de contarle lo que he averiguado.

Llegamos a un largo pasillo y Baz

abre una puerta en arco enorme que da a una habitación. Su dormitorio.

Esto debe de ser una broma de vampiro: las paredes están forradas con tela roja y su cama es monstruosa: está decorada con gárgolas. (Hay *gárgolas*. En su *cama*.)

Cierra la puerta detrás de mí y se sienta en un baúl que está al pie de la cama. Ahí también hay gárgolas.

—Vale, Snow —comienza—, ¿qué demonios haces aquí?

—Me invitaste tú —digo. Qué soso soy. Soso por el resto de la eternidad.

—¿Para eso has venido? ¿Para pasar la Navidad?

—No, estoy aquí porque tengo que

contarte algo; pero *sí* que me invitaste.

Sacude la cabeza como si yo fuera un idiota máximo.

—Solo dime una cosa. ¿Tiene que ver con mi madre?

—He descubierto quién es Nicodemus.

Eso capta su atención. Se levanta otra vez.

—*¿Quién es?*

—El hermano de Ebb.

—¿Ebb, tu novia?

—Ebb, la cabrera.

—Ebb no tiene hermanos.

—Sí que tiene —digo—. Un gemelo. Lo tacharon del Libro cuando se convirtió en *vampiro*.

Juro que el rostro de Baz se vuelve más blanco de lo que ya es de por sí.

—¿Los vampiros convirtieron al hermano de Ebb? ¿Por eso lo borraron del Libro?

—No, él mismo se unió a los vampiros. De manera voluntaria.

—¿Qué? —dice en tono de burla—. No funciona así, Snow.

Invado su espacio personal.

—¿Y cómo *funciona*, Baz?

—Uno no *decide unirse* a los vampiros, joder.

—Pues eso fue lo que hizo Nicodemus. Intentó convencer a Ebb para que se fuera con él.

—Ebb. La *cabrera*. Tiene un

hermano llamado Nicodemus del que nadie ha oído hablar antes…

—Te lo acabo de explicar: no hemos oído hablar de él porque lo *tacharon* del Libro. Por eso Ebb vive en Watford. Tu madre le ofreció un trabajo, para que no tuviera que unirse a su hermano. Supongo que los dos eran unos malditos superhéroes, y todo el mundo temía que se asociaran y se convirtieran en supervampiros.

—¿Ebb conocía a mi madre?

—Sí, tu madre fue quien la contrató.

Baz se limita a quedarse de pie, como si quisiera golpear algo o…, o absorber todo lo que hay a su alrededor.

—Bueno, ¿y dónde está ahora? —

pregunta—. Ese tal Nicodemus.

—Ebb no lo sabe. Se supone que no debe hablar con él. Ni siquiera puede hablar sobre él.

Baz vuelve a hacer un gesto de desprecio que me recuerda que en realidad él mismo es un supervampiro, un supervillano.

—No lo sabe, ¿verdad? Bueno —dice—, eso ya lo veremos.

Le apoyo la mano en el pecho. Ni siquiera tengo que acercarme para tocarle.

—No —digo con firmeza—. Ebb no sabe dónde está Nicodemus. No vamos a volver a hablar con ella.

Baz traga saliva y se humedece el

labio inferior, de un tono gris rosáceo.

—Hablaré con la cabrera si me da la gana, Snow.

—Si quieres que siga ayudándote, no lo harás —mantengo la mano sobre su pecho porque noto que sigue necesitando que lo contenga, pero me cuesta creer que me esté dejando hacerlo.

Levanta la mano y la cierra en torno a mi muñeca. (Como si me hubiera leído la mente.) (¿Será una cosa de vampiros?)

—Vale —dice, y aparta mi mano de un empujón—. Entonces, ¿cómo vamos a encontrar a Nicodemus?

—Todavía no he pensado en eso. Vine aquí en cuanto salí de casa de Ebb.

—Bueno, ¿y qué piensa Penelope?

—Todavía no he hablado con ella.

—¿Dónde está?

—No lo sé, ya te he dicho que no he hablado con ella. He venido aquí directamente.

Baz parece confundido.

—¿Has venido aquí directamente?

—¿Hubieras preferido que esperara a contártelo después de las vacaciones?

Entrecierra los ojos y vuelve a humedecerse los labios. Pongo los brazos en jarras, pero solo porque no sé qué hacer con las manos.

—¿Y tú qué? —pregunto—. ¿Has hecho algún avance?

Aparta la mirada.

—No. Bueno, he leído un montón de libros sobre vampiros.

Me contengo de decir *«¿de autoayuda?»* y, en cambio, le pregunto:

—¿Qué has descubierto?

—Que están muertos, son malvados y les gusta matar bebés.

—¿Eh? —digo—. ¿Y no decía nada sobre patatas fritas con sal y vinagre? —Baz las come en su cama cuando cree que estoy durmiendo, y luego sacude las migas en el espacio que las separa.

Me lanza una mirada furiosa, luego se aleja y se dirige hacia su escritorio.

—Nadie sabe nada sobre vampiros —afirma mientras juguetea con un bolígrafo—. Ninguna información real.

Quizá debería ir a hablar directamente con ellos.

Escuchamos que alguien llama a la puerta y esta se abre.

—¡Se supone que tienes que llamar! —grita Baz antes incluso de que la chica entre. Creo que es su hermana. Todavía es pequeña para ir a Watford. Se da un aire a su madrastra, guapa y con el pelo oscuro, pero no se parece a Baz ni a su madre: es como si a ellos dos los hubieran dibujado con trazos más intensos.

—Sí que he llamado —dice la niña.

—Bueno, se supone que tienes que esperar a que te diga que entres.

—Madre dice que bajes a cenar.

—Vale —responde.

Se queda de pie.

—Bajaremos pronto —dice—. Vete.

La chica alza la mirada y deja que se cierre la puerta. Baz vuelve a sumirse en sus pensamientos y a juguetear con el bolígrafo.

—Bueno —digo—, quizá sea hora de que me vaya. Envíame un mensaje si averiguas algo más. Puedes intentar llamarme, pero creo que durante las vacaciones no hay nadie contestando el teléfono en la escuela.

—¿Qué? —me gruñe.

—He dicho que me envíes un mensaje si…

—Ahora no te vas a ir.

—Ya te he contado todo lo que sé.

—Snow, has venido en el último tren y luego has caminado durante una hora. No has comido nada en todo el día y todavía tienes el pelo mojado: esta noche no vas a ir a ninguna parte.

—Bueno, no me puedo quedar *aquí*.

—Todavía no te has prendido fuego.

—Baz, escucha…

Me interrumpe con una mano.

—No.

55
BAZ

Snow ha sido un auténtico desastre durante la cena.

Quizá lo habría disfrutado si no hubiera estado tan desesperado por que se quedara.

Todo lo que había en el plato parecía confundirlo, y alternaba entre mirar la comida con tristeza y devorarla porque estaba claramente muerto de hambre.

Daphne ha intentado quitarse de en medio para que se sintiera cómodo y los

niños se han limitado a quedársele mirando. Incluso ellos han oído hablar del heredero del Hechicero.

Creo que mi padre piensa que estoy tramando algún plan malvado. (Supongo que estoy tramando un plan malvado, pero en esta ocasión no está relacionado con dejar inválido a Snow.) Mi padre me lleva aparte después de la cena y me pregunta si quiero que llame a las Familias Antiguas para solicitar ayuda.

—No —respondo—. Por favor, no lo hagas. Snow solo ha venido por un trabajo de la escuela.

Mi padre parpadea, incrédulo.

Había pensado contárselo: que mi madre se me ha aparecido. Pero ¿qué le

digo si me pregunta por qué no se le apareció a él? ¿Qué pasaría si trasladara el asunto a las Familias Antiguas? Ellos nunca entenderían por qué he estado trabajando con Snow y Bunce. Y, en este momento, Snow y Bunce son los mejores aliados que podía haberme buscado. Cuando se empeñan en conseguir algo, no hay quien los detenga. Son completamente dignos de confianza, prácticamente sin sentido de supervivencia. Desde que los conozco, he visto a estos dos desenmascarar conspiraciones y combatir monstruos una y otra vez.

Snow sigue cenando. Daphne no deja de ofrecerle repetir comida, por

cortesía; y Snow no deja de aceptarla.

En realidad, nunca antes me había sentado *con* Snow a la mesa. Me doy el gusto de observarle y disfrutarlo, al menos durante unos minutos. En realidad, llevo haciéndolo desde que todo esto empezó, como quien se da un capricho. (Como en el *Titanic,* donde se decía que podías pedir el postre de primer plato.)

Los modales de Snow en la mesa son espantosos: es como ver comer a un perro salvaje. Un perro salvaje al que te gustaría arrancarle la lengua.

Después de cenar, vamos a la biblioteca y le enseño la información que he encontrado sobre vampiros. En

todo momento se mantiene alejado de mí y yo hago como que no me doy cuenta. Quizá deberíamos llamar a Bunce y ver qué opina ella sobre todo esto, se lo voy a sugerir mañana.

En nuestra biblioteca no hay ninguna información sobre ningún Nicodemus. Ya lo he buscado, pero lo compruebo otra vez. De pie, en el hueco de la puerta, lanzo el hechizo **¡Búsqueda exhaustiva: Nicodemus Petty!,** pero ningún libro sale volando de los estantes.

Lo que *sí* encontramos son algunas menciones a la familia Petty, así que las leemos. Son una vieja familia del East End londinense, muy extensa, y, cada

varias generaciones, uno de sus miembros resulta ser una fuerza de la naturaleza, como Ebb. Si Snow no hubiera aparecido, tal vez Ebb fuera la maga más poderosa de nuestro mundo. Y pensar que desperdicia todo su potencial en el cuidado de las cabras y las labores de limpieza.

—¿Crees que pudo haber aparecido en *La Crónica*? —pregunta Snow—. ¿Cuándo Nicodemus se convirtió?

—No lo sé —respondo—. Puede que no. Probablemente no quisieran hacerlo público, y no parece que hiciera daño a nadie.

—¿Y para qué ibas a querer convertirte en vampiro —dice Snow—,

si no estás planeando hacer daño a nadie?

—¿Para qué ibas a querer convertirte en vampiro, punto? —pregunto.

—Dímelo tú.

Reprimo mi contestación, y tengo que volver a reprimirme mientras sigo buscando en un libro.

Snow cruza la habitación y se sienta delante de mí en la mesita, eligiendo una silla acolchada.

—No —dice—. Lo digo en serio. ¿Por qué querría hacerlo Nicodemus?

—¿Me estás pidiendo que plantee una teoría?

Asiente.

—Para volverse más fuerte —respondo—. Físicamente.

—¿Cómo de fuerte? —pregunta Snow.

Me encojo de hombros.

—Habría que preguntárselo a él. No sabría cómo hacer una comparación —porque yo no me acuerdo de cuando era normal.

—¿Y por qué más? —pregunta.

—Para mejorar… sus sentidos.

—¿Como tener visión mejorada, por ejemplo?

—En la oscuridad —afirmo—. Escuchar mejor. Percibir los olores con mayor intensidad.

—¿Vivir para siempre?

Niego con mi cabeza.

—No lo creo. No creo que funcione así. Pero nunca… se pondría enfermo.

Snow baja las cejas.

—Viéndolo así, ¿por qué no quiere cambiarse de bando todo el mundo?

—Porque es la *muerte* —respondo.

—A la vista está que no lo es.

—Dicen que tu alma muere.

—Eso es una tontería —disiente.

—¿Cómo puedes saberlo, Snow?

—A través de la *observación*.

—Observación —repito—. No puedes *observar* un alma.

—Con el tiempo, puedes —asegura —. Creo que podría saberlo…

—Es la *muerte* —insisto—, porque

tienes que comer vida para mantenerte vivo.

—Eso lo hace todo el mundo —dice —. Se llama comer.

—Es la muerte —digo y me resisto a elevar la voz—, porque, cuando estás hambriento, no puedes dejar de pensar en comerte a otras personas.

Snow se vuelve a sentar. Tiene la bocaza abierta, como si nadie le hubiera enseñado a cerrarla. Presiona el labio inferior con la lengua. Y lo único que yo puedo pensar es en lamerle la sangre de ahí.

—Es la muerte —digo y devuelvo mi mirada al libro—, porque cuando ves a otras personas, personas vivas,

parecen demasiado distantes. Parecen una especie distinta. Del mismo modo que las aves parecen una especie distinta. Y dan la sensación de estar llenos de algo que tú no posees. Podrías arrebatárselo, y aun así, seguiría sin ser tuyo. Simplemente están llenos de eso y tú…, hambriento. No estás vivo. Solo estás hambriento.

—Tienes que estar vivo para tener hambre —dice Snow—. Tienes que estar vivo para cambiar.

—Quizá eres *tú* el que debería escribir un libro sobre vampiros —le digo.

—Quizá debería. Aparentemente, soy un experto en la materia.

Cuando alzo la mirada, Snow me está mirando fijamente.

Percibo claramente la cruz alrededor de su cuello, como energía estática en mis glándulas salivales, pero el colgante nunca ha sido menos desalentador. Podría derribarlo ahora mismo. (¿Besarlo? ¿Matarlo? ¿Improvisar?)

—Deberías preguntarles a tus padres —dice Snow.

—¿El qué? ¿Si estoy *vivo*? —mierda, no quería decirlo de ese modo.

Ni siquiera quería admitirlo mínimamente.

Snow cierra la boca. Traga saliva. Ahí es donde le mordería, justo en la garganta.

—*Me refería* —aclara— a que deberías preguntarles si se acuerdan de Nicodemus. Quizá ellos sepan dónde está.

—No voy a preguntarles a mis padres por el único mago que dejó nuestra especie para unirse a los vampiros —le digo—. ¿Eres *completamente* idiota?

—Ah —dice—. No lo había pensado así.

—No lo habías pensado… —digo. Y luego…—. Oh. Oh, oh, *oh*.

SIMON

Baz vuelve a subir las escaleras corriendo, así que yo corro detrás de él. No hemos visto a ningún miembro de su familia desde la cena. Esta casa es tan grande que podría absorber a una multitud y seguir pareciendo vacía.

Ahora estamos en otra ala. Otro largo pasillo. Baz se detiene delante de una puerta y comienza a lanzar hechizos de desarme.

—Menuda paranoide predecible —masculla.

—¿Qué estamos haciendo? —pregunto.

—Estamos buscando a Nicodemus.

—¿Crees que podría estar viviendo aquí?

—No —responde—. Pero…

Se abre la puerta y entramos en otro espantoso dormitorio gótico. Este parece gótico moderno, porque en la parte superior de las gárgolas, hay pósteres de estrellas de rock de los ochenta y los noventa, que usan un montón de raya negra en el ojo. Y alguien ha escrito *No te rayes*, con espray amarillo en la pared, estropeando el antiguo tapizado blanco y negro.

—¿De quién es esta habitación? —pregunto.

Baz se pone en cuclillas al lado de un estante.

—De mi tía Fiona.

Retrocedo un paso hacia la puerta.

—¿Qué estamos haciendo aquí?

—Estamos buscando una cosa…

Un segundo más tarde, saca de una de las estanterías un gran álbum de recortes morado en el que se lee en relieve en letras moradas: «Recuerda la magia».

—¡Ajá! —dice—. Estoy casi seguro de que Fiona fue compañera de clase de Ebb. La he escuchado hablar de ella. De manera despectiva, claro. Nunca mencionó a su hermano, aunque…

Baz hojea las páginas. Me acuclillo a su lado.

—¿Qué es eso?

—Es un anuario —dice—. En Watford, antes de que el Hechicero

quedara a cargo, los repartían durante el baile de graduación. Contenía fotos de los alumnos de cada curso y pequeñas historias…

Baz sostiene el libro abierto por una página llena de fotos. Me dan ganas de tener algo así; no tengo ninguna foto mía, ni de mis amigos. Agatha tiene unas cuantas, creo.

Baz le da la vuelta al libro, y, en la contraportada, lee minuciosamente una foto grande de la clase entornando los ojos.

Debajo de la imagen, alguien ha pegado unas cuantas fotos instantáneas.

—Mira —digo, señalando una foto en la que aparece una chica sentada al

pie de un árbol: el tejo.

Tiene la melena castaña despeinada y un mechón rubio, sonríe con la nariz fruncida y la lengua entre los dientes. Junto a ella, sentado, hay un chico delgaducho que le pasa el brazo alrededor de los hombros.

—Ebb —digo, porque ese pelo rubio y lacio es igual que el suyo. Y también los pómulos marcados. Pero nunca he visto a Ebb con una actitud tan arrogante, y soy incapaz de imaginármela con esa sonrisa de superioridad. Debajo de la foto, alguien escribió «Nickels y yo», y, en lugar de punto, sobre la «i» dibujó un corazón.

—¡*Fiona*! —dice Baz, dando un

golpe al libro cerrado.

Le quito el libro y lo abro de nuevo, lo coloco en el suelo, apoyándolo en la cama. Hay unas cuantas páginas por cada año que Fiona estudió en la escuela, con fotos grandes de la clase y páginas en blanco para poner otras fotos y certificados. No es difícil localizar a Fiona en cada foto de la clase posando —esa mecha rubia debe de ser natural —, ni tampoco encontrar a Ebb y Nicodemus, siempre de pie uno al lado del otro, donde parecen casi idénticos, pero completamente distintos. Ebb parece la Ebb actual, amable e insegura, en cada foto. Nicodemus parece estar tramando algo. Incluso cuando era un

novato en la escuela.

Encuentro otra foto de Nicodemus y la tía de Baz, esta vez posando con disfraces anticuados.

—¿Sabías que en Watford había un club de teatro? —le pregunto.

—En Watford había un montón de cosas antes de que llegara el Hechicero —Baz me quita el libro y lo devuelve al estante—. Vamos.

—¿Adónde vamos?

—¿Ahora mismo? A la cama. ¿Mañana? A Londres.

Tengo que estar molido, porque ninguna de ambas frases tiene sentido para mí.

—Vamos —dice Baz—. Te enseñaré

tu habitación.

Mi habitación resulta ser la más extraña de todas las que he visto hasta ahora.

En la arcada alrededor de la puerta hay un dragón pintado al que le han encantado el rostro para que resplandezca y te siga en la oscuridad.

Además, hay algo debajo de la cama.

No sé *qué* es exactamente, pero gime, escucho chasquidos y hace que las columnas del dosel se agiten. Termino en la puerta del dormitorio de Baz, diciéndole que me vuelvo a Watford.

—¿Qué? —está medio dormido cuando abre la puerta. Y sonrojado; debe de haber salido a cazar después de que me fuera a la cama.

O quizá tengan perreras para que se alimente en el patio.

—Me voy —le digo—. Esa habitación está embrujada.

—Toda la casa está encantada, ya te lo he dicho.

—Me largo.

—Vamos, Snow, puedes dormir en mi sofá. Aquí no vienen los fantasmas.

—¿Por qué no?

—Porque les doy miedo.

—Tú *me* das miedo —mascullo y me tira una almohada a la cara. (Huele a

él.)

Mientras me acomodo en el sofá, me doy cuenta de que no lo he dicho en serio. No me da miedo.

Solía decirlo en serio. Normalmente lo digo en serio.

Pero Baz es lo único que me resulta familiar en esta casa, y, con el sonido de su respiración de fondo, duermo mejor de lo que he dormido desde que empezaron las vacaciones de invierno.

56
FIONA

Vale, Natasha, sé que no tenía que haberle dicho nada.

Tú no lo habrías hecho.

Pero ha venido derechito a mi piso, buscando problemas. Cuando el único problema es él, cada maldito segundo que está vivo.

—Háblame de Nicodemus —dice, como si ya supiera todo lo que necesitaba saber.

Sabe que es mi favorito; ese es el problema. Lo sería incluso aunque

hubieras tenido una camada de cachorros. Engreído como Mick Jagger, ese. Y más listo que el hambre.

—¿Quién ha estado hablando contigo sobre Nicodemus? —le pregunto.

Se sienta en mi sucia mesita y comienza a beberse mi té, mojando en él la última pasta de lavanda.

—Nadie —responde. *Mentiroso*—. Pero he oído que es igual que yo.

—¿Un retorcido niño mimado?

—Sabes a qué me refiero, Fiona.

—Bonito traje, Basil, ¿adónde vas?

—A bailar.

Viene vestido con su traje más elegante. Spencer Hart, si no me

equivoco. Como si hubiera venido a recoger un BAFTA.

Me siento frente a él.

—No se parece en nada a ti —le digo.

—Tendrías que habérmelo contado —me recrimina—. Que yo no era el único.

—Él lo eligió. Se convirtió voluntariamente.

—¿Qué más da que lo eligiera, Fiona? El resultado es el mismo.

—Para nada —aclaro—. Él abandonó nuestro mundo. *Se fue*. Decía que iba a evolucionar.

Que iba a iba a ser algo más que mágico…

—Ya eres suficientemente poderoso, Nicky.

—¿Y qué es lo que pensamos sobre el «suficiente», profesora Pitch?

Lleva la corbata de la escuela metida en el bolsillo de la chaqueta. Esa sonrisa cruel e indiferente.

—Él nos traicionó, Basil —siento esta antigua rabia, este viejo todo, que me sube por la garganta.

—Y lo tacharon del Libro —dice mi sobrino.

—Porque era un traidor —aclaro.

—Porque era un vampiro —dice Baz, y no puedo evitarlo; esa palabra aún me causa repulsión.

No tenía que ser *yo*, Natasha. Quien

le contara a este chico cómo abrirse camino en el mundo. No se me da bien. Mírame. Treinta y siete años, haciéndome porros en bata, desayunando *cookies* de chocolate, eso si consigo levantarme; soy un desastre.

¿Qué le dirías *tú* si estuvieras aquí?

No… Da igual. Sé qué le dirías, y te *equivocas*.

Esa es una de las cosas en las que te he superado. Fui lo suficientemente débil como para darle una oportunidad a tu hijo. Y, ahora, mírale: debería estar muerto, pero no está perdido. Es tan oscuro como el alquitrán e incisivo como una cuchilla, y está lleno de tu magia. Es una hoguera. Te sentirías

orgullosa, Tasha.

—A ti no te van a tachar, Basil —aclaro—. ¿De eso va esto? Nadie sabe nada sobre ti y, si lo descubrieran, que no lo van a hacer, saben que no podemos prescindir de ti. Por fin las Familias Antiguas están listas para contraatacar al Hechicero. Por fin está ocurriendo.

Se humedece el labio inferior y mira por mi ventanuco. Fuera todavía hace sol y sé que le molesta, aunque no se va a quejar. Corro la cortina y la cocina queda en penumbra.

—¿Sigue vivo? —pregunta Baz—. ¿Nicodemus?

—Eso creo. Por decirlo de algún modo. No he tenido noticia de que no

fuera así.

—¿Te *habrías* enterado?

Hay un paquete de cigarrillos en la mesa. Enciendo uno con mi varita mágica y le doy unas caladas, echando la ceniza en el platillo de la taza de té.

—Sabes que las Familias Antiguas utilizan los contactos que tengo aquí, en Londres…

—¿A qué te refieres, Fiona?

—Aquí hablo con gente con la que ningún otro quiere hablar. Indeseables. No me importa hacer un poco de trabajo sucio de vez en cuando.

Luego, hermana, me enarca una de sus cejas.

Expulso un poco de humo.

—Joder. No el trabajo sucio que estás pensando, pervertido.

—Entonces Nicodemus es un indeseable —señala.

—No se nos permite hablar sobre él. Es una ley del Hechicero.

—¿Me repudiaría *a mí* tan fácilmente?

—Ay, Baz, joder, sabes que no lo haría. ¿Por qué te interesa tanto?

—No puedo evitar sentir curiosidad —se inclina hacia mí sobre la mesa—. ¿Está vivo? ¿Caza? ¿Ha envejecido? ¿Ha convertido a alguien?

—Nicodemus Petty no tiene ninguna respuesta para ti, muchacho —digo, apuntándole con mi cigarrillo, así que lo

apago antes de quemarle sin querer—. Es un mafioso de poca monta; un rufián de tercer nivel en una película de Guy Richie. Pensó que iba a convertirse en un hiperultramago, pero ha terminado jugando a los dados en el almacén de un bar de vampiros en Covent Garden. Tiró su vida entera por la borda e hizo daño a todos los que le querían; *y no hay nada que puedas aprender de él, Basil*. Nada que no sea cómo ser un vampiro de mierda.

La ceja de Baz aún sigue enarcada. Se bebe el resto de mi té.

—Bueno —dice—. Me has dado una información importante.

—Qué bien. Vete a casa a estudiar.

—Estoy de vacaciones.

—Vete a casa y descubre cómo derrocar al Hechicero.

—Ya te lo he dicho. Voy a salir a bailar.

Vuelvo a mirar su traje y sus brillantes zapatos negros.

—Basil. ¿Has conocido a algún chico?

Sonríe y sé que va a dar problemas. Debimos lanzarlo al Támesis dentro de una bolsa de piedras.

Debimos dejárselo a las hadas.

—Algo así.

57
AGATHA

Estoy sentada en la encimera de Penelope, extendiendo glaseado rosa sobre una galleta de jengibre con forma de chica.

—¿Por qué las galletas de jengibre con forma de chica tienen que ser rosas? —pregunta Penny.

—¿Por qué no deberían ser rosas las galletas de jengibre con forma de chica? —respondo—. Me gusta el rosa.

—Solo porque las barbies y los legos dirigidos a nuestro género te han

condicionado para que te guste.

—No me fastidies, Penny. Nunca he jugado con legos.

En realidad, lo de quedar con Penny está yendo mejor de lo que creía. Cuando me acorraló en el patio antes de que nos fuéramos de vacaciones, pensé que me iba a hacer trizas por haber dejado a Simon.

—Oye —me dijo—, me he enterado de que Simon no va a pasar la Navidad en tu casa.

—Porque ya no salimos juntos, Penelope. ¿Contenta?

—En general, sí —respondió—, pero no porque vosotros dos hayáis roto.

Es imposible tener la última palabra

en una conversación con Penny. Puedes faltarle al respeto, puedes ignorarla, pero ella no se rinde.

—Agatha —dijo—, ¿de verdad piensas que quiero *estar* con Simon?

Creo que Penny quiere ser la persona más importante en la vida de Simon, ¿eso es un sí o un no?

—No lo sé, Penelope. Pero sé que no querías que yo estuviera con él.

—¡Porque ninguno de los dos estabais bien!

—¡Eso no era asunto tuyo!

—¡Claro que lo era! —dijo—. Sois mis *amigos*.

Puse los ojos en blanco de manera muy evidente, pero ella continuó.

—No era de esto de lo que quería hablar contigo —dijo de manera brusca —. Me he enterado de que Simon no iba a pasar la Navidad en tu casa. Y no puede venir a la mía porque mi madre está molesta con el Hechicero, pero he pensado que tú y yo podríamos seguir quedando y haciéndonos regalos.

Siempre lo hacemos, todos los años, nosotros tres.

—¿Sin Simon?

—Sí, ya te he dicho que mi madre está obsesionada con Simon.

—Pero nunca quedamos sin Simon —añadí.

—Pero eso es porque siempre está cerca —dijo Penny—. Pero que

vosotros hayáis cortado no quiere decir que tú y yo no podamos ser amigas.

—¿Somos amigas?

—¡Por Nick y Slick!, eso espero —afirma Penny—. Solo tengo tres amigos. Si no *somos* amigas, entonces solo tengo dos.

—¿Qué hacéis, chicas?

La madre de Penny entra en la cocina trayendo consigo el portátil, como si no pudiera apartarse de él ni el tiempo que tarda en prepararse una taza de té. Lleva el pelo recogido en un moño oscuro despeinado y la misma chaqueta de punto y los mismos pantalones de

chándal que estaba usando ayer, cuando llegué. Mi madre ni siquiera saldría de su habitación con esas pintas.

La profesora Bunce enseña Historia de la Edad Media en la universidad de los Normales, pero también es historiadora mágica. Ha publicado un estante completo de libros para magos, pero no gana dinero haciendo eso. No hay suficientes magos que apoyen las artes y ciencias mágicas como profesión. A mi padre le va bien como médico de magos porque es uno de los pocos que tienen la formación adecuada, y, antes o después, todo el mundo necesita un médico. El padre de Penny enseñaba Lingüística en una universidad

local, pero ahora trabaja a tiempo completo en el Aquelarre, investigando sobre el Humdrum. Incluso tiene un grupo propio de investigadores que trabajan en el laboratorio con él, en el piso de arriba. He estado aquí casi dos días enteros y aún no le he visto.

—Solo sale para tomar té y comer sándwiches —me dijo Penny cuando le pregunté por ello.

También tiene un par de hermanos más jóvenes; los conozco de Watford. Ahora mismo hay uno atrincherado en el salón, que se está viendo el equivalente a tres meses de la telenovela *Eastenders*, y al menos uno más arriba, pegado a Internet. Son todos

tremendamente independientes. Ni siquiera creo que tengan una hora fijada para comer. Simplemente, entran y salen de la cocina con tazones de cereales y sándwiches tostados de queso.

—Estamos haciendo galletas de jengibre —dice Penny para responder a su madre—. Para Simon.

—Ya vale con eso, Penelope —dice su madre mientras coloca el ordenador en la isla de la cocina y contempla nuestras galletas—. Vas a ver a Simon en una semana o dos; estoy segura de que se acordará de ti. Vaya, Agatha, en serio, ¿las galletas de jengibre con forma de chica tienen que ser *rosas?*

—Me gusta el rosa —afirmo.

—Me alegro de veros pasar tiempo juntas, chicas —dice—. Es bueno tener una vida que pase el test de Bechdel.

—Claro, porque *tus* amigas no dejan de entrar y salir de esta casa —masculla Penny.

—No tengo amigas —responde su madre—. Tengo colegas e hijos.

Coge una de mis galletas de jengibre y le da un mordisco.

—Bueno, no es que esté evitando a otras chicas por ser chicas —aclara Penny—. Evito a la gente, en general.

—Yo tengo un montón de amigas —agrego—. Ojalá pudiera ir a clase con ellas —hoy no es la primera vez que pienso que estoy desperdiciando un día

que podría estar pasando con mis verdaderos amigos, mis amigos Normales, solo por ser simpática con Penelope.

—Bueno, podrás ir a clase con ellos el año que viene, en la universidad —me dice su madre—. ¿Qué vas a estudiar, Agatha?

Me encojo de hombros. Aún no lo sé. No tengo por qué saberlo, todavía: solo tengo dieciocho años. No estoy *destinada* a nada. Y mis padres no me tratan como si tuviera que alcanzar la excelencia. Si Penny no encuentra la cura contra el cáncer y descubre dónde viven las hadas, creo que su madre se va a decepcionar un poco.

La profesora Bunce frunce el ceño.

—Mmm. Estoy segura de que tendrás tiempo para pensarlo —el hervidor suelta un chasquido, la madre de Penny se sirve el té—. ¿Queréis una taza de té recién hecho?

Penny extiende su taza y su madre coge la mía también.

—Cuando tenía vuestra edad, tenía amigas; mi mejor amiga, Lucy… —se ríe, como si recordara algo—. Éramos uña y carne.

—¿Seguís siendo amigas? —pregunto.

Deja nuestras tazas sobre la mesa y me mira como si no le hubiera prestado atención a nuestra conversación hasta

ahora.

—Lo sería —responde—, si nos viéramos. Se fue a vivir a Estados Unidos pocos años después de la escuela. De todas formas, ya casi no quedábamos cuando dejamos Watford.

—¿Por qué no? —pregunta Penny.

—No me caía bien su novio —responde su madre.

—¿Por qué? —vuelve a preguntar Penny. Madre mía, a estas alturas, los padres de Penny deben de haber escuchado esa pregunta cientos de miles de veces.

—Me parecía demasiado controlador.

—¿Por eso se fue a Estados Unidos?

—Creo que se fue cuando lo dejaron —da la sensación de que la profesora Bunce estuviera decidiendo lo que va a decir a continuación—. En realidad…, Lucy salía con el Hechicero.

—¿El Hechicero tenía *novia*? —pregunta Penny.

—Bueno, por aquella época no le llamábamos el Hechicero —añade su madre—. Le llamábamos Davy.

—El Hechicero tenía *novia* —repite Penny, con los ojos desorbitados—. Y *nombre*. Mamá, ¡no sabía que habías ido a la escuela con el Hechicero!

La profesora Bunce bebe un trago de té y se encoje de hombros.

—¿Cómo era antes? —pregunta

Penny.

—Igual que ahora —responde su madre—. Pero más joven.

—¿Era guapo? —pregunto.

Pone una mueca.

—No lo sé, ¿creéis que es atractivo?

—¡Cielos, no! —responde Penny al mismo tiempo que yo digo:

—¡Sí!

—*Era* atractivo —admite la profesora Bunce—, y carismático, a su manera. Tenía a Lucy comiendo de la palma de su mano. Pensaba que él era un visionario.

—Mamá, eso tienes que admitirlo —dice Penny—: en realidad, sí que era un visionario.

La profesora Bunce vuelve a poner una mueca.

—Siempre había que hacer las cosas a su manera, incluso en aquella época. Para Davy todo era blanco o negro, siempre. Y si Lucy no estaba de acuerdo… Bueno, Lucy siempre estaba de acuerdo. Se perdió a sí misma con él.

—Davy —añade Penelope—. Qué raro.

—¿Cómo era Lucy? —pregunto.

La madre de Penny sonríe.

—Brillante. Era *poderosa* —se le encienden los ojos al pronunciar esa palabra—. Y fuerte. Recuerdo que jugaba al rugby con los chicos. Una vez, tuve que colocarle la clavícula en medio

del campo; fue una locura. Era una chica de pueblo, con hombros anchos y el pelo rubio, tenía los ojos más azules…

El padre de Penny entra en la cocina y empieza a deambular.

—¡Papá! —grita Penny—. ¿Podemos hablar *ahora?*

El otro profesor Bunce busca con torpeza el hervidor de agua y lo enciende. La madre de Penny lo apaga y lo lleva al fregadero para echarle agua, él le besa la frente.

—Gracias, mi amor.

—*Papá* —insiste Penny.

—Sí… —responde mientras rebusca en la nevera.

Es un hombre bastante pequeño, más

bajito que la madre de Penny. Tiene el pelo gris ceniciento y una enorme nariz que dan ganas de pellizcar. A modo de diadema, lleva unas gafas redondas con montura metálica muy anticuadas. En la familia de Penny, todos usan gafas pasadas de moda.

Corre el rumor de que el padre de Penny no es ni la mitad de poderoso que su madre; mi madre dice que entró a Watford simplemente porque su padre daba clases en la escuela. La madre de Penny es tan esnob con el tema de los poderes que me cuesta imaginármela casándose con un fracasado.

—Papá, ¿te acuerdas? Necesito hablar contigo.

Se está cargando los brazos de comida: dos yogures, una naranja, un paquete de pan de gambas. Coge una galleta de jengibre y entonces se da cuenta de que estoy aquí.

—Ah, hola, Agatha.

—Hola, profesor Bunce.

—Martin —dice, cuando ya casi se está yendo—. Llámame Martin.

—*Papá*.

—Sí, vamos arriba, Penny; tráeme el té, ¿quieres?

Penny espera a que el té esté listo, luego coge un par más de galletas de jengibre —se las comen más rápido de lo que a mí me da tiempo a decorarlas —, y le sigue al piso de arriba.

—¿Por qué rompieron? —le pregunto a la profesora Bunce cuando Penny y su padre se han ido.

Tiene la vista clavada en el ordenador, sostiene la taza de té como si se le hubiera olvidado a medio camino de la boca.

—¿Mmm?

—Lucy y Davy —le digo.

—Ay, no lo sé —asegura—. Para entonces, ya habíamos perdido el contacto. Me imagino que finalmente se dio cuenta de que era un imbécil y tuvo que cruzar el charco para alejarse de él. ¿Te imaginas que *el Hechicero* fuera tu ex? Está en todas partes.

—¿Cómo se enteró usted de que ella

se fue?

La profesora Bunce parece triste.

—Me lo dijo su madre.

—Me pregunto por qué el Hechicero nunca volvió a salir con nadie…

—Quién sabe —responde de manera evasiva mientras clava la vista de nuevo en el ordenador—. Quizá tiene novias Normales en secreto.

—O igual quería de verdad a Lucy —añado— y nunca lo superó.

—Puede —dice la profesora Bunce. No me está prestando atención. Escribe unos cuantos segundos y luego me mira —: Me acabas de recordar algo en lo que no había pensado en años. Espera aquí —sale de la cocina y me imagino

que, probablemente, no volverá. Los Bunce a veces hacen esas cosas.

Sin embargo, lo hace y trae consigo una fotografía.

—La hizo Martin.

Son tres alumnos de Watford, dos chicas y un chico, sentados en el césped, cerca del campo de fútbol, creo. Las chicas llevan pantalones. (Mi madre dice que nadie usaba faldas escolares en la década los noventa.) Una de ellas es muy guapa, evidentemente la madre de Penelope. Con su pelo suelto y rebelde, se parece muchísimo a Penny. La misma frente amplia. La misma sonrisa de suficiencia. (Ojalá Penny estuviera aquí con nosotras, así podría burlarme de

eso.) Y el chico es obviamente el Hechicero, diferente, con el pelo más largo y suelto, y sin ese estúpido bigote. (El Hechicero tiene el bigote más feo del mundo.)

Pero a la chica de en medio no la reconozco.

Es guapa.

Pelo rubio hasta el hombro, rizado y abundante. Con unas mejillas sonrosadas y unos ojos tan grandes y azules que su color se aprecia en la foto. Sonríe de manera franca, sostiene la mano de la madre de Penelope y se apoya en el chico cuyo brazo la rodea.

La verdad es que el Hechicero era guapísimo. Muchísimo más que

cualquiera de las chicas. Y en esta foto parece más amable que ninguna de las veces que lo he visto, con su sonrisa ladeada y esa mirada de ojos casi avergonzados.

—Lucy y yo en realidad nunca tuvimos una discusión —dice la profesora Bunce—. Yo habría empezado la pelea y Lucy se hubiera limitado a cambiar de tema. Al final, nunca peleábamos. Creo que dejó de hablarme porque se cansó de defender a Davy de mí. Cuando dejamos la escuela ya era tan intenso…, estaba tan radicalizado, dispuesto a atacar el palacio y poner una guillotina.

Me doy cuenta de que la profesora

Bunce está ahora hablando más para sí misma y para la foto que para mí.

—Y nunca se *callaba* —dice mientras coloca la foto en la encimera —. Todavía no me explico cómo lo soportaba —me mira, y entorna los ojos —. Agatha, ya sé que estoy siendo indiscreta, pero nada de lo que te he contado puede salir de esta cocina, ¿está claro?

—Ah, claro —le respondo—. Y no se preocupe por eso; mi madre también se queja del Hechicero.

—¿En serio?

—Nunca asiste a sus fiestas, y, cuando lo hace, viene vestido con el uniforme, que, por lo general, lleva

lleno de barro. Y, además, siempre se marcha temprano. Trasnochar le provoca migraña.

La profesora Bunce se ríe.

Le suena el teléfono y se lo saca del bolsillo.

—Mitali al habla —vuelve a mirar el ordenador y hace clic en teclado táctil —. Permítame verificarlo —coge el ordenador, lo sujeta con la tripa, sostiene el teléfono entre la oreja y el hombro, y sale de la habitación.

Deja la foto en la encimera. Un momento después, la cojo.

Los vuelvo a mirar a los tres. Parecen tan felices que cuesta creer que ahora no se dirijan la palabra entre

ellos.

Miro a Lucy, el rubor de sus mejillas y sus ojos azul celeste, y deslizo la foto en mi bolsillo.

58
LUCY

Ojalá le hubierais conocido cuando era joven.

Era guapo, claro. Sigue siendo guapo. Ahora tiene un atractivo que no le pasa desapercibido a nadie…

Pero, entonces, la única que lo percibía era yo.

Me daba pena; supongo que así fue cómo empezó. Siempre estaba hablando y nadie le escuchaba nunca.

A mí me gustaba escucharle. Me gustaban sus ideas, y tenía razón sobre

muchas cosas. Sigue teniendo razón.

—¿Cómo va la revolución, Davy?

—No te burles, Lucy. No me gustan las bromas.

—Lo sé. Pero a mí sí.

Estaba sentado solo debajo del tejo, así que me senté a su lado. Cuando empezamos a quedar, me citaba allí con él para que nadie nos viera juntos, para que nadie me viera con el pobre tonto de Davy.

Bueno, me gustaba quedar con él bajo el tejo porque era casi como estar solos y juntos a la vez.

—Has estado muy callado últimamente —le digo.

—No tengo nada más qué decir.

Nadie me escucha.

—Yo te estoy escuchando.

—Trasladé mi queja ante el Aquelarre —dijo—. Se rieron de mí.

—Estoy segura de que no se rieron, Davy…

—No hace falta reírse en voz alta para burlarse de alguien. Me trataron como a un niño.

—Bueno, eres un niño. Los dos lo somos.

Me miró directamente a los ojos. Los ojos de Davy tienen algo… Es casi como si fueran mágicos. Me era imposible apartar la mirada de ellos.

—No, Lucy. No lo somos.

Después de aquella asamblea con el Aquelarre, Davy se pasaba el día en la biblioteca o encorvado delante de un libro en el comedor, derramando salsa sobre algún texto de cuatrocientos años de antigüedad.

A veces me sentaba con él, a veces él hablaba conmigo.

—Lucy, ¿sabías que Watford tenía su propio oráculo? Es la sala que está en la parte superior de la capilla, la que tiene ese ventanal que da a las murallas de la escuela. Ahí trabajaban los oráculos. Tenían la misma importancia que los directores.

—¿Y cuándo dejó de funcionar?

—En 1914. Fue una medida de austeridad. La idea era que los oráculos donaran gratuitamente sus servicios si se necesitaban después de eso.

—No conozco a ningún oráculo —dije.

—Bueno, el oráculo de Watford era el que daba formación a los demás. Ahora es una profesión que ya no existe. Aunque la biblioteca mantiene un ala completa con sus profecías…

—¿Desde cuándo te interesan las bolas de cristal y las cartas del tarot?

—No me interesan los juegos de niños con herramientas que no entienden, pero esto… —le brillaban los ojos—. ¿Sabías que la gran

hambruna de la patata en Irlanda había sido profetizada?

—No.

—Y el Holocausto.

—¿*En serio*? ¿Cuándo?

—En 1511. ¿Y sabías que hay una visión que han tenido todos los oráculos desde los inicios de Watford?

—Ni siquiera sabía que *existieran* los oráculos hace treinta segundos.

—Que está por venir un gran Hechicero.

—Como la canción infantil —añadí —. «Y a darnos fin uno vendrá, / y otro que caer le hará, / al de la magia más poderosa debéis permitir reinar, / para el mundo de los Hechiceros poder

salvar».

—Sí.

—Mi abuela solía contar cuentos sobre el Gran Hechicero.

—Hay docenas de profecías —dijo Davy—. Todas sobre un mago, el Elegido.

—¿Cómo sabes que se trata de la misma persona? —le pregunté—. Y ¿cómo sabes que él, o ella, aún no ha llegado, o ya ha muerto?

—¿De verdad crees que nos pasaría desapercibido alguien que pudiera salvar a toda nuestra gente? ¿Alguien que fuera capaz de reparar nuestro mundo?

—¿Dice la profecía qué tendrá que

reparar?

—Dice que habrá una amenaza, que algunos de nosotros nos volveremos oscuros y estaremos divididos; que la magia misma estará en peligro y que habrá un mago que tendrá un poder que ningún otro haya podido soñar, un hechicero que atraerá su poder desde el centro de la tierra. «Parece un hombre normal y corriente, pero su poder no tiene equivalente». Uno de los oráculos lo describe como «un recipiente»: suficientemente grande y fuerte para contener toda la magia en sí mismo.

Davy se iba emocionando cada vez más a medida que hablaba. Le brillaban los ojos y se le trababan las palabras.

Señalaba la pila de libros con gestos, como si su mera presencia hiciera que las profecías fueran irrefutables.

Noté que estaba echando la barbilla hacia atrás.

—No estarás…

—¿Qué? —preguntó Davy.

—Bueno, ¿no estarás pensando…?

—¿Qué, Lucy? ¿Qué no estaré pensando?

—Bueno…, ¿que *tú eres* el Gran Hechicero?

—¿Yo? —se burló—. No. No seas tonta. Soy más poderoso que cualquiera de esos idiotas —lanzó una mirada alrededor de la biblioteca—, pero no tengo esa clase de poder que puedes

imaginar.

Intenté reír.

—Vale. Entonces…

—¿Entonces?

—¿Entonces por qué es tan importante para ti?

—Porque el Gran Hechicero aún está por *llegar*, Lucy. Y lo hará en el momento en que más imperiosa sea nuestra necesidad. Cuando los magos «con garras en lugar de manos, arañen las gargantas de sus hermanos», cuando «la cabeza de nuestra magnífica bestia se haya perdido». Eso sucederá pronto. Sucederá ya. ¡Todos deberíamos preocuparnos por esto! ¡Deberíamos prepararnos!

59
PENELOPE

Me gusta el laboratorio de mi padre. Está en el ático. No permite que nadie lo limpie, ni siquiera sus ayudantes. Es un completo desastre, pero mi padre sabe dónde está todo, así que si alguien mueve un libro de una pila a otra, se cabrea un poco.

Hay una pared entera cubierta con un mapa de Gran Bretaña: los agujeros en la atmósfera mágica aún no se propagan por el agua, pero han crecido con el paso de los años. Mi padre ha hecho un

mapa del perímetro de cada agujero con alfileres y cuerda, y luego usa cuerdas de diferentes colores para indicar cuánto van creciendo. Unas banderitas registran la fecha de la medición. Algunos de los agujeros más grandes se han fusionado con el paso de los años: en Cheshire, por ejemplo, ya casi no queda magia.

Ahora mismo, los ayudantes de mi padre han salido a hacer una inspección. Acaba de contratar a alguien nuevo, un antropólogo mágico, para que estudie el efecto de los vacíos en las criaturas mágicas. Le gustaría estudiar cómo afectan los agujeros a los Normales, pero no ha podido obtener financiación.

Me acerco al mapa. Hay dos

agujeros en Londres: uno grande en Kensington y uno más pequeño en la plaza de Trafalgar. Odio pensar qué pasaría si el Humdrum atacara cerca de nuestra casa, en Hounslow. Muchísimas familias mágicas tendrían que mudarse y, a veces, eso las debilita. La magia de un mago suele asentarse en un lugar concreto. Le respalda.

Me siento en una de las mesas altas. A mi padre le gusta estar de pie mientras trabaja, así que todas las mesas son altas. Acaba de abrir un libro y está copiando cifras en otro libro más grande. También usa un ordenador pero, de todas formas, conserva todos sus registros en papel.

—Estoy haciendo un trabajo para la escuela —le digo—. He estado revisando algunos números antiguos de *La Crónica*…

—Ajá.

—Y he estado leyendo sobre la Tragedia de Watford.

Mi padre levanta la vista.

—¿Sí?

—¿Tienes recuerdos de cuando ocurrió?

—Claro —vuelve a concentrarse en el libro más grande—. Tu madre y yo aún estábamos en la universidad. Tú eras muy pequeña…

Mi madre y mi padre se casaron justo cuando terminaron Watford y se

pusieron a tener hijos inmediatamente, a pesar de que todavía estaban estudiando y mi madre quería tener una carrera. Mi padre dice que mi madre lo quería *todo y ya*.

—Tuvo que ser horrible —añado.

—Lo fue. Nadie había atacado Watford antes… Y la pobre Natasha Grimm-Pitch.

—¿La conocías?

—No personalmente. Era mayor que nosotros. Su hermana, Fiona, estaba unos cuantos cursos por debajo de nosotros en la escuela, pero tampoco la conocía. Los Pitch siempre han sido un poco especialitos.

—¿Entonces, no te caía bien?

¿Natasha Grimm-Pitch?

—No me gustaban sus políticas —aclara—. Pensaba que los magos con poderes inferiores debían renunciar a sus varitas mágicas.

Magos con poderes inferiores. Como mi padre.

—¿Por qué atacaron Watford los vampiros? —pregunto—. Nunca antes lo habían hecho.

—Los envió el Humdrum —responde mi padre.

—Pero eso no es lo que pone en las primeras noticias que se publicaron, justo después de los ataques —me acerco a él inclinándome sobre la mesa —. Solo dice que fueron los vampiros.

Vuelve a mirarme con interés.

—Es verdad —asiente—. Al principio no lo sabíamos. Simplemente creímos que los seres oscuros estaban aprovechándose de lo desorganizados que estábamos. Eran otros tiempos. Todo era más relajado. El mundo de los Hechiceros era más como un… club. O una sociedad. No había línea de defensa. En aquella época, había incluso ataques de hombres lobo en el propio Londres, ¿te imaginas?

—¿Así que nadie sabía que el Humdrum estaba detrás del ataque a Watford?

—Durante un tiempo, no —afirma —. Al principio no sabíamos que el

Humdrum era una entidad.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, cuando los agujeros comenzaron a aparecer…

—En 1998.

—Sí —confirma—, fue la primera vez que los registramos. Hace diecisiete años. Pensábamos que podía ser un fenómeno natural o quizá incluso una consecuencia de la contaminación. Como los agujeros de la capa de ozono. El doctor Manning fue el primero en acuñar el término «Insidioso Humdrum», lo recuerdo. Visitó el agujero de Lancashire y lo describió como «un insidioso tedio, una mundanidad que se instala sigilosamente en lo más profundo

del alma» —mi padre sonríe. Le gusta esa frase rimbombante—. Yo comencé mi investigación casi inmediatamente después.

—¿Cuándo se supo que el Humdrum era un ente?

—Aún no sabemos si es un ente.

—Bueno, ya me entiendes: ¿cuándo se supo que era algo que poseía voluntad? ¿Que nos estaba atacando?

—No hubo una fecha concreta —responde—. Vamos, más bien lo que pasó fue que todo cambió en 2008. Personalmente, pienso que el Humdrum se volvió más poderoso en esa época. Habíamos estado haciendo un seguimiento de esos pequeños agujeros,

como burbujas en la atmósfera mágica y, de pronto, se esparcieron rápidamente, como la metástasis de un cáncer. Más o menos por la misma época, el mundo de los seres oscuros se volvió loco. Supongo que cuando los seres oscuros empezaron a ir a por Simon supimos que era un fenómeno en el que había maldad —e inteligencia— involucradas, que no era solamente un desastre natural. Y, luego, también estaba la sensación. Los agujeros, los ataques… Van acompañados de una sensación claramente identificable —sus ojos se concentran en mí y el gesto de su boca se endurece.

Después de que el Humdrum nos

secuestrara a Simon y a mí el año pasado, mi padre quiso que le contara hasta el último detalle. Le conté prácticamente todo lo que sé sobre el Humdrum, incluso qué aspecto tiene. Mi padre opina que el Humdrum adoptó la forma de Simon para burlarse de él.

Apoyo los codos en la mesa.

—¿Por qué crees que el Humdrum odia tanto a Simon?

—Bueno —frunce la nariz—, parece que el Humdrum odia la *magia*. Y Simon posee más magia que cualquier mago u objeto de este mundo.

—Me resulta extraño que Humdrum no sea su verdadero nombre —comento —. Quiero decir, que no creo que

surgiera con ese nombre, ni que se refiera de esa manera a sí mismo.

—¿Crees que un ser oscuro elegiría un nombre como «el Insidioso Humdrum»?

—Nunca lo había pensado —respondo—. Simplemente, siempre ha estado ahí.

Mi padre suspira y se sube las gafas.

—Pensar que tú no recuerdas un mundo en el que no existía el Humdrum me rompe el corazón. Me preocupa que tu generación, sencillamente, se acostumbre a su existencia. Que no vislumbren la necesidad de combatirlo.

—Yo creo que soy bastante consciente, papá. Esa cosa desquiciada

me secuestró e intenta matar a mi mejor amigo sin cesar.

Mi padre frunce el ceño y me sigue mirando.

—Sabes, Penelope… En unas semanas vendrá un equipo de estadounidenses. Creo que logré captar su atención cuando fuimos de visita este verano.

Mi padre conoció a todos los científicos mágicos que pudo cuando visitamos a Micah. Hubo un geólogo mágico que se interesó genuinamente por el trabajo de padre.

Los magos estadounidenses están mucho menos organizados que nosotros. Viven desperdigados por todo el país y,

en su mayoría, trabajan en sus propios asuntos. Pero allí tienen más dinero. Mi padre ha intentado convencer a otros científicos extranjeros de que el Humdrum es una amenaza para todo el mundo mágico, no solo para el británico.

—Me gustaría que nos acompañaras en algunos de nuestros estudios —dice —. Podrías conocer al doctor Schelling; tiene su propio laboratorio en Cleveland.

Me doy cuenta inmediatamente de lo que pretende: esta es la estrategia de mi padre para mantenerme a salvo del Humdrum. Ocultarme en Ohio.

—Podría —respondo—. Si pudiera saltarme las clases.

—Te haré una autorización.

—¿Puede venir Simon también?

Tensa los labios y vuelve a subirse las gafas.

—No creo que pueda hacerle una autorización a Simon —dice, y levanta su bolígrafo—. ¿De qué me has dicho que iba el trabajo de la escuela?

—Sobre la Tragedia de Watford.

—Cuéntame si aparece algo que arroje luz sobre el Humdrum. Siempre me he preguntado si alguien siente su presencia allí.

Me doy cuenta de que vuelve a tener la mente puesta en el trabajo. Así que me levanto de un salto de la silla y me dispongo a salir del laboratorio.

Me detengo en la puerta.

—Oye, papá, una cosa más: ¿Alguna vez has conocido a un mago llamado Nicodemus?

Levanta la vista y su rostro no se mueve ni un milímetro, así que sé que me está ocultando su reacción.

—No me suena —responde—. ¿Por qué?

Mentirme no sería propio de mi padre.

Mentir a mi padre tampoco sería algo propio de mí.

—No sé, es solo un nombre que leí en *La Crónica*, y no lo reconocí.

—Mmm —dice—. No creo… No creo que sea alguien importante.

60
SIMON

Esperamos hasta después de medianoche para ir a buscar a los vampiros. La tía de Baz no le ha dicho exactamente dónde se reúnen, pero él cree que seremos capaces de encontrarlos. Además, dice que para la medianoche ya tendrían que haber terminado de cazar…

Lo cual me saca completamente de mis casillas: pensar que, mientras nosotros esperamos, están ocurriendo todos esos asesinatos.

Si los vampiros salen a cazar

Normales todas las noches, ¿por qué no hacemos algo al respecto? El Aquelarre seguramente esté al corriente. Bueno, si la tía de Baz está al corriente, el Aquelarre *debería* saberlo.

Decido que Baz no es la persona adecuada para hablar sobre el tema en este momento.

Cuando sale de casa de su tía, todavía nos queda un poco de tiempo libre, así que vamos a la biblioteca —la grande— y luego a la sala de lectura del Museo Británico, de la que Baz roba al menos media docena de libros.

—No puedes hacer eso —le regaño.

—Es para la investigación.

—Se considera *traición*.

—¿Se lo vas a contar a la Reina?

Cuando cierran todos los museos, atravesamos un parque, y luego encontramos un lugar donde yo me como un curry mientras él revisa sus libros robados.

—Deberías comer algo —sugiero.

Me mira con una ceja enarcada.

—Púdrete.

Me pregunto si por esto no ha tenido novia nunca. Porque la llevaría a salir a la biblioteca, y luego insistiría en quedarse sentado con actitud siniestra mientras ella cena sola.

Ya me he terminado el curry y dos raciones de samosas, y estoy observándole leer —juro que se sorbe

los colmillos cuando está pensando—cuando cierra de golpe el libro con una mano y se pone de pie.

—Venga, Snow. Vamos a buscar un vampiro.

—Gracias —me limpio la boca con la manga—, pero estoy lleno, incluso para tratarse de mí.

Baz ya está saliendo por la puerta.

—Oye —digo e intento alcanzarlo.

Cuando me ignora, le agarro del brazo.

Frunce el entrecejo.

—No puedes coger a la gente así, alegremente, cuando quieres que te presten atención.

—Te he dicho: «Oye».

—Ni aun así.

—He estado pensando que —le digo —, si vamos a hacer esto, tienes que empezar a llamarme por mi nombre.

No sé por qué esto me parece tan importante. Es solo que, si vamos meternos juntos en la guarida de unos vampiros, me parece que necesitamos superar algunas cosas y *ser* aliados de verdad.

—Te llamas es Snow, es tu apellido —dice Baz—. Bueno, probablemente lo sea. ¿De todas formas, quién te bautizó?

Aparto la mirada. Estaba escrito en mi brazo: «Simon Snow». Debió de escribirlo quien fuera que me dejó en la casa. Quizá fuera mi madre.

—Tienes que llamarme *Simon* —le digo—. Ya me has llamado así antes.

Abre la puerta de su coche y se mete dentro, haciendo como si no me hubiera escuchado, aunque sé que lo ha hecho.

—Vale —responde Baz—. Súbete al coche, Simon.

Y eso hago.

Hemos tardado casi dos horas en encontrar este sitio: Baz lo ha rastreado con el olfato, ha sido como pasear por Covent Garden con un sabueso.

—¿Es eso? —pregunto—. ¿Están ahí?

Se estira el cuello y los puños de la

camisa. Estamos delante de un antiguo edificio de pisos, con una hilera de nombres al lado de la entrada y una ranura de bronce para el correo.

—Mantente cerca de mí —murmura y llama a la puerta con el dorso del puño.

Un hombre enorme abre la puerta. Observa a Baz, y luego la abre un poco más. Otro hombre, que está detrás de una larga barra en el centro de la estancia, nos echa un vistazo y asiente con la cabeza. El portero nos hace un gesto para que entremos.

Sigo a Baz a una sala oscura y profunda de techo bajo y sin luces en la parte superior. La barra está en el centro

y hay reservados en ambas paredes, iluminados por unas lámparas colgantes de color amarillo.

Todos los clientes sentados en los pasillos se vuelven para mirarnos. A una mujer sentada al lado de la puerta se le cae el vaso y el tipo que está a su lado lo coge al vuelo.

No parecen vampiros.

¿*Serán* vampiros?

Solo parecen ricos. Y… grises. Pero no parecen guapos ni esbeltos ni tienen los pómulos marcados, como los pintan en las películas.

Es en Baz en quien se fijan, no en mí. Debería estar asustado o, al menos, nervioso, pero no parece estarlo. Juro

que, cuanto más amenazado se siente, menos se altera. (Cuando soy yo quien le amenaza, esa actitud me pone de los nervios. Pero la verdad es que ahora está resultando bastante guay.)

Todos los presentes deben de tenerle envidia. Es todo lo que ellos son y, encima, posee magia. Además, encaja a la perfección en este ambiente: es como si hubiera nacido para ser una especie de rey de la oscuridad.

Baz se detiene en el primer reservado.

—Nicodemus —afirma, sin preguntar siquiera.

Un hombre con el pelo y la piel grises vestido con un traje gris

metalizado cruza una mirada con Baz y le hace un gesto con la cabeza indicándole la parte trasera de la estancia, luego me mira y hace un gesto despectivo. Me pregunto si será mi cruz o mi olor lo que le repugnan. O quizá sepa quién soy. El heredero del Hechicero. (El Hechicero mata vampiros, y no considera que sea asesinato.) (¿Por qué el Hechicero no habrá matado a *estos* vampiros?)

Sigo a Baz por la estancia deseando haberle hecho caso y haberme puesto el modelito elegante en el que intentó embutirme antes de salir de Hampshire. Voy vestido con los pantalones de Watford y uno de sus jerséis de lana

nórdica, y solo acepté cambiarme el jersey porque Baz decía que con el uniforme parecía que tuviera doce años.

Baz camina despacio, y yo le piso constantemente los talones. Es como si quisiera que todo el mundo se fijara bien en él. (Quizá también esté intentando disimular que cojea.) A medida que nos vamos adentrando, la estancia es cada vez más oscura. Inspecciono los reservados en busca de Nicodemus, pero no creo que fuera capaz de reconocerlo, ni aunque hubiera suficiente luz. ¿Seguirá pareciendo la versión malvada de Ebb?

Llegamos a la pared del fondo del bar, y cuando yo creo que hemos llegado

al final y estoy dispuesto a darme media vuelta, Baz continúa a través de un pasillo que yo ni siquiera había visto. Lo sigo, y descendemos por una escalera de caracol que tiene la barandilla medio caída. Cuando llegamos al pie de la escalera, estoy mareado.

Creo que ahora estamos en el sótano. Es una especie de caverna: más grande que la estancia que hay sobre nuestras cabezas, pero con el techo aún más bajo y tenues luces azules en el suelo, como en el cine.

Me cuesta saber cuántos hay, porque apenas puedo ver, pero tengo la sensación de que la estancia está abarrotada. Suena música electrónica,

aunque lo hace a un volumen tan bajo que parece muy lejana.

Baz está al pie de la escalera con una mano en el bolsillo del pantalón, observando la estancia como si estuviera buscando a un amigo.

Si quisieran, ahora mismo, los vampiros podrían abalanzarse sobre nosotros y hacernos pedazos. No tendríamos nada que hacer: nos superan en número y no nos daría tiempo a lanzar ningún hechizo eficaz. Ni siquiera llevo mi varita encima, aunque eso los vampiros no lo saben. (Baz sí lo sabe. No se lo podía creer cuando le dije que me la había dejado en Watford.) (¡Tenía prisa!)

Podría derrotar a unos cuantos con mi espada, pero no a todos.

Podría *largarme*. Y, luego, quién sabe qué pasaría.

Baz empieza a avanzar. Aquí abajo, la indumentaria de la clientela es menos elegante. ¿Serán estos los vampiros venidos a menos? ¿Cómo se llega a ser un vampiro venido a menos? A pesar de que estamos en el sótano, todo está muy limpio: objetos y personas. No sé qué me estaba esperando. ¿Manchas de sangre? ¿Cócteles de sangre? Parece que la mayoría de los clientes de la parte de abajo beben ginebra. Veo botellas de Bombay Sapphire sobre las mesas. Alguien cruza la mirada conmigo y me la

sostiene, así que dejo que la magia aflore a mi piel: lo único que tengo que hacer es pensar que me desborda. El vampiro aparta la mirada.

Nos hemos adentrado tanto en la caverna que he perdido la noción de dónde está la puerta. Entonces, Baz tira de la manga de alguien; un hombre que casi le dobla la altura.

—Nicodemus —dice Baz, de nuevo afirmando. El hombre niega rápidamente con la cabeza y Baz lo sigue.

Seguimos caminando hasta que llegamos a una hilera de mesas de billar.

Baz se detiene. Se saca un paquete de cigarrillos del bolsillo interior de la chaqueta, y luego enciende uno con su

varita mágica. Todos los que están en la mesa se sobresaltan. Baz aspira profundamente —el extremo del cigarrillo resplandece con un brillo rojo — y exhala el humo sobre la mesa.

No sabía que fumara.

—Nicodemus —dice Baz, aún expulsando humo.

Entonces, lo veo: es Ebb. Bueno, una versión de Ebb más ruda, más alta y delgada. Lleva el pelo rubio engominado hacia atrás. También viste de traje, pero parece barato, y tiene las costuras saltadas en la manga.

Sonríe a Baz y le mira de arriba abajo.

—Vaya… mira quién ha venido. ¿Tú

también te lo estás pasando en grande?

Baz aspira humo de nuevo y se encuentra lentamente con la mirada de Nicodemus.

—Soy Tyrannus Basilton Pitch. He venido aquí para hablar contigo sobre mi madre.

—Por supuesto, señor Pitch —dice Nicodemus, prácticamente en un murmullo—. Por supuesto que has venido a eso.

Nicodemus sonríe de nuevo y me percato de que su sonrisa tiene huecos; le faltan los colmillos. Su lengua presiona uno de ellos.

Los demás hombres que estaban en la mesa con él se han retirado y nos

dejan a los tres solos en la oscuridad.

—¿Qué quieres de mí? —pregunta Nicodemus.

—Quiero saber quién mató a mi madre.

—Ya sabes quién la mató —presiona la lengua contra el hueco del colmillo, jugueteando con la encía—. Lo sabe todo el mundo. Y todo el mundo sabe también qué les ella hizo a quienes estuvieron ahí.

Baz se lleva el cigarrillo a boca, da una calada y baja la mano, tirando la ceniza al suelo.

—Cuéntame el resto —añade—. Dime quién fue el responsable.

Nicodemus se ríe.

—¿O qué? ¿Me vas a morder? —mira hacia el cigarro—. ¿Se supone que tengo que creer que eres el digno hijo de tu madre? ¿Qué vas a incendiarnos a todos? Tú aún no has matado a nadie, señor Pitch, y no creo que elijas este día precisamente para empezar.

Baz mira alrededor de la estancia, como si estuviera evaluando a cuántos vampiros podría enfrentarse.

—Cuéntale el resto —gruño—. O seré yo quien te mate.

Nicodemus me mira por encima del hombro de Baz y su sonrisa se torna amarga.

—Te crees que eres invencible —dice—. Con todo tu poder. Como si nada

pudiera vencerte.

—Hasta ahora, nada lo ha conseguido —afirmo.

Se ríe de nuevo. No se parece en nada a la risa de Ebb: Nicodemus se ríe como si todo le diera igual; Ebb se ríe como si todo fuera importante.

—Vale —dice—, te contaré una parte —deja el taco sobre la mesa de billar—. Los vampiros no pueden entrar en Watford caminando tranquilamente. No podemos entrar a ningún lugar sin que nos inviten. Excepto a nuestra casa. Alguien me contactó unas semanas antes del ataque: quería que negociara un trato. Así me gano la vida. Hago tratos, presento a personas. No hay muchas

opciones laborales para un vampiro que no puede morder ni a un mago sin varita mágica —desliza la lengua de manera compulsiva entre sus dientes—. Pagaban bien —asegura—, pero lo rechacé. Mi hermana vive en Watford. Nunca enviaría la muerte a su puerta, no a menos que ella quisiera —vuelve a dedicarle a Baz esa sonrisa hueca, como de calabaza de Halloween—. Me pregunto si *tú serías* parte del plan, señor Pitch. Cuesta creer que los magos hayan permitido tu existencia… ¿Por qué la *siguen* permitiendo? ¿Qué planes tienen para ti?

—¿Quién fue? —pregunta Baz. Creo que no ha pestañeado desde que

entramos aquí—. ¿Quién te buscó? ¿Fue el Humdrum?

—¿El Humdrum? Claro, fue el coco, señor Pitch. El monstruo oculto debajo de tu cama.

—Fue él. El Humdrum —dice Baz nuevamente.

Nicodemus niega con la cabeza, aún sonriendo.

—Fue uno de los vuestros —responde—. Pero no arriesgaré mi vida por darte su nombre. Puede que vosotros me matéis si no os lo digo, pero, si lo hago, me estoy condenando a una muerte segura.

Baz apoya el cigarrillo entre sus labios y saca la varita mágica,

escondida en su manga, a la palma de su mano.

—Podría obligarte a que me lo dijeras.

—Eso sería ilegal —señala Nicodemus.

Y tiene razón. Los hechizos de coerción están prohibidos.

—Y peligroso —añade.

También tiene razón en eso.

—¿Qué haría el Aquelarre si lanzaras un hechizo prohibido, Tyrannus Basilton? —ríe Nicodemus con aire de suficiencia—. ¿Crees que serían indulgentes con alguien como tú?

—Debería matarte aquí mismo —dice Baz, sacando pecho—. No creo que

nadie vaya a detenerme. Ni tampoco que nadie te eche de menos.

Apoyo la mano en el hombro de Baz.

—Vámonos.

—Todavía no nos ha contado nada —me bufa Baz.

—Te he contado suficiente —responde Nicodemus.

—Vamos —repito, retirando a Baz.

—Sí, largaos ya —dice Nicodemus a Baz—. Vete con tu amiguito. Ya volverás por aquí algún día.

Baz tira el cigarrillo en la mesa de billar y Nicodemus retrocede de un brinco, perdiendo la compostura por primera vez desde que hemos empezado a hablar. Corre a coger su copa y la

vierte sobre el cigarrillo. Baz se marcha con grandes zancadas.

Miro a Nicodemus.

—Tu hermana te echa de menos —le digo.

Luego me giro hacia Baz y camino lentamente para alcanzarlo. Me espera arriba, en las escaleras. (Da la sensación de que soy su mejor amigo: supongo que eso es lo que quiere que piensen.) Luego, frío como el hielo, cruza la sala del piso de arriba hasta la puerta.

Cuando salimos, la noche londinense me resulta tan deslumbrante que me duelen los ojos.

Encontramos el coche, el Jaguar de

su padre, y Baz lo arranca antes incluso de que me dé tiempo a abrir la puerta del copiloto. En cuanto estoy dentro, sale como un cohete del aparcamiento y acelera, conduce a la máxima velocidad que puede en una calle en la que hay un poco de tráfico. Deja atrás a un taxi y luego gira el coche para colocarse en el otro carril.

—Oye —le digo.

—Cállate, Snow.

—Mira…

—**¡Cierra el pico!** —dice, usando un hechizo, pero no tiene la varita mágica en la mano, así que no surte efecto. Luego coge la varita, y yo pienso que es para lanzarme un hechizo pero, en

cambio, apunta a un autobús—. **¡Abran paso al rey!**

El autobús cambia de carril, aunque hay otro coche justo enfrente. Baz le apunta con la varita y lanza el hechizo de nuevo. Está desperdiciando magia inútilmente.

—Te vas a desmayar antes de que lleguemos a West End.

Me ignora, apunta con la varita al frente y acelera. Cuando vuelve a lanzar el hechizo, le apoyo la mano en el bíceps y le infundo un poco de magia.

—**¡Abran paso al rey!** —exclama. Los coches que hay por delante se apartan a izquierda y derecha. Es como si la carretera entera se abriera ante él;

nunca había visto algo así.

Nunca había sentido nada parecido.

Cierro los ojos ante cada semáforo en rojo y deseo que se ponga en verde. Baz pisa a fondo el acelerador.

Estamos volando.

La magia dura mientras toco el brazo de Baz.

Me siento limpio.

Siento como una corriente.

No sé cómo lo está sintiendo Baz. No mueve un músculo de la cara y, cuando salimos de Londres, las lágrimas empiezan a brotar de sus ojos. No se las limpia ni parpadea para apartarlas, así

que le corren por las mejillas y le gotean por la barbilla.

Cuando llegamos a la zona rural, ya no necesita mi magia para despejar el camino, así que le suelto. Gira una y otra vez hacia carreteras cada vez más pequeñas hasta que conducimos por una flanqueada de árboles, donde la gravilla se levanta y golpea los bajos del coche.

Baz se sale abruptamente del camino y frena de golpe, derrapando un poco hacia una zanja, luego sale del coche como si acabara de aparcar en paralelo y se dirige hacia los árboles.

Abro la puerta del copiloto y empiezo a seguirlo, pero me doy media vuelta para apagar el motor y quitar las

llaves. Corro siguiendo sus huellas en la nieve, atravesando hileras de árboles hasta que pierdo su rastro en la oscuridad.

—¡Baz! —grito—. ¡Baz!

Sigo caminando, y estoy a punto de tropezar con una rama. Al final, termino haciéndolo y cayendo al suelo.

—*¡Baz!* —veo un resplandor de luz, fuego, delante de mí, en la profundidad del bosque.

—¡Vete a la mierda, Snow! —lo escucho gritar.

Corro hacia la fogata y hacia su voz.

—¿Baz?

Dispara fuego otra vez. El rayo alcanza una rama, que se prende,

iluminando a Baz. Está sentado debajo de un árbol con la cabeza apoyada en los brazos.

—¿Qué estás haciendo? —le digo —. Apágalo.

No me responde. Está temblando.

—Baz, no te preocupes. Conseguiremos que otra persona nos revele el nombre que estamos buscando. Esto no ha terminado todavía. Vamos a hacer lo que tu madre nos pidió que hiciéramos.

Hace oscilar su varita mágica y deja escapar un grito que es prácticamente un aullido, mientras rocía fuego a nuestro alrededor.

—*Esto* es lo que mi madre querría

para mí, imbécil.

Caigo de rodillas delante de él.

—¿De qué demonios estás hablando?

Me mira con desprecio, dejando los dientes a la vista: todos los dientes. Sus colmillos son tan afilados como los de un lobo.

—Mi madre murió asesinando vampiros —aclara—. Y, cuando la mordieron, se suicidó. Es lo último que hizo. Si supiera lo que soy… Nunca me habría dejado vivir.

—Eso no es verdad —replico—. Ella te quería. Eras su «cielo».

—¡Ella quería al niño que era! —grita—. Pero ya no soy ese niño. Ahora

soy uno de ellos.

—No lo eres.

—¿No llevas intentando demostrar que soy un monstruo desde que somos niños? ¡Por Crowley!, ya tienes la prueba. Ve a contárselo al Hechicero, ¡cuéntale a todo el mundo que tenías razón! —la luz del fuego danza en su rostro. Siento el calor en mi espalda—. ¡Soy un vampiro, Snow! ¿Ya estás contento?

—No lo eres —digo, y no sé por qué lo digo, y no sé por qué de repente estoy llorando.

Baz parece sorprendido. Y enfadado.

—¿Qué?

—Ni siquiera has mordido a nadie en tu vida —respondo.

—Joder. *Lárgate*.

—¡No!

Vuelve a dejar caer la cabeza sobre los brazos.

—En serio. Vete. Esta hoguera no es la tuya.

Le cojo de la muñeca y le levanto.

—Exacto —añado—, no puede ser. Siempre me has dicho que te asegurarías de que hubiera audiencia cuando terminaras conmigo —tiro de él—. *Vamos*.

Baz no se resiste: sencillamente, se desploma. Una nube de chispas se arremolina a su alrededor y les gruño,

soplando para alejarlas.

Le levanto la barbilla.

—Baz.

—Lárgate, Snow.

—No eres un monstruo —le digo. Al tacto de mi mano, su rostro está frío como el de un cadáver—. Todos estos años, he estado equivocado. Eres un matón. Y un arrogante. Y un imbécil. Pero no eres un monstruo.

Baz intenta apartar la cara, pero se la sujeto más fuerte. Abre los ojos, que son dos pozos grises y negros de dolor. No lo soporto. Gruño de nuevo. El fuego vuelve a soplar.

—Me merezco esto —responde.

Niego con la cabeza.

—Bueno, pero yo no me lo merezco.

—Entonces *vete*.

Veo el fuego titilar en sus ojos, lo cual quiere decir que quizá ya estemos completamente rodeados.

—No me voy a ir —respondo—. Nunca te he dado la espalda. No voy a empezar a hacerlo ahora.

61
BAZ

Ya vale. Voy a tener que lanzar un hechizo para que este imbécil se largue. Mi última hazaña será haberle salvado la vida a Simon Snow y toda mi familia se avergonzará de mí.

Me agarra la cara y espera que siga vivo solo porque me lo ha pedido, porque él es el puto Simon Snow, y siempre consigue lo que quiere si grita lo suficiente.

Creo que podría besarle antes de hacer que salga despedido de aquí.

(¿Podré alejarle de mí sin romperle ningún hueso? ¿Qué hechizo lo mantendría lejos para que no volviera corriendo al fuego?)

Creo que podría besarle. Está justo aquí. Y tiene los labios entreabiertos (siempre respira por la boca) y sus ojos están vivos, vivos, vivos.

Estás tan lleno de vida, Simon Snow.

La mía ya es tuya.

Mueve la cabeza mientras dice algo. Creo que podría besarle.

Porque nunca he besado a nadie. (Me daba miedo tener la tentación de morderle.) Y no he querido besar a nadie más que a él. (No voy a morderle.

No le haré daño.)

Solo quiero besarle y morirme.

—Simon… —digo.

Y, entonces, el que me besa *es él*.

SIMON

Lo único que quiero es que se calle y que deje de decir esas cosas. Solo quiero que se levante y salga conmigo de aquí. Solo quiero volver a Watford, a nuestra habitación, y saber que está ahí, y que no hace daño a nadie y nadie le hace daño a él.

BAZ

¿Ha estado bien el beso? No tengo ni idea.

Snow tiene la boca caliente. Todo está caliente.

Hace fuerza contra mí, y yo se la devuelvo.

Su cruz me repiquetea en la lengua y la barbilla. Su pulso late en mi garganta. Y su boca está asesinando todo lo que estoy intentando pensar.

Simon Snow.

SIMON

La boca de Baz está más fría que la de Agatha.

Porque es un chico, pienso, y después: *No, porque es un monstruo.*

No es un monstruo. Solo es malo.

No es malo. Solo es un chico.

Estoy besando a un chico.

Estoy besando a Baz.

Él está tan frío y el mundo tan caliente…

BAZ

Moriré besando a Simon Snow.

¡Por Aleister Crowley!, estoy

viviendo un cuento de hadas.

SIMON

Si Baz cree que voy a soltarle, se equivoca. Así es como me gusta tenerle. Bajo mi poder. Entre mis manos. No por ahí, conspirando y tramando planes, hablando con vampiros.

Ahora te tengo, pienso, *finalmente te tengo donde quería tenerte.*

BAZ

Snow tiene experiencia en esto.

Hace una cosa muy agradable con la barbilla. La sube y la baja, inclinando la cabeza. Hace más fuerza.

No intento imitarlo. Solo le dejo hacer.

Moriré besando a Simon Snow.

Simon Snow morirá besándome.

SIMON

Baz me agarra de los hombros y me aleja de él.

El movimiento le funciona porque no me lo esperaba.

Rebusca dentro de su manga y saca la varita mágica. Luego, apunta sobre mi hombro y grita: **¡Pide un deseo!** El fuego ya nos tiene completamente rodeados, avanzando lentamente por la hierba.

El hechizo de Baz funciona, y uno de los árboles se apaga, pero rápidamente vuelve a arder. Baz coge aire y yo apoyo las dos manos en su pecho, permitiendo que extraiga de mí toda la magia que quiera.

—**¡Pide un deseo!** —grita, y su voz es un rugido.

El fuego se extingue en un suspiro, aunque da más la sensación de que lo hubieran succionado que apagado. Se

me taponan los oídos y el humo envuelve los árboles.

¿Qué ha pasado? ¿Solo necesitaba que lo besara para olvidar sus ideas suicidas?

Suelta la varita mágica, levanta los brazos hacia mi jersey (su jersey), y me baja el cuello un poco. Con la otra mano, me abre el cuello de la camisa, arrancándome el primer botón, y coge la cruz, observando la cadena. Le da un buen tirón a la cruz —la cadena se rompe— y la lanza lejos.

Luego, Baz me mira como siempre que está a punto de atacarme.

BAZ

Simon Snow aún morirá besándome.

Pero no hoy.

62
SIMON

Termino sentado en el suelo con Baz, delante de él. Besándole. Hace un rato que me ha agarrado por los hombros, a ambos lados del cuello, y no me suelta.

Para ser sincero, no tengo muy claro qué estamos haciendo, pero, ahora mismo, ya no hay nada ardiendo. Y me parece que quizá hayamos resuelto *algo*. Aunque, probablemente, esto sea un problema nuevo.

Durante un minuto, pienso en Agatha y me siento un cabrón, pero luego me

acuerdo de que ya no estamos juntos, así que no le estoy poniendo los cuernos. Y luego me pregunto si lo que está pasando en este momento significa que soy gay. Pero Baz y yo estamos escondidos entre los árboles, donde nadie puede vernos, así que decido que no tengo que responder esta última pregunta ahora mismo. Lo único que tengo que hacer es aferrarme a Baz; eso es lo que *tengo que hacer*.

Aún tengo las manos en sus mejillas y ya no están frías, al menos no donde las he tenido apoyadas. Y, cuando succiono sus labios, casi se vuelven rosas. Durante unos segundos, al menos.

Me pregunto cuánto tiempo lleva

Baz deseando esto.

Me pregunto cuánto tiempo llevo *yo* deseando esto.

Yo creo que no lo he estado deseando, que la posibilidad se me acaba de ocurrir por primera vez. Pero, si eso es así, entonces ¿por qué tengo en la cabeza una lista de todas las cosas que siempre he querido hacer con Baz?

Como esta: pasarle la mano por el pelo. Es suave y se desliza entre mis dedos. Cierro el puño y presiona su rostro contra el mío, luego, con la misma brusquedad, aleja la cabeza.

—Lo siento —digo. (Estoy sin aliento. ¡Qué vergüenza!)

Baz me suelta el jersey y sacude la

cabeza, sujetándose la frente.

—No. Es solo que… ¿Dónde tienes el crucifijo?

Palpo el suelo, buscándolo a tientas a nuestro alrededor. Cuando lo encuentro, lo sostengo entre nuestras caras.

—Vuélvetelo a poner —me pide.

—¿Por qué? ¿Me vas a morder?

—No. ¿Alguna vez te he mordido?

—No. Tampoco me habías besado nunca.

—*Tú* me has besado *a mí*, Snow.

Me encojo de hombros.

—¿Y? ¿Me vas a morder?

Baz se pone de pie.

—No… Pero igual me ayuda a dejar

de querer hacerlo. Necesito beber. Ha pasado mucho tiempo —mira a su alrededor, pero está demasiado oscuro para ver nada. Vuelve a mirarme, y luego aparta la vista, avergonzado—. Oye, tengo que… cazar. ¿Me esperas?

—Voy contigo —respondo.

—¡Por Crowley! —exclama—. No, no vienes conmigo.

Me pongo en pie de un salto.

—¿Vale cualquier cosa?

—¿Cómo?

—Cualquier cosa que tenga sangre, ¿verdad?

—¿Qué? —dice de nuevo—. Sí.

Le cojo de la mano.

—Atrae algo. Tiene que haber

hechizos para cazar.

—Sí los hay —responde, bajando las cejas—. Pero solo funcionan a distancias cortas.

Le doy un apretón en la mano.

Saca la varita y me mira como si yo fuera un idiota superespecial.

—**¡Ciervo!** —dice, apuntando con la varita mágica hacia los árboles—. **¡Un venado!** —mi magia brilla a nuestro alrededor.

En menos de un minuto, un ciervo camina a través de las ramas oscuras.

Baz se estremece.

—Tienes que dejar de hacer eso.

—¿El qué?

—Esos despliegues de magia, como

si fueras Dios.

—¿Por qué? —digo—. Es genial.

—Es aterrador.

Le sonrío.

—Es genial.

—No mires —dice mientras se dirige hacia el venado.

Sigo sonriéndole.

Se da media vuelta para mirarme.

—No mires.

BAZ

Dirijo al ciervo hacia los árboles, donde está tan oscuro que sé que Snow no

podrá vernos. Cuando he terminado con él, tiro el cuerpo a un barranco.

No recuerdo cuándo fue la última vez que bebí tanto.

Cuando vuelvo, Snow sigue sentado en el círculo de ceniza. Sé que desde ahí no puede verme, así que le aviso para no asustarle.

—Soy yo, Snow.

—Antes me has llamado Simon.

Noto en sus ojos cuando finalmente me percibe caminando hacia él. Enciendo una llama en mi mano. (Bueno, no exactamente *en* la mano, sino flotando sobre ella.)

—No, no he hecho eso.

—Sí que lo has hecho.

—Volvamos al coche —digo—. Los vecinos van a pensar que hemos hecho alguna especie de ritual de magia negra.

—No estoy seguro de que *no lo hayamos hecho* —responde mientras me sigue.

Snow está callado cuando llegamos al coche. Y yo estoy callado porque verdaderamente no sé qué hacer ahora, desde donde retomar lo de «He tenido que dejar de besarte para poder beber un poco de sangre».

—Eres un vampiro —se le escapa finalmente a Snow.

(Supongo que *así* se retoma el hilo.)

No respondo.

—Un vampiro de verdad —insiste.

Arranco el motor.

—Quiero decir que *lo sabía*; lo sé desde hace años. Pero de verdad eres… —me toca la mejilla—. Ahora estás más tibio.

—Es por la sangre —respondo.

—¿Pesarías más? ¿Si te levantara?

—Supongo. Acabo de dejar seco a un venado —le miro de reojo; sigue resultándome apetecible, algo que me podría comer—. No lo intentes.

—¿Cómo funciona? —pregunta.

—No lo sé… Magia, magia de sangre. Un virus, un virus mágico. No sé.

—¿Con cuánta frecuencia tienes que beber?

—Para sentirme bien, todas las noches. Para mantenerme sano, de vez en cuando.

—¿Alguna vez has mordido a alguien?

—No. No soy un asesino.

—¿Siempre resulta mortal? ¿El mordisco? ¿No se puede beber solo un poco de la sangre de una persona y luego marcharse?

—No me puedo creer que me estés preguntando esto, Snow. Tú, que no te dejarías medio sándwich ni muerto.

—Entonces, ¿no lo sabes?

—Nunca lo he intentado. No soy… eso. Mi padre me mataría si tocara a una persona.

(Creo que, si mordiera a una persona, realmente lo haría. Probablemente debería matarme, de todas maneras.)

—Oye —dice Snow, mirándome con el ceño fruncido—, para.

—¿Qué?

—De pensar. Lo que sea que estés pensando. Para.

Resoplo, frustrado.

—¿Por qué todo esto parece no incomodarte?

—¿El qué?

—Que sea un *vampiro*.

—Bueno, solía incomodarme —dice —. Cuando pensaba que ibas a dejarme seco una noche; o a convertirme en

zombi. Pero estos últimos días han sido bastante ilustrativos, ¿no te parece?

—Así que ahora que tienes la certeza de que soy un vampiro, ¿no te importa?

—Ahora que sé que simplemente merodeas por ahí, bebiendo la sangre de mascotas domésticas y cosas lícitas, sí, la verdad es que no me importa tanto. No es que sea militante del vegetarianismo, precisamente.

—Y sigues sin creer que esté muerto.

Niega con la cabeza una única vez de manera contundente.

—No, no creo que estés muerto.

Ahora estamos en la entrada por la

que los coches acceden a mi casa, y entro.

—La luz del sol me quema —aseguro.

Se encoge de hombros.

—A mí también.

—Eres un imbécil, Snow.

—Antes me has llamado Simon.

—No, no es verdad.

SIMON

No estoy muy seguro de por qué estoy tan contento. No ha cambiado nada.

¿*Ha* cambiado algo?

El beso. Eso es nuevo. El deseo de besar.

Mirar a Baz y pensar en la forma en que el pelo le cae en una onda despeinada sobre la frente.

Bueno, tampoco. Eso ya lo he pensado antes.

Baz es un vampiro, y eso tampoco es nada nuevo.

Por lo visto, Baz es el vampiro más reacio del mundo a chupar sangre, lo que sí resulta un poquito sorprendente.

También es, al parecer, el más atractivo. (Ahora que ya he visto unos cuantos.)

Tengo ganas de besar a un chico. Eso *es* una novedad en la que ahora

mismo no estoy preparado para pensar.

Otra vez. Tengo ganas de besarle otra vez.

Aparcamos el coche en un antiguo granero reconvertido en garaje, y luego entramos en la casa por la puerta de la cocina. Sin hacer ruido. Para no despertar a nadie.

—¿Tienes hambre? —pregunta Baz.

—Sí.

Rebusca dentro de la nevera. Cosas del típico vampiro adolescente que baja a la cocina a picar algo en mitad de la noche…

Me mete entre las manos una

cacerola con un guiso y coge un par de tenedores.

—¿Leche? —pregunta—. ¿Coca-Cola?

—Leche —respondo.

Estoy sonriendo. No puedo dejar de sonreír. Coloca el brick encima de la cacerola, coge unas servilletas de tela de un cajón y luego se dirige hacia su habitación. Es complicado seguirle el paso.

Ojalá supiera qué está pensando…

BAZ

No tengo ni idea de qué estoy pensando.

SIMON

Cuando llegamos a su habitación, Baz enciende una lámpara —la pantalla es de color rojo oscuro, así que no da mucha luz—, y se sienta en el suelo, al pie de la cama, aunque la habitación está llena de cosas cómodas en las que sentarse.

Me siento a su lado, me quita de las manos la cacerola, lanza un rápido **¡Más leña al fuego!** y luego levanta la tapa y me pasa un tenedor. Es pastel de

cordero.

—¿*Necesitas* comer? —pregunto—. ¿O simplemente lo disfrutas?

—Lo necesito —dice, llevándose un poco de pastel a la boca y evitando mi mirada—, pero menos que las demás personas.

—¿Cómo sabes que no eres inmortal?

Me pasa un tenedor.

—Basta de preguntas.

Nos terminamos el pastel de cordero, comiendo directamente de la cacerola, apoyada sobre el regazo de Baz. Mastica tapándose la boca con una mano. Intento recordar si alguna vez le he visto comer… Me termino la leche.

Él no ha querido probarla.

Cuando terminamos, deja los cacharros sucios al lado de la puerta, por fuera, y luego enciende un fuego en la chimenea con su varita.

Yo avanzo a gatas para sentarme a su lado.

—Eres un pirómano —digo.

Se encoje de hombros y mira fijamente al fuego.

—No estarás pensando prenderle fuego a la casa, ¿verdad?

—No, Snow. No tengo ideas suicidas. Ojalá las tuviera: sería todo más sencillo.

—Deja de hablar así, por favor.

Durante un momento, no dice nada.

Pero luego se gira repentinamente hacia mí.

—¿Por eso me has besado? ¿Para evitar que me suicidara?

Niego con la cabeza.

—No exactamente. Quiero decir, *sí* quería evitar que te suicidaras.

—Entonces, ¿por qué? —pregunta.

—¿Por qué te besé?

—Sí.

—Supongo que quería hacerlo —digo, y me encojo de hombros.

—¿Desde cuándo?

Me encojo de hombros otra vez, y eso le molesta. Echa otro leño al fuego.

—¿No querías que lo hiciera? —pregunto.

—No —responde—. ¿Por qué iba a querer que me besaras? ¿Por qué se me pasaría por la cabeza un pensamiento así? «Mira, ¿sabes qué podría arreglar esta situación de mierda con los vampiros y mi madre y la guerra y la decadencia de la magia? Darme el lote con el imbécil de mi compañero de habitación. El mismo que probablemente algún día mande a la mierda mi vida para siempre. Es un planazo.»

—No tienes que comportarte como un imbécil —le digo—. En esto, estamos en el mismo bando.

—De momento —responde Baz—. Me ayudarás a descubrir quién mató a mi madre, mataré a quienquiera que lo

hiciera, y luego te asegurarás de que me tiren desde lo alto de una torre por ello. Ya has ganado: en cuanto le cuentes al Hechicero que soy un vampiro, me sacará los colmillos y romperá mi varita. Y terminaré en Covent Garden, lamiéndole a Nicodemus las suelas de los zapatos. Eso si tengo *suerte*.

¿De verdad creerá Baz que voy a hacer eso? ¿Con lo que ha pasado?

—Esos vampiros han alucinado contigo —aclaro—. No les hubiera importado coronarte su rey.

—¿Estás sugiriendo que me una a ellas?

—No. Solo digo que hoy has estado genial.

—No has escuchado una palabra de lo que te acabo de decir, ¿verdad?

—Sí —respondo—, pero te equivocas. Nada volverá a ser como antes después de esto. ¿Cómo podría?

—¿Porque ahora somos amigos?

—Porque somos más que eso.

Baz coge un atizador y aviva el fuego.

—Un beso y ya piensas que el mundo está del revés.

—Dos besos —aclaro.

Y le agarro por la nuca.

BAZ

No sé qué hora es.

La oscuridad ha cambiado de color en la habitación, como si el sol se nos estuviera acercando sigilosamente. Estamos recostados de espaldas al lado del fuego, lo que queda de él, con las manos entrelazadas.

Snow suspira y me da un apretón en la mano y, cuando protesto, frunce el ceño y la sostiene entre nosotros: tengo una marca en forma de cruz en la palma de la mano, de cuando le arranqué el collar ayer por la noche. (Ahora la cruz está en la otra punta de la habitación; esta vez, Snow se ha ocupado de eso.)

Se lleva la palma de mi mano a la boca y la besa.

—No pensaba que fueras gay —le digo en voz baja.

Se encoge de hombros. La mitad de las respuestas de Snow consisten en encogerse de hombros.

—¿Qué significa eso? —murmuro.

—No lo sé —responde y cierra los ojos—. Supongo que nunca he pensado demasiado en lo que soy. Tengo que lidiar con demasiadas cosas en mi vida.

Su comentario me hace reír. Una risa juvenil y traviesa. Snow se ríe conmigo.

—¿Demasiadas cosas? —repito.

—¿Tú *eres* gay? —me pregunta, mirándome sin dejar de reírse.

—Sí —respondo—. Completamente.

—¿Así que haces esto

constantemente?

Pongo los ojos en blanco.

—No.

—Entonces ¿cómo sabes que eres gay?

—Simplemente, lo sé. ¿Cómo puede ser que tú no lo sepas?

—Ni idea —responde. Entrelaza sus dedos con los míos y me sostiene la mano sin apretármela—. Intento no pensar.

—¿En si eres gay?

—En nada. Hago listas de cosas en las que no pensar.

—¿Por qué?

—Porque duele pensar en cosas que jamás tendrás o podrás solucionar —

responde—. Es mejor no pensar en ello.

Le acaricio el dorso de la mano con el pulgar de lado a lado.

—¿Yo estoy en la lista?

Se ríe de nuevo y niega con la cabeza; su pelo roza el mío.

—Difícilmente podrías —suena adormilado—. Intentar no pensar en ti sería…, como intentar no pensar en un elefante que estuviera pisándome el pecho.

Pienso en eso.

Pienso en Snow pensando en mí.

Sonrío.

—No estoy seguro de que eso sea un cumplido…

—Yo tampoco —responde.

—Así que no *piensas* —le digo.

—No sirve de nada.

Me incorporo apoyándome en un codo y le miro.

—No te entiendo. Eres el mago más poderoso que probablemente haya existido nunca. Podrías tener cualquier cosa que desearas. ¿Por qué crees que no sirve de nada pensar en eso?

Snow se incorpora sobre ambos codos y deja caer la cabeza hacia mí.

—Porque da igual. Al final, me limito a hacer lo que se espera de mí. Cuando el Humdrum me persigue, lucho contra él. Cuando envía dragones, los mato. Cuando me engañas para que encuentre una quimera, salgo como

puedo de la situación. No tengo que elegir o planear. Me limito a enfrentarme a las cosas según van viniendo. Y, algún día, algo me pillará desprevenido o será demasiado grande para enfrentarme a ello, pero de todas formas, lucharé. Lucharé hasta que no pueda más. ¿Qué es lo que tengo que pensar, de todo esto?

Simon se deja caer de nuevo al suelo. Me acerco y le aparto con cuidado los rizos de la frente. Cierra los ojos.

—Siempre creí que me matarías —le digo.

—Yo también lo creía —responde —. Intentaba no pensar en ello.

Enrosco su pelo alrededor de mis dedos. Es más grueso que el mío y más rizado, tiene un brillo dorado a la luz del fuego. Tiene un lunar en la mejilla que siempre he querido besar, desde que tenía doce años. Lo hago.

—Mucho tiempo —digo.

—¿Mmm? —abre un ojo.

—Llevaba mucho tiempo deseando hacer eso. Casi desde que nos conocimos…

Snow cierra los ojos otra vez y sonríe como si intentara evitarlo.

Yo también sonrío, pero solo porque ahora no me mira.

—Creía que esto me mataría.

63
AGATHA

Penelope me despierta arrancándome las mantas. Me vuelvo a arropar dándoles un tirón.

—Despierta, Agatha. Tenemos que irnos.

—Yo voy luego. Estoy durmiendo.

—No, tenemos que irnos. Ahora. Vamos.

Estoy recostada en la parte inferior de su cama. Nos quedamos dormidas así, y no ha dejado de darme patadas en la espalda en toda la noche.

—*Vete*, Penelope.

—Eso intento. Pero necesito que me lleves.

Abro los ojos.

—¿Que te lleve adónde?

—Todavía no te lo puedo decir, pero te lo contaré.

—¿A alguna parte de Londres?

—No.

—Penny, es Nochebuena. Tengo que irme a mi casa.

—¡Lo sé! —ya está vestida. Se ha peinado el pelo hacia atrás en una enorme coleta encrespada que probablemente le quedaría bien si se echara algún tipo de producto. *Cualquier cosa*. Crema de manos.

Espuma de afeitar—. *Puedes* irte a tu casa, Agatha. Pero primero necesito que me lleves al campo.

—¿Por qué?

—Es una sorpresa —dice.

—No.

—¿Una aventura?

—Me voy a mi casa.

Penny suspira.

—Tenemos que ir a ayudar a Simon.

Cierro los ojos y me aparto de ella.

—¿Agatha? Por favor… ¿Eso es un sí o un no? Si es un no, ¿me puedes prestar tu Volvo?

64
BAZ

Me despierto por lo menos una hora antes que Snow.

Me cuesta no observarle mientras duerme.

Es algo que he hecho muchas veces, pero eso era antes, cuando pensaba que nunca iba a conseguir nada más. Cuando creía que acercarme sigilosamente a Snow era mi premio de consolación.

Todavía no estoy seguro de qué está pasando entre nosotros. Anoche nos besamos. Y esta mañana. Muchísimo.

¿Significa eso que podremos volver a hacerlo hoy? Ni siquiera está seguro de si es gay. (Lo que es muy estúpido. Pero Snow es imbécil, así que…)

Está acostado en mi sofá y yo sentado en una punta, al lado de sus piernas. Se acurruca entre los cojines, hundiendo el rostro en ellos.

—No puedes observarme mientras duermo —dice—, solo porque nos estemos enrollando.

—Solo porque nos *hayamos* enrollado —le corrijo—. Y no te estoy observando; intento averiguar cómo despertarte sin que desenfundes una espada contra mí.

—Estoy despierto —dice, tapándose

la cabeza con uno de los cojines.

—Vamos. Bunce está a punto de llegar.

Levanta el cojín.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Le he contado que teníamos información nueva; ella también ha descubierto algo. Tendremos una sesión informativa.

Se sienta.

—¿Así que Penelope está viniendo aquí?

—Sí.

—¿A tu mansión gótica?

—No es gótica, es victoriana.

Snow se pasa la mano por el pelo.

—¿Esto es una trampa? ¿Nos estás

atrayendo a todos aquí para matarnos? —parece que su desconfianza es genuina.

—¿Y cómo se supone que te he atraído aquí? Llegaste tú solito hasta la puerta de mi casa.

—Porque me invitaste —exclama.

—Sí. Me has pillado. Soy un cabrón —me levanto—. Te veré en la biblioteca cuando estés listo —intento que no parezca que estoy huyendo de él; espero hasta que salgo de la habitación y luego bajo las escaleras ruidosamente.

No sé qué me esperaba. ¿Que Snow abriera los ojos, me viera ahí a su lado, se me acercara a darme uno de sus expertos besos y me dijera «Buenos

días, cariño»?

Simon Snow nunca me llamará «cariño».

Aunque acaba de admitir que nos hemos enrollado…

En mi casa no hay una pizarra de tiza, pero mi madrastra tiene en la cocina una enorme pizarra blanca que utiliza para organizar las asignaturas y las actividades deportivas de mis hermanos. Le saco una foto con el móvil, y luego la borro y la descuelgo de la pared.

Mi hermana de siete años me observa mientras lo hago.

—Se lo voy a contar a mamá —dice.

—Si lo haces, taparé todas las

chimeneas para que Papá Noel no pueda entrar.

—Son demasiadas chimeneas —replica.

—Para mí, no —aseguro—. Estoy dispuesto a tardar lo que haga falta.

—Pues entonces entrará por la puerta.

—No seas tonta, Mordelia, Papá Noel nunca entra por la puerta. Y, si lo hiciera, me ocuparía de decirle que se ha equivocado de casa —mientras discuto con ella, maniobro cuidadosamente con la pizarra para sacarla por la puerta de la cocina.

—¡Se lo voy a contar a mamá! —grita a mis espaldas.

Coloco la pizarra en la biblioteca y estoy trazando columnas —«Lo que sabemos» y «Lo que no sabemos»— cuando Snow entra en la habitación. Le ignoro.

—No es que piense que nos vas a traicionar —dice.

Hago un ruido que, me temo, suena mucho a «ejem».

Simon se revuelve los rizos con una mano.

—Solo que… Bueno, lo que pasa entre nosotros, todavía es un poco raro, ¿no te parece?

Le sigo ignorando.

—Bueno…, aún no me has dicho que… para ti las cosas hayan cambiado.

Yo he reconocido que no voy a matarte.

—No, no lo has hecho —aclaro.

—Se entendía que estaba implícito.

—No.

—Bueno, pues —se aclara la garganta—: Baz, no voy a matarte. No voy a enfrentarme a ti, de ninguna manera, ¿vale?

—Vale —respondo, y me alejo un paso de la pizarra para contemplar mis columnas—. Eso facilitará muchísimo las cosas.

—¿Qué cosas?

—¡Por Crowley, yo qué sé! Cualquier cosa que las Familias Antiguas estén maquinando para mí. Probablemente me pedirán que te

envenene, ahora que confías en mí. Lo que yo *puedo* prometer, Snow, es que lloraré sobre tu cadáver.

—O no —agrega.

—Bueno, lloraré en secreto cuando llegue el día.

—No —insiste—. Lo digo en serio. *O no*.

Le miro sobre mi hombro.

—¿Qué estás intentando decirme?

—Que no tenemos por qué enfrentarnos.

—¿Eres consciente de que tu mentor ha irrumpido en mi casa dos veces este mes?

—Sí, bueno, no; no lo sabía. Lo que quiero decir es que no he sido *yo* quien

ha irrumpido en tu casa. ¿Qué te parece —dice, dando un paso para acercarse— si te ayudo a descubrir quién asesinó a tu madre y luego tú me ayudas a combatir al Humdrum, y simplemente nos olvidamos del resto?

—*El resto* —digo, dándome media vuelta—. ¡Qué manera de simplificar al máximo una década de corrupción y abuso de poder!

—¿Te refieres al Hechicero?

—Sí.

Parece dolido.

—Ojalá no lo hicieras.

—¿Cómo podría evitar hablar del Hechicero cuando estoy hablando con *el heredero del Hechicero*?

—¿Eso es lo que me consideras?

—¿No es eso lo que tú mismo te consideras? Ay, claro. Que se me había olvidado: tú no piensas las cosas.

Simon gruñe y se pasa los dedos por el pelo.

—¡Por Dios! ¿Alguna vez apuntas a no dar el golpe más bajo? Bueno, ¿alguna vez piensas: «Quizá ahora mismo no debería hacer el comentario más cruel que se me ocurra»?

—Intento ser eficiente.

Se apoya contra el estante donde he puesto la pizarra.

—Es cruel.

—Mira quién habla, Snow. Tú, que siempre das el tiro de gracia.

—Cuando me enfrento a algo. Ahora no nos estamos peleando.

—Siempre estamos peleando —le digo y vuelvo a la pizarra.

Estoy de cara a la pizarra; Simon está a mi lado, pero de cara a la habitación. Se reclina un poco hacia mí, sin mirarme, y choca su brazo contra el mío, haciendo que la palabra que estoy escribiendo quede torcida.

—O *no* —dice.

Borro la palabra y empiezo otra vez: trabajo en la lista «Lo que no sabemos». Estoy tentado de escribir: «Lo importante» y también: «¿Es gay Simon Snow?». Y: «¿Viviré eternamente?».

—Te ayudaré a descubrir quién

asesinó a tu madre —dice de nuevo, como si estuviera exponiendo un plan—. Y tú me ayudarás a detener al Humdrum; eso es un objetivo compartido, ¿no?, y luego ya nos preocuparemos del resto.

—¿Así es como siempre consigues todo lo que quieres? ¿Repitiéndolo insistentemente hasta que se hace realidad?

—¿No es así como se lanzan los hechizos?

Bajo la mano en la que tengo la tiza y me giro hacia él, irritado.

—Simon…

—¡Ajá! —grita, enderezándose y señalándome. Casi me muero de miedo. Le he visto matar a un perro con menos

esfuerzo. (Él decía que el perro era un *licántropo*, yo creo que el pobre simplemente estaba nervioso.)—. ¡Lo has vuelto a hacer!

—¿A hacer qué? —digo, alejando de golpe su mano de mi cara.

Clava la otra mano en mi cara al señalarme con el dedo.

—Me has llamado Simon.

—¿Qué preferirías, que te llame Elegido?

Baja la mano.

—Prefiero Simon, en realidad… Me gusta.

Trago saliva, y debe de notarse mucho lo nervioso que estoy, porque baja la vista hacia mi cuello.

—Simon —le digo, y trago saliva de nuevo—, te estás comportando como un idiota.

—¿Porque prefiero esto a enfrentarme a ti?

—¡No hay ningún «esto»! —protesto.

—Has dormido en mis brazos —aclara.

—Una cabezadita, más bien.

Baja la mano y yo se la cojo. Porque soy débil. Porque me decepciono constantemente. Porque está de pie, delante de mí, con esa piel morena, esos lunares y ese aliento matutino suyos.

—Simon —le digo.

Me aprieta la mano.

—No es que no prefiera «esto». Más bien… —suspiro—. Es que ni siquiera puedo imaginármelo. Mi familia se opone a todo lo que el Hechicero apoya.

—Lo sé —dice de manera enfática —. Pero de verdad creo que tenemos problemas mayores. Si descubrimos quién mató a tu madre y después vamos juntos a por el Humdrum, quizá consigamos que todo el mundo se dé cuenta de que, unidos, somos mejores, y luego…

—Y luego todo el mundo de los Hechiceros se concienciará de los beneficios de colaborar y cantaremos una canción sobre la cooperación.

—Estaba pensando que deberíamos

dejar de lanzarnos maldiciones —dice — y encerrarnos en torres.

—Da igual.

Me agarra del brazo y trastabillo levemente hacia delante. O igual es que estoy a punto de desmayarme, una acción tan poco a mi altura. (Snow tampoco está a mi altura. Siempre está por debajo de mí. Al menos siete centímetros.)

—¿Cómo puedes ser así? —murmuro—. ¿Cómo puedes confiar en mí después de todo?

—No estoy seguro de que confíe en ti —murmura a su vez. Extiende la otra mano y me toca la tripa a la altura del estómago. Siento como si se me cayera

al suelo. (El estómago, me refiero)—. Pero… —se encoje de hombros.

Me acaricia la tripa y yo cierro los ojos, porque es placentero. (Tan placentero…) Y también porque quiero que vuelva a besarme.

Snow me besó anoche hasta que se me irritó la boca. Me besó tanto que incluso me preocupé de que quizá tanta saliva pudiera convertirle. Se colocó sobre mí, apoyado sobre los brazos y las piernas para que me levantara hacia su boca, y lo hice. Lo haría de nuevo. Estaría dispuesto a rebasar cualquier límite por él.

Estoy enamorado de él.

Y a él «esto» le gusta más que

enfrentarse a mí.

65
SIMON

Si Penelope estuviera aquí, le diría que se equivoca conmigo. Ella cree que lo resuelvo todo con la espada. Pero parece que también sé resolver cosas con la boca porque, hasta ahora, cada vez que me inclino hacia Baz, se calla y cierra los ojos.

Si Penelope estuviera aquí, me obligaría a darle explicaciones.

Gracias a la magia, todavía no ha llegado.

Acabo de introducir los dedos entre

los botones de la camisa de Baz; su piel está a temperatura ambiente.

En ese momento, alguien se aclara la garganta. Baz se endereza, lo que implica que su boca se aparta de la mía. Me alejo tan rápido de él que dudo de si me he teletransportado.

Su asistenta, o su sirvienta, o quien sea, está bajo el arco de la puerta. Lleva puesto un vestido negro con un delantal blanco.

—Señor Pitch —dice, y quizá le paguen para que finja que no se entera de nada de lo que pasa aquí, porque ni se inmuta. Probablemente dos chicos besándose no sea ni de lejos lo más raro que ha visto; seguramente haya

presenciado interrogatorios y hasta sacrificios de cabras—. Tiene invitadas —dice—: dos jovencitas.

—Gracias, Vera —responde Baz sin un deje de disculpa—. Diles que entren —se alisa la camisa y el pelo.

—¿Chicas? —pregunto—. ¿Más de una?

—Agatha —dice Baz por encima de mi hombro—, bienvenida. Hola, Bunce.

Me doy la vuelta. Penelope y Agatha están de pie en la puerta de la biblioteca; seguramente no han esperado a que la asistenta fuera a buscarlas. Penny está mirando las estanterías de la biblioteca fascinada. Agatha me mira a mí.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —pregunto.

—Nos ha llamado Baz —dice Penny.

Entra en la habitación y me da una bandeja de galletas de jengibre tapada con un plástico.

—¿Qué haces *tú* aquí? —me pregunta Agatha.

—Agatha estaba en mi casa —explica Penny—, y tenía un coche, así que…

—Entra, por favor, Agatha —ofrece Baz—. ¿Os puedo traer algo de beber?

—Yo tomaré té —dice Penny.

—Magnífico —responde dirigiéndose hacia la puerta con grandes

zancadas, pasando al lado de Agatha.

—¿De qué va todo esto? —dice Agatha—. Penelope ni siquiera quería decirme adónde nos dirigíamos. ¿Qué *estás* haciendo aquí, Simon?

Le dedico a Penny una mirada ceñuda.

Ella le quita el plástico a la bandeja de galletas de jengibre y coge una.

—¡No sabía cuánto le podía contar! Y creía que, si le decía adónde estábamos yendo, no querría traerme. Tenéis que superar esto, Simon. Si has podido hacer las paces con Baz, también puedes hacerlas con Agatha.

—Son unas paces temporales —dice Baz, que vuelve con el té y una bandeja

de fruta. Debe de haber usado magia.

—Ya sirvo yo el té —dice Penny.

—¿Paces temporales? —pregunta Agatha. Penny le ofrece una taza de té—. Pero ¿qué os pasa?, ¿estáis todos poseídos? —rechaza el té—. No me pienso beber eso.

Baz me mira.

—Es tu decisión, Snow. ¿Confías en ella?

Agatha está enfadada.

—¿Que si confía en *mí*?

—Por supuesto —respondo. Y, de todas maneras, hasta cierto punto, es verdad. Confío en que Agatha no es malvada. No confío en ella cuando está sola con Baz; aunque supongo que debo

replantearme todo esto, a la vista de lo que acaba de pasar—. Agatha, mmm…

—Estamos intentando descubrir quién mató a la madre de Baz —se adelanta Penelope.

—La mató el Humdrum —responde Agatha.

Penelope hace gestos, sosteniendo su taza de té.

—Según ella, no; parece que no fue él.

Agatha parece confundida. Y un poco enfadada.

Observo a Baz. Creo que es el más indicado para contarle esta parte, si le parece bien, pero ha vuelto a la pizarra, y está completando la columna «Lo que

sabemos: fantasmas, Apariciones, vampiros». Penny da un respingo en cuanto Baz añade «Nicodemus» a la lista.

Me siento en el sitio que acaba de dejar libre en el sofá, al lado de Agatha.

—¿Cuándo empezasteis con todo esto? —me pregunta Agatha.

—Cuando el Velo se abrió —respondo—. Natasha Grimm-Pitch lo cruzó buscando a Baz y, en su lugar, me encontró a mí. Quiere que él busque a su asesino. Cuando Baz volvió, le dije que le ayudaría a descubrirlo.

Agatha tiene las cejas tan enarcadas que casi se tocan en el centro y tiene la nariz fruncida.

—¿Por qué?

—Porque me parece que es lo que hay que hacer.

—¿En serio?

Me encojo de hombros.

—Sí. Bueno…, se trata de un ataque a Watford. Un asesinato.

—¿Qué ha dicho el Hechicero sobre todo esto?

—Nada, en realidad —clavo los ojos en mi regazo y me rasco la nuca—. Penny y Baz creen que no deberíamos contárselo.

—¿Eso es lo que Penny *y Baz* creen?

—Se trata de la madre de Baz —aclaro—, así que también me pareció que había que respetar su voluntad.

—¡Pero Baz te odia!

Niego con la cabeza.

—Lo sé. Estamos en una especie de… ¿tregua?

—Simon, por favor, escúchate: *¿una tregua?*

—¡Habéis ido a un bar de vampiros! —grita Penny desde la otra punta de la estancia. Baz debe de haberle contado las últimas novedades—. ¡Sois un par de imbéciles geniales! ¿Sacasteis fotos?

—Los vampiros no aparecen en las fotos —respondo.

—En donde no aparecen es en los espejos, imbécil —dice Baz.

—¿No puedes ver tu reflejo en un espejo?

Baz me ignora y continúa contándole a Penny lo que hemos descubierto sobre Nicodemus.

—Pero… —Agatha los mira—. Baz es oscuro. Es *malvado*.

—Creía que tú no pensabas eso —respondo.

—Siempre lo he pensado —aclara —. Tú nos contaste que era un *vampiro*, Simon. Espera… —se gira para mirarle a él, y luego a mí—, ¿acaba de admitir que *es* un vampiro?

Me tiro de los pelillos de la nuca. Sé que estoy poniendo cara de imbécil.

—No estoy seguro de que sea tan sencillo…

—¿Que Baz sea un vampiro?

—No, definitivamente es un vampiro —respondo—. Supongo que es así de simple. Pero no puedes contárselo a nadie, Agatha.

—Simon, *tú* ya *se lo has contado* a todo el mundo. Se lo llevas contando a todo el mundo desde que estábamos en tercero.

—Sí, pero nadie me ha creído nunca.

—*Yo* te creí.

—¿«Uno de los vuestros»? —dice Penelope en voz alta—. ¿A qué se refería Nicodemus con eso? ¿Que fue otro mago quien permitió a los vampiros entrar en Watford? ¿O un Pitch, alguien de tu familia…?

—No podría haber sido alguien de

mi familia —protesta Baz—. Jamás.

—Tus parientes tienen fama de traidores —sostiene Penny—. Hubo una época, en el siglo XVIII, cuando ni siquiera se les permitía firmar contratos.

—Sí, pero nunca nos traicionamos *entre nosotros*.

Baz sigue contándole a Penny cosas sobre Nicodemus. Y sobre Ebb.

—Simon fue quien descubrió todo esto —dice—, sin ni siquiera abrir un libro.

—Típico de él —responde Penny.

Baz no le cuenta a Penny cómo lo amenazó y se burló de él Nicodemus. Tampoco le cuenta demasiado sobre Fiona. Ni le dice lo increíblemente

genial que estuvo en el bar ni cómo perdió completamente los nervios en cuanto salió del bar. Ni cómo le besé para salvarle la vida, y que luego le besé solo porque tenía ganas de hacerlo. (Me acabo de dar cuenta de que igual podría haberle salvado la vida de otra manera…)

—¿Así que te estás quedando aquí? —me dice Agatha.

—No, solo vine a contarle a Baz lo que había averiguado sobre Nicodemus y luego ya no pude volver a casa.

—¿Me puedes explicar otra vez quién es Nicodemus?

—La persona que conoce al traidor —responde Penny, girándose hacia mí

—. ¡No me puedo creer que simplemente dierais media vuelta y le dejarais en paz, sabiendo que tiene toda la información que necesitamos! Si os hubiera contado quién intentó contratarle, ya habríamos terminado con esto.

—No podíamos obligarle —le digo —. Y tampoco hubiéramos podido hacerlo por las malas: estábamos rodeados de vampiros.

Penelope se cruza de brazos.

—Ya me imagino.

—Ay, esa ética tuya, Bunce —dice Baz.

—¿Qué has averiguado *tú*, Penny? —pregunto.

—Poca cosa, en comparación —se apoya contra una estantería y cruza los tobillos—. Le pregunté a mi padre por el Humdrum. Me confirmó que nadie culpó al Humdrum de la Tragedia de Watford hasta varios años después. Pensaban que simplemente se trataba de un ataque más de vampiros. Oye, Agatha, ¿ya te has puesto al día? Quizá podríamos hablar con *tus* padres; quizá tu padre recuerde algo…

—No, no me he puesto al día —responde Agatha.

—Bueno, pues hazlo —dice Penny —. Está todo en la pizarra. Tengo que admitir que es genial que vuelvas a ser nuestra amiga.

—No estoy segura de que vuelva a ser vuestra amiga —murmura Agatha.

Yo soy el único que escucha su comentario.

—En realidad, ha estado muy bien —le digo—. Colaborar con Baz en lugar de enfrentarme a él.

—¿Por eso le estabas buscando? —pregunta—. ¿Aquella noche en las murallas? ¿Por una Aparición?

—Algo así…

Penny y Baz siguen agregando apuntes en la pizarra. Se quitan el rotulador de las manos. Yo siento que tengo que quedarme sentado con Agatha y responder a sus preguntas, pero ya no pregunta nada. Y sigue sin probar el té.

Penny interroga a Baz hasta que descubre lo del anuario de la escuela de Fiona, así que le pide que se lo enseñe. Luego Penny y Agatha pasan una hora inspeccionando atentamente las fotos.

La madrastra de Baz nos trae sándwiches. Cuando entra, Baz y Penny se levantan para ocultar la pizarra: Baz parece tranquilo, pero Penny da la sensación de estar ocultando un secreto terrible.

Intento convencerles de que es un poco estúpido tener todos los apuntes a la vista y de que deberíamos borrar la pizarra ahora mismo, pero los dos parecen adictos a esto.

Entonces, el padre de Baz llega del

trabajo. Sigue pareciendo confundido por mi presencia en la casa, pero saluda entusiasta a Penny y Agatha, aunque sé que no se lleva bien con sus padres. Quizá solo esté siendo amable. Baz sigue con los ojos en blanco.

Ya avanzada la tarde, estamos todos muy cansados y no hemos hecho ningún progreso real. Hasta Penny ha dejado la pizarra.

Yo sigo sentado en el sofá al lado de Agatha. Baz se sienta en un sillón, delante de nosotros; creo que tanto Agatha como yo le estamos observando, pero casi nunca dirige la mirada hacia nosotros.

Penelope se deja caer en el brazo

del sillón de Baz. Me doy cuenta de que se le tensan las aletas de la nariz, pero no se mueve de su sitio. Supongo que está acostumbrado a pasar tanto tiempo sin comerse a nadie, así que dejo de preocuparme por eso.

—Tenemos que volver a hablar con Nicodemus —dice Penny—. Es lo que la directora Grimm-Pitch nos pidió que hiciéramos.

—No podemos obligarle —respondo—, y no nos va a decir nada.

—Quizá vosotros no supierais preguntárselo con suficiente insistencia —dice, moviendo las cejas sugerentemente.

—Genial idea, Penelope —responde

Baz—. Te mandaremos a *seducirlo*.

—No —contradigo.

—Estaba pensando en Agatha… —aclara Penny.

—Yo no estoy aquí —responde Agatha—. Cuando os lleven a todos a juicio ante el Aquelarre, yo negaré haber estado aquí.

—No hemos violado ninguna ley —objeto.

—Uf, como si eso fuera a importar —dice.

—¡Sí, señor! —admite Baz—. Sabéis, llevo toda la vida esperando que el Aquelarre me juzgue de manera injusta, pero nunca había pensado que estaría en tan buena compañía.

—Aquí nadie va a *seducir* a un vampiro —digo.

Baz me frunce el ceño.

—A no ser —añado— que pudiéramos convencer a tu tía…

—*No*.

—No sé cómo pretendéis conseguir que ese vampiro confiese un asesinato —dice Agatha con rotundidad—, si ni siquiera sois capaces de sacarle a Baz dónde estuvo durante aquellos dos meses.

—Estaba enfermo —dice Penny. Se gira hacia Baz—. ¿Verdad? Nos contaste que estuviste enfermo. La verdad es que *parecías* enfermo.

—No estaba enfermo —aclara

Agatha—. Dev me contó que estaba desaparecido.

Baz frunce los labios.

—¿Eso te contó Dev?

—Ya te dije que tus parientes son unos traidores —añade Penny.

Baz acentúa su gesto de desagrado.

—Solo le dijo eso a Agatha porque estaba pillado por ella.

—¿Veis? —dice Penny—. Ya os he dicho que podríamos usar a Agatha para seducir a alguien.

—Nos contaste que estabas enfermo —le digo a Baz.

Me lanza una mirada, entrecierra los ojos con furia y, luego, aparta la vista.

—*Estaba* enfermo —dice,

cruzándose de piernas y alisándose los pantalones oscuros—. Pero también estaba desaparecido.

—¿Dónde estabas? —exijo saber.

Sus ojos vuelven a encontrarse con los míos, aún llenos de furia.

—La verdad es que no creo que eso sea relevante…

—Todo es relevante —añade Penny.

—Me… secuestraron —se aclara la garganta y clava los ojos en sus rodillas.

Me incorporo en el sofá.

—¿Te secuestraron?

—Me secuestraron —repite y se vuelve a aclarar la garganta—. Unos cenutrios.

—¿Cenutrios? —pregunta Penny—.

¿Fue un accidente? ¿Te confundieron con una bolsa de agua caliente?

—En realidad, me pusieron una bolsa en la cabeza cuando estaba saliendo del club.

Agatha se endereza en el sillón.

—¿Te secuestraron *en el club?*

—¿Por qué no se lo contaste a nadie? —pregunto.

—Bueno, lo intenté —aclara—. Supongo que nadie escuchó mis gritos desde el interior del ataúd.

Todavía tengo un sándwich en la mano. Lo suelto.

—¿Los cenutrios te encerraron en un ataúd? ¿Durante dos meses?

—Seis semanas —murmura—. Y

creo que pensaban que me estaban haciendo un favor con lo del ataúd…

Penny le zarandea un hombro.

—Basil, ¿por qué no nos lo contaste?

—¿Que por qué no os lo conté? —ahora es a ella a quien mira con furia—. Piensa un poco: ¿quién crees que pagaría a los cenutrios para secuestrar al heredero de la Casa de Pitch? ¿Quién tiene problemas con mi familia en este momento? ¿Quién ha irrumpido en mi casa dos veces en el último mes, quién encerró a mi primo en una torre?

—No fue el Hechicero —aseguro.

—¡Claro que fue el Hechicero! —Baz tiene ambas manos en los bolsillos

y se inclina hacia delante sobre las piernas cruzadas, con los codos abiertos —. Creyó que con eso podría meterles miedo a mis padres para que cooperaran en su última campaña. ¡Debe de desquiciarle verme en la escuela y saber que me escapé de sus manos! ¿Por qué no os lo conté? «Oye, Simon, tu maestro *jedi* está yendo a por mí, ¿seguimos teniendo una tregua?».

—¿Cómo te escapaste? —le pregunto.

—Fiona me encontró. No le teme a nada.

—Por eso estabas tan delgado —le digo—. Y tan pálido. Y por eso sigues cojeando. ¿Te hicieron daño?

Se reclina y baja la mirada a su regazo.

—No creo que lo hicieran intencionadamente. Me hicieron daño en la pierna cuando me capturaron y no se me pudo curar bien.

—Deberías ir a ver a mi padre —dice Agatha.

—¿Ahora también es médico de vampiros?

—¿Pidieron un rescate? —pregunta Penny.

—Sí —dice Baz—. Mi familia se negó a pagarlo. Los Pitch no negocian con secuestradores.

—Si alguna vez me secuestran en el club —dice Agatha—, decidles a mis

padres que paguen el rescate.

—Mi tía me encontró modificando un hechizo para convertirlo en uno de rastreo —dice Baz—. Inspeccionó casi todo Londres.

—Yo la hubiera ayudado —digo—. Con mi ayuda, no hubiera tardado seis semanas.

Baz se muestra despectivo.

—Tú nunca habrías ayudado a mi familia.

—¡Lo habría hecho! Me estaba desquiciando no saber dónde estabas. Pensaba que ibas a salir de repente de cualquier esquina.

—No fue el Hechicero… —dice Penny, pensativa.

—Precisamente por esto no os conté nada —dice Baz—. Sabía que no me ibais a creer. Estáis tan convencidos de que el Hechicero es un héroe…

—No —Penny lo interrumpe—. No fue *el Hechicero*, Baz; ¡fue el asesino!

—Pensaba que habían sido los cenutrios… —dice Agatha.

—¡Fue la misma persona que mandó a los vampiros tras tu madre! —dice Penny, poniéndose de pie de un salto—. Ellos sabían que el Velo se estaba abriendo y que había una gran posibilidad de que tu madre volviera para hablar contigo. Fue una Aparición clásica: un secreto peligroso, un crimen contra la justicia. Al traidor le

preocupaba que Natasha Pitch pudiera volver y *sabía* que, si lo hacía, se te aparecería a ti. Así que él, o ella, supongo, te ocultó. ¡Antes pasaba constantemente! Hay una familia en Escocia que perdía un miembro cada veinte años porque el asesino mataba a la persona que más probabilidades tenía de vengar las muertes anteriores. Nadie quería un rescate por ti, Baz; solo querían que estuvieras encerrado hasta que las Apariciones terminaran.

Baz se la queda mirando y se humedece los labios.

—¿No fue el Hechicero? —pregunta.

—Fue el *asesino* —dice Penny,

mirando a todos demasiado satisfecha con el asunto, pasando por alto que el asesino aún está libre.

—Si tienes razón —dice Agatha—, entonces tenemos que informar al Hechicero de todo. Inmediatamente.

66
PENELOPE

Vale, de acuerdo. Probablemente haya sido un error traer a Agatha.

Sin embargo, la tensión entre Simon y ella ya lleva durando demasiado. No quería que se pasaran el año entero sin solucionarlo.

Y pensé que quizá un buen enigma podría distraerla de… bueno, de todo lo demás. Tenía que haberme acordado de que a Agatha no le gustan los buenos enigmas.

Y también de que es la mayor

chivata del mundo.

—*Tenemos* que contárselo al Hechicero —dice, y se cruza de brazos y piernas—. Lo sabéis todos, perfectamente.

Se esfuerza al máximo por no mirar a ninguno de los chicos… También tenía que haberme acordado mejor de esta dinámica de triángulo amoroso antes de arrastrar a Agatha a la casa de Baz. Pero es que la dinámica en sí es tan estúpida que no me puedo reprochar que se me haya pasado por alto.

—Agatha —le digo—, estamos empezando a avanzar un poco con esto.

—¿Sí? ¿Y hacia dónde avanzamos? —pregunta—. ¿Nos infiltramos con los

cenutrios?

—Podríamos simplemente hablar con ellos —opina Simon—. ¿Los cenutrios pueden hablar?

—Muy poco —aclara Baz—. ¿Y qué les vamos a preguntar? «¿Se os ha perdido algo?»

—Les preguntaremos quién los contrató para que te raptaran —respondo.

—Quizá no estén muy dispuestos a colaborar —apunta Baz—. Mi tía mató a algunos de ellos.

Simon parece aterrado.

—¿Tu tía asesinó cenutrios?

—¡En defensa propia!

—¿La atacaron?

—En *mi* defensa propia —aclara Baz—. ¿En serio te vas a poner de su lado? Me tuvieron secuestrado durante seis semanas.

—¡Tu tía tenía que haber pedido ayuda!

—Si tú hubieras estado ahí, Snow, *todos* los cenutrios estarían muertos.

—Puede —Simon eleva el mentón —. Pero no hubiera tardado seis semanas.

—Entonces, interrogaremos a los cenutrios que queden —digo.

—No, no haremos eso —dice Agatha—. Se lo contaremos al Hechicero y dejaremos que él se haga cargo; ese es su trabajo. ¡Estamos

hablando de secuestro! ¡Y asesinato!

—Escúchame, Wellbelove —dice Baz—. No se lo vamos a contar al Hechicero. En eso estuvimos todos de acuerdo.

—Bueno, *yo* no lo estuve —Agatha parece furiosa y también harta y creo que se suponía que tenía que estar en su casa hace dos horas.

Simon apoya una mano en el hombro de Agatha.

—Baz, Agatha tiene razón. Han cambiado muchas cosas. Ahora sabemos quién es Nicodemus y hemos conectado el asesinato de tu madre con tu secuestro…

—No —digo—. No se lo vamos a

contar al Hechicero.

Simon parece sorprendido.

—Venga, Penny. ¿Por qué no?

—Porque Baz tiene razón, Simon. El Hechicero no está de humor para ayudar a la familia Pitch ahora mismo. Y tiene razón en que ya estábamos todos de acuerdo en no involucrar al Hechicero.

Agatha resopla.

—Ya sé que tú no lo acordaste, Agatha —le digo—. Pero tampoco tienes que ser parte de esto —Agatha resopla de nuevo—. Me refiero a que no tienes que ser parte de esto *de ahora en adelante*. Siento haberte traído hasta aquí.

—Tengo que irme a casa —dice—.

Es Nochebuena.

Miro el reloj.

—¡Ostras! Mi madre va a poner el grito en el cielo. Tenemos que irnos. Podemos volver a quedar el día que nos demos los regalos, ¿vale?

Los chicos asienten, ambos mirando al suelo.

No tenemos mucho que recoger. Baz sale a buscar nuestros abrigos. Estoy decepcionada porque no hemos podido ver más partes de su casa, ni siquiera rebuscar en la biblioteca. He ido unas cuantas veces al baño, pero está justo al final del vestíbulo y parece una ampliación actual. (Tienen un retrete japonés, con música relajante y un

calentador de asiento.)

Agatha se pone un suave gorro blanco y una bufanda a juego.

—Venga, Simon, ¿no has traído abrigo?

Simon sigue sentado en uno de los sofás, pensando en algo muy concentrado. Probablemente en matar cenutrios. Levanta la vista.

—¿Qué?

—Vamos —dice Agatha—. Tenemos que irnos.

—¿Ir adónde?

—Hemos venido a por ti —dice.

Sigue pareciendo confundido.

—¿Para llevarme de vuelta a Watford?

Agatha frunce el ceño. (Cualquier día le va a salir una profunda arruga ahí y a mí me va a hacer mucha gracia.)

—Venga…, vamos —dice—. Es Nochebuena. Mis padres se alegrarán de verte.

Simon sonríe como si alguien le acabara de hacer un inmenso regalo. Baz está detrás de él, poniendo muecas. (Irritante dinámica de triángulo amoroso.) Creo que Simon tiene razón; es verdad que a veces a Baz se le intuyen los colmillos a través de las mejillas.

Baz se aclara la garganta y Simon mira hacia atrás por encima del hombro.

—Yo… —dice Simon—. Bueno, en

realidad creo que quizá debería seguir trabajando en el tema de los cenutrios.

¡Santa Morgana! ¿Se habrá dado cuenta Simon de que volver con Agatha es malísima idea?

—*Simon* —Agatha lo mira fijamente y con firmeza, aunque no estoy segura de qué significa esa mirada. Creo que *ella* tampoco quiere volver con él. Probablemente solo está cansada, y harta de que se ignoren mutuamente.

O tal vez se sienta culpable por dejarlo en la mansión Pitch en Nochebuena. Yo, desde luego, me siento culpable. La atmósfera aquí es un poco rollo «sacrifiquemos a alguien virgen y escribamos un magnífico álbum de Led

Zeppelin». (Aunque la biblioteca es estupenda y la madrastra de Baz parece muy simpática.) (Me pregunto si Simon seguirá siendo virgen…) (Seguramente no.) (¿Igual sí?)

—Pero creía que… —dice Simon.

—Venga —insiste Agatha—. Si no vienes, ¿quién se comerá las sobras? ¿Quién se asegurará de que no nos perdemos *Dr. Who?*

Simon vuelve a mirar a Baz. Baz sigue pareciendo cabreado. Me pregunto si habrá alguna cláusula sobre Agatha en su tregua. Igual es terreno prohibido.

Pero eso no es justo: Agatha no solo es una exnovia que no le conviene ni un poquito; también es una de sus únicas

amigas. Y lo seguirá *siendo* cuando esta tregua haya terminado.

—Vamos, Simon —le digo—. Nos veremos después de Navidad.

—Bueno… —se gira hacia mí—. *Vale*. Iré a por mi chaqueta.

67
BAZ

Estoy sosteniendo el violín, aunque sin tocarlo, cuando mi padre entra en la biblioteca.

—¿Ya se han ido los Hechiceritos? —dice.

Asiento. Entra en la estancia y se sienta en el gran sofá antiguo donde Simon ha pasado casi toda la tarde. Mi padre ya está vestido para la cena. Nos vestimos de manera formal los domingos y en las festividades, y hoy lleva puesto su traje negro metalizado con reflejos

rojizos. Se le quedó el pelo cano cuando murió mi madre, pero se parece al mío… grueso, con una ligera ondulación y un discreto pico de viuda. Me consuela saber que mis entradas probablemente nunca serán tan profundas.

Todo el mundo dice que me parezco más a mi madre —procedemos de la rama egipcia de la familia Pitch—; sin embargo, imito conscientemente la actitud de mi padre: el modo en que es imposible adivinar lo que está ocurriendo detrás de sus ojos. Lo he estado practicando delante del espejo. (*Claro* que me reflejo en el espejo; Simon es un auténtico idiota.)

En este momento, finjo que no me importa que Snow se haya ido. Finjo que ni siquiera me he dado cuenta de que se ha ido.

No estoy seguro de por qué me sorprendí cuando se marchó: llevaba las últimas veinticuatro horas recordándole que no somos amigos, a pesar de que nos hayamos enrollado. Así que no debería sorprenderme ni entristecerme que se haya ido con dos personas que en realidad sí son sus amigas… Con la única persona que siempre ha querido, desde que le conozco.

Mi padre se aclara la garganta y cruza las piernas de manera distraída.

—¿Estás agobiado, Basilton?

Nadie me llama Tyrannus. Mi madre insistió en ponerme ese nombre porque es común en su familia, pero mi padre lo odia.

—No —respondo.

—¿Acaso forma esto parte de alguno de los descabellados planes de tu tía? —parece aburrido. Coge la pernera de sus pantalones y se alisa el pliegue.

—No —respondo con indiferencia —. Es un trabajo de la escuela, de hecho. Se me ha ocurrido que, por una vez, podía ser simpático, y ver adónde me lleva eso.

Enarca una ceja. En la biblioteca reina tal silencio que soy capaz de escuchar el tictac de su reloj.

—Porque sería un pésimo momento para urdir una treta en solitario —dice —. Las Familias Antiguas tienen sus propios planes.

—¿Y yo tengo algún papel en ellos?

—Aún no. Me gustaría que terminaras la escuela primero. Me gustaría que te recuperaras. He estado hablando con tu madre; piensa que quizá te sentaría bien hablar con alguien… sobre tu situación.

Ha llamado a Daphne «mi madre». Me da igual.

—¿Con un médico? —pregunto.

—Más bien con un terapeuta.

—¿Un *psicólogo*? —eso no ha sonado indiferente. Recompongo mi

expresión. Me aclaro la garganta—. Padre —digo, más tranquilo—, no veo qué aspecto de mi situación podría discutir con un terapeuta de Normales.

—Tu madre… mencionó que ya estás acostumbrado a hablar sobre tu condición con prudencia. Podrías evitar los detalles.

—Estoy bien —respondo.

—Tu madre…

—Lo consideraré.

Se levanta con gesto elegante. Se estira los puños de la camisa.

—La cena estará lista en breve —dice—. Deberías cambiarte.

—Por supuesto, padre.

Daphne me ha comprado un traje gris para las fiestas, pero en la escuela siempre visto de gris, y yo mismo ya soy bastante gris. Así que me pongo uno verde oscuro que he elegido yo. Un traje negro verdoso con un toque plateado. Acabo de terminar de hacerme el nudo de una corbata rosa sangre cuando Mordelia abre la puerta de mi habitación.

—Llama —le digo, mirándola desde el espejo.

—Tu…

—Sal. Y llama. Pienso ignorarte hasta que lo hagas.

Gruñe y sale de la habitación, dando

un portazo tras de sí, y luego llama. Me desesperaría si fuera una Pitch. Tampoco se comporta como si tuviera una pizca de sangre Grimm; la sangre de mi madrastra está más diluida que la avena de las gachas.

—Entra —digo.

Mordelia abre la puerta y se asoma.

—Tu amigo ha vuelto.

Le doy la espalda al espejo.

—¿Qué?

—El Elegido.

—¿Simon?

Asiente con la cabeza. La empujo al salir murmurando:

—No le llames así —y luego corro escaleras abajo.

Si ha vuelto, es que quizá algo haya salido mal. Tal vez los hayan atacado en la carretera… Cuando llego al comedor, aminoro el paso.

Simon está de pie en el vestíbulo, cubierto de nieve y barro… Otra vez.

Me meto las manos en los bolsillos.

—Menudo *déjà vu*, Snow.

Se pasa la mano por el pelo, llenándoselo de barro.

—Sigue sin haber un camino mejor para llegar a tu casa desde la carretera.

—Y tú sigues sin ser capaz de aprenderte el hechizo básico de impermeabilización. ¿Dónde están las chicas?

—A estas alturas, a mitad de camino

de Londres.

—¿Por qué no estás con ellas?

Se encoje de hombros.

Bajo los últimos escalones hacia el vestíbulo y saco mi varita.

Levanta la mano.

—Preferiría darme una ducha y cambiarme, si no te importa.

—¿Por qué has vuelto? —le pregunto en voz muy baja, en caso de que Mordelia ande merodeando por ahí.

—Puedo irme, si no soy bienvenido.

—No he querido decir eso.

—Pensaba que te alegrarías de que volviera.

Me acerco más a él y mi voz se torna amenazante.

—¿Por qué? ¿Para que podamos darnos un revolcón, enrollarnos y fingir que somos una parejita de novios felices?

Sacude la cabeza, como si estuviera a punto de estallar. Luego pone los ojos en blanco con gesto desdeñoso.

—Sí… Supongo. *Sí*. Hagamos eso, ¿quieres?

Me cruzo de brazos.

—Quítate los zapatos. Buscaré algo para que te pongas. Vas a hacer que lleguemos tarde a la cena.

Simon está guapísimo con el traje gris.

SIMON

He vuelto porque tenía miedo de lo que pudiera pasar si no lo hacía.

Baz probablemente fingiría que *nunca* ha pasado nada entre nosotros. Intentaría convencerme de que he soñado todo esto: como si fuera un loco y un imbécil por creer que alguna vez haya podido sentir algo por mí.

Ya me estaba sintiendo un loco y un imbécil en el coche con Penny y Agatha.

Agatha iba *despotricando*, cosa que casi nunca hace. (Normalmente solo lo hace cuando estamos perdidos, nos secuestran o nos quedamos atrapados en

el fondo de un pozo que se está llenando rápidamente de agua.) Pero, evidentemente, estaba harta de nosotros dos.

—¿En qué estabais pensando? —nos recriminó—. Son los *Pitch*. Él es un *vampiro*.

—Pero eso no te echó atrás el día que intentaste ligar con él en el Bosque Velado —le dijo Penny.

—Eso solo pasó *una* vez —dijo Agatha—. Y fue un capricho adolescente.

—¿Lo fue? —pregunté.

—Solo quería darle un beso; ¡no estaba conspirando contra el Hechicero!

—¿En serio? —ni siquiera era capaz

de decidir de quién tenía celos en esa situación.

De ambos, supongo.

—¡No estamos conspirando contra el Hechicero! —sostuvo Penny—. Estamos conspirando… a espaldas de él.

—Lo único que yo sé —dijo Agatha —, es que no sabéis *qué* estáis haciendo.

Me preocupó que tuviera razón.

Todo está del revés: cooperar con Baz, ocultarle secretos al Hechicero. ¿Qué diría Agatha si se enterara de que nos hemos enrollado?

Ni siquiera eres gay, Simon.

Me froté los ojos con las manos.

—En realidad, la profecía no dice que Simon tenga que hacer caso al Hechicero en todo —continuó Penny—. Dice que él está aquí para salvar el *mundo de los Hechiceros*. Eso incluye a la madre de Baz… —se dio media vuelta para mirarme—. Simon, ¿estás bien?

—Me duele la cabeza —respondí.

Ni siquiera eres gay, me diría, *y ni siquiera está vivo.*

—¿Quieres que intente que desaparezca? —ofreció Penny, inclinándose hacia atrás entre los asientos.

—¿La cabeza?

—No, el dolor.

—¡Por Merlín! No. Estaré bien.

Ni siquiera eres gay, ni siquiera está vivo y ni siquiera es la peor parte de esta historia. ¿Qué diría el Hechicero?

—No es vuestro trabajo resolver asesinatos —dijo Agatha—. No sois policías.

—Bueno, *ese es* un concepto interesante —dijo Penny—. El del cumplimiento mágico de la ley. También me gustaría que existiera la asistencia social mágica. Y un departamento de salud y bienestar.

—Los Hombres del Hechicero son la policía —aclaró Agatha.

—Los Hombres del Hechicero son

una especie de guardia personal.

—¡Tu propio hermano es uno de ellos! —gritó Agatha, echándose sobre el volante.

—Ya lo sé —gritó Penny en respuesta—. ¡Necesitamos reformas desesperadamente!

—¡Pero el Hechicero es el Gran Reformador!

—Ah, cualquiera puede denominarse así. Además, Agatha, sé que piensas que el Hechicero es un recaudador de impuestos entrometido que le tiene manía a la clase alta. Te he escuchado decirlo.

—Eso es lo que piensa mi madre —dijo Agatha—. Aun así, es *el Hechicero*.

—¡Para! —le ordené—. ¡Al arcén!

Penny se giró para mirarme.

—¿Estás bien? ¿Tienes ganas de vomitar?

—No —respondí—. Solo necesito salir. Por favor.

Agatha llevó el coche a un costado de la carretera levantando una nube de polvo y grava, y luego se giró en su asiento para mirarme.

—¿Qué pasa, Simon?

—Necesito volver.

—¿Por qué?

Apoyé la mano en el tirador de la puerta.

—Yo… Se me ha olvidado algo.

—Seguramente pueda esperar —

respondió.

—No, no puede.

—Entonces, te llevaré de vuelta.

—*No*.

—Simon —dijo Penny en tono serio —, ¿qué está pasando?

Abrí la puerta.

—Necesito volver y asegurarme de que Baz está bien.

—Baz está perfectamente —insistió Agatha mientras yo salía del coche.

—¡No está bien! Acabamos de descubrir que estuvo encerrado en un ataúd durante seis semanas.

Se reclinaron la una hacia la otra entre los asientos delanteros, pero se dieron la vuelta para gritarme.

Penny:

—¡*Pero ahora* está bien!

Agatha:

—¡Vuelve al coche!

Apoyé la mano en la puerta y me incliné para poder verlas.

—No debería estar solo ahora mismo.

—¡No lo está! —dijeron ambas.

—Debería mantenerle vigilado —me volví a incorporar.

—Te llevaremos de vuelta —dijo Agatha.

—No, no. Llegaréis tarde a la cena de Nochebuena. Marchaos —cerré la puerta, me di media vuelta y comienzo a correr de inmediato.

Nunca imaginé que la gente rica realmente comiera así. En una mesa enorme cubierta con un mantel rojo y dorado. Con gruesas servilletas de tela decoradas con flores de Pascua. Con bandejas de servicio con pesadas tapas de plata.

No me sorprendería que la gente rica en realidad *no* viviera así, pero que los Pitch lo hagan solo por mantener la parafernalia. Si así celebran la Nochebuena, ¿qué habrán planeado para mañana?

—Perdón por llegar tarde, madre —dice Baz, apartando una silla de la mesa.

—Qué agradable sorpresa, señor Snow —comenta su padre. Me está sonriendo, pero de un modo que me hace arrepentirme de mi decisión de haber vuelto.

—Gracias, señor. Espero no molestar.

La madrastra de Baz también sonríe.

—Claro que no —no sé si lo dice en serio o solo está intentando ser simpática.

—Le he invitado yo —le dice Baz a su padre—. No tiene ningún lugar donde pasar la Navidad.

No estoy seguro de si está siendo grosero conmigo o si lo hace simplemente para disimular. No soy

capaz de interpretar la expresión de ninguno de los rostros de sus familiares: hasta el bebé parece, sencillamente, aburrido.

Pensaba que quizá vendrían otros miembros de la familia a pasar las fiestas, algunos Grimm y Pitch, pero aquí solo están los padres y los hermanos de Baz. Hay una niña un poco mayor, Mordelia, y luego dos niñas pequeñas, que quizá sean gemelas. No estoy seguro de qué edad tienen: la suficiente para sentarse solas y mordisquear muslitos de pavo. Y un bebé sentado en una elegante trona tallada, que golpea un sonajero contra su bandeja. (¿Será un niño o una niña?)

Todos se parecen a la madrastra de Baz: tiene el pelo moreno, pero no negro, como el de Baz, las mejillas redondas y una boquita como la de Billie Piper, que no termina de cerrarse sobre sus incisivos. No parecen demasiado peligrosos, para ser hermanos de Baz e hijos de su padre. Penny dice que los Grimm están menos metidos en política y son menos mortíferos que los Pitch, pero el padre de Baz parece una víbora vestida con un traje de raya diplomática; incluso su pelo blanco como la nieve resulta intimidante.

—¿Relleno? —me pregunta Baz, pasándome una bandeja.

Parece que el servicio tiene el día libre hoy. (He contado al menos cuatro sirvientes desde que llegué aquí: Vera, dos señoras de la limpieza y un hombre que trabaja fuera quitando la nieve de los caminos.)

Me sirvo una gran cucharada de relleno de castañas y noto que casi no hay nada en el plato de Baz. Las bandejas y las fuentes pasan dos veces alrededor de la mesa, y él simplemente me las pasa a mí: me pregunto si tendrá algún desorden alimenticio.

Yo como por los dos.

La comida de esta casa es aún mejor que la de Watford.

—¿Alguna vez has creído en Papá Noel? —me pregunta Baz.

Está colocando mantas y almohadas para mí en su sofá. Las ha subido su madrastra después de que Baz le explicara que yo no quería dormir en el cuarto de visitas.

—Le dan miedo los fantasmas —dijo.

El comentario provocó las risas de sus hermanas pequeñas. Estaban impacientes por irse a dormir para que pudiera llegar Papá Noel.

—¿Has avisado a Papá Noel de que ibas a estar aquí? —me preguntó Mordelia—. ¿Para que pueda mandarte

tus regalos?

—No, no le he avisado —le respondí—. Debería haberlo hecho.

—No creo —respondo ahora a Baz —. Bueno, a veces, en la casa llevaban a alguien disfrazado de Papá Noel y nos daban algún detallito de regalo, pero no recuerdo que creyera en él. ¿Y tú?

—Yo sí creía en él —dice Baz—. Y, entonces, el año después de la muerte de mi madre, no vino… —me lanza una almohada y se dirige hacia una cómoda alta de madera—. Creí que me había portado muy, muy mal. Pero ahora creo que mi padre sencillamente estaba deprimido y se olvidó de la Navidad. Fiona apareció más tarde ese día con un

enorme Paddington de peluche.

—¿El oso?

—El oso Paddington no tiene nada de malo. Ten —está sacando un pijama de la cómoda, un pijama suyo. Lo cojo. Luego se sienta al pie de su cama y se apoya en una de las columnas.

—Así que… has vuelto.

Me siento a su lado.

—Sí.

Aún lleva puesto su traje verde oscuro. Se ha engominado el pelo hacia atrás para la cena; hubiera preferido que no lo hiciera. Le queda mejor cuando lo lleva suelto y le cae sobre el rostro.

—Podemos ir a hablar con los cenutrios mañana —dice.

—¿En Navidad? ¿Los cenutrios celebran la Navidad?

—No lo sé —inclina la cabeza—. En realidad, no los conocí demasiado bien. Según los libros, no hacen mucho más que comer y mantenerse calientes.

—¿Qué comen los cenutrios? —pregunto.

—Por lo que se sabe, comen escombros —dice—. Aunque puede ser que solo los mastiquen.

—¿Crees que Penny tiene razón? ¿Que fue el asesino de tu madre quien contrató a los cenutrios?

Baz se encoje de hombros.

—Tendría mucho sentido; y Bunce *suele tener* razón.

—¿Estás seguro de que vas a poder enfrentarte a volver allí?

Baja la mirada a sus rodillas.

—Prefiero ir a ver a los cenutrios que volver con Nicodemus, y esas son nuestras únicas dos pistas.

—Sigo pensando que ojalá supiéramos el motivo… —digo—. ¿Por qué alguien tendría intención de hacerle daño a tu madre?

—No estoy seguro de que fuera *intencionado* —rectifica Baz—. ¿Y si el objetivo era la guardería, y no mi madre? Era imposible saber que sería ella la que acudiría. Tal vez los vampiros querían llevarse a los niños; quizá querían convertirnos a todos —se

frota la longitud del muslo con la mano. Sus piernas son más largas que las mías; de ahí viene su altura.

—No soy un muy buen novio —le digo.

Baz apoya la mano en la pernera de los pantalones y la estira. Se sienta más erguido.

—Lo entiendo, Snow. Créeme. No estoy planeando nuestra próxima miniruptura, ni siquiera voy a contarle a nadie lo nuestro.

—No —le digo y me giro ligeramente hacia él—. No me refería a eso. Quiero decir que… siempre he sido muy mal novio. Por eso Agatha rompió conmigo. Básicamente me limitaba a

hacer lo que creía que ella quería que hiciera, pero siempre lo interpretaba mal y ella nunca fue mi prioridad. Ni una sola vez en tres años he tenido la sensación de estar haciendo las cosas bien.

—Entonces, ¿por qué seguíais juntos?

—Bueno, yo no iba a romper con *Agatha*. No era *su* culpa.

Otra vez está deslizando la mano a lo largo de la pierna. Me encanta Baz entero con este traje.

—Solo digo —le digo, girándome un poco más— que no sé cómo ser tu novio. Y no creo que eso sea lo que quieras de mí.

—Muy bien —dice—. Entendido.

—Y sé que piensas que estamos condenados, como Romeo y Julieta.

—Absolutamente —les dice a sus rodillas.

—Y no creo que sea gay —digo—. Bueno, tal vez lo sea, al menos en parte, la parte que parece predominar ahora mismo…

—A nadie le importa si eres gay —dice Baz fríamente.

Ahora estoy sentado de lado, delante de su perfil. Tiene los ojos entrecerrados y la boca tensa en una línea recta.

—Lo que te estoy diciendo es que… —mi voz se atenúa. Esto se me da fatal

—. Me gusta mirarte.

Clava los ojos en mí y baja las cejas, pero no gira la cabeza.

—Me gusta esto —continúo—. Todo lo que hemos estado haciendo.

Me ignora.

—*Tú* me gustas —digo—. Y ni siquiera me importa no gustarte: estoy acostumbrado, de hecho, no sabría qué hacer si te gustara. Pero *tú* me gustas. Baz, me gusta *esto*. Me gusta ayudarte. Me gusta saber que estás bien. Cuando no volviste a la escuela en otoño, cuando estabas desaparecido… Pensé que me iba a volver loco.

—Pensaste que estaba conspirando contra ti —dice.

—Sí —respondo—. Y te eché de menos.

Sacude la cabeza.

—Estás fatal…

—*Lo sé*. Y, aun así, quiero esto, si me permites tenerlo.

Baz finalmente se gira para mirarme.

—¿Qué es *esto*, Snow?

—*Esto* —respondo—. Quiero ser tu novio. Tu peor novio.

Enarca una ceja y me mira fijamente, como si acabara de darse cuenta de que nunca tendrá tiempo suficiente para descubrir por qué estoy fatal.

Alguien llama flojito a la puerta.

Baz se levanta, se alisa el traje y se dirige hacia la puerta. La abre y se

inclina para recoger una bandeja, luego la lleva a su cama. En la bandeja hay una jarra de leche y un plato a rebosar con los restos de la cena.

—¿Quién ha traído esto? —pregunto.

—Mi madrastra.

—¿No era más fácil comer durante la cena?

—No me gusta comer delante de otras personas.

—¿Por qué no?

—¿Por qué haces tantas preguntas?

—¿Tienes anorexia?

—No, Snow, no tengo anorexia; ¿sabes siquiera qué significa tener anorexia? —se sienta en la punta más

alejada de su cama y coge una servilleta de la bandeja, desdoblándola con una sacudida—. Me crecen los colmillos cuando como —responde—. Se nota mucho.

Avanzo a cuatro patas por la cama para sentarme a su lado.

—La otra noche, cuando comiste delante de mí, no me di cuenta.

—Bueno, no eres muy observador, ¿verdad?

—O igual es que no se nota tanto como crees.

Baz alza los ojos para mirarme y sus mejillas parecen más llenas de lo normal.

Entonces, sonríe y los veo: dos

largos colmillos blancos que tratan de asomar entre sus labios.

—*Alucinante* —murmuro mientras intento verlos más de cerca. Me empuja hacia atrás, pero no muy lejos—. Abre otra vez la boca —le pido—. Déjame verlos.

Suspira y repliega los labios: sus colmillos son *enormes*. Y parecen muy afilados.

—¿De dónde salen? Quiero decir, ¿dónde desaparecen cuando no los estás usando?

—No lo sé —habla como si estuviera usando ortodoncia.

—¿Los puedo tocar?

—No. Son afilados y venenosos.

—Me parece increíble que haya una parte de tu cuerpo que crece cuando lo necesitas. Eres como un mutante.

—Soy un vampiro —rectifica Baz —. Y, ¿te has escuchado diciendo lo que acabas de decir?

Me recuesto.

—Sí.

Espero ver cómo se enfada, y sí, pero también parece estar sonriendo. Sus labios se curvan alrededor de sus colmillos.

Le paso el plato: pavo, relleno, beicon, mucha salsa. Lo coge.

—¿Sigues teniendo hambre, Snow?

—Podría comer algo.

—Pues sírvete —me pasa un tenedor

y se queda con la cuchara. El pavo está tan tierno que puede partirlo perfectamente con ella. Come una buena cucharada y veo toda la longitud de sus colmillos.

—Alucinante —digo de nuevo.

Baz sacude la cabeza.

—Eres un idiota —dice con la boca completamente llena. Mira su plato—. Pero puedes tener… *esto*. Si lo quieres.

Sí lo quiero.

68
AGATHA

Tardo tres horas conduciendo en volver a Londres. Penelope lanza el hechizo **¡El tiempo vuela!,** pero ninguna de las dos nos estamos divirtiendo, así que no funciona.

Me siento tentada de conducir directamente a Watford para contárselo todo al Hechicero, pero mis padres esperaban que estuviera en casa hace más o menos tres siglos y, sinceramente, no me reconforta la idea de ir a hablar yo misma con el Hechicero. No es

precisamente una persona accesible. Siempre va vestido como Peter Pan y lleva una espada. En serio, siempre. Una vez se presentó en la puerta de nuestra casa en mitad de la noche con su propia oreja en la mano. Mi padre se la tuvo que volver a coser.

Conozco al Hechicero desde antes de entrar en la escuela; mi padre y él llevan juntos en el Aquelarre desde siempre. Pero no creo que el Hechicero sepa siquiera cómo me llamo. Nunca le he escuchado decir mi nombre. En realidad, nunca me dirige la palabra.

Penny dice que es sexista, pero la verdad es que el Hechicero prácticamente no se dirige a nadie en

Watford. Ni siquiera a Simon. No entiendo por qué tanto empeño en ser director de la escuela; ¿le caerán bien los niños, al menos?

Quizá ese fuera el motivo por el que Lucy le dejó.

O quizá es tan imbécil precisamente *porque* ella le dejó y nunca lo superó.

Todavía tengo la foto en el bolso. Espero que la madre de Penny no se dé cuenta de que se la he robado. *En realidad,* lo que espero es que no se lo cuente a mis padres.

Tuve una fase cleptómana cuando tenía catorce años y estuve castigada un verano entero cuando mis padres encontraron mi alijo de delineadores de

ojos y pintauñas sin abrir.

—Podemos comprarte maquillaje, si quieres —dijo mi padre.

—¿No has usado magia? —preguntó mi madre—. ¿Los robaste, sin más? —y luego dijo—: Ay, Agatha, pintauñas morado. Qué vulgar.

Penny solo me permite ignorarla durante veinte minutos más o menos antes de explotar.

—¡Pensaba que querrías que contáramos contigo, Agatha!

—No es verdad —respondo.

—¡Lo pensaba de verdad! Hubiera jurado que echabas de menos a Simon. Hubiera jurado que estabas triste. ¿De verdad me estás diciendo que preferías

que te dejáramos fuera de todo esto y te ignoráramos durante el resto del curso?

—¡No!

—¿Entonces qué, Agatha? ¿Qué quieres?

—Quiero que seamos amigos —respondo—, pero no quiero que seamos… compañeros de lucha. ¡No quiero tener reuniones clandestinas! ¡Solo quiero quedar, pasar el rato! Preparando galletas y viendo la tele. ¡Haciendo cosas normales de amigos!

—¿Se supone que debemos ver la tele mientras Simon lucha contra el Humdrum? ¿Y a Baz le secuestran los cenutrios?

—¡No! —me inclino hacia delante,

haciendo presión contra el volante—. ¡En la situación hipotética que describo, nada de eso estaría pasando!

—Pero *está* pasando.

—Bueno, entonces, sí, creo que preferiría quedarme en casa. Porque, en realidad, no puedo hacer nada para ayudar. ¿Cuándo hemos sido de alguna ayuda, Penelope? Es decir, ayuda *de verdad*. Solo somos… testigos. Y rehenes. Y futuros daños colaterales. Si estuviéramos en una película, uno de nosotros moriría mientras Simon es testigo. Para eso es para lo único que servimos.

—¡Habla por ti! —grita.

—¡Eso haré! —grito a mi vez en

respuesta.

Aunque ninguna vuelve a decir nada durante el resto del viaje.

Dejo a Penny en su casa, y sigue tan enfadada que, cuando sale, cierra la puerta del coche con un portazo. Llego *muy* tarde, pero mis padres están tan ocupados preparándose para la fiesta que, cuando entro, ni se dan cuenta.

Todas las Nochebuenas hacen una fiesta itinerante. Empieza en una casa, luego pasa a la siguiente, luego a la siguiente…, hasta que todo el mundo está tan borracho que tienen que hechizar los coches para que los lleven

de vuelta.

Se supone que, todos los años, Simon y yo saludamos a los invitados cuando llegan; luego nos escondemos en el salón y vemos la tele y comemos aperitivos hasta que nos quedamos dormidos al lado de la chimenea.

Salvo una vez, hace cuatro años, cuando nos escapamos a hurtadillas en Nochebuena para buscar el rastro de unos hombres lobo en el Soho. Habían robado una llave, o una joya, no me acuerdo qué mierda era. ¡No había pasado tanto frío en mi vida! Casi morimos en la puerta de los almacenes Liberty y, luego, cuando por fin terminó todo, Penny nos obligó a que

siguiéramos al raso para recolectar pelo de hombre lobo y poder hacer uno de esos monstruosos talismanes contra los dolores premenstruales. Yo le di el mío a mi gato. Espera…, la piedra lunar. Eso era, los hombres lobo robaron *la piedra lunar*. Qué montón de tonterías. Gracias a la magia, regresamos antes de que mis padres volvieran a casa.

(¿Se lo debería contar a mi madre? ¿Lo que sé? ¿Lo que Simon está tramando?) (No. A Simon no le pasará nada. A Simon nunca le pasa nada. Y a Penny le encantará presumir de sus aventuras con los cenutrios. Quizá Baz sea su nuevo compinche. ¡Diviértete con tu amigo el vampiro, Simon! Te ha

salido genial conseguir que tu vida sea más estúpida y peligrosa.)

—Creo que puedes acompañarnos esta noche —dice mi madre. Helen y ella, nuestra asistenta, lo están preparando todo. Nuestra casa es la primera en el circuito de fiestas de este año—. Como ya no tienes a Simon para entretenerte…

—*Mamá*…

—No te quejes, Agatha —dice mi padre mientras arranca la pinza de un cangrejo que está en una bandeja. Está hablando por teléfono con un paciente —. No, no, te estoy escuchando, Balthazar, pero todo parece bastante normal. No, no me refiero a no-mágico;

me refiero a dentro de lo normal.

Suspiro y sigo a mi madre hacia la cocina.

—Pero no voy vestida para la fiesta.

—Bueno, pues arréglate.

—Mamá, estoy hecha polvo.

Se apoya en la nevera.

—Pues ya puedes ir reponiendo fuerzas. Entonces, ¿Simon se pasará mañana?

Frunzo el ceño y jugueteo con una bandeja de cócteles de langostinos.

—No creo…

Ya le había dicho que Simon iba a pasar la Navidad en Watford, pero por algún motivo se le ha metido en la cabeza que tiene que venir a casa el día

de Navidad. Supongo que es una tradición.

Quizá debería sentirme culpable por haberle retirado la invitación. Pero, en realidad, no lo he hecho. Esta noche, he intentado que volviera.

Mi madre se levanta y sostiene una brillante gelatina en capas.

—Creo que es bueno que pase las fiestas con el Hechicero —dice—. Por lo que yo sé, el Hechicero suele pasar las Navidades solo en Watford. Una vez me dijo que las festividades estaban demasiado llenas de buenos augurios como para desperdiciarlos con fiestas.

—¿Qué significa eso? —pregunto.

—Bah, yo qué sé —responde y le

pasa la gelatina a Helen—. Espero que Simon no termine ayunando a la luz de la luna. Tendremos que atiborrarle a golosinas mañana.

—Augurios… —repito—. ¿Por qué el Hechicero es tan extraño?

—No digas eso, Agatha. No seas traidora.

—No lo soy, solo me pregunto si siempre habrá sido así.

—No sabría decirte —responde—. La verdad es que nunca nos movimos en los mismos círculos. Ni siquiera me acuerdo de cómo era en la escuela.

Me estiro para alcanzar un langostino, pero Helen me aparta la bandeja.

—¿Tienes recuerdos de la escuela de los Bunce? —le pregunto a mi madre.

—¿De cuál?

—De cualquiera de los dos.

—Martin y Mitali estaban unos cuantos cursos por debajo de mí —responde mi madre. Está sacando otro pudín: un enorme bizcocho con frutas y nata—. Pero, ahora que lo pienso, ¿no tienen un hijo mayor que tú? Empezaron a reproducirse demasiado pronto: me temo que eso es influencia de la sangre Bunce. Fui compañera en Watford de una *camada* de Bunces: ninguno de ellos tenía suficiente poder para estar en la escuela. Eso pasa, ya sabes, en las familias grandes: la magia se diluye.

Mi madre está obsesionada con el poder mágico: quién tiene, quién no. *Ella* no tiene. No mucho, al menos. Culpa a su propia madre por casarse con alguien de una clase inferior: «Mi padre no era capaz ni de encender una cerilla en medio de una tormenta».

En términos mágicos, yo soy del montón. No soy Simon. Ni Baz. Ni Penelope. Pero saco buenas notas en mis asignaturas.

Sé que mis padres no tuvieron más hijos después de tenerme a mí por eso; no querían que mi magia se diluyera, aunque mi padre dice que lo de que los hermanos se dividan la magia es una antigua superstición.

También sé que mis padres esperan que me case con alguien más poderoso que yo para que la familia recupere su poder.

Antes de empezar a salir con Simon, salía en secreto con un chico Normal: Sacha. Si mi madre se hubiera enterado, me habría encerrado en una torre. (Probablemente me hubiera quitado el caballo.) Me pregunto qué será de Sacha ahora…

—¿Así que no conociste a sus amigos? —pregunto—. La profesora Bunce mencionó a alguien, una tal Lucy… Nos enseñó una foto.

—¿Lucy Day?

—No estoy segura…

—¿Lucy McKenna?

—Era la mejor amiga de la profesora Bunce —aclaro—. Con el pelo rubio, color caramelo, hasta la cintura. Con un *look* como bohemio.

—Querida —responde mi madre mientras ayuda a Helen a levantar el bizcocho—, ese era el estilo de cualquier chica en los noventa.

—Se parecía a Emma Bunton, de las Spice Girls —aclaro—, pero con hombros anchos.

—Ah, Lucy *Salisbury*. Conjuros del infierno, hacía años que no pensaba en ella —mi madre se detiene delante del frigorífico y pone los brazos en jarras.

—¿Te acuerdas de ella? —pregunto.

—Sí, de ella, sí. Ella era cinco o seis años más joven que yo, pero su familia iba al club. Cielo, tú misma conoces a la señora Salisbury. Cantó *Black Maria* conmigo. Vendrá a la fiesta esta noche.

Conozco a la señora Salisbury. Debe de tener la edad de mi abuela, pero se relaciona con el grupo de amigos mi madre. Cuenta chistes verdes y siempre anima a todo el mundo a que repita de tarta.

—¿Crees que hablaría conmigo sobre su hija?

—¡Santa magia!, Agatha, no. Qué cosas dices. Todo el mundo sabe que lo de su hija fue un escándalo. ¡Y su hijo

era un fracasado!

—¿Qué tipo de escándalo?

—Lucy se escapó de casa unos cuantos años después de terminar en Watford. Era el orgullo de los Salisbury, pero luego se escapó con un hombre. Me contaron que era un Normal. Quizá incluso era un estadounidense. Ruth, la señora Salisbury, se derrumbó en un evento caritativo, una competición de bolos para ayudar a los tartamudos, y le confesó a Natalie Braine que le preocupaba que hubiera un hijo de por medio. *Un hijo ilegítimo*. Esa fue la última vez que Ruth habló sobre eso. Y nadie ha visto a Lucy, no en nuestro mundo, al menos, desde la escuela.

—¿Lucy desapareció? —pregunto.

—Peor aún —dice mi madre—. Escapó. De la magia. ¿Puedes imaginártelo?

—Sí —y luego digo—. No.

Mi madre se sacude unas migas imaginarias de las manos.

—Cámbiate, cielo, los invitados empezarán a llegar en cualquier momento.

Empiezo a salir de la cocina y mi madre me pasa una pila de servilletas bordadas a mano para que se las dé a Helen de camino al comedor. Se las tiendo a nuestra asistenta sin decirle nada. Estoy demasiado ocupada pensando…

—Yo conocí a Lucy Salisbury —dice Helen—. Fuimos juntas a la escuela.

Es muy propio de Helen esperar hasta que mi madre no esté en la habitación para hablar conmigo. Mi madre prefiere mantener una relación más formal, pero Helen siempre me ha tratado como si fuéramos familia. (No familia cercana, más como a una sobrina; creo que en realidad prefiere a Simon.)

—Lucy era unos años mayor —dice Helen—. Todas las chicas de mi generación nos volvimos locas cuando supimos que se había escapado. Pensábamos que era muy romántico. ¡Y

aterrador!

—¿De verdad se escapó?

—Eso fue lo que nos contaron. Conoció a un hombre y cogió un avión a California.

—¡California!

—Solía pensar en ella —dice Helen —, con aquella larga melena rubia, tumbada en la arena.

Me meto en la cama sin cambiarme la ropa de fiesta y saco la foto robada, la sostengo delante de mí.

Lucy Salisbury huyó de la magia.

Estaba saliendo con el mago vivo más poderoso, el tipo que muy poco

tiempo después quedaría a cargo de nuestro mundo, y, simplemente, huyó.

La profesora Bunce comentó que era una maga poderosa por méritos propios. Pudo haber sido la Primera Dama de la magia. O quizá pudo haber gobernado al lado del Hechicero. *Y huyó*.

¿*Hubo* un bebé? ¿Se lo llevó consigo?

Quizá lo esté criando en el mundo de los Normales. Tal vez sea el regalo que Lucy Salisbury se hizo a sí misma y a su hijo: no tener que crecer en medio de toda esta mierda. No tener al Hechicero como padre y un mundo en guerra como herencia.

Ese niño se libró.

Y Simon quedó atrapado en su lugar.

69
LUCY

Era feliz.

Le quería.

Y siempre era más bondadoso que malvado.

Creo que todavía sigue siendo más bondadoso que malvado. Solo pretende demostrar qué cantidad de ambas cualidades puede albergar una persona.

Estuvimos juntos en la época en que dejamos Watford. Davy tenía una casa de campo que había heredado de su abuela, y me fui allí con él. Mentí a mis

padres, a ellos nunca les gustó Davy.

En esos días, pasaba casi todo el tiempo leyendo y escribía cartas y panfletos que enviaba a los eruditos de la magia.

Nunca tenía ganas de ver a sus amigos ni de salir. Recuerdo que una vez fuimos a Londres a cenar con Mitali y Martin, para conocer a su bebé. Me puse una falda larga de estilo campesino y lancé un hechizo para trenzarme flores en el pelo, y estaba tan contenta de verlos… De ver a Mitali…

Al principio estuvo bien. Bebimos vino tinto y yo me hice un ovillo en una enorme silla de mimbre estilo Papasan. Y Davy comenzó a hablar con Mitali

sobre el Aquelarre; ella estaba intentando acceder a un puesto.

—No vas a cambiar nada —decía Davy—. Nada cambiará.

—Ya sé que piensas eso —respondió ella—. He leído tus artículos.

—¿En serio? —eso le animó. Se inclinó hacia delante en su silla, apoyando la copa de vino entre sus rodillas—. Entonces, ya sabes que la única respuesta es la revolución.

—Sé que las cosas solo mejorarán si las buenas personas luchan por lo importante.

—¿Y crees que el Aquelarre se preocupa por «las buenas personas» y «lo importante»? ¿Crees que a Natasha

Grimm-Pitch le importa tu idealismo?

—No —respondió Mitali—. Pero si estoy en el Aquelarre, tendré tantos votos como ella.

Davy se rio.

—En el Aquelarre, los apellidos no han cambiado en doscientos años. Solo las caras. También deberían grabar «Pitch» en la silla del director de Watford. Lo único que les preocupa, si a alguno le preocupa algo, es proteger su propio poder.

Mitali no se sentía intimidada. Con sus vaqueros de campana y su chaqueta de terciopelo de colores, con el pelo cayéndole sobre los hombros en una maraña de rizos oscuros, *ella* era la

única que parecía una radical.

—Protegen todo nuestro poder —respondió—. Todo el mundo de los Hechiceros.

—¿En serio? —dijo Davy—. Pregunta a Natasha Grimm-Pitch sobre las tasas de suicidio entre los magos de rangos inferiores. Pregunta a tu Aquelarre qué hace para luchar contra las enfermedades de los elfos o cualquier otra dolencia mágica que no afecte a sus propios hijos e hijas.

—¿Cómo va a ayudar a los elfos la revolución? —resopló Mitali—. ¿Cómo nos va a ayudar acabar con siglos de tradición y conocimiento institucional?

—¡Nos fundamentaremos sobre

tradiciones mejores! —gritó Davy. No creo que se diera cuenta de que estaba gritando.

—¿Escribiremos nuevas normas con sangre?

—¡Si es necesario, sí! Sí, Mitali, ¿te asusta?

Nos fuimos poco después de eso. Dije que me dolía la cabeza.

Davy aún estaba colorado por el vino, pero no me hubiera dejado conducir. No se dio cuenta de que le lancé el hechizo **Mantener el rumbo** desde el asiento del copiloto.

Después de aquello, no volvimos a

Londres.

Casi nunca salíamos de la casa de campo. No teníamos teléfono ni televisión. Le compré dos gallinas a un granjero que encontré en la carretera y las hechicé para que no se escaparan. Escribía largas cartas a mi madre. Todo lo que escribía era mentira. Davy pasaba casi todos los días encerrado con sus libros.

Yo decía que eran *sus* libros, pero los robó de Watford. Volvía y robaba más si los necesitaba. Era tan poderoso que prácticamente se podía hacer invisible.

A veces, Davy se iba unos cuantos días a una hora concreta para reunirse

con otros activistas mágicos. Pero volvía más desalentado de lo que se había ido.

Renunció a la revolución. Nadie leía sus artículos.

Renunció a todo menos al Gran Hechicero. Creo que Davy debía de ser el mayor erudito sobre Grandes Hechiceros de toda la historia de la magia. Se sabía de memoria todas las profecías. Las escribió en las paredes de piedra de nuestra casa de campo y subrayó sus frases.

Cuando le llevaba la comida, a veces me pedía opinión. ¿Qué me parecía que significaba *esta* metáfora? ¿Había considerado *tal* interpretación?

Recuerdo una mañana en concreto que le interrumpí para llevarle huevos y avena. ¡Por Crowley!, comíamos demasiada avena, que también daba como alimento a las gallinas.

Se puede multiplicar la comida con magia, se puede hacer comida con almohadas y velas. Se puede invocar a las aves para que bajen del cielo y atraer a los venados para que vengan a los campos. Pero a veces no hay nada con lo que hacer magia.

A veces, simplemente, no había nada.

—Lucy —me dijo. Tenía los ojos encendidos. Se había pasado toda la noche despierto.

—Buenos días, Davy. Come algo.

—Creo que lo he resuelto —me rodeó la cadera con el brazo y me acercó a su silla con un leve tirón. En aquel momento, le quería—. ¿Y si los oráculos tienen la misma visión una y otra vez porque no son profecías? ¿Y si fueran instrucciones? *Lucy,* ¿y si su función fuera guiarnos hacia el cambio, en lugar de presagiarlo? Y aquí estamos, esperando a que nos salven, ¡cuando las profecías nos indican cómo salvarnos a nosotros mismos!

—¿Cómo?

—Con el Gran Hechicero.

Se marchó de nuevo. Volvió con más libros.

Volvió con tarros con aceite y sangre que no era roja. No estoy segura de cuándo dormía: conmigo no, desde luego.

Yo salía a dar largas caminatas por el campo. Pensaba en escribir cartas a Mitali, pero sabía que vendría volando en una escoba si le contaba la verdad, y yo no estaba lista para irme.

Nunca quise dejar a Davy.

Gran parte de esto es culpa suya: quiero que estéis enfadados con él.

Pero nunca le pedí marcharme.

Nunca quise que me dejara marchar.

Pensaba… Pensaba que lo que fuera que estuviera por llegar, sería mejor si estaba a su lado. Pensé que le ayudaba estar unido a mí. Como una cometa a una cuerda. Pensaba que, mientras yo estuviera ahí, no se dejaría llevar del todo.

Mató a mis dos gallinas.

Una noche, se metió en nuestra cama a cuatro patas: olía a barro y plástico quemado, y me levantó el pelo para besarme la nuca.

—Lucy.

Me giré. Estaba sonriendo. Parecía rejuvenecido, como si alguien le hubiera limpiado la amargura del rostro con un paño tibio.

—Lo tengo —dijo mientras me besaba las mejillas y, luego, la frente—. El Gran Hechicero, Lucy. Podemos traerlo.

Reí: estaba tan contenta solamente de verlo feliz. Estaba tan feliz de captar su atención.

—¿Cómo, Davy?

—Así.

Negué con la cabeza. No le entendía.

Se apretó contra mi espalda, besándome el cuello.

—Nosotros dos. Lo haremos.

Me siguió besando el cuello hasta el comienzo del camisón.

—¿Te refieres a tener un bebé, Davy?

Levantó la cabeza y sonrió.

—¿Quién mejor que nosotros? ¿Para criar a nuestro salvador?

LIBRO CUATRO

70
NICODEMUS

No quiere hablar conmigo. No lo ha hecho desde entonces. Va contra las reglas.

Las reglas no le preocupaban tanto cuando éramos niños. Las reglas las hacíamos nosotros, ¿verdad? Éramos tan brutos… Nadie podía detenernos.

Nunca olvidaré aquella vez que Ebeneza hechizó el puente levadizo para que descendiera y los tres pudiéramos ir al pueblo a emborracharnos. ¡Menuda cara puso la directora cuando

sorprendió a su propia hermana volviendo a hurtadillas y totalmente pedo! (Fiona nunca supo beber sidra.) La profesora Pitch estaba que echaba humo, de pie ahí en el prado, en bata y con una barriga de nueve meses.

Ebb se quedó sin varita —su bastón— durante una semana, porque había sido ella quien nos había sacado a escondidas. Pero, luego, a la noche siguiente, Ebb volvió a hechizar el puente para que descendiera con *mi* varita (podíamos usar cada uno la del otro sin problema). Menudos huevos tenía, joder.

Volvieron a pillarnos, claro está.

La cosa no era irse de rositas.

La cosa era demostrar que éramos jóvenes y libres y que estábamos llenos de magia.

¿Qué iba a hacer la profesora Pitch? ¿Expulsar a su propia hermana y a los dos magos más poderosos de Watford?

No iban a echar a Ebeneza: les preocupaba demasiado que se rebelara contra ellos. Que se diera cuenta de que con toda esa magia podía hacer muchas más cosas que pegar escritorios al techo o atraer hasta Watford a todos los perros peludos del condado, como si fuera el flautista de Hamelín.

Era consciente de lo que Ebb era capaz. De lo que yo era capaz.

Llego a nuestra calle y atajo por el callejón hasta el jardín, que está detrás. La puerta chirría. Llego con unos minutos de antelación (Ebb debe de estar dentro todavía.) Me dirijo hacia el sauce y me siento en el banco de mi madre.

Ojalá tuviera un cigarrillo.

Dejé de fumar cuando me transformé, hace ya casi veinte años. Pero ese mocoso Pitch me ha echado el humo a la cara y ahora me apetece otra vez.

Fi y yo solíamos liarnos nuestros propios cigarrillos con papel mentolado.

Ebeneza no quería tener nada que

ver con eso. Decía que el tabaco echaba a perder su magia.

—Tu hermana está tratando de mantenerse pura —decía Fiona, socarrona—. Como una atleta. Como Lady Di.

Nos entreteníamos metiéndonos con Ebb porque era virgen. Joder, es probable que aún lo siga siendo. (¿Meterle mano a otras chicas contará, siquiera?)

Se abre la puerta trasera y levanto la mirada. Pero no es Ebb. Es solo alguien —nadie a quien reconozca— que sale a fumar. Cierro los ojos e inspiro. Tener olfato de vampiro sirve para algo, al menos.

Ebb saldrá dentro de poco, caminará hacia el jardín y se apoyará en la verja. Y no me hablará a mí. Ese es el acuerdo. Esa es la regla.

Solo hablará.

Le contará al viento cómo le va. Le contará a la luna de Navidad todas las novedades de la familia. A veces, hasta hace magia. No para mí. Solo por el placer de hacerla. Todos los seres vivos vienen a saludar a Ebb, incluso en lo más crudo del invierno. El año pasado, un venado vino dando brincos por el callejón, como si nada, y apoyó la cabeza en las manos de Ebeneza. Lo acuchillé y lo dejé seco en cuanto Ebb volvió a meterse dentro. Yo creo que

ella sabía que lo haría, tal vez fue un regalo. Tal vez estaba tratando de que fuera *yo* quien se mantuviera puro, solo por un día.

Al final tuve que arrastrar el cadáver del venado kilómetro y medio, más o menos, antes de dar con un contenedor de basura lo suficientemente grande para que cupiera.

Ebb saldrá pronto. Y se pondrá a hablar. Y yo la escucharé. Yo nunca digo nada. Creo que a Ebb no le gustaría. Se parecería demasiado a una conversación. Sería casi como romper las reglas.

Además, ¿qué podría decirle? No tengo nada que contar y que a ella le

interese. Ninguna noticia que no vaya a hacerla vomitar. Lo único que Ebeneza realmente quiere saber es que sigo aquí. Tal como soy.

Generalmente, mi hermana habla sobre la escuela. Los terrenos, las cabras, los cabritos. De la ninfa por la que lleva suspirando desde sexto. No habla del Hechicero. A Ebb nunca le ha interesado la política. Espero que no se meta en sus asuntos, aunque una vez me contó que montó una buena bronca el día en que uno de sus lobos de mar se comió a una de las cabras que ella cuidaba.

Nunca he visto lobos de mar. Solo sé que existen por Ebb. Es el único animal que nunca le ha gustado, que yo sepa.

Dice que se impulsan para intentar caer sobre el puente levadizo. Que el puente tiembla mientras los niños y las cabras cruzan por él. Uno de los lobos de mar lo consiguió una vez (y estuvo arrastrándose por todo el prado, gruñendo, hasta que llegó Ebb y lo mandó de vuelta al agua con un hechizo). «Ahora los hechizo para que se queden dormidos cuando bajan el puente», me dijo. «Se hunden hasta el fondo del foso.»

Quienquiera que haya salido a fumarse un cigarrillo termina y vuelve a entrar, cerrando la mosquitera de un portazo.

Yo he llegado pronto. Pero Ebeneza se está retrasando. Mucho. Ahora mismo, estamos coqueteando con el amanecer.

Dentro de la casa ya no se oye ningún ruido. Los niños deben de estar en la cama. Ebb me ha contado que todos nuestros hermanos y nuestra hermanita ahora tienen niños. Nunca se me pasó por la cabeza tener alguno antes de transformarme. Ahora pienso en ello: Fi y yo, y un par de críos. Si hubiera sentado la cabeza conmigo, a su familia le hubiera dado un ataque. Supongo que no pensaba sentar la cabeza con nadie… Sé dónde está Fi. Si quisiera, haría que

nuestros caminos se cruzaran. Me imagino que *ella* tampoco quiere oír nada de lo que yo tenga que decir.

Ebb llega tarde.

A lo mejor se le ha olvidado.

No sería propio de ella. Nunca se le ha olvidado, durante todos estos años.

No puedo llamarla. Ni siquiera sé si ahora tiene teléfono móvil.

Me levanto y paseo de un lado a otro, bajo la copa del árbol. Por lo general, Ebb hace un hechizo para que nadie pueda verme.

Estoy un poco nervioso. Me acerco sigilosamente a la casa. Si alguien está despierto, debería poder oírlo. Adentro está oscuro. Una de las ventanas de la

cocina está rota, pero no alcanzo a oler la cena. Ebb dice que ahora ayuda a nuestra madre en la cocina. Jamón asado, imagino. Y pan y pudín de mantequilla. Ebb suele sacarme un plato.

Subo por la escalera trasera y echo un vistazo a través del vidrio de la puerta. No hay nadie en la cocina. No alcanzo a oír nada.

Retuerzo el pomo, sin esperar que gire. Pero lo hace y la puerta cede. Avanzo adentro, con cautela, sin saber si me estará permitido. Pero la casa me acepta y me quedo quieto durante un momento, en la cocina de mi madre, compadeciéndome de mí mismo.

Huelo a la niña antes de verla…

Está escondida detrás del umbral de la puerta, espiándome.

—¿Eres tú, tía?

—¿Tía? —respondo—. ¿Parezco la tía de alguien?

—Pensé que eras mi tía Ebb. Te pareces a ella.

Es pequeña, rubia y está vestida con un camisón rojo a cuadros. Debe de ser hija de mi hermana Lavinia. Vinnie no era mucho mayor que ella, la última vez que la vi.

—Soy de la familia —le digo—. Vengo a hablar con Ebb. ¿Me harías el favor de ir a buscarla? No se va a enfadar —no con la niña, al menos.

—La tía Ebb se ha ido —dice la

chiquilla—. Se marchó con el Hechicero. La abuela está llorando todavía. Ni siquiera hemos podido celebrar la Navidad.

—¿El Hechicero? —pregunto.

—El mismo —dice la chica—. Se lo escuché decir a todo el mundo. Mi madre dice que han detenido a la tía Ebb.

—¡Detenida! ¿Por qué?

—No sé. Me imagino que habrá roto alguna regla.

Me quedo mirando a la niña fijamente. Ella hace lo mismo conmigo. Me doy la vuelta y me dirijo hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —me grita.

—A buscar a tu tía.

71
SIMON

Me despierto hambriento.

Pero no me doy cuenta de que no soy *yo* quien tiene hambre hasta que ya estoy completamente despierto.

El aire está seco. Y pica. Pellizca la piel, me pellizca como si fueran agujas, me pincha.

Me siento en la cama y sacudo la cabeza. La sensación no desaparece. Respiro profundamente y el aire termina introduciéndose también en mis pulmones: como arena, como vidrio

esmerilado.

El Humdrum.

Echo una ojeada hacia la cama de Baz. Las sábanas y mantas están echadas a un lado. Él no está. Me levanto y salgo del cuarto, tambaleándome, y me quedo de pie en el pasillo, oscuro como la sangre.

—Baz —susurro.

Nadie responde.

Un mal presentimiento me lleva hasta el final del pasillo, bajando las escaleras, hasta la entrada principal de la mansión: el cielo nocturno y la nieve brillan tanto que la luz se cuela hasta el vestíbulo. Abro la puerta y corro hacia fuera, hacia la nieve.

La sensación es más fuerte aquí. Peor. Como si estuviera dentro de uno de los puntos muertos del Humdrum. Sin embargo, cuando invoco mi magia siento que aún está ahí: emerge hasta la superficie de mi piel y vibra en las yemas de mis dedos. Me llena la boca.

Trato de volver a enterrarla otra vez.

El hormigueo me guía hacia delante. (Debería volver dentro. Debería calzarme.) Me sorprendo a mí mismo corriendo hacia el bosque privado que se extiende a lo largo del costado de la casa de los Pitch como si fuera una cortina.

Llevo puesto el pijama de rayas rojas y doradas de Baz, los pantalones

mojados hasta los muslos. La sensación de hambre se vuelve más intensa a cada paso. Me succiona. Puedo sentir cómo mi magia se escurre, deslizándose por mi piel. La rama de un árbol se me queda enganchada al pasar y se prende fuego.

Sigo avanzando.

No sé adónde voy: nunca había estado en este bosque antes. Además, no hay espacio entre los árboles. No voy por ningún sendero, no hay ningún claro.

Cuando lo oigo reír, me detengo tan bruscamente que mi magia se vierte hacia delante y se me derrama a los costados.

Él está justo ahí, apoyado en uno de

los árboles.

Él. El Insidioso Humdrum.

Yo.

—Hola —dice, y lanza su pelota al aire. La coge al vuelo, me mira durante un instante, frunciendo el ceño, y luego guarda la pelota en el bolsillo de sus vaqueros.

—Puedes hablar —le digo.

—Ahora puedo, ahora puedo hacer todo tipo de cosas —mira hacia arriba, hacia la copa del árbol, y trata de alcanzar una de las ramas más delgadas; su mano la traspasa. Hace una mueca, molesto, y lo intenta otra vez. Esta vez su mano se cierra alrededor de la rama y la rompe. Después se vuelve hacia mí y

sonríe, como si tuviera que sentirme orgulloso de él.

—¿Por qué te pareces a mí? —grito. Esa sigue pareciéndome la cuestión más importante.

—A ti es a lo que me parezco, simplemente —se ríe—. ¿Por qué no tendría que parecerme a ti?

—Pero tú no eres yo.

—No —el Humdrum frunce el ceño —. Mírate. Cada vez que te veo eres distinto. En cambio, yo siempre tengo este aspecto —la rama está todavía en sus manos. La parte en dos, después la tira y camina hacia mí—. Tú puedes hacer muchas de las que yo no soy capaz.

Retrocedo hasta una maraña de ramas.

—¿Por qué estás aquí? ¿Qué quieres de mí?

—Nada —afirma—. Nada, nada, nada. Pero ¿qué quiere *él* de ti? Esa es la verdadera pregunta.

Oigo gruñir a alguien. Algo se mueve entre los árboles… Me gustaría poder ver mejor y, en cuanto lo deseo, mi magia se vuelve más luminosa: estoy brillando. El Humdrum se ríe otra vez.

—*¿Simon?* —llama alguien. Creo que es Baz, pero algo va mal: es como si le faltara la respiración o le doliera algo.

—¿Baz? ¿Estás bien?

—No, no… *¡Simon!*

Entonces veo a Baz delante de mí, a una distancia de unos seis metros, reclinado sobre un árbol. El Humdrum está ahora sentado sobre nuestras cabezas, en una rama baja, mirándonos. Baz tiene la cabeza agachada.

Avanzo corriendo.

—¡Baz!

Levanta la cara y hay algo en ella que tampoco está bien. La tiene contraída. Tiene los ojos dilatados y negros, y su boca está llena de cuchillos blancos. Los labios se han retraído para dejarles sitio.

Debería apartarme pero, en lugar de eso, me apretujo entre los árboles para

abrirme paso y tratar de llegar hasta donde está Baz. Es él quien se aleja de mí.

—Algo no va bien —dice—. Tengo hambre.

—Baz, tú siempre tienes hambre.

—No. Esto es diferente —agita la cabeza y los hombros, como un animal —. Te vi en el bosque —explica—. Hace apenas un momento. Pero eras joven, tenías el mismo aspecto que la primera vez que te vi —arrastra las palabras. Como si tuviera que empujarlas a la fuerza a través de los dientes—. Por un instante he pensado que estabas *muerto*. He pensado que eras una Aparición.

—No era yo —doy un paso hacia él —. Viste al Humdrum.

—Me tocaste —dice—. Me agaché y me pusiste la mano en la cara.

—No era yo —insisto.

—Y luego empujaste hacia mí —se tambalea hacia atrás para mantenerse alejado a un paso de distancia—. Como sueles hacerlo, Simon. Pero esta vez no era magia. Era un vacío. Metiste un vacío en mi interior, y todo lo demás tuvo que salir para hacerle espacio.

—Ya basta, Baz. Déjame ayudarte.

Sigue sacudiendo la cabeza. Durante un momento, me acuerdo de la dragona roja, balanceando la cabeza hacia atrás y hacia delante.

—Es fácil con las criaturas —dice el Humdrum. Ahora está de pie, detrás de Baz. Estira el brazo hacia él y presiona una mano sobre su encorvada espina dorsal—. Simplemente cojo lo que tengo y se lo doy a ellos.

Baz lloriquea y se retuerce hasta que su espalda queda arqueada.

—*¿Qué?* —le pregunto—. ¿Qué es lo que les das?

El Humdrum se encoge de hombros.

—Nada. Les doy un poco de mi nada.

Baz alza el rostro y me mira, todo pupilas y colmillos. Da un paso hacia delante.

—Simon, vete. Tengo hambre.

—Les doy un poco de mi nada —vuelve a decir el Humdrum—. Por eso se sienten atraídos hacia el más grande de todos los algos: *tú*. Y luego tú me das más nada. Es un buen juego.

Baz sigue acercándose a mí. Yo me mantengo firme.

—¡Huye, Simon! ¡Tengo hambre!

—¿De qué tienes hambre, Baz?

—¡De ti! —grita—. De magia, de sangre, de magia. De todo. *De ti. De magia.*

Mueve la cabeza de un lado a otro, tan rápido que la veo borrosa.

Hay un árbol entre nosotros, pero Baz lo arranca del suelo de cuajo y lo aparta a un lado.

—Alucinante —dice el Humdrum—. Nunca lo había intentado antes con uno como este.

Baz arremete contra mí como un grifo de acero. Le apreso entre mis brazos y ruedo hacia el suelo.

Él es mucho más fuerte que yo. Sin embargo, ahora mismo yo soy magia pura y eso evita que él me aplaste. Forcejeamos en el suelo. Le inmovilizo la cabeza con las manos y le aparto la mandíbula lejos de mí.

—¡Tengo tanta hambre! —gimotea —. ¡Y tú estás tan lleno!

—Puedes tomarla, si quieres —le digo, mientras trato de mirarlo a los ojos —. Baz, sabes que puedes tomarla.

Le empujo la barbilla y le agarro del pelo para contenerlo. Pero libero mi magia.

Permito que mane hacia él desde todos y cada uno de los poros de mi piel. Baz solloza y deja de forcejear de repente. Siento como si estuviera llenando de agua un pozo vacío.

Fluye.

Y fluye.

El cuerpo de Baz se desploma sobre el mío.

—¡Vaya! —dice el Humdrum—. Eso es mucho mejor que pelear —siento que está cerca. Miro hacia arriba y ahí está, de pie, justo sobre nosotros, sólido como una roca a la luz de la luna—.

¿Cuándo has aprendido a hacer eso? Es como si hubieras abierto un grifo.

—¿¡Le has quitado su magia!? —le grito al Humdrum.

—¿Le he quitado su magia? —repite, como si fuera una pregunta desternillante—. No. Yo no quito nada. Yo solo soy lo que queda de ti cuando tú has terminado —esboza una gran sonrisa, como un gato delante de un canario. Es una expresión que nunca había visto en mi propia cara.

—¡Simon! —Baz está gritando debajo de mí. Miro hacia abajo: ahora él también brilla. Sus colmillos han desaparecido, pero aún parece sentir dolor. Me estruja los tríceps—. ¡Basta!

Lo suelto y ruedo a un lado, pero la magia continúa manando de mí a borbotones, a través de mi piel. *Es* como un grifo abierto. Me concentro en cerrarlo. Cuando siento que la magia vuelve a quedar retenida en mi interior —cuando dejo de brillar— me incorporo y me pongo a gatas.

—¿Baz?

—Aquí estoy —dice.

Me dirijo hacia su voz.

—¿Estás bien?

—Creo que sí —está tendido en el suelo—. Solo me siento un poco… quemado.

—¿Te estás quemando?

—No —explica—. No. Quemado

por dentro.

Miro alrededor, pero no veo al Humdrum. Ni lo oigo. Ni siento que succione mi aliento.

—¿Ya se ha ido? —pregunta Baz.

—Creo que sí —me dejo caer a su lado.

—¿Estás bien?

—Estoy bien.

Baz me busca tanteando con la mano y, cuando me encuentra, me pasa el brazo alrededor del cuello y los hombros y me atrae débilmente hacia él. Yo me arrimo hasta que mi cabeza descansa sobre su pecho.

—¿Estás bien? —vuelve a preguntar.

—Sí. ¿Tú?

—Creo que sí —Baz tose y yo aprieto la cara contra su pecho.

—¿Qué *ha sido* eso? —pregunta.

—El Humdrum.

—Simon, *¿tú* eres el Insidioso Humdrum?

—*No*.

—¿Estás seguro?

BAZ

Me siento como si me hubieran reducido a cenizas.

Incinerado.

Ese chico —*era* Simon— me ha

secado por dentro, no sé cómo. Es como si me hubiera extirpado la magia o la hubiera hundido en lo más profundo de mi ser…

Después, Simon volvió a llenarme de fuego.

Noté como si un fénix hubiera renacido en mis entrañas.

Simon esconde la cara en mi pecho y yo lo abrazo con más fuerza.

Era Simon. Fue como si lo viera por primera vez: con unos vaqueros hechos jirones y una camiseta sucia. Con las emociones a flor de piel, con aquellos ojos hambrientos. Cuando esta noche lo vi venir andando entre los pinos, me hubiera gustado darle una buena patada

en las rodillas: definitivamente, era Simon.

Simon —el grande— está temblando, así que también le rodeo con el otro brazo. Siento como si mis miembros estuvieran huecos, pero Simon parece totalmente sólido.

Simon Snow es el Humdrum.

O… el Humdrum es Simon Snow.

SIMON

—«¿Le he quitado su magia? No. Yo no quito nada. Yo solo soy lo que queda de ti cuando tú has terminado.»

Estoy recostado sobre Baz y él me estrecha entre ambos brazos. Mientras tanto, sigo intentando quitarme la cara del Humdrum de la mente. (Que, en mi mente, mi cabeza no tenga su cara.)

—«Les doy un poco de mi nada… y luego tú me das más "nada".»

Me siento y me froto los ojos.

—¿Todavía tienes que cazar?

—No —dice Baz—. Ya había acabado cuando me topé con él.

Me pongo en cuclillas, luego de pie y estiro la mano hacia él.

—¿Dijo algo? ¿Antes de atacarte?

Baz me agarra la mano y tira de ella para levantarse. No la suelta.

—Dijo: «Tú me servirás».

Cierro los ojos y agacho la cabeza.

—Te utilizó. Te utilizó en mi contra.

—Todos lo hacen —dice Baz, en voz baja.

Siento cómo su brazo se desliza, despacio, suavemente, por detrás, rodeándome la cintura.

Dejo caer mi peso sobre él.

—Lo siento.

BAZ

Si Simon Snow es el Humdrum… Eso le convierte en un villano: un supervillano.

¿Puedo estar enamorado de un

supervillano?

SIMON

Baz tiembla, y creo que podría estar llorando, lo cual sería perfectamente lógico, teniendo en cuenta lo que acaba de pasar. Abro los ojos y levanto la barbilla.

No está llorando: se está riendo.

Se ríe tan fuerte que tiene que dejarse caer sobre mí.

—¿Qué te pasa? —le pregunto—. ¿Estás en *shock?*

—Tú eres el Humdrum.

—No, no lo soy —le digo mientras trato de hacerlo retroceder, empujándolo por los hombros.

—Estoy muerto, no ciego, Snow. Tú eres el *Humdrum.*

—¡Ese no era yo! ¿De qué te ríes?

Baz sigue desternillándose, pero eso provoca que a mí se me empiece a formar también una mueca burlona.

—Me río porque tú eres el Elegido —dice, divertido—. Pero eres también la peor amenaza para la magia. ¡Eres uno de los malos!

—Baz, te lo juro. Ese no era yo.

—Se parece a ti. Habla como tú. Lanza esa infernal pelotita roja en el aire como tú —me abraza más fuerte.

—Creo que, si yo fuera el Insidioso Humdrum, me habría enterado —le digo.

—No estoy tan seguro de eso, Simon. Eres demasiado cortito. Y eres escandalosamente atractivo. ¿Te lo había dicho ya?

—No.

Se inclina hacia mí como si fuera a morderme pero, en lugar de eso, me besa.

Es maravilloso.

Siempre es maravilloso.

Me echo hacia atrás:

—¡No soy el Humdrum! Pero ¿por qué eso te da ganas de besarme?

—Todo me da ganas de besarte. ¿Todavía no te ha dado cuenta? ¡Por

Crowley! ¡Sí que eres cortito! —vuelve a besarme y comienza a reírse de nuevo.

—No soy el Humdrum —repito, cuando tengo la oportunidad—. Me hubiera dado cuenta.

—Eres un puto desastre. Eso es lo que eres, Simon Snow. En serio, no podrías estar más jodido.

Trata de besarme, pero me aparto.

—¿Y eso te gusta?

—Me encanta —dice.

—¿Por qué?

—Porque nos complementamos.

Avanzamos por el bosque. Baz conoce el camino.

Está lleno de ciervos, para su uso exclusivo. Saber eso no me asusta en absoluto (aparentemente, soy capaz de acostumbrarme a cualquier cosa).

Y, por lo visto, él también.

—Esa cosa —insisto otra vez—. No soy yo.

—Tal vez eres tú, pero en el pasado —dice—. Quizá has hecho un viaje en el tiempo.

—Pero me acordaría, ¿no? ¿Si fuera una versión de mí en niño?

—No sé cómo funcionan los viajes temporales —dice Baz—. No están relacionados con la magia.

—No estás cojeando —le digo.

Mira hacia abajo y sacude la pierna.

—La siento mejor —dice—. ¡Por Crowley, Snow! Me has curado. Me pregunto si seguiré siendo un vampiro.

Levanto las cejas y él se ríe.

—Cálmate, chico milagroso, sigo siendo un vampiro: todavía me hueles a beicon y rollos de canela caseros.

—¿Cómo puedo oler a beicon *y* a rollos de canela caseros?

—Hueles a algo que me comería encantado —Baz se detiene y me pone el brazo delante—. Espera. ¿Notas eso?

También me detengo. Es casi imperceptible, pero ahí está: esa sensación de sed, ese picor en la garganta.

—El Humdrum —dice Baz—. ¿Ha

vuelto?

Se oyen gritos más adelante: alguien llama a Baz por su nombre.

Echo la mano a un lado, sobre la cadera, para intentar invocar mi espada. No aparece. No puedo sentir mi magia en ninguna parte.

Baz lleva la varita guardada dentro del pijama (por supuesto). La saca rápidamente y trata de hacer un hechizo. No funciona. Lo intenta de nuevo.

—Es un punto muerto —susurro—. Es uno de los puntos muertos del Humdrum.

—*¡Basilton!* —la madrastra de Baz grita y corre hacia nosotros. Tiene puesto el camisón y lleva el pelo suelto

—. *¡Malcom, está aquí!*

—El Humdrum… —Baz mira hacia donde estoy yo. Nunca lo había visto tan pálido, la cara blanca como el yeso a la luz de la luna—. Snow, ¡corre!

—¿Qué?

—Vete —me dice—. Tú has hecho esto.

72
SIMON

Probablemente podría ir a Londres caminando.

Si llevara zapatos.

Y si no hubiera tanta nieve…

Cuando Baz me ordenó que me fuera y me culpó por la aparición de un punto muerto, quise ponerme a discutir. Sin embargo, sus padres venían corriendo hacia nosotros, presa del pánico, y yo era incapaz de explicar qué estaba pasando. ¿El agujero se había tragado su casa? ¿Toda su finca?

Me di media vuelta para correr de vuelta al bosque, pero estaba siendo devorado por el fuego. Fuego que procedía de mí. De mi magia. Y no había nada que pudiera hacer para detenerlo porque, ahora, ya no me quedaba magia.

—¡Vete! —repitió Baz. Y eso hice: correr.

Me dirigí hacia el sendero de acceso a la casa. Tenía los pies entumecidos de frío, pero seguí corriendo. Hasta el final del largo, larguísimo sendero. Hasta llegar a la carretera. Lejos de él.

Todavía sigo corriendo.

Toda mi magia vuelve de golpe y me hace caer temblando al suelo. Sigo sin

tener una varita encima. Ni un móvil…

Podría hacer autostop. ¿Me recogerá alguien? ¿Habrá alguien conduciendo por esa carretera, en medio de ninguna parte en Hampshire, en mitad de la noche? ¿En Nochebuena? (El Ratoncito Pérez existe. Papá Noel no.)

Estoy de rodillas en la nieve, al lado de la carretera. *Puedo hacer esto*. Eso creo. *Ya lo he hecho antes. Solo tengo que querer hacerlo. Tengo que necesitarlo*.

Pienso en escapar, en llegar hasta Penny. Imagino que la magia me llena y me rebosa por los hombros. Y, entonces siento que brotan, desgarrando el pijama de Baz…

Dos alas grandes y huesudas.

Esta vez no hay plumas: debo de haber pensado en la dragona. Estas alas son de color rojo y correosas, con pinchos grises en las articulaciones. En cuanto pienso en ellas, se extienden y me elevan lejos de la nieve.

Me arranco los restos de la camisa de franela. No pienso en la acción de volar, solo me concentro en hacia dónde quiero ir —**Arriba, arriba y adiós**— y eso es exactamente lo que pasa. Aquí arriba hace frío. Me concentro en calentarme y mi piel comienza a refulgir por el calor.

La casa de Baz está ahora debajo de mí, allá a lo lejos. El fuego que yo he

prendido aún sigue activo. Veo mucho humo saliendo del bosque y trato de acercarme, pero no puedo. Yo soy magia pura y ahí ya no queda nada de magia.

Permanezco planeando en el cielo.

Pienso en apagar el incendio. Las nubes están cargadas de lluvia helada, así que *me concentro* en empujarlas hacia el bosque y hacia allí se dirigen.

Y luego pienso en Baz diciéndome que me vaya, y eso es lo que hago.

Y luego dejo de pensar.

73
PENELOPE

Fue mi hermana pequeña, Priya, quien abrió la puerta. Se había quedado despierta para esperar a que llegara Papá Noel. Además, lo estaba haciendo superbién: aguantó hasta las cuatro de la mañana. Creo que aguantó más que mis padres.

Priya escuchó los golpes en la puerta y pensó que se trataba del mismísimo Papá Noel. No tenemos chimenea, así que debió de pensar que era lógico que entrara por la puerta principal.

Cuando la abrió, Simon cayó dentro, desplomado, y ella dio un alarido.

No la culpo. Parecía la encarnación del mismísimo Satán: unas enormes alas rojas y negras; una cola, también roja, terminada en forma de pico de lanza, de color negro; se había lanzado a sí mismo algún tipo de hechizo que lo hacía emitir un brillo amarillo y anaranjado; estaba cubierto de nieve y porquería, y traía puesto el pantalón de pijama más sucio y *más elegante* que jamás haya visto.

Mis padres escucharon gritar a Priya y bajaron las escaleras montando un gran escándalo. Mi madre también gritó. Después el que se puso a gritar fue padre y, por lo visto, tuvo que evitar que

mi madre se pusiera a lanzar maldiciones (pensaba que Simon estaba poseído o hechizado, o que de verdad se había transformado en Lucifer).

Fue entonces cuando los demás bajamos corriendo las escaleras (menos Premal, que no había vuelto a casa ni siquiera a pasar la Navidad). Vi a Simon y corrí hacia él. Ni se me pasó por la cabeza tenerle miedo.

Eso hizo que mis padres recuperaran la calma.

Mi madre empezó a conjurar hechizos para calentar a Simon, y mi padre trajo una palangana de agua caliente y un paño para limpiarle. Acabamos metiéndole en la ducha.

Estaba exhausto; tanto, que casi no podía mantenerse en pie. Ni siquiera era capaz de decirnos dónde había estado. Supuse que al final había conseguido volver a casa de Baz, pero no quería que mis padres supieran que habíamos dejado a Simon en una carretera en medio del campo en Nochebuena.

Ayudé a mis padres darle una ducha, y a nadie pareció importarle que le viera desnudo. Después le vestimos con unos pantalones de chándal de mi madre, y ella intentó ocultar la cola de dragón en una de las perneras.

Estuve un rato tratando de conjurar el hechizo **¡Paparruchas!** hasta que mi madre me mandó callar.

—No está funcionando, Penny.

—Pero la última vez sí que hizo efecto.

—A lo mejor no se trata de un hechizo —dijo mi padre—. Quizá se ha transformado.

—A lo mejor ha evolucionado —dijo Priya desde el umbral de la puerta del baño—, como un Pokémon.

—A dormir, Priya —contestó mi padre.

—¡Estoy esperando a Papá Noel!

—¡A dormir! —gritó mi madre.

Mi madre también lo intentó con algunos hechizos: **¡A sus puestos!** y **¡A la casilla de salida!**

—Ten cuidado, Mitali —decía mi

padre—. Le vas a convertir en un bebé.

Pero ninguno de los hechizos de mi madre surtió efecto en Simon. Y eso que también trató de conjurar hechizos en hindi. (Ella no habla hindi, pero mi bisabuela sí lo hablaba.) Ninguno funcionó.

Metieron a Simon en mi cama y a mi padre se le ocurrió llamar al Hechicero, pero mi madre respondió que quizá lo mejor era esperar a ver qué quería hacer Simon.

(Simon parecía estar consciente, pero no decía nada. Y se negaba a establecer contacto visual.)

Mis padres todavía seguían discutiendo cuando salieron de mi

cuarto y cerraron la puerta.

—¡A dormir, Priya! —oí que gritaba mi padre.

Me acosté en la cama al lado de Simon y apoyé la mano en la que llevo mi anillo sobre sus alas rojas.

—**¡Paparruchas!** —susurré—. **¡Paparruchas!**

74
SIMON

Cuando me despierto, es la mañana de Navidad y estoy en la cama de Penelope.

Ella está sentada a mi lado, mirándome fijamente.

—¿Qué? —pregunto.

—¡Gracias a la magia! Me preocupaba que no volvieras a hablar nunca.

—¿Por qué?

—Porque anoche no dijiste una sola palabra. Por todos los cielos, Simon,

¿qué pasó?

—Yo… —estoy boca abajo. Intento darme la vuelta y acostarme de espaldas, pero no puedo (todavía debo de tener las alas). En cuanto pienso en ellas, se despliegan otra vez y tiran a Penny al suelo.

—¡Simon!

—Perdón —digo mientras intento retraerlas—. Perdón.

Penny agarra una por el borde y la frota entre los dedos índice y pulgar.

—¿Estas son permanentes?

—No lo sé —le respondo—. Si lo son, no era mi intención.

—Ayer te acribillamos a hechizos y no te hizo efecto ni uno.

—¿Quiénes?

—Mis padres y yo. ¿Ni siquiera te acuerdas de cómo llegaste?

—Más o menos… Recuerdo estar volando. No reconocí Londres desde arriba. Así que tuve que ir al Ojo, la noria de Londres, y planear por las calles para encontrar tu casa. Todas las veces que he venido aquí ha sido en metro.

—Me pregunto si te habrá visto alguien.

—No sé. Me concentré en ser invisible…

—¿Que hiciste qué?

Ahora cierro los ojos y me concentro en las alas. Me concentro en

que ya no las necesito. Siento que la magia brota de mí y se intensifica. (La magia últimamente no para de fluir y desbordarme, como si me llenara la garganta.) Me concentro en que ya no quiero volar y, luego, en retraer las alas y volver a introducirlas en mi espalda.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, Penny me está mirando fijamente, con la mano con la que sostenía el ala ahora vacía. Parece asustada.

—¿Qué acabas de hacer?

—Me he deshecho de las alas.

—¿Y la cola?

Me palpo el trasero y siento una fibrosa cola de piel.

—¡Por Dios! —me concentro en

deshacerme de ella e, instantáneamente, se desliza por mi mano, arañándome la palma mientras vuelve a introducirse en mi cuerpo.

—¿Por qué diablos tenías *cola?* —pregunta Penny.

—No sé —respondo, incorporándome—. Debí de pensar en aquella dragona.

—Simon… —dice ella, sacudiendo la cabeza—. ¿Qué *pasó* anoche?

—El Humdrum —respondo—. Me atacó en casa de Baz. Trató de ponerle en mi contra.

—¡Ha creado el agujero más grande de Gran Bretaña!

—¿Qué?

—Han llamado a mi padre esta mañana. Hampshire entero ha desaparecido.

—*¿Qué?*

—Mi padre y su equipo están allí ahora mismo, pero los Pitch no les han dado permiso para acceder a sus terrenos. Lo han calificado como un acto de guerra.

—¿De parte del Humdrum?

—De parte del Hechicero —aclara —. Dicen que él controla el Humdrum. Dicen, incluso, que el Hechicero *es* el Humdrum. Las Familias Antiguas han convocado un consejo de guerra, nadie sabe dónde. Mi madre dice que el Hechicero te está buscando, pero que ni

muerta piensa contarle que estás aquí. A menos que tú *quieras* que se lo diga. ¿Quieres que se lo diga?

—No sé, supongo… ¿Por qué iban los Pitch a culpar de esto al Hechicero?

Penny se muerde el labio y baja la mirada.

—Creo que por *tu* culpa, Simon. Todo el mundo dice que fuiste a casa de los Pitch en Nochebuena y que ejecutaste algún ritual siniestro para exterminar su magia.

—¡Estaba luchando contra el Humdrum! Bueno, lo estaba intentando. El Humdrum le hizo algo a Baz, hizo que me persiguiera, igual que hace con los seres oscuros.

—¿Entonces luchaste con *Baz?*

—¡No! Le dejé que accediera a mi magia para que pudiera defenderse del Humdrum. Era como un hechizo. El Humdrum estaba *ahí,* Penny, y seguía pareciéndose a mí. Y esta vez habló, usando mi propia voz. Estuvo observándonos. Y, luego… Luego, simplemente, desapareció. ¿Y si robó la magia de casa de Baz para vengarse? ¿Por haberle vencido?

Penny sigue mordiéndose el labio.

—Sigo sin entender por qué tenías cola…

—Yo… Tenía que salir de allí —me tiro del pelo con las manos. Trato de recordar con claridad lo que ha ocurrido

—. Cuando Baz volvió en sí, salimos del bosque caminando y llegamos a un punto muerto. Sus padres estaban aterrorizados y Baz me pidió que me fuera. Así que… eso fue lo que hice. No tenía otra manera de llegar hasta aquí.

—Y, entonces, echaste a volar.

—Sí.

No la había visto nunca tan preocupada, salvo una vez que nos secuestraron.

—¿Qué hechizo lanzaste, Simon?

—Penny… Fue exactamente como la última vez. No lancé ningún hechizo. Solo… Hice lo que tenía que hacer.

Se mira las manos mientras se las retuerce en el regazo.

—¿Penny?

—¿Sí? —no levanta la mirada.

—¿Qué debo hacer?

Suspira.

—No lo sé, Simon. Tal vez Agatha tenga razón —me mira a los ojos, al fin —. Tal vez sea hora de hablar con el Hechicero.

Penny decide que lo primero que tenemos que hacer es comer algo, aunque se nos haya pasado la hora del almuerzo. Me he pasado casi todo el día durmiendo.

Sus padres están fuera y ya no queda nada en la nevera, salvo un poco de

pavo crudo. Penny no confía en sus habilidades de encantamiento para cocinarlo, así que comemos cereales, pan tostado y dulces navideños.

Su hermana pequeña entra en la cocina.

—Papá Noel no ha venido por tu culpa —me dice—. Le has asustado.

—Papá Noel va a venir, Priya —dice Penny. En su familia, son cinco hermanos: Premal, Penny, Pacey, Priya y Pip. (Penny dice que a su madre deberían acusarla de tortura infantil y a su padre de negligencia.)

—¡Papá Noel no existe! —grita Pacey desde el salón—. Ni Dios tampoco.

No conozco mucho a Pacey. Estudia en Watford, está en quinto, pero Penny y él no se llevan bien. Penny y sus hermanos discuten constantemente. No estoy seguro de que sepan comunicarse de otra forma.

Me sigo sintiendo fatal: frío y húmedo, a pesar de estar completamente seco y de llevar puesta ropa que Pacey me ha prestado. (Cuando me he despertado, llevaba unos pantalones de chándal de mujer.) Y, aunque no la notaba cuando la tenía, ahora que esa extraña cola de dragón ha desaparecido es como si me doliera. Los cereales Weetabix intentan abandonar mi garganta, y yo trago con fuerza.

Intento no preocuparme ni pensar sobre qué debo hacer a continuación. Penny tiene razón: iremos a ver al Hechicero. El Hechicero nos dirá qué hacer.

Cuando escucho que alguien llama a la puerta, automáticamente pienso que debe de ser él. Priya se adelanta para abrirla y Penny la detiene. Me levanto e invoco mi espada: más vale estar seguro.

Es Baz.

Está de pie en el umbral de casa de Penny, aún vestido con el traje negro verdoso y un ligero olor a humo. Tiene una mano metida en el bolsillo y los ojos entrecerrados. Alza un poco la

barbilla.

—Déjame entrar, Bunce. No hay tiempo para cordialidades.

—Tengo que invitarte para que puedas entrar, ¿no? —pregunta ella.

Él hace una mueca despectiva y ella hace un gesto con la mano para invitarle.

—Pasa.

Baz la empuja al entrar y echa un vistazo alrededor de la sala.

—¿Dónde está el despacho de tu padre?

—Mi padre no está aquí: está en tu casa. ¿Y qué te hace pensar que voy a dejarte entrar en su despacho? De hecho, ¿qué estás haciendo aquí?

—Estoy aquí —dice Baz,

echándome primero una rápida ojeada y examinándome de pies a cabeza después —, porque tenemos un trato.

Penelope avanza un paso y se coloca entre nosotros.

—Si se te ocurre acercarte a Simon, si haces un solo movimiento en su contra dentro de mi casa, exterminaré a toda tu familia, Basilton. Tendrán una muerte tan violenta que ni siquiera podrán encontrar el Velo. Simon no es el responsable.

Baz le dedica otra mueca despectiva.

—En eso estás equivocada. Enséñame el despacho de tu padre. ¿Tiene mapas? Supongo que tiene que

tener mapas.

Los dos nos quedamos mirándole fijamente. Yo, porque no puedo evitarlo; Penny, porque se ha quedado pasmada.

—¡Hemos hecho una tregua! —dice él—. Vamos, todavía estamos en tregua. ¡Date prisa!

Asiento.

—Vamos, Penny. Llévanos arriba.

Ella suspira y descruza los brazos.

—Vale, pero no puedes tocar nada. Ninguno de los dos podéis.

La seguimos escaleras arriba. Baz me da un golpe con el hombro y el codo.

—¿Estás bien, Snow? —me pregunta en voz baja.

—Sí. ¿Tú?

—Bien —asegura.

—¿Tu magia? —susurro.

—Bien.

Me toca la espalda, tan suavemente que no estoy seguro de no haya sido por accidente.

Subimos el último escalón hacia el ático, donde trabaja el padre de Penny. Nunca había estado aquí antes; el *cuarto* entero está tapizado de mapas. Hay mapas en las paredes, cubiertos de cordones y chinchetas; mapas extendidos sobre mesas altas, sujetados con grandes tazas de té vacías. Una de las paredes es una pizarra y está llena de números y fragmentos de frases.

—Precioso —dice Baz—. La

verdad es que esto es lo tuyo, Bunce —deambula por el cuarto hasta que encuentra lo que está buscando—. Aquí —dice—. Ya está catalogado.

Doy un paso y me acerco a él por detrás. Es un mapa de la zona sudeste, con un cordón rojo rodeando Hampshire. En la etiqueta que hay en la chincheta se lee: «Nochebuena de 2015».

—Anoche, el Humdrum atacó a Simon y se abrió el agujero más grande de Gran Bretaña —nos mira por encima del hombro—. ¿Cuándo se produjo el ataque de la dragona a Watford? ¿Qué día?

Me encojo de hombros.

—Fue después del examen de Palabras Mágicas —dice Penny—. A mediados de noviembre.

—Es verdad… —Baz va leyendo las etiquetas mientras camina por el cuarto. Se detiene delante de un mapa de Escocia—. Ahí —dice—. El 15 de noviembre, en la isla de Skye.

—¿Lo que tratas de decirnos es que el Humdrum está relacionado con los agujeros? —pregunta Penny—. Porque eso ya lo sabíamos.

—Déjame terminar, Bunce… Bien, ¿cuándo aparecieron los agujeros por primera vez?

—¿De verdad tenemos que hacer esto usando el método socrático?

Baz la mira, frunciendo el ceño. Penny suspira.

—Nadie lo sabe con certeza. No se empezó a documentar la aparición de los agujeros hasta 1998, pero en aquella época ya había algunos, muy pequeños, por todo el país…

Él asiente rápido con la cabeza y la interrumpe:

—¿Y cuándo naciste, Simon? Seguramente pensarás que debería saberlo, pero no recuerdo que hayas celebrado tu cumpleaños ni una sola vez.

Me encojo de hombros otra vez. Luego me aclaro la garganta:

—No lo sé. Bueno… Nadie lo sabe.

Cuando me encontraron, tuvieron que hacer una estimación.

—Sin embargo, es probable que ahora tengas unos dieciocho años. ¿Diecinueve, tal vez?

—La fecha que hay en mi certificado es 1997.

Baz asiente.

—Bien…, 1997, un poco antes de que los agujeros fueran descubiertos. ¿Y cuándo te diste cuenta de que eras un mago?

Penny se mantiene muy atenta. Ella y yo nunca hemos hablado de esto. No me gusta hablar de esto.

—No fui yo quien se dio cuenta —respondo—. El Hechicero me lo contó.

Baz me fulmina con la mirada.

—Pero ¿cómo se enteró el Hechicero? ¿Cómo te encontró?

Me aclaro la garganta.

—Perdí el control.

Los dos saben qué significa eso. Yo no lo sabía, al menos, no a los once años. Me desperté de una horrible pesadilla en mitad de la noche (me había acostado con hambre y soñé que me ardía el estómago). Abrí los ojos, respirando con dificultad, y la magia estaba brotando de mí a raudales. Retumbaba. La casa de acogida se quemó hasta quedar reducida a cenizas. Y todos los vecinos que estaban en sus casas se despertaron, en un radio de

varias calles. Ilesos pero, aun así, alcancé un radio de varias calles. (Una vez vi un programa sobre tornados en Estados Unidos en el se veían los muebles que habían salido volando y aterrizaban luego en un patio situado a varios kilómetros del lugar, sin romperse. Fue algo así.)

—Iluminaste la atmósfera mágica como un árbol de Navidad —dice Baz.

—Como si hubiera habido un bombardeo masivo —dice Penny—. De hecho, cuando ocurrió, mi madre vomitó.

—*¿Cuándo?* —pregunta Baz—. ¿Cuándo ocurrió eso?

—En agosto —respondo. Sé que él

ya lo sabe—. Fue durante el año que empezamos a ir a la escuela.

—En agosto —repite Baz—. En 2008 —camina por la habitación—. Aquí —dice, y en uno de los mapas señala la ubicación de un punto muerto —. Y aquí —señala otro.

Penny y yo observamos detenidamente el mapa.

Después, ella avanza un paso. Señala un círculo hecho con cordeles.

—Y en Newcastle… —dice en voz baja—. Y aquí hay muchos de los más pequeños, en la costa. Los agujeros cambiaron durante ese año. Mi padre dice que metastatizaron.

—Pero… ¡pero yo no he estado en

ninguno de esos lugares! —farfullo—. Antes de anoche, *jamás* había estado en un punto muerto que acabara de aparecer.

Baz se vuelve hacia mí.

—No creo que tengas que estar ahí… para hacer que ocurra.

—Simon —pregunta Penny—, ¿cuándo perdiste el control con la quimera?

—En quinto —responde Baz—. En la primavera de 2013.

—Aquí —dice Penny, señalando—. Y aquí hay otro grande.

—¿Estáis diciendo que yo soy el Humdrum? —retrocedo unos pasos—. *Porque no lo soy.*

Baz me mira a los ojos.

—Ya lo sé. Sé que no lo eres. Pero Simon, escucha, el propio Humdrum nos *lo dijo:* que él no succiona magia, sino que él es «lo que queda cuando tú has terminado».

—¡Ni siquiera sé qué significa eso, Baz! —siento que estoy a punto de perder el control. Me vibran las yemas de los dedos.

—Lo que significa eso es que no es el Humdrum quien succiona la magia, Simon. Eres tú.

Penny jadea.

—*Simon.* La primera vez que perdiste el control tenías once años…

—Exacto —dice Baz—.

Seguramente llevabas puesta una camiseta hecha jirones y unos vaqueros viejos y andabas por ahí botando esa condenada pelota.

Ahora se miran el uno al otro.

—Simon perdió el control —dice Penny—, y absorbió tanta magia…

Baz asiente, entusiasmado.

—¡… que abrió un agujero en la atmósfera mágica! —dice Penny.

—Un agujero con la forma de Simon… —concuerda Baz.

Me sujeto la cabeza con ambas manos, pero sigue sin tener sentido.

—¿Me estáis diciendo que he creado un gemelo malvado?

—Más bien, una imitación de ti

mismo —dice Baz.

—O un eco —dice Penny, todavía asombrada.

Baz trata de explicarlo otra vez:

—Es como si hubieras arrancado tal cantidad de magia que hubieras dejado huellas… Huellas con entidad propia.

—Pero… —replico.

—Pero… —Penny niega con la cabeza—. ¿Por qué la atmósfera mágica no se amoldó para alojar a Simon, igual que hace con cualquier otro mago poderoso? Es un sistema equilibrado.

—Igual que la Tierra —dice Baz—. Pero, si deforestas un bosque, el ecosistema no puede recuperarse sin más.

—¡Esto no tiene ningún sentido! —digo—. E incluso aunque hubiera hecho un agujero con mi forma, ¿cómo ha conseguido tener vida propia? ¿Y por qué es un monstruo?

—¿*Está* vivo? —pregunta Penny.

—¿Y es un monstruo? —se pregunta Baz.

—¡Estamos hablando del Insidioso Humdrum! —grito.

—Estamos hablando de un *agujero* —dice Baz tranquilamente—. Piénsalo un poco, ¿qué quieren los agujeros?

—¿Que los llenen? —digo.

Siento que he perdido el hilo de la conversación.

—¡Por Crowley, no! —dice—.

Crecer. Todo quiere crecer. Si fueras un agujero, solo querrías hacerte más grande.

—¡Baz, has dado en el clavo! —Penny lo abraza precipitadamente—. ¡Eres un genio!

Tras un instante, él la aleja de sí.

—Ten cuidado. También soy un vampiro.

Me encorvo contra una de las paredes. Algunas chinchetas se caen al suelo.

—Todavía no lo entiendo.

—Simon —dice Penny—, eres demasiado poderoso. Usas demasiada magia en un solo momento. La atmósfera mágica no lo soporta: cuando pierdes el

control, colapsa.

—En teoría —dice Baz.

—En teoría —coincide ella.

—Pero… —empiezo—. Tienen que existir más «peros». ¿Por qué el Humdrum sigue tratando de matarme? ¿Por qué manda a por mí a todos los seres oscuros de Reino Unido?

—No está tratando de matarte —dice Baz—. Lo que trata de hacer es que pierdas el control.

—Y que uses cada vez más magia —dice Penny.

Baz alza una mano en dirección a los mapas que hay tras él.

—Para hacer un agujero más grande.

Los miro fijamente.

Ellos me miran fijamente.

Parecen tan satisfechos —y emocionados— consigo mismos que parecen haber olvidado que están contemplando a la peor amenaza que el mundo mágico ha conocido jamás.

—Tenemos que contárselo a Hechicero —digo.

A Baz se le descompone el rostro.

—Antes muerto.

75
BAZ

—Si esto es cierto —dice Snow—, si tan solo una pequeña parte de esto es cierto, no podemos mantenerlo en secreto. Tenemos que ir a ver al Hechicero.

Sabía que esto iba a pasar.

Sabía que esta iba a ser su solución.

Desde el principio supe que Simon iría corriendo a buscar al Hechicero si la cosa se ponía seria.

—¡Que no, joder! —le digo—. Tenemos que ir a ver a los cenutrios.

—Los *cenutrios* —repite Snow, como si no creyera lo que acabo de decir—. Acabas de decirme que estoy destruyendo el mundo de los Hechiceros, ¿y ahora quieres ir a cazar cenutrios?

—Tenemos un trato —le recuerdo.

Intento que mi voz suene urgente, no desesperada.

Snow me mira de una forma extraña, como si me refiriera a que ahora somos novios. Como si eso todavía importara siquiera.

Suspiro con amargura.

—Ese trato, no, idiota: prometiste que me ayudarías a encontrar al asesino de mi madre.

—Claro que *voy* a ayudarte a encontrar al asesino de tu madre —dice Snow—; pero después de averiguar cómo podemos detener todo esto —echa la cabeza hacia atrás—. A lo mejor. Bueno, si sigo vivo para entonces, si el Hechicero no decide que la respuesta es simplemente acabar conmigo.

—*Simon* —lo regaña Bunce.

—Pues se va a tener que poner a la cola —digo— cuando mi familia se entere de lo que está pasando (cuando todo el mundo de los Hechiceros se entere). Las Familias Antiguas ya están convencidas de que el Hechicero y tú estáis conspirando para quitarles su magia. El que te elimine se va a llevar

un premio.

—*Baz* —dice Penny.

—Imagino que crees que serás tú quien lo haga —dice Snow, entrecerrando los ojos.

—Estamos en tregua —digo, alzando la voz—. La mierda ya se ha esparcido por todas partes y, si no resolvemos ahora el asesinato de mi madre, no lo vamos a hacer nunca. Además, Simon, me lo prometiste. *Yo lo prometí*.

—¡Ahora hay cosas más importantes de las que preocuparse! —me grita Simon.

—¡No hay nada más importante que mi madre!

76
BAZ

Solo recuerdo dónde viven los cenutrios porque, mientras me arrastraba a su coche, Fiona comentó: «Dios, qué desastre, justo debajo del puente Blackfriars. Esta ciudad se ha ido a la mierda».

No se tarda mucho en ir a Blackfriars desde Hounslow. Es Navidad y por la calle no hay nadie. Aparco el coche y despejo la nieve del camino hasta donde empieza el puente.

Estoy empezando a ponerme muy

nervioso.

Sé que no debería haber venido solo, pero cualquiera al que hubiera podido pedirle ayuda me hubiera arrastrado de nuevo al asunto que nos ocupa: el hecho de que, en este preciso momento, mi familia está mágicamente sin hogar. Ni siquiera Fiona me hubiera hecho caso hoy.

Simon y Penny están otra vez salvando el mundo… o destruyéndolo. O ambas cosas, tal vez. No pasa nada, siempre he sabido cuál es el puesto que ocupo para Simon: justo debajo del resto del mundo. Y muy, muy por debajo del Hechicero.

No pasa nada. No hay problema.

Tengo miedo, pero eso es lógico. Me gustaría ver cómo estarías tú si volvieras al lugar en el que te encerraron en un ataúd durante tanto tiempo que eras incapaz de recordar cómo era la luz.

Ahora estoy en mejor posición que la última vez. Para empezar, estoy consciente. Tengo mi varita. Y no he perdido la calma.

Es fácil encontrar la puerta de entrada a la guarida de los cenutrios: es, básicamente, un agujero en uno de los pilotes del puente. Desciendo deslizándome por el barro y el estómago se me encoge a causa del olor. Huele a papel mojado y a podredumbre. Estoy en

el lugar correcto.

Aquí abajo está demasiado oscuro, incluso para mí, así que elevo la mano y sobre la palma enciendo una llama que ilumina un círculo de nada a mi alrededor.

Dejo que la llama crezca… para mostrarme otro gran montón de nada. Estoy en una sala llena de escombros: trozos de pavimento, enormes piedras. No hay nada que me resulte familiar; estaba inconsciente cuando me trajeron aquí y prácticamente inconsciente cuando salí. En realidad, ni siquiera sé qué aspecto tienen los cenutrios.

Me aclaro la garganta. No pasa nada.

Vuelvo a aclarármela otra vez.

—Me llamo Basilton Pitch —digo, con un chorro de voz—. Estoy aquí para haceros una pregunta.

Uno de los grandes trozos de roca empieza a sacudirse. Apunto con el fuego —y mi varita— en esa dirección.

El gran trozo de piedra se abre como un Transformer y se convierte en una mole rocosa aún más grande, que parece ir vestido con una especie de gigantesco jersey color avena.

—Tú —retumba, con una voz que suena como una obra en construcción.

Es un estruendo familiar. Siento que las paredes se cierran en torno a mí y un sabor a sangre seca me llena la boca.

(La sangre es más espesa cuando se ha secado; se coagula.)

—Tú —dice la mole—. Mataste a algunos de nosotros.

—Bueno, vosotros me secuestrasteis —respondo—. ¿Recuerdas?

—No te matamos —dice. Ahora veo más de esas moles; están entre crujiendo y rugiendo a mi alrededor. No alcanzo a distinguir de dónde vienen, pero ahora me parece que hay menos escombros desperdigados por el suelo. Trato de distinguir sus rostros: todo en ellos es de color gris amarillento sobre fondo gris amarillento. Parecen pilas de cemento fresco.

—Estuvisteis prácticamente a punto

de hacerlo —replico—. Pero no he venido aquí por eso. He venido a hablar con vosotros.

Ya estoy completamente rodeado. Es como estar en el centro de un crómlech.

—No nos gusta hablar —dice uno de ellos con una especie de estertor. Podría ser el mismo que lleva puesto el jersey, o podría ser el que tengo justo al lado, el que va envuelto con una manta eléctrica cuyo enchufe va arrastrando por el suelo detrás de él.

—Hace demasiado frío para hablar —gruñe otro—. Es hora de descansar.

Es verdad, se me había olvidado. Los cenutrios hibernan. Debo de haberlos despertado.

—Podéis descansar —les digo—. Os dejaré en paz. Solamente decidme una cosa… —murmuran para sí mismos —. ¿Quién os envío a buscarme?

Los cenutrios no responden. Siento que se están acercando más a mí, si bien no puedo verlos.

—¿Quién os ordenó secuestrarme? —grito. Sostengo la varita en el aire, el brazo flexionado detrás del hombro. A lo mejor ya debería estar lanzando hechizos pero, si los mato, no conseguiré respuestas. ¿Y si contraatacan?

¿Y si ya están contraatacando?

De repente, siento como si estuviera siendo aplastado por paredes de piedra.

Están rodeándome y concentrándose alrededor de mi brazo izquierdo…, en torno al fuego que brota de mi mano… El fuego.

—Si me aplastáis —les grito—, ¡el fuego se extinguirá!

El crujido se detiene; creo que están quietos, que ya no se mueven. Sus moles se han dispuesto desordenadamente a mi alrededor, alrededor de mi mano. ¿Cuánto tiempo creen que puedo permanecer así? (¿Y por qué diablos no se mudan a algún país tropical?)

—Decidme —les ordeno—. ¿Quién os ordenó capturarme?

—No lo diremos —responde uno de ellos. Es como escuchar a alguien

machacando piedras para convertirlas en grava.

—¿Por qué no?

La pared que hay detrás de mí se acerca, con una sacudida.

—Nos pidió no hacerlo.

Me enderezo más todavía.

—Pues yo os digo lo contrario.

—Nos mantuvo calientes —dice el más grande.

—No parecéis estar calientes.

—Nos mantuvo calientes durante un tiempo —explica.

—Nos pidió no hablar —refunfuña otro.

—No nos gusta hablar.

Dejo que el fuego de mi mano se

apague, y el ruido que hacen es como el rechinar de diez mil dientes.

—Más fuego —escucho—. Más fueeego.

—¡Os daré más fuego cuando hayáis contestado mi pregunta! —ahora vibran. No estoy seguro de si es de furia, de impaciencia o por algo más—. ¿Quién os envió? ¿Quién os pagó para secuestrarme?

—Nos calentó —alcanzo a oír.

—¿Quién?

—Uno de vosotros.

—De los mágicos.

—¿Quién? ¿Era un hombre? ¿Qué apariencia tenía?

—Como un hombre. Suave.

—Caliente.

—Una mancha húmeda en el suelo.

—Verde.

—¿Verde? —repito.

El cenutrio más grande se despliega y, luego, se derrumba con un crujido para formar un montón justo delante de mí. Los demás se ven obligados a alejarse.

—¡Tu tumba!

—Uno de vosotros.

—Caliente.

—Captura al mocoso vampiro —dice el más grande, rechinando—. Mantenlo en la oscuridad, dale sangre.

—Mantenlo preso hasta que el frío llegue y permanezca.

—Fuego. Calor. Lo prometiste.

Vuelven a apiñarse en torno a mí, intentando acercarse.

—Lo prometiste.

Vuelvo a encender el fuego en la palma de mi mano. Sin embargo, en lugar de retroceder, se acercan a él, chocando entre ellos. Ni siquiera alcanzo a ver mi muñeca.

—¡Alejaos! —les grito. Tiran de mi brazo izquierdo, y da la sensación que están a punto de arrancármelo del hombro. Tengo el brazo con el que sostengo la varita aplastado contra una oreja.

—¡Déjame en paz!

—Lanza el hechizo **Papel gana a**

piedra —grita alguien.

No es un cenutrio, ¡es un hombre!

—¿¡Qué!?

—**Papel gana a piedra.** Hazlo.

—**¡Papel gana a piedra!** —digo en voz alta.

Enseguida, estalla un tipo de caos muy articulado: alguien salta encima de los cenutrios y empieza a aporrearlos con hojas de papel de periódico como si estuviera jugando al juego ese de aplastar topos con un mazo. Ellos tratan de apartarse para esquivarlo pero, en cuanto él los golpea, se quedan quietos. Completamente inmóviles. La presión a mi alrededor cesa.

Miro hacia arriba y veo al

mismísimo Nicodemus, nada menos, de pie sobre el cenutrio más grande mientras trata de recuperar el aliento.

—¿Qué cojones estás haciendo aquí? —le pregunto, con la boca seguramente abierta de par en par.

Él compone una mueca de desprecio.

—He venido para rescatarte de los cenutrios.

—¿Acabas de dejarlos inconscientes con *The Guardian?*

—Sí. ¿Por qué no has hecho tú lo mismo?

Nicodemus lleva puesta una chaqueta de chándal barata sobre una camiseta blanca, unos vaqueros negros con una cadena para la cartera y unas

botas Dr. Martens increíblemente anticuadas con punteras de acero. Está claro lo que la loca de mi tía le vio para fijarse en él.

Se estira para alcanzarme la muñeca y me la agarra, apuntando mi varita hacia la pared de roca en la que se me ha quedado atrapado el brazo.

—**Tómate un respiro, tómate un Kit Kat** —dice.

—¿Qué?

—Dilo.

—¿Por qué?

Me pellizca en la muñeca.

—**¡Tómate un respiro, tómate un Kit Kat!** —conjuro, y la roca se desmorona en torno a mis brazos—. Eso

no debería funcionar —digo, sacando la mano.

Los cenutrios no se despiertan, ni aunque esté haciéndolos pedazos.

—Deja de quejarte y sube —dice Nicodemus—. Los periódicos no los van a mantener tranquilitos eternamente.

Mantiene el brazo extendido hacia mí, así que, aunque huele a sangre rancia y sidra, lo acepto. Tira de mí y me eleva a pulso hasta que yo también quedo de pie sobre los cenutrios.

Vamos saltando de cima en cima por las montañas de escombros, y, después, al suelo.

—Por aquí —dice Nicodemus, encendiendo una gran linterna.

Lo sigo por el sendero en el barro hacia la superficie y hasta el exterior, a la luz del día. En cuanto estamos en suelo firme, lo alejo de mí de un empujón.

—Cuidado —me dice—. ¡Acabo de salvarte la vida!

—Acabas de arruinar mis planes. ¡Estaban a punto de decirme quién me secuestró!

—Ya te lo habían dicho —gruñe—. ¡Fue el Hechicero!

El Hechicero. El hombre verde. La tumba. *¿El Hechicero?*

Nicodemus retrae el labio superior y vuelvo a ver que le faltan los colmillos.

—Fue el Hechicero quien hizo que

te secuestraran —dice. Él sigue avanzando hacia mí mientras yo intento retroceder—. Y también fue el Hechicero quien dejó entrar a los vampiros a Watford.

—¿Qué? —tropiezo en la nieve, pero consigo recuperar el equilibrio a tiempo.

—Hizo un trato con ellos —explica Nicodemus, a solo unos centímetros de mi cara—. Si atacaban Watford y le daban un buen susto a todo el mundo, les permitiría quedarse a vivir en Londres sin que los molestaran. Quería que fuera yo quien cerrara el trato. Pero me negué y encontró a otra persona dispuesta a hacerlo.

—¿El Hechicero envió vampiros a matar a mi madre?

—Traté de prevenirla, pero no se hubiera creído ni el juramento de Merlín, viniendo de mí —Nicodemus se encoge de hombros—. Si te sirve de consuelo, no creo que el Hechicero quisiera que tu madre muriera, pero tampoco creo que le importara demasiado. Le puso las cosas más fáciles, ¿no?

Retrocedo otro paso más.

—¿Por qué me cuentas todo esto ahora? ¿Por qué no me lo contaste antes? De hecho, ¿qué haces aquí? ¿Me has seguido? —muevo rápidamente la cabeza a mi alrededor, buscando más

vampiros. ¿Es una trampa?

—¡No podía decírtelo! —responde Nicodemus—. ¡Me hubiera matado! Pero ahora eso ya no importa. Ha detenido a mi hermana, ¿sabes? Tu Hechicero. Ahora tiene a Ebeneza. Y necesito tu ayuda para rescatarla.

Fue el Hechicero. Ha sido el Hechicero, durante todo este tiempo.

Es decir, siempre creí que había sido él pero, en realidad, nunca *creí realmente* que hubiera sido él. ¿Cómo pudo…? Fue *el Hechicero*. ¿Cómo pudo, sin más…?

Emito un sonido que suena a «Snow», un gruñido que se origina en mi estómago y me hace sacar los colmillos.

Me doy la vuelta y corro hacia el coche.

Nicodemus me sigue. Me agarra del brazo.

—¡Espera! ¡Voy contigo!

—No, no vas a venir conmigo.

—Ya te lo he dicho: ¡tiene a mi hermana!

—¿Y eso a mí qué más me da?

—Voy a ayudarte a luchar.

—No quiero tu ayuda, maldito monstruo.

—Lástima —dice, tirando de mí—. ¡Porque vas a tenerla!

Nos interrumpen unos ladridos desesperados: un Normal ha salido a pasear a su perra, una cavalier charles spaniel bizca que muestra un gran interés

en Nicodemus y en mí y nos ladra como loca.

—Ven, Della —el Normal tira de la correa y la perra casi se estrangula cuando intenta abalanzarse sobre nosotros.

—Guau, guau, guau.

Juraría que está diciendo: «¡Baz, Baz, Baz!».

Le doy la espalda a Nicodemus y observo cuidadosamente a la spaniel.

—¿Has dicho mi nombre?

—¡Baz! —ladra la perra—. ¡Gracias a la magia! ¡Soy yo, Penelope!

—¿Bunce? —sí, tiene su voz. De una manera canina, ladradora—. ¿Quién te ha convertido en perra?

—¿Me he convertido en perra? —emite un ladrido—. El hechizo nunca había salido así antes. Baz, ¡tienes que venir a buscarme! —el Normal se agacha para levantar a su perra, como si yo fuera una amenaza para ella.

Lo soy. Cojo a la perra y la sostengo delante de mi cara.

—¡Ey! —dice el Normal.

Nicodemus bufa y el hombre suelta la correa.

—Bunce, ¿de qué hablas?

—Baz, no podemos dejar que Simon se enfrente solo al Hechicero. En serio, tengo un mal presentimiento. ¡Necesito que vengas a buscarme!

Simon. A solas con el Hechicero.

Con el asesino de mi madre.

—Ya voy —me meto al animal debajo del brazo y alzo la mirada hacia el Normal—. Necesito que me prestes a tu perra.

—No puedes…

Levanto mi varita:

—¡Nada que ver!

El Normal nos mira y luego se mira las manos. Después, saca un cigarrillo del bolsillo.

Echo a correr hacia el coche.

Nicodemus va justo detrás de mí.

—¡Voy contigo!

Sigo corriendo. Vuelve a agarrarme del brazo y me doy media vuelta rápidamente, prendiéndole fuego a la

palma de su mano. Da un salto hacia atrás.

Bunce, en su forma de spaniel, le ladra con fuerza.

—Tengo que salvar a mi hermana —dice—. Y a vosotros podría seros útil mi ayuda. Sabes que no puedo entrar allí yo solo.

Levanto la barbilla.

—Tu ayuda *podría* serme útil. Y, si lo que dices es cierto, a Ebb seguramente también. Pero iría al infierno dos veces antes de permitir que un vampiro entre en Watford, aunque sea un vampiro «castrado».

77
AGATHA

—¡Ay, gracias a la magia! —dice mi madre. Está de pie en el vano de la puerta de mi cuarto, con la bata del pijama puesta.

Levanto la cabeza de la almohada.

—¿Qué? —me he quedado dormida con la ropa puesta, encima de las mantas. No sé qué hora es.

—Acaba de llamar Mitali Bunce. Simon y Penelope se han escapado, no sabe adónde, y he pensado que a lo mejor estabas con ellos.

—No… ¿Se han escapado?

—Eso espera Mitali, y no que se los hayan llevado —la voz de mi madre se quiebra—. Después de lo de anoche.

—Mamá, ¿qué pasa?

—Se ha producido otro ataque —dice—. Ese horrible Humdrum… ha atacado a *los Pitch*. Lo succionó todo. Una verdadera lástima. Era la propiedad mágica más espléndida que había.

—Pero Simon… —digo.

—¿Sí, querida? ¿Te dijo algo?

Han ido a ver a los cenutrios. De eso estoy segura. Es exactamente el tipo de locura que harían. Salir corriendo para

enfrentarse a una manada de ogros sin contarle nada a sus padres ni pedir ayuda…

Considero la opción de contárselo a mi madre: que Simon estuvo en casa de los Pitch anoche, que Penny y él —y *Basilton Grimm-Pitch*— estuvieron conspirando juntos.

Pero lo único que haría mi madre sería preguntarme por qué no se lo he contado antes.

Y, luego, creo que me diría que no se me ocurra abrir el pico, que no puede salir nada bueno de involucrarse en esto ahora, cuando el mundo de los Hechiceros está al borde de una guerra o, posiblemente, sumido en una.

Según ella, mi padre está en una asamblea de emergencia del Aquelarre. Y el Hechicero está encerrado en su torre en comunión con las estrellas, o algo así.

Se nota que está aliviada de que no esté con Simon y Penny, aunque me doy cuenta de que también está extrañamente preocupada.

—Agatha, va todo…, bueno, ya sabes, ¿bien con Simon?

—¿Sin contar que ha desaparecido?

—Ya sabes a lo que me refiero, cielo. *Entre* vosotros dos.

—Estamos bien —le aseguro.

No tengo ninguna intención de contarle que hemos roto. Ni siquiera sé

si Simon está vivo. No pienso hablar con mi madre de mis perspectivas de futuro (completamente arruinadas) hasta que no me quede más remedio.

Me sirvo un poco de la comida que sobró anoche —una Coca *Light* y unas cuantas tostadas de alcachofa en conserva— y vuelvo a mi cuarto. Me quedé dormida antes de que empezara la fiesta de mis padres, y no vinieron a despertarme. Supongo que pensaron que necesitaba descansar.

Le doy un mordisco al pan. No puedo solucionar esto. De ninguna manera.

Ni siquiera sé dónde está Simon *en realidad*. No es que «por ahí, buscando

cenutrios» sea de mucha ayuda. ¿Qué más sé? ¿Que podría estar con Baz? ¿Que ahora Baz y él son amigos? Eso no es una pista.

Sigo sin poder creerme que sean *amigos*.

Aunque, viniendo de Simon, me lo creo: él sería amigo de cualquiera que estuviera dispuesto a ello. De cualquiera que quiera arriesgarse a hacerse amigo de una bola de demolición. Pero ¿qué saca Baz de todo esto?

Lo único que Baz siempre ha querido de Simon es su muerte. Baz haría lo que fuera para quitarse a Simon de en medio.

Lo que fuera…

¿Y si no es más que una treta?

¿Y si Baz está intentando *atraer* a Simon hacia los cenutrios? Igual que hizo conmigo esa noche, en el bosque.

Bueno. No es que me atrajera, precisamente. Yo le seguí. Pero, aun así… *Aun así*…

Baz es un vampiro.

Baz es el malo.

Baz es un *Pitch*.

Mi teléfono está encima de la mesilla de noche. (Me dejan tener uno en casa.) Lo cojo y le escribo a Penny un mensaje: «Tu madre te está buscando. Todo el mundo está preocupado».

Y: «¿Habéis ido a luchar contra los cenutrios? ¿Necesitáis ayuda? Podría

conseguir ayuda».

Y luego: «¿Estáis con Baz? Creo que podría ser una trampa. Creo que quiere hacer daño a Simon».

Y después: «Por lo menos podríais haber dejado una nota. Es algo bastante básico».

Tiro el móvil a la cama y abro la Coca *Light*. Tengo la foto de Lucy y Davy debajo de la almohada. La saco.

¿Qué haría la osada y valiente Lucy Salisbury en una situación tan desesperada?

Salir pitando rumbo a California, como haría cualquier ser humano racional, seguramente. Dejar que se ocupen los verdaderos héroes.

Si Baz *ya* está conspirando contra Simon, no hay nada que pueda hacer para ayudar…

Pero tampoco puedo quedarme aquí sentada sin hacer nada, ¡joder! (Puto Simon. Putos todos.) Aunque no haya querido implicarme en su estúpido culebrón, sigo teniendo que involucrarme, que representar mi papel…

Y este es el momento en el que mi personaje grita para pedir ayuda.

Mi madre está hablando por teléfono cuando salgo de casa a hurtadillas.

Me llevo el Volvo.

78
BAZ

He tardado un buen rato en darme cuenta de que lo único que había hecho Bunce era poseer a la perra, que no estaba atrapada dentro de su cuerpo. Jamás había oído nada parecido. Estoy convencido de que es ilegal.

La verdadera Bunce, la aterradora maga, está escondida detrás de un arbusto en Hounslow, esperando a que yo llegue.

Voy de camino a recogerla.

—¡No hubiera tenido que recurrir a

esto si no fueras tan quisquilloso a la hora de dar tu número de teléfono! —me ladra con fuerza desde el asiento de atrás.

PENELOPE

Estoy escondida en el jardín del vecino. No puedo ir a casa porque sé que, si mi madre está dentro, no me dejará salir. Y *tengo* que salir: no puedo dejar que Simon se enfrente solo al Hechicero. Puede que ya esté en Watford.

Probablemente solo haya tenido que concentrarse en teletransportarse para

llegar allí.

Lo he echado todo a perder con Simon.

Después de que Baz se fuera echando humo por las orejas, creo que su intención era dejarme ir con él. Pero, luego, traté de disuadirlo, traté de *razonar* con él.

—A lo mejor Baz tiene razón —le dije.

Simon daba vueltas de un lado para otro alrededor de mi cuarto, agitando la espada sin ton ni son y, de pronto, se detuvo en seco y me fulminó con una mirada de infinito desprecio.

—¿En serio, Penny? ¿Cenutrios?

—No, no me refiero a los cenutrios.

Pero piénsalo bien, Simon: ¿qué pasará cuando la gente se entere de lo tuyo?

—¡Me da igual lo que piense la gente! —gruñó.

—Shhh —lo hice callar. Mis hermanos pequeños seguían en el piso de abajo—. El Hechicero te importa —proseguí—. ¿Qué va a pasar cuando se entere de que estás succionando magia?

—¡No la estoy succionando! —siseó.

—¡Pues lo que sea que estés haciendo! —susurré—. ¿Qué pasará?

—¡No lo sé! Ya lo decidirá el Hechicero.

Ahí fue cuando, probablemente, debí darme por vencida. Pero, en cambio, me

puse delante de él y traté de cogerle de la mano. Él me lo permitió.

—Simon —le dije—, tal vez deberíamos sencillamente *irnos*.

Parecía confundido. Tensó la otra mano sobre la espada.

—Penny, eso es lo que estoy intentando decirte, que tenemos que irnos.

—No —di un paso al frente y me acerqué a él, apretándole la mano—. Creo que esta podría ser nuestra única oportunidad de… salir de aquí.

Me miró como si estuviera mal de la cabeza.

Seguí insistiendo.

—Todo el mundo te ha relacionado

ya con el Humdrum. Cuando se den cuenta de lo que realmente está pasando, incluso la gente a la que le importas… Eres una amenaza para todos, Simon, para todo nuestro mundo. En cuanto lo descubran… Tal vez esta sea nuestra última oportunidad de *salir* de aquí. Podríamos simplemente… *irnos*.

Negó con la cabeza.

—¿Irnos adónde, Penny?

—Adonde sea necesario —respondí —. Lejos.

SIMON

Lejos. No existe el «lejos».

Solo existen el mundo de los Hechiceros y el mundo de los Normales. ¿De verdad pensaba Penelope que huir de la magia era una alternativa para mí?

Ni siquiera creo que pueda hacerlo. Yo *soy* magia pura. Y, sea lo que sea que estoy haciendo, salir huyendo no va a hacer que se detenga.

—Tengo que arreglarlo —le dije—. Mi deber es arreglarlo.

—No creo que puedas —me respondió.

Le solté la mano.

—Tengo que hacerlo. Esa es la razón por la que estoy *aquí*.

Aunque, tal vez no sea eso por lo

que estoy aquí. Tal vez solo estoy aquí para mandarlo todo a la mierda.

En cualquier caso, eso no cambia lo que tengo que hacer ahora.

PENELOPE

—Voy a hablar con el Hechicero —me dijo.

—Simon —le supliqué—, por favor, no lo hagas.

Pero él ya no me estaba escuchando. Unas alas rojas y oscuras brotaron de sus hombros al tiempo que la cola con punta de flecha le bajaba zigzagueando

por el muslo.

Me miró con la mandíbula tensa y, después, salió volando.

Fue entonces cuando llamé a Baz.

Baz está llegando ahora mismo, a bordo de un deportivo color vino. Cuando salgo de los arbustos, Baz ya ha girado y se ha inclinado sobre el asiento del copiloto para abrir la puerta.

Hay una perrita bizca en el asiento de atrás. Rompo mi hechizo de posesión y ladra.

79
LUCY

Volvimos a escondidas a Watford durante el equinoccio de otoño.

—El niño nacerá en el solsticio —dijo Davy, aupándome por el agujero del suelo de la vieja habitación del oráculo, en lo alto de la Capilla Blanca.

—O la niña —apunté yo.

Se rio.

—Supongo que sí. Claro.

Me encaramé para llegar al suelo de madera.

—¿Cómo subían los oráculos hasta

aquí?

—Antes había una escalera —respondió.

La habitación era circular, tenía ventanales curvos con vidrieras y una cúpula en el techo, pintada con todo detalle: se trataba de un mural protagonizado por varios hombres y mujeres, agarrados de las manos y formando un círculo, que miraban una vasta superficie llena de estrellas plateadas y con unas recargadas inscripciones de color negro. Solo alcanzaba a leer algunas de ellas: «El tiempo está preñado de acontecimientos», Shakespeare.

—¿Cómo has encontrado este lugar?

Davy se encogió de hombros.

—Explorando.

Conocía Watford mejor que nadie. Mientras el resto de los alumnos nos pasábamos el tiempo ligando y estudiando, él se había recorrido cada centímetro de la escuela.

Le observé mientras trazaba una especie de dibujo en el suelo con sal, aceite y sangre de un color azul oscuro. No era un pentagrama, era otra cosa.

Me senté sobre el suelo helado, envolviéndome los hombros y las piernas con el chal. No habíamos traído nada, ni mantas, ni almohadas, ni colchonetas.

Davy llevaba consigo un montón de

papeles con anotaciones y, cada cierto tiempo, les echaba una ojeada.

—¿Estás seguro de todo esto? —pregunté, por vigésima vez esa semana. Se mostraba más tolerante conmigo desde que había aceptado.

Porque había *aceptado* hacerlo.

Creí…

Creí que tal vez Davy lo haría sin mí. Que, quizá, encontraría el modo.

Pensé que, mientras siguiera con él, aún podría evitar que llegara demasiado lejos.

Y también pensé… que Davy quería un bebé. Y, en el fondo, estábamos hablando de un *bebé*. Me estaba pidiendo que tuviera a su hijo. Que

cambiara nuestras vidas.

Yo quería eso.

—Estoy seguro —dijo Davy—. He comparado los rituales y frases de tres fuentes distintas; las tres versiones se complementan entre sí y las divergencias son pequeñas.

—¿Por qué nadie más ha intentado hacer esto? —pregunté.

—Ah, yo creo que sí hay gente que lo ha intentado —dijo alegremente—, pero tenemos que intentarlo *nosotros*. Tú misma lo dijiste: nadie ha estudiado estos rituales como yo. Ninguno de estos especialistas pudo acceder a las notas de los otros.

Había compartido conmigo algunos

de los hechizos: *Beowulf*. La Biblia. Me encogí dentro del chal, envolviéndome aún más en él.

—Entonces no hay ningún riesgo…

—Siempre hay riesgos. Es creación. Es vida.

—Es un bebé —dije.

Se puso de pie y dio una zancada por encima de los dibujos para acuclillarse delante de mí.

—Nuestro bebé, Lucy, el Hechicero más poderoso que jamás se haya conocido en el mundo de los Hechiceros.

La habitación estaba iluminada por

la luz de siete velas.

Davy recitó cada hechizo siete veces.

¿Por qué siempre serán siete?, me preguntaba, recostada en el frío suelo.

Deseé que hubiéramos traído algo de música, aunque afuera se escuchaban cánticos: los alumnos, en el Gran Prado, delante de la fogata del equinoccio.

La noche se estaba volviendo más solemne de lo que esperaba. Entrar en Watford a escondidas, encontrar aquel cuarto oculto, todo había empezado como una especie de broma. Pero, ahora, Davy estaba concentrado y en silencio.

Me preguntaba cómo sabríamos si el

ritual había funcionado…

Cómo sabríamos si nuestro bebé sería el Hechicero más poderoso del mundo. ¿Tendría algún rasgo distintivo? ¿Le brillarían los ojos?

Davy había dicho que no podíamos hablar durante el ritual, así que, en cambio, me fijé en su mirada. Parecía contento, emocionado.

Porque finalmente está haciendo algo, pensé. Ya no se estaba limitando a gritarle al cielo.

Intenté no hablar. Permanecí acostada, muy quieta.

Y supe —oh, sí, lo *supe* en cuanto sucedió— que la magia y la suerte estaban de nuestro lado.

Sentí un fuerte tirón dentro de mi vientre, como si me hubiera caído dentro una estrella. El mundo a mi alrededor se puso blanco y toda mi magia se contrajo en una apretada bola alojada en mi pelvis.

Cuando recuperé la vista, lo único que veía era el dorado rostro de Davy, justo encima del mío. Nunca le había visto tan feliz.

80
AGATHA

Cuando llego a Watford, los portones están abiertos y solo hay un par de huellas de neumáticos en la nieve. Eso es bueno; significa que el Hechicero está aquí. Las sigo y aparco el Volvo en el patio principal, justo al lado del *jeep* del Hechicero. No creo que vayan a decirme nada: es una emergencia.

No reacciono bien ante las emergencias. Tengo prisa por encontrar al Hechicero para pasarle a él la pelota. Le contaré lo que sé y luego me alejaré

lo máximo posible de todo este lío.

Tal vez vaya a casa de Minty. Podríamos ver *Chicas malas*. Y su madre nos preparará mojitos sin alcohol. Y nos haremos la manicura permanente. (Minty tiene su propia máquina en casa.)

A Minty no le interesa la magia.

A Minty ni siquiera le gusta leer novelas fantásticas. «La verdad es que no consigo engancharme», dice. «Es todo tan falso.»

(Una vez intenté hacerme la manicura con Penelope, pero se pasó todo el rato distraída intentando conseguir hacérsela con magia.)

Corro por la nieve hacia la Torre de

los Lamentos y subo también corriendo al despacho del Hechicero. Juraría que tiene como mil escalones. Hay ascensores, pero no conozco los hechizos que los activan.

No quiero tener que llamar a la puerta del despacho del Hechicero, pero está abierta de par en par y, cuando entro, veo que está hecho un desastre. Parece que Penny hubiera pasado por aquí: hay libros por todos lados, unos apilados y otros abiertos. Hay hojas arrancadas y pegadas por toda una pared. (Pero no con celo, sino adheridas a la pared con hechizos.) (Y precisamente estas son las cosas de las que estoy harta. A ver, que no pasa nada

por usar un poco de celo. ¿Para qué narices hay que inventarse un hechizo para pegar papel a la pared? El celo ya existe.) En fin, el Hechicero no está aquí. Supongo que podría dejarle una nota, pero ¿cómo demonios la encontraría? ¿Y si no vuelve a tiempo? La verdad es que el Hechicero debería tener una secretaria, dadas sus responsabilidades. Cierro uno de sus libros, solo por joder, y me apoyo contra el marco de una ventana mientras intento decidir qué hacer a continuación.

En ese momento, veo las luces en la Capilla Blanca.

SIMON

No tengo ni idea de cómo averiguo el camino de vuelta a Watford.

No sé si realmente sigo volando o si simplemente me he concentrado en llegar aquí.

Me pregunto si esto —lo que estoy haciendo, la magia que estoy usando— será tal que creará un agujero nuevo o si simplemente ampliará alguno de los antiguos.

Me pregunto si todos se han equivocado conmigo, todo el mundo.

AGATHA

No me gusta la Capilla Blanca. Siempre que tenemos asambleas aquí, no consigo quitarme el olor a incienso del pelo.

Hoy huele más a humo que a incienso: a humo y magia desgastada, como un aula después de un examen.

Lo único que quiero es encontrar al Hechicero, contarle lo que sé y luego irme.

(Quizá la casa de Minty no esté lo suficientemente lejos de este desastre. Igual lo mejor sería terminar el instituto en Escocia, en esa escuela donde Kate Middleton conoció al príncipe

Guillermo.)

El atrio de la capilla está vacío. Me adentro un poco más, siguiendo el humo, aunque tengo la sensación de que es una decisión estúpida, porque es lo que haría Simon, pero también parece ser la mejor manera de encontrar al Hechicero.

Sigo avanzando, abriendo puertas, adentrándome en el edificio a medida que avanzo. En la parte más profunda, la oscuridad y el humo son mayores. Y tengo la sensación de escuchar al Hechicero recitando. Seguramente estoy interrumpiendo un poderoso acto de magia. Tal vez esté buscando a Simon.

—¿Señor? —le llamo. No sé de qué otra forma dirigirme a él (nunca he

escuchado que nadie le llame «Hechicero» directamente.)

Se oye un golpe como de madera golpeando madera. No sé bien de dónde viene y no alcanzo a ver nada. Empiezo a buscar un interruptor. Algunos de los edificios antiguos de Watford no tienen interruptores: hay que prender la luz con magia. Pero me he dejado la varita en el coche, sobre el asiento del copiloto; no me cabía en el bolsillo del abrigo.

Se oye otro golpe. Me quedo parada, muy quieta, y escucho un gran ruido metálico, alguien que grita, pasos que se acercan a mí corriendo, el jadeo de una persona.

Alguien embiste contra mí, me

aparta a un lado y sigue corriendo, dejándome atrás. Luego otra persona me agarra y me sujeta, clavándome la espalda contra la pared.

—¡Te he dicho que no corras! —gruñe.

—No me has dicho nada —respondo —. A mí no me has dicho nada.

Me sostiene de los brazos con tanta fuerza que creo que realmente podría rompérmelos.

—**¡Hágase la luz!** —dice.

Y se hace la luz.

Estoy mirando fijamente a los ojos del Hechicero. Cuando se da cuenta de que soy yo, me aparta a un lado.

—¿Adónde ha ido? —exige saber.

—¿Quién, señor?

Mueve su varita sin ton ni son a su alrededor.

—**¡Sal ratita, ensáñame la colita!** —está mostrando los dientes—. Sabes que no tengo tiempo para esto. ¡Se acerca la hora! —azota el aire con su varita—. **¡Por favor!** —latigazo—. **¡Por favor!** —latigazo—. **¡Por favor!** —latigazo—. **¡Déjame, déjame, déjame!**

No estoy segura de qué pretende con el hechizo, pero el conjuro me atrae y caigo de bruces.

—Tú… —dice el Hechicero, fijándose en mí otra vez. Tiene la túnica abierta y está sudando a mares. Tiene

una sustancia azul untada por todo el pecho—. ¿Qué estás haciendo aquí, muchacha?

—He venido a contarle algo sobre Simon, señor.

—¡Simon! —exclama, histérico—. ¿Dónde está Simon? —sostiene la mano alzada—. Espera… —parece como si el Hechicero estuviera a punto de salir corriendo, como si estuviera escuchando algo. Me alejo de él dando un paso, pero me agarra del brazo—. ¿Dónde está Simon?

—No lo sé, señor —respondo—. Pero he venido a contarle que… Simon estuvo con Basilton Pitch, anoche. Me dijeron que iban a buscar a unos

cenutrios, pero ¡creo que es una trampa! ¡Tiene que ayudarle!

Las palabras, todo lo que he venido practicando en el coche, sale a borbotones de mi boca.

El Hechicero gruñe y se agarra la cabeza, caminando compulsivamente de un lado a otro del cuarto oscuro: entrando en mi campo visual unas veces, y otras saliendo de él. La luz de su hechizo permanece en el aire, a mi alrededor. Doy un paso hacia la puerta.

—Y, ahora, cenutrios. Vampiros. *Niños*. ¡No tengo tiempo para esto!

Gruñe, frustrado, y oigo algo fuerte y pesado —como una estantería— que cae al suelo. Quizá ahora mismo esté

absorto en sus cosas. Me doy la vuelta para salir corriendo de la estancia, pero el Hechicero aparece de repente y me agarra.

—Tú tendrás que servir —dice—. Tú tendrás que servir, de momento.

Las piernas ya no me sostienen y él me arrastra.

—No tienes mucho que ofrecer —dice—, pero lo cogeré.

BAZ

Bunce se está mordiendo las uñas. No deja de intentar hechizar el coche, pero

ya estoy conduciendo lo más rápido posible, y todos los hechizos que pronuncia le salen nerviosos y tensos.

Le preocupa que el Hechicero mate a Simon en cuanto descubra que es él quien está produciendo el Humdrum.

Yo estoy preocupado de que ella se dé cuenta de que mi intención es matar al Hechicero antes de que eso pase.

PENELOPE

No me fío de Baz.

El único motivo por el que le he llamado pidiéndole ayuda es porque

tiene coche.

Bueno, me encantaría confiar en él —es un mago brillante y excelente compañía—, pero no puedo.

Solo confío en cuatro personas: mis padres, Micah y Simon. No me sobra la confianza, precisamente y, si lo hiciera, no se la daría a Tyrannus Basilton Grimm-Pitch. Es cínico, manipulador y totalmente despiadado. Lo único que le importa es conseguir sus objetivos y proteger a su propia gente.

Y el modo en que mira a Simon, hay algo en ello, que…

No creo que Baz se haya olvidado de los últimos siete años de enfrentamientos. Hay un destello

perturbado en el modo que tiene de mirar Simon. Si se le presentara la oportunidad de apuñalarlo por la espalda, creo que la aprovecharía.

Necesito alejar a Simon del Hechicero.

Y luego, simplemente tengo que llevármelo *lejos*.

AGATHA

Debería estar asustada. Y lo estoy: estoy aterrada.

Pero también estoy pensando: *¡Claro, joder! ¡Claro que voy a morir*

así! Voy a morir así porque alguien está buscando a Simon y, en cambio, me ha encontrado a mí. Voy a ser asesinada por un maniaco ávido de poder que ni siquiera sabe cómo me llamo.

No opongo resistencia. ¿Para qué? Pero relajo el cuerpo como un peso muerto. Y empiezo a llorar. Solo porque siempre haya sabido que iba a morir así no quiere decir que esté preparada para ello. Ojalá hubiera contestado mejor a mi madre esta mañana. Ojalá me hubiera vestido con otra cosa que no fueran estas mallas y estas botas Ugg. Siempre pensé que dejaría un bonito cadáver.

El Hechicero me arrastra con

esfuerzo a otra estancia, en donde hay una trampilla que cuelga abierta del techo y por la cual se cuela la luz.

Se apunta con su varita y dice **¡Arriba, arriba y adiós!** No se debe usar ese hechizo con personas; se les pueden salir los pulmones por los hombros por error. Pero a él le funciona y empezamos a elevarnos flotando arriba a través de la trampilla.

Pero, a ese, le sigue otro hechizo:

—¡Todo el mundo al suelo!

El hechizo nos tira a los dos al suelo. Quienquiera que lo haya lanzado, también cae. Oigo cómo aterriza.

—No, Davy —dice ella—. Déjala ir.

Y yo me imagino que es Lucy, que ha venido para salvarme.

SIMON

Aterrizo en el Gran Prado al atardecer y cruzo por el puente levadizo. Veo el *jeep* del Hechicero y el Volvo del doctor Wellbelove y me pregunto si estarán aquí, o si estarán peleando en algún otro lugar: luchando de verdad, con las espadas desenvainadas, las varitas empuñadas. Ni sabría dónde buscar la guerra en otro lugar que no fuera Watford.

Me dirijo al despacho del Hechicero cuando veo la luz en lo alto de la capilla.

Sale de una torre que nunca antes he visto iluminada. Ni siquiera me había fijado en las vidrieras: parecen a una corona o a una constelación de estrellas.

Las estoy mirando cuando, de pronto, los ventanales emiten un fuerte resplandor.

AGATHA

El Hechicero se arrastra a gatas, un poco tambaleante y empieza a lanzar

hechizos:

—¡Por favor, por favor, por favor! ¡Déjame, déjame, déjame!

—Ira de mujer, mala es de temer —grita la mujer. El fuego sale a chorros de su bastón y golpea al Hechicero en el pecho. Jamás había visto hacer algo parecido, ni siquiera a Simon. La luz del fuego finalmente ilumina el rostro de la mujer: es Ebb, la cabrera.

—¡Corre, Agatha! —me dice.

Pero el Hechicero ya se ha abalanzado sobre mí.

—¡No puedo! —digo en un sollozo.

El Hechicero alza su varita para devolverle un hechizo a Ebb y le pego en la mano con todas mis fuerzas. La

varita sale volando y él se aleja de mí rodando para alcanzarla.

—**Corre como si te fuera la vida en ello** —grita Ebb y eso hago.

Me levanto, tanteando para encontrar algo a lo que agarrarme y salgo corriendo de la estancia como si me hubieran puesto en la espalda un chorro de propulsión.

Atravieso el humo y la oscuridad corriendo hacia la luz y la nieve, y después sigo corriendo.

81
EBB

Iba a matar a esa chica.

Supongo que nunca tuve más remedio que volver.

EL HECHICERO

Ya no queda tiempo.

El Humdrum nos está devorando.

Y hoy es el día: hoy es el día en que mi magia podría funcionar. Los días festivos son propicios, aún queda un

remanente del solsticio.

Hoy es el día.

Esta es la hora.

Si Simon estuviera aquí…

Pensé que lo habíamos logrado —a un gran costo, sí—, pero pensé que lo habíamos conseguido, Lucy. Que habíamos creado al Gran Hechicero.

Él es el Gran Hechicero.

Lo escondí entre los Normales para que nadie lo averiguara. Para que nadie hiciera preguntas. Lo escondí hasta que estuvo listo, hasta que me llamó, ¡tal como todas las profecías anunciaban que lo haría!

No sabía que estaba defectuoso.

No logré darme cuenta de que era

una vasija resquebrajada.

Tal vez era demasiado poder para que lo contuviera un bebé, quizá ese fue mi error.

Si Simon estuviera aquí, podría arreglarlo. Ahora tengo hechizos distintos. (Me remonté demasiado atrás en el tiempo en mi búsqueda; debería haberme dado cuenta de que el poder nuevo debe provenir de salmos modernos.) Ahora tengo una oportunidad, podría liberarlo.

Pero Simon no está aquí. Y no puedo esperarle. El Humdrum no esperará. Los Pitch ya están de camino…

Me las tendré que arreglar con esta mujer. Es la estrella más brillante del

reino, después de Simon.

Nuestro Simon.

Puedo tomar su poder.

Solo tengo que matarla primero.

EBB

Supongo que nunca tuve las opciones que pensaba que tenía.

EL HECHICERO

Ella es todo frases hechas de los noventa y fuerza bruta.

La he visto crear hechizos para las cabras y los terrenos como si fuera una experta. Pero, en el campo de batalla, Ebb es como un cañón en un combate con espadas. Con razón Simon la sigue a todos lados como un niño perdido.

Llevo años pensando en despedirla —¿para qué necesita cabras Watford? —, pero es poderosa, y protege la escuela cuando yo no estoy aquí.

No la sacrificaría hoy si el destino de nuestro mundo no pendiera de un hilo.

EBB

He perdido práctica.

La verdad es que nunca he tenido mucha práctica con hechizos como este. Me sé diez hechizos para convertir el agua en *whisky* y soy capaz de hacer que las cabras regresen con una simple frase hecha. Pero nunca entendí cuál era el sentido de todo esto.

Incluso cuando Nick y yo teníamos alguna bronca, normalmente le tranquilizaba con un **Vive y deja vivir** o un **Duérmete, niño**.

Mi única salida ahora es vencer a Davy.

Lanzo un **¡Patas arriba!** y un **¡De morros al suelo!:** dos hechizos que he aprendido en peleas de bares. El

Hechicero hace algo que no le había visto hacer a nadie: obedece los hechizos en lugar de permitir que le alcancen.

Parece un loco. Tiene la camisa abierta y hecha jirones y está cubierto de suciedad. Quién sabe en qué tipo de magia negra andará metido: todavía no me ha dicho qué quiere de mí. Nos rodeamos mutuamente como dos lobos.

—No estás a mi altura, Ebb —dice, y luego grita—: **¡La resistencia es fútil!**

Absorbo el hechizo. A veces puedo hacer eso, dejar que un hechizo se extinga en mi magia.

—**¡Pártete el lomo!** —le grito

desesperada en respuesta, cuando se me presenta la oportunidad.

El Hechicero sale despedido hacia atrás y aterriza en el suelo como si estuviera hecho de goma: luego se levanta, dando un suspiro.

EL HECHICERO

Me ha pillado por sorpresa con ese hechizo y me retumba la cabeza.

—Lo siento, Ebb, pero no tengo tiempo para esto. Necesito tu poder: el mundo de los Hechiceros necesita tu poder.

—Yo no soy un soldado —dice.

—Lo sé, pero yo sí —avanzo un paso—. Haz este sacrificio por tu gente.

—¿Qué quieres de mí, Davy? —está asustada. De verdad que lo siento. Una madeja de pelo rubio le cubre un ojo.

—Tu poder. Necesito tu poder.

—Te lo daré. Yo no lo quiero.

—No funciona así —le digo—. Tengo que ser yo quien lo tome.

Aprieta la mandíbula con fuerza y sostiene el cayado entre nosotros.

—**¡A troche y moche!** —grita, y la estancia entra en caos.

Los tablones del suelo se desprenden y vuelan hacia arriba, girando alrededor de nosotros como si

fueran cintas de película. Las vetustas vidrieras se hacen añicos, una a una.

Es un hechizo infantil, un berrinche. Se usa para desordenar tableros de juegos de mesa y para dispersar canicas por todos lados.

El poder de esta mujer…

Desperdiciado.

Me tambaleo hacia delante en medio del caos y entierro mi espada en su pecho.

EBB

Decido que el Hechicero debe tener

razón, aunque hable como un loco.

Decido que es por nuestro bien; que hay una razón detrás de esto.

Espero que alguien se acuerde de traer de vuelta a casa a mis cabritas.

82
SIMON

Cuando llego a la puerta de la Capilla Blanca, todas las ventanas explotan. Suena como si el mundo estuviera hecho de vidrio y se estuviera acabando.

Espero no haber llegado demasiado tarde…

Para detener lo que sea que haya que detener.

Para ayudar a quienquiera que haya que ayudar.

Entro corriendo a la capilla por detrás del púlpito. Luego pienso en el

Hechicero y enseguida encuentro el camino para llegar a un cuarto en la parte trasera que tiene una trampilla que cuelga abierta del techo. Bato mis alas —todavía las tengo—, estiro las manos para alcanzar el borde de la abertura y me impulso con fuerza hacia arriba.

Es un cuarto circular, ahora en ruinas, y el Hechicero está arrodillado en el centro; tiene los ojos cerrados y sube y baja los hombros rítmicamente. Hay alguien tendido en el suelo delante de él, y, por un instante, pienso que podría ser Baz. Pero Baz estaba buscando a los cenutrios; sé que estaba haciendo eso.

Sea quien sea quien esté en el suelo,

implica que todo esto ya ha empezado.

Me aclaro la garganta y me llevo la mano a la cadera. La espada aparece sin necesidad de encantamiento. Es como si el mundo entero simplemente estuviera *reaccionando* a mi voluntad. Ni siquiera tengo que *concentrarme*.

No tengo que pensar.

El Hechicero tiene las manos apoyadas encima del pecho de la persona tendida delante de él. Una intensa bruma de magia los rodea y él está recitando. Me toma un minuto reconocer la canción…

—Tal como viene, se va. Ni muy arriba, ni muy abajo.

Doy un paso adelante en silencio; no

quiero interrumpirlo en mitad de un hechizo. Especialmente si está tratando de revivir a alguien.

—**Adelante, adelante** —canta el Hechicero.

Avanzo otro paso en silencio y veo que es Ebb quien está delante de él. No puedo evitar que se me escape un grito.

La cabeza del Hechicero gira, sus labios siguen murmurando la letra de *Bohemian Rapsody,* de Queen.

—¡Simon! —dice, tan sorprendido que aparta las manos.

—No se detenga —le digo, cayendo de rodillas—. Ayúdela.

—Simon —vuelve a decir el Hechicero.

La sangre sale a borbotones del pecho de Ebb.

—¡Ayúdela! —le digo—. ¡Se está muriendo!

—No puedo —dice el Hechicero—. Pero Simon, tú estás aquí. Aún puedo ayudarte.

Trata de alcanzarme extendiendo los brazos hacia mí; tiene las manos empapadas de la sangre de Ebb. Y sé que tengo que decírselo ahora. Me levanto con movimientos nerviosos, alejándome de él.

El Hechicero recoge su espada —también ensangrentada— y se pone de pie, al igual que yo. Tiene una brecha abierta en la cabeza, sobre una oreja, de

la que brota sangre a su cuello y su hombro.

—Señor, está herido. Puedo ayudarle.

Niega con la cabeza mientras clava la mirada justo detrás de mí. Creo que mis alas le han puesto nervioso, pero no estoy seguro de poder replegarlas ahora mismo.

—Estoy bien, Simon —responde.

Es demasiado tarde, ya he intentado que se sienta mejor: la profunda brecha de su oreja se cierra de dentro hacia fuera, curándose sola.

Se lleva la mano a la cabeza. Abre unos ojos como platos.

—*Simon*.

Me empieza a temblar la barbilla y aprieto fuerte la empuñadura de mi espada hasta que el temblor se detiene. Intento concentrarme en conseguir que Ebb se recupere —creo que llevo pensando en eso desde que la he visto —, pero sigue ahí tendida, sangrando.

El Hechicero da unos pasos para acercarse a mí como si se estuviera acercando a un animal.

—Has llegado justo a tiempo —dice en voz baja. Levanta la mano y me toca la cara. Siento un hilo de sangre correr por mi mejilla—. Te debo una disculpa —dice—. Me he equivocado en tantas cosas…

Le miro a los ojos. Tenemos la

misma altura.

—No, señor.

—En cuanto al poder, no me equivoqué —aclara—. *Sí eres* el hechicero más poderoso que jamás haya existido, Simon. Eres… un milagro —acuna mi cara en su palma mojada—. Pero no eres el Elegido.

No soy el Elegido.

Claro que no.

No soy el Elegido.

Gracias a la magia. Esto es lo único que alguien me ha dicho hoy que tiene sentido. Aunque no cambia nada…

De todas maneras, tengo que contárselo.

Trago saliva.

—Señor, tengo algo que contarle. Baz y Penelope…

—¡Ahora mismo, ellos no importan! Ninguno de ellos. Los Pitch y su guerra. ¡Como si la *magia* entera no estuviera al borde del abismo! ¡Como si el Gran Devorador no hubiera marcado nuestra puerta!

—*Señor*…

—Creí que podría rescatarte —dice en un susurro. Está de pie, demasiado cerca de mí. Me sostiene la cara como si fuera la de un bebé, o la de un perro—. Pensé que podía cumplir mi promesa de cuidarte, que encontraría el texto correcto, la rima faltante. Pensé que podía *arreglarte*… Pero no eras el

receptáculo correcto —asiente con la cabeza para sí mismo. Da la sensación de que siguiera mirando detrás de mí—. Me equivoqué en esto —dice—. Me equivoqué contigo.

Miro al suelo, hacia donde está Ebb. Luego vuelvo a mirar al Hechicero.

—El Humdrum… —digo.

Contrae el rostro.

—¡Nunca serás suficientemente fuerte para luchar contra él! Nunca serás *suficiente*, Simon. No es tu culpa.

—¡Sí lo es! —muevo la cabeza de un lado a otro, y él me sostiene la mandíbula con fuerza—. Señor, creo que mi poder está ligado al Humdrum. ¡Creo que podría estar generándolo!

—¡Qué tontería! —unas gotas de la saliva que salpica al hablar caen en mi boca—. El Humdrum fue profetizado: «La peor amenaza que jamás se haya conocido en el mundo de los Hechiceros». Igual que fue profetizada la llegada del Gran Hechicero.

—Pero Baz dice…

—¡No puedes hacerle caso a ese muchachito imberbe! —me suelta la cara y retrocede unos pasos, levantando los brazos y haciendo oscilar su espada, roja de sangre—. Está cortado por el mismo patrón que su madre. ¿Hay alguien que piense que Watford estaba mejor bajo su tutela? ¡Estas aulas estaban vacías! Solo los magos más

ricos, los más poderosos: ellos fueron los únicos que aprendieron a decir las palabras mágicas. A Natasha Grimm-Pitch le encantaban su poder y su riqueza, le encantaba el pasado hasta tal punto, que jamás hubiera permitido que Watford cambiara.

El Hechicero camina de un lado a otro. Le está hablando al suelo. Nunca le había visto así: moviéndose tanto, hablando sin cesar.

—¿Debería llorar su muerte? —pregunta, en un tono demasiado alto—. ¿Cuando eso significa que una generación entera de niños mágicos ha aprendido a usar sus poderes? ¿Debería *sentirlo?* ¡No lo siento! ¿Cuál es el *bien*

mayor?

Me rodea de nuevo y afianza fuertemente su mano en el punto donde mi cuello se une con mi pecho, y me sostiene la mirada.

—No lo siento.

Luego se inclina, acercándose más. Su pelo roza el mío.

—Si pudiera volver atrás, no cambiaría nada. Nada. Excepto a ti… No puedo arreglarte, Simon —mueve la cabeza de un lado a otro, gruñendo y apretando los dientes—. No puedo arreglarte, pero puedo *liberarte*. Y yo puedo cumplir la profecía.

No sé qué decir, así que asiento con la cabeza.

Siempre he sabido que era un fraude: realmente es un alivio escuchárselo decir finalmente al Hechicero. Y saber que tiene un *plan*. Yo lo único que quiero es que me diga qué hacer.

—Dame tu magia, Simon.

Doy un paso atrás —por la sorpresa, creo—, pero el Hechicero me detiene sujetándome por el cuello. Hace presión con la mano derecha sobre mi corazón.

—Puedo cogerla yo mismo. Finalmente, he averiguado un modo, pero luego me enteré de que tú ya lo habías conseguido solo. Ahora puedes entregármela libremente, ¿no? Igual que se la diste al muchachito Pitch —noto

todas las yemas de sus dedos sobre mi piel—. No me obligues a cogerla yo mismo, Simon…

Miro al suelo, hacia donde está Ebb. La sangre está formando un charco alrededor de su brazo y su hombro. Acaba de alcanzar las puntas de su melena rubia.

—Piénsalo —murmura el Hechicero —. Yo tengo un control que tú nunca tendrás. Sabiduría… Experiencia… Con tu poder, puedo anular al Humdrum. Puedo resolver estas disputas de una vez por todas: *finalmente podré terminar lo que empecé*.

—¿Lo que empezó?

—¡Mis reformas! —sisea.

Enseguida deja caer la cabeza hacia abajo, como si estuviera cansado—. Pensé que bastaría con apartarlos del poder, con cambiar las reglas. Pero son como cucarachas; así es esta gente: se te suben encima en cuanto apagas la luz.

»No puedo concentrarme en mis enemigos debido al Humdrum —ladea la cabeza a la derecha—, y no puedo concentrarme en el Humdrum debido a tantas *disputas* —la ladea a la izquierda —. Esto nunca tendría que haber sido así —vuelve a mirarme, alzando la vista —. Tú tendrías que haber sido la respuesta.

—No soy el Gran Hechicero —digo.

—Eres solo un niño —responde,

decepcionado.

Cierro los ojos.

El Hechicero me pellizca el cuello.

—Dámela.

—Podría hacerle daño, señor.

Me coge las manos bruscamente.

—*Ahora*, Simon.

Abro los ojos y bajo la vista hacia nuestras manos. *Podría* dársela. Toda. Podría dársela y, entonces, el responsable sería él. Sería el Hechicero quien estaría succionando la magia del mundo o buscando una manera de no hacerlo…

Le aprieto una mano y le doy un poco de magia: un puñado.

El Hechicero me estruja los dedos y

su cuerpo se convulsiona, pero no me suelta.

—¡Simon! —se le iluminan, literalmente, los ojos—. ¡Creo que esto va a funcionar!

—*Sí,* funcionará —dice mi voz.

Pero no soy yo quien ha hablado: el Humdrum está de pie a nuestro lado, observando el cuerpo de Ebb en el suelo.

El Hechicero se queda quieto, con la boca abierta. Se me había olvidado que él nunca había visto al Humdrum.

—Simon —dice el Hechicero—, eres tú.

—Es el Humdrum —respondo.

—Eres tú el día que te encontré —

abre unos ojos como platos y su mirada se enternece—. Mi niño…

—No soy él —dice el Humdrum—. No soy el niño de nadie.

—Eres mi sombra —le digo al Humdrum. Ya no le tengo miedo.

—Más bien como el orificio de salida de una herida de bala —dice—. O como una estela de condensación. He tenido un montón de tiempo para pensar en ello.

—El Insidioso Humdrum —susurra el Hechicero.

—Menudo nombre de mierda —dice el Humdrum, rebotando su pelota—. ¿Se te ocurrió a ti?

El Hechicero se gira hacia mí, y me

agarra de ambas muñecas.

—Ahora, Simon, dámela. Está aquí mismo, ahora mismo.

—¿Cuándo te han salido alas? —pregunta el Humdrum—. Yo nunca tendré alas, ni una espada. Nunca tendré una pelota de verdad: me gustaría tener una pelota de fútbol.

El Hechicero tira de mis muñecas mientras sigue mirando al Humdrum.

—*¡Ahora, Simon!* ¡Acabaremos con esto de una vez para siempre!

—Hazlo —dice el Humdrum—. Tiene razón. Acaba con todo, con toda la magia: con *absolutamente toda*.

El Humdrum me tira la pelota y yo alejo al Hechicero de un empujón para

apartarle.

—¡Simon! —grita el Hechicero.

Me guardo la pelota roja de goma en la chaqueta del traje —no recuerdo cuándo he pensado en este traje gris, pero ahora lo llevo puesto— y bajo la vista para mirar al Humdrum. Esta es la única manera.

Agarro al chico de los hombros.

Él se ríe.

—¿Qué vas a hacer? ¿Pegarme? ¿Perder el control conmigo? Estoy bastante seguro de que eso no funcionará.

—No —le digo—. Voy a ponerle fin a esto. Lo siento.

—¿Tú lo *sientes?*

—Siento que todo lo bueno haya pasado después de crearte.

El Humdrum parece confundido. Cierro los ojos y, después, me imagino abriendo la cerradura de todas las puertas, todas las ventanas, todos los grifos, y vertiendo su contenido en su interior.

El Humdrum no se estremece ni retrocede. Y, cuando vuelve a abrir los ojos, sigue con la vista alzada, mirándome, aunque ahora menos confundido.

El Humdrum apoya sus manos sobre las mías e inclina brevemente la cabeza. Tiene la mandíbula tensa y hay resolución en su mirada. Incluso ahora,

parece un pequeño mafioso.

Asiento con la cabeza en respuesta.

Se la entrego toda a él.

Dejo salir toda la magia.

El Hechicero trata de separarnos a empujones —me grita, maldiciendo—, pero estoy anclado al centro de la Tierra y las manos del Hechicero atraviesan al Humdrum. El muchacho está desapareciendo: cada vez me cuesta más trabajo mantener las manos sobre sus hombros.

No creo que esté haciéndole daño: el Humdrum solo parece… cansado.

Es un agujero. Es lo que queda cuando yo he terminado.

Y, a veces, los agujeros quieren

crecer, hacerse más grandes, pero Baz estaba equivocado: a veces solo quieren que los llenen.

Le entrego toda la magia que tengo, y luego siento que tira de mí. Antes, era yo quien vertía la magia, pero ahora está siendo succionada, derramándose al interior de un vacío.

Se me resbalan las manos sobre los hombros del Humdrum, pero mi magia sigue fluyendo con rapidez hacia su interior.

Caigo de rodillas y mi magia fluye fuera de mí con mayor rapidez.

Siento un hormigueo en las yemas de los dedos. Huelo fuego. Unas chispas se persiguen entre sí sobre mi piel.

No estoy perdiendo el control, pienso. *Me estoy extinguiendo.*

83
BAZ

No quiero ni pensar que hayamos llegado demasiado tarde.

Y, además, además del *absoluto fracaso*, estoy tan sediento que podría dejar completamente seco a un caballo raza Clydesdale.

Debería dejar seca a esa spaniel, que no para de ladrar, y así poner fin a su sufrimiento.

Tal vez debería poner fin al sufrimiento de Bunce.

Subimos por una colina y vemos la

escuela delante de nosotros. Mi intención es entrar a toda velocidad por los portones, abiertos de par en par, pero el Jaguar se queda atascado en la nieve. Bunce y yo nos bajamos del coche y empezamos a correr a través de el Gran Prado.

Nos quedamos pasmados cuando vemos a Wellbelove corriendo en dirección contraria, hacia nosotros, como un conejo aterrorizado.

PENELOPE

Agatha está llorando y jadeando… y

corriendo como si fuera Jessica Ennis, la atleta olímpica, incluso con la cantidad de nieve que hay. Es una pena que Watford no tenga un equipo de atletismo.

No se detiene cuando nos ve, solo me coge de la mano y trata de arrastrarme con ella.

—Corre —dice—. Corre, Penny: ¡es el Hechicero!

—¿Qué le pasa al Hechicero? —le cojo la otra mano y ella corre sin avanzar más, dibujando círculos a mi alrededor.

—¡Es malvado! —dice—. ¡Por supuesto que lo es!

Baz trata de cogerla por el hombro.

—¿Está aquí Simon?

Agatha se aleja de él, trotando atrás y luego adelante, hacia nosotros.

—Acaba de llegar —dice—. Pero el Hechicero es malvado. Está luchando contra la cabrera.

—¿Ebb? —pregunto.

—Y ha intentado hacerme daño. Iba a hacerme algo, a quitarme algo. Quiere a Simon.

—¡Vamos! —grita Baz.

—Ven con nosotros —le digo a Agatha—. Ven a ayudarnos.

—No puedo —responde, negando con la cabeza—. No puedo.

Y, luego, sale corriendo.

BAZ

Wellbelove sale corriendo en una dirección y Bunce en la contraria.

Se escucha un ruido procedente de la escuela: una especie de trueno artificial, como el sonido de un huracán sobre un tejado de uralita.

Sigo a Penny, corriendo tras ella, por el puente levadizo. En cuanto llegamos al patio, identificamos inmediatamente dónde está Simon: todas las ventanas de la Capilla Blanca están hechas añicos. Por ellas sale una gran humareda y las propias paredes parecen refulgir con la luz trémula del espejismo

producido por el calor en el horizonte.

La atmósfera se percibe densa, cargada con la magia de Simon, ese olor verde, quemado.

Bunce se tambalea y tose. Me inclino y la sujeto del brazo, haciendo palanca para levantarla. Me sorprendería mucho que pudiera lanzar una sencilla frase hecha en este momento.

—¿Estás bien, Bunce?

—Simon —dice.

—Lo sé. ¿Aguantas?

Asiente con la cabeza, empujándome para apartarse de mí y sacudiendo su coleta con determinación.

A medida que nos acercamos a la

capilla, el ambiente está cada vez más cargado. En el interior del edificio reina una oscuridad antinatural, como si para disiparla hiciera falta algo más que luz. Me parece sentir la presencia del Humdrum, su zarpazo y su succión, pero, en mi mano, mi varita sigue teniendo magia.

Algo me atraviesa el cuerpo —como una onda en el aire, en la magia—, y Bunce se cae de bruces otra vez. La agarro.

—No tenemos por qué seguir avanzando —digo.

—Sí —dice ella—, sí tenemos. Yo tengo que hacerlo.

Asiento con la cabeza. Esta vez no la

suelto. Caminamos juntos hacia la peor zona, hacia lo que debe de ser la parte trasera de la capilla, atravesando puertas, recorriendo pasillos.

Se me revuelve el estómago.

En la atmósfera ya no queda aire; solo está Simon.

Bunce abre otra puerta, empujándola, y los dos nos apresuramos a protegernos los ojos con los brazos. El interior refulge como el fuego.

—¡Ahí arriba! —grita Bunce.

Intento mirar hacia donde ella está señalando. La luz parpadea y todo queda a oscuras, pero entonces vuelve. Parece provenir de una abertura en el techo, a seis metros de altura, por lo menos.

Bunce extiende una mano para lanzar un hechizo, pero en lugar de hacerlo, se lleva las manos al estómago.

Le rodeo los hombros con el brazo izquierdo y luego apunto con mi varita hacia la trampilla:

—**¡Con ligeras alas de amor!**

Es un hechizo antiguo y complicado, y solo funciona si entiendes el gran desplazamiento vocálico que sufrió el inglés en el siglo XVI… y si estás perdidamente enamorado.

Bunce y yo flotamos hacia la trampilla y ni siquiera intento escudarnos, porque no creo que haya ningún hechizo que fuera capaz de lograrlo.

Ascendemos al interior de un cuarto en el que el ruido y los destellos de luz se agitan de tal manera que resulta imposible describirlo, y nos acuclillamos sobre los cristales rotos, intentando no separarnos. Bunce vomita.

Durante los segundos en los que la luz no es demasiado deslumbrante o, sencillamente, no hay luz, veo a Simon, en mitad de la estancia, sujetando al Humdrum como si estuviera a punto de decirle algo realmente importante.

Simon tiene otra vez esas alas rojas, completamente extendidas.

El Hechicero también está aquí, aferrándose a Simon inútilmente: no hay nada capaz de mover a Simon cuando

adopta esa postura, con los hombros echados hacia delante y la mandíbula tensa.

Bunce se pone a cuatro patas e intenta levantar la cabeza.

—¿Qué está haciendo? —pregunta con voz ronca, y enseguida tiene otra arcada.

—No sé —respondo.

—¿Crees que deberíamos intentar detenerlo?

—¿Crees que seríamos capaces?

La luz está perdiendo intensidad. También la oscuridad.

Ya casi no alcanzo a ver al Humdrum, pero Simon sigue sosteniendo algo con todas sus fuerzas.

El ruido también está cambiando: se está volviendo más agudo, como si se estuviera intensificando antes de llegar a su fin, pasando de un rugido a un gemido.

Cuando el sonido se detiene, se me destapan los oídos y Simon cae de bruces al suelo, iluminado solamente por la luz de la luna que se cuela por las vidrieras rotas.

Se cae, y ya no se levanta.

PENELOPE

Por un instante, el único ruido que se

oye procede de Baz: un alarido.

Luego, el Hechicero se abalanza sobre el cuerpo sin vigor de Simon.

—¿Qué has hecho? —zarandea a Simon, golpeándole las alas—. ¡Entrégamela!

Simon levanta un brazo para apartar al Hechicero, y esa leve muestra de vida es lo único que necesita Baz para salir disparado. Se mueve tan rápido que no consigo enfocarlo hasta que veo que tiene al Hechicero cogido por el pecho, a punto de clavarle los colmillos en el cuello.

—¡No! —dice Simon en un susurro, tratando de levantarse, agarrándose a las piernas de uno de ellos.

El Hechicero apunta hacia Baz con su varita plateada, pero Simon la agarra y la sostiene contra su propio corazón.

—No —le dice a Baz (o tal vez al Hechicero)—. ¡Basta!

Los tres forcejean y están a punto de caer. El Hechicero está cubierto de sangre y la boca de Baz es todo dientes.

—¡Entrégamela! —le grita el Hechicero a Simon. ¿Se referirá a su varita?

—¡Ya no la tengo! —grita Simon, usando la varita para apoyarse y mantenerse de pie—. ¡Ya no me queda nada!

El Hechicero apunta con la varita a Simon en el pecho.

—¡Dámela!

Baz tira del pelo del Hechicero, haciéndole retroceder.

—¡Basta! —grita Simon—. ¡Ya no la tengo! ¡Se ha agotado!

Ninguno de los dos le está escuchando.

Extiendo la mano en la que llevo mi anillo y hablo con la voz más clara y fuerte que puedo, como nunca he hecho antes, y dejo que mi magia suba desde el fondo de mi estómago vacío:

—¡Simon dice!

Las palabras que Simon pronuncia a continuación retumban, rebosantes de magia:

—¡Deja de hacerme daño!

El Hechicero se aleja de él con un traspiés, y se desploma en los brazos de Baz.

Baz retrocede unos pasos, confundido, y suelta al Hechicero, que cae al suelo. Luego Baz se estira para intentar alcanzar a Simon, pero él ya está arrodillado delante del Hechicero, levantándole por el pecho.

—Creo…, creo que está muerto. ¡Penny! Creo que le he matado. Ay, Dios —solloza Simon—. ¡Por Merlín! ¡Penny!

Sigo temblando, pero me arrastro por la estancia para llegar adonde están ellos.

—No pasa nada, Simon.

—Claro que pasa. El Hechicero está muerto. ¿Por qué está muerto?

No sé por qué está muerto.

No sé qué está pasando.

—A lo mejor esa era la única manera de que dejara de hacerte daño —le respondo.

—¡Pero yo no quería matarle! —grita Simon, levantando al Hechicero, pasándole los brazos tras la espalda.

—De hecho, ha sido Bunce quien le ha matado —dice Baz, aunque lo dice en voz baja y tiene lágrimas en los ojos.

—Está muerto —repite Simon—. El Hechicero está muerto.

84
LUCY

No sabía que algo iba mal; era la primera vez que estaba embarazada. Y nadie había estado nunca embarazada de ti, Simon.

En los libros dicen se siente un mariposeo, y calambres. El primer movimiento fetal. Yo sentí mucho más que eso.

Te sentí vibrar en mi interior, activo y animado. Sentí una especie de rubor que me iba desde el vientre a las yemas de los dedos.

Davy no se apartaba de mi lado. Me preparaba la comida. Realizaba hechizos para bendecirnos a los dos.

Y quizá pienses que tanta amabilidad se debía a que quería que el ritual funcionara. Pero yo creo que le importaba. Creo que tú le importabas…

Creo que quería tenernos a los dos a su lado, en el brillante futuro que estaba construyendo: un mundo de los Hechiceros renovado.

Las embarazadas siempre están cansadas.

Les cuesta retener lo que comen. Tienen un aspecto enfermizo, y se

sienten mareadas.

Un día salí a darles de comer a las nuevas gallinas que habíamos comprado y me di cuenta de que no podía volver a casa. No tenía fuerzas suficientes ni para dar un paso más.

Caí de rodillas y luego me fui recostando lentamente hacia delante para tratar de protegerte. Después noté un parpadeo de luces que se apagaban.

Davy estaba dentro, durmiendo la siesta. Cuando se despertó, me encontró allí, quemada por el sol y sedienta. Me llevó a casa en brazos, gritándome por lo que podía haber pasado y preguntándome por qué no había lanzado un hechizo para pedir ayuda. Pero mi

magia se había diluido: hacía semanas que no lanzaba hechizos. Las últimas veces que lo había intentado, la sensación que notaba era como golpear una caja hueca. Todo lo que antes estaba en su interior, había desaparecido.

A todas las mujeres les suele fallar la magia cuando están embarazadas.

A la mañana siguiente, me sentí mejor.

Pero, a la siguiente, estaba peor.

La tensión en el vientre aumentaba, como si estuvieran girando una manivela que no dejara de contraérmelo. Sentía la necesidad de salir la cabaña, pero no era capaz de llegar ni hasta la puerta.

—Necesita aire —le dije a Davy y

él no se opuso.

Me sacó a la explanada del jardín y se tendió conmigo en la hierba. Necesitaba sentir el suelo debajo de mí, y el aire, y el sol.

—Mejor —le dije a Davy, sin dejar de sentir cómo la manivela giraba.

Cuando estaba sola, hablaba contigo.

Te contaba cosas de tu familia; de tus abuelos; de la cabaña; de Watford, donde tu padre y yo nos conocimos.

Te puse nombre.

—Simon —le dije a Davy.

En aquel momento, ya sabíamos que ibas a ser niño.

—Vale —dijo—. ¿Por qué?

—Es un buen nombre, es nombre de persona sabia.

—¿Es nombre de salvador?

—Si es el Gran Hechicero, ¿su nombre no será inmediatamente de salvador, independientemente del que escojamos?

—Bien visto —respondió—. Simon.

—Simon Snow.

—¿Qué has dicho?

—Su segundo nombre. Simon *Snow*.

—¿Por qué?

—Porque me gusta. Y porque el segundo nombre de todo el mundo debería ser un poco ridículo.

—¿Cuál es el tuyo?

—Winifred.

Nos reímos hasta que yo ya no pude más.

Todas las mujeres sienten cansancio cuando están embarazadas. Todas se encuentran mal, extrañas.

—¿Cómo estás? —solía preguntarme Davy.

—Bien —solía decirle.

—¿Cómo está nuestro niño?

—Tiene hambre.

Nunca le conté la verdad a Davy. ¿Cómo podría haberme ayudado? Si le hubiera dicho: me siento como si fuera un pasillo vacío, Davy, como un túnel de

viento. Siento que hay algo en mi interior que me come por dentro, pero no solo me come a mí, sino que se lo está comiendo todo. Aunque quizá «comiendo» no sea el término adecuado: «consumiendo, succionando, devorando». ¿Cuánto tiempo tarda una estrella en sufrir un colapso gravitatorio? ¿Cuántos billones de años?

¿Qué hubiera respondido si le hubiera contado eso?

Tal vez no debería contarte todo esto. No he vuelto para contarte esto.

No quiero que pienses que fue culpa tuya.

Tú eres el niño que hubiéramos tenido pasara lo que pasara, Simon. Eras

nuestro, en todos los sentidos. Y nada de esto es culpa tuya. Así de poderoso te creamos: como si hubiéramos prendido un fuego en medio del bosque. Así de hambriento te creamos.

Al final, lo único que quería era verte la cara.

Y creí que, tal vez —tal vez cuando nacieras—, recuperaría algo de mí misma.

Tendría que haberle pedido a Davy que buscara ayuda cuando empecé con los dolores del parto. Pero no podíamos arriesgarnos a que alguien descubriera lo que habíamos hecho.

Naciste durante el solsticio. Y fue un parto tan fácil que supe que ya no querías hacerme más daño.

Tu padre te cogió y te trajo a mis brazos y nos cubrió la cara de besos. Él era el Hechicero más poderoso del mundo antes de que tú nacieras, y cubrió nuestras cabezas con todos los hechizos de protección que conocía.

Te vi.

Te tuve entre mis brazos.

Te quise.

Eso es lo que he venido a decirte. Te quise antes de conocerte y te quise más todavía en el momento en que te tuve entre mis brazos. Y nunca quise abandonarte tan pronto.

Yo jamás te hubiera abandonado.
Simon, Simon.
Mi cielo.

85
PENELOPE

No sé cuánto tiempo permanecemos allí sentados, los tres juntos. Sobrepasados los tres por la pena, el arrepentimiento y el alivio.

Simon se quita la chaqueta del traje y la extiende sobre el torso del Hechicero. Se echa a llorar otra vez, y Baz le abraza. Simon se lo permite.

—Ya ha pasado —dice Baz—. Ya ha pasado todo —sujeta a Simon con fuerza por la espalda con un brazo, mientras con el otro le aparta el pelo de la cara

—. Lo has conseguido, ¿verdad? —le dice Baz en un susurro—. Has vencido al Humdrum. Nos has sacado de un problema enorme, valiente hijo de puta. Mi peor pesadilla.

—Le he entregado toda mi magia, Baz. Ya no me queda nada.

—¿Quién quiere tener magia? —dice Baz—. Te convertiré en vampiro y te obligaré a vivir conmigo para siempre.

Los hombros de Simon suben y bajan.

Baz sigue hablando.

—Piénsalo, Simon: fuerza extrema, visión de rayos X.

Simon levanta la cabeza.

—Tú no tienes visión de rayos X.

Baz enarca una ceja. Tiene el pelo sobre la cara y le sangran las manos.

—Le he matado —dice Simon.

—Va a salir todo bien —Baz le envuelve con sus brazos—. Todo va a salir bien, mi amor.

Todo está empezando a cobrar sentido.

EPÍLOGO
PENELOPE

Le envié un pajarito a mi madre. Había muchísimos: se habían colado entre las vidrieras rotas y estaban revoloteando alrededor del cuerpo del Hechicero.

Estábamos todos hechos polvo, Simon, Baz y yo. Me quedé dormida allí mismo. Entre dos cadáveres: así de exhausta me sentía.

Simon intentó ayudar a Ebb, pero su cuerpo ya estaba frío. Se había muerto. No le lanzó ningún hechizo —ni siquiera para taparla— y yo creí que,

sencillamente, estaba tan cansado como Baz y yo, y que se había quedado sin magia por primera vez en su vida. No fue hasta mucho después cuando comprendí que su magia había desaparecido del todo y para siempre.

Baz estaba agotado y sediento. Tanta sangre, por todas partes —la de Ebb, creo—, le estaba volviendo loco. Al final, empezó a alimentarse de los pájaros. La imagen era bastante perturbadora, pero la verdad es que ni la mitad que todo lo demás que había pasado, y ni Simon ni yo intentamos detenerlo.

Mi madre llegó un rato después: nada más y nada menos que con Premal,

que la había estado ayudando a buscarme. En ese momento, estábamos todos dormidos, así que Premal y mi madre pensaron que estábamos *todos* muertos. Cuando me levanté y me senté, mi madre estaba tan pálida como una Aparición. Creo que fue como si se hubiera materializado ante ella lo peor que me podía pasar.

Premal lloró cuando vio al Hechicero.

Mi madre miró al Hechicero una sola vez, hizo un hechizo para preservar su cuerpo para la investigación, y después ya no lo quiso volver a mirar.

Llamó a mi padre y al doctor Wellbelove, y a algunos miembros más

del Aquelarre, luego nos llevó a Simon, a Baz y a mí a la habitación de los chicos. (Yo puedo acceder gracias a mi madre; anuló el hechizo de protección cuando mi padre vivía en la Casa de los Enmascarados, y ahora todas la mujeres de la familia Bunce tenemos acceso.) Premal nos trajo té y galletas Hobnobs y Baz, Simon y yo nos volvimos a quedar dormidos.

Cuando me desperté, le conté a mi madre lo de Agatha. Pensé que quizá siguiera afuera, en la nieve.

Cuando Baz se despertó, llamó a sus padres.

Cuando Simon se despertó, no quiso hablar. Se limitó a beberse todo el té

que le ofrecimos y a aferrarse del brazo de Baz.

No tengo muy claro qué dirá de nosotros la Historia. ¿Que Simon mató al Hechicero? ¿Que lo hice yo?

Espero que reconozcan que Baz ayudó a acabar con la guerra.

Las Familias Antiguas seguían ansiosas por salir a combatir incluso cuando Baz volvió a casa, a pesar de que el Hechicero estaba muerto y de que Simon había perdido sus poderes. Y, aunque nadie lo sabía todavía, el Humdrum también había desaparecido.

Mi madre pensaba que los Grimm y

los Pitch intentarían aprovechar la oportunidad para tomar el control de todo.

Pero Baz volvió a su casa, se congregó un nuevo Aquelarre, hubo nuevas elecciones y la guerra, sencillamente, nunca llegó a estallar.

Ahora mi madre es la directora, de manera oficial. La designó el Aquelarre.

Intentó convencerme de que volviera a Watford para terminar mis estudios y graduarme. Y, si Simon hubiera querido volver, tal vez hubiera hecho el esfuerzo. Pero la verdad es que tenía demasiados malos recuerdos de aquel lugar. Cada vez que intento cruzar el puente levadizo, me entran ganas de

vomitar. No sé cómo lo consigue Baz.

Agatha dice que ella no piensa volver jamás.

—Antes muerta —dice—. Que es como habría acabado si me hubiera quedado allí.

BAZ

Hoy es mi graduación. Soy el mejor alumno de nuestra promoción —cuando Bunce abandonó los estudios, dejó de haber competencia—, así que tengo que dar un discurso.

Le he pedido a Simon que no venga. Es un poco deprimente estar rodeado de magos constantemente, cuando tú ni siquiera puedes sentir la magia.

No quería que viniera a Watford y le diera por pensar en todas las cosas que ya no es. No es el heredero del Hechicero. Ni siquiera es un mago.

Aún sigue siendo todo lo que

siempre ha sido —valiente, honesto, ardientemente atractivo (incluso con esa maldita cola)—, pero no creo que quiera escuchar todo eso.

Y a mí, la verdad, es que me va a costar decirlo.

Últimamente, a veces… nos cuesta trabajo… hablar. No le culpo. La vida no ha cumplido las promesas que le hizo a Simon Snow. A veces pienso que quizá debería intentar pelearme con él, aunque solo sea para restaurar su equilibrio.

En fin, que no creo que quisiera estar aquí hoy.

Mi madre dio el discurso en su ceremonia de graduación. Está en los archivos de la escuela: lo he encontrado

y hoy voy a leer algunas partes. Habla de la magia, del regalo y la responsabilidad que supone.

Y habla de Watford, de por qué mi madre adoraba este lugar. El discurso incluye una lista de todas las cosas que iba a echar de menos, como los bollos de cereza, o las clases de Elocución, o los tréboles del Gran Prado.

No puedo decir que yo haya disfrutado Watford igual que mi madre.

Este siempre ha sido el lugar que le arrebataron. Y el lugar donde me la arrebataron a mí. Para mí, Watford siempre ha sido como estudiar en territorio enemigo.

Aun así, sabía que volvería acabar

el último semestre, incluso aunque ni Penny ni Simon volvieran. No me podía convertir en el primer Pitch de la historia de la familia que abandonaba sus estudios en Watford.

Los discursos son en la Capilla Blanca. Ya han reparado las vidrieras.

Mi tía Fiona está sentada en la primera fila. Grita de alegría cuando me anuncian y me percato de que a mi padre le da un poco de vergüenza ajena.

Últimamente, Fiona está contentísima, como no la había visto nunca. Fiona no tenía ni idea de qué hacer después de la muerte del

Hechicero. Creo que quería matarle otra vez. (Y luego otra más.) Después, el Aquelarre la nombró cazadora de vampiros y todo cambió. Ahora forma parte de una especie de fuerzas especiales secretas y la mitad del tiempo trabaja como agente encubierta en Praga. Me voy a mudar a su piso cuando termine la escuela. Mis padres querían que me fuera a Oxford con ellos —por el momento, están viviendo allí, en nuestro pabellón de caza—, pero yo no podía estar tan lejos de Simon. Mi padre todavía no está preparado para aceptar que tengo novio, y sería agotador estar viviendo en un lugar donde tengo que fingir que no soy un

vampiro *e* irremediablemente gay.

Hacia el final de mi discurso, Fiona está llorando y sonándose escandalosamente la nariz con un pañuelo. Mi padre no llora, pero está demasiado emocionado como para ser capaz de hablar conmigo después de la ceremonia sin perder la compostura. Sencillamente, se limita a darme palmaditas en la espalda y a decir:

—Bien hecho, muchacho.

—Vamos, Basil —dice Fiona—. Te voy a llevar de vuelta a Chelsea a que te pilles un buen pedo. Con lo mejorcito de mi reserva personal.

—No puedo —respondo—. Esta noche es el baile de graduación. Le

confirmé a la directora que asistiría.

—No puedes resistirte a cualquier oportunidad de vestirte de traje, ¿verdad?

—Supongo que no.

—Bueno, pues te emborracharé mañana, entonces. Vendré a buscarte a la hora del té. Cuidadito con los cenutrios.

Esa es la coletilla de despedida que Fiona usa conmigo últimamente. La odio.

Quedan unas cuantas horas para el baile, así que doy un paseo rápido por las colinas que hay detrás de las murallas y recojo un pequeño ramo de

lirios amarillos y de otros colores, y luego vuelvo caminando por el puente levadizo hasta el interior de la capilla, que ahora está vacía.

Empiezo a descender hacia la catacumbas sin molestarme siquiera en encender una antorcha. Hace años que no me pierdo aquí abajo.

No tengo prisa, así que me detengo a dejar secas a todas las ratas que me encuentro por el camino. Cuando yo me marche, esta escuela va a sufrir una plaga de roedores.

La tumba de mi madre está dentro de Le Tombeau des Enfants. Es un umbral de piedra en el interior de un túnel flanqueado por hileras de calaveras, y

señalado con una placa de bronce.

A mí me hubieran enterrado aquí con ella, si hubiera muerto aquel día. Quiero decir, si hubiera muerto *del todo*.

Me siento al lado de la puerta —no tiene picaporte ni cerradura, es un bloque de piedra incrustado en la pared —, y coloco las flores en el suelo.

—Algunas cosas te sonarán familiares —digo, sacando mi discurso —. Pero le he agregado algunas florituras mías.

Una rata me mira desde una esquina. Decido ignorarla.

Cuando llego a la parte final del discurso, echó la cabeza hacia atrás y la apoyo contra la piedra.

—Sé que no me estás escuchando —digo cuando han pasado unos cuantos minutos—. Sé que no estás aquí…

»Volviste, y no pude verte. Y luego hice lo que querías que hiciera, así que probablemente ya nunca volverás —cierro los ojos—. Pero… solo quería decirte que voy a seguir adelante. Tal como soy.

»Por más que pienso en ello, no creo que hubiera ningún escenario posible en el que tú quisieras —en el que tú *permitirías*— que yo siguiera de esta manera.

»Pero creo que sería lo que tú harías en mis circunstancias. Aparentemente, tú nunca te diste por vencida, jamás —

suelto todo el aire de golpe y me levanto. Luego me giro hacia la puerta e inclino la cabeza. Hablo muy bajito para que los demás huesos no puedan oírme —: Sé que normalmente bajo aquí para pedirte perdón. Pero creo que hoy quiero decirte que estaré bien.

»No permitas que yo sea una de las cosas que no te dejen descansar en paz, madre. Yo estoy bien.

Me quedo esperando un segundo, solo…, solo por si acaso. Luego subo las escaleras de las catacumbas y me sacudo el polvo de los pantalones.

Es un baile de graduación particularmente deprimente. Los pocos

amigos que me quedan en Watford están con sus parejas… o evitándome. Dev y Niall todavía no me han perdonado del todo por haber entablado amistad con Simon. Dev me dijo que le había hecho desperdiciar toda su niñez tramando contra él.

—¿Ah, sí? ¿Y en qué otra cosa pensabas invertir tu niñez? —le pregunté.

Dev ni se molestó en contestar.

Al final, decido quedarme de pie al lado del recipiente del ponche, conversando con la directora Bunce sobre los prefijos latinos. Es un tema fascinante, pero creo que no hacía falta ponerme una corbata negra para esto.

Creo que a la profesora Bunce le da pena que Penelope no esté aquí. Se me ocurre consolarla diciéndole que Penelope probablemente no habría asistido al baile ni aunque no hubiera dejado la escuela, pero cuando me dispongo a ello, la directora ya se está alejando lentamente al otro lado del patio para revisar su correo electrónico.

—Esperaba que hubiera sándwiches —murmura alguien.

Ignoro el comentario, porque no estoy en Watford para hacer amigos ni charlar, sobre todo cuando acabo de terminar aquí.

—O tarta, por lo menos.

Me doy la vuelta y veo a Simon

Snow de pie al otro lado de la mesa del ponche. Va vestido con traje y corbata y trae el pelo repeinado, alisado y con la raya al lado.

No debería haberme pillado tan desprevenido, pero es que ahora huele diferente, como algo dulce y marrón. Ya no huele a fuego verde y azufre.

—¿Qué tal la fiesta? —pregunta.

—Como un funeral —respondo—. ¿Cómo has venido?

—Volando.

Me deja con la boca abierta y él se ríe.

—No —dice—. Me ha traído Penny en coche. Me ha dejado en los portones.

—¿Dónde has metido las alas?

—Siguen ahí, pero son invisibles. Ya se ha tropezado una persona con mi cola.

—Te he dicho mil veces que te la guardes.

—Es que, si lo hago, me quedan raros los pantalones.

Me río.

—No te rías de mí —dice.

—¿Cuándo me voy a reír si no, entonces?

Snow pone los ojos en blanco y luego dirige la vista con gesto nervioso a un lado, hacia la Capilla Blanca.

—No tienes por qué estar aquí —le digo.

—No —se apresura a responder—.

Sí tengo que estar —se aclara la garganta—. No quiero que te despidas sin mí.

Simon Snow no tiene ni idea de bailar.

La cola no ayuda. Cojo la punta con mi mano izquierda y me la enrollo alrededor de la muñeca, y luego la sostengo contra la parte inferior de su espalda.

—No hace falta que hagamos esto —le dije cuando entramos en el patio de piedra donde la gente estaba bailando —. Nadie tiene por qué saberlo.

—¿Saber qué? —pregunta Snow en

voz baja—. ¿Que estoy loco por ti? Demasiado tarde, me temo.

Aprieto la mano izquierda, en la que todavía sostengo su cola, contra su espalda y, con la derecha, le doy la mano. Él levanta la mano izquierda en el aire y luego la deja caer como si no supiera qué hacer con ella.

—Apóyamela en el hombro —le digo. Simon obedece. Le miro enarcando una ceja—. ¿Wellbelove nunca te enseñó a bailar?

—Lo intentó —admite—. Me dijo que lo mío no tenía remedio.

—Además de guapa, resulta que va a ser lista —le digo.

La canción, por lo menos, es buena.

Into my Arms, de Nick Cave. Es una de las favoritas de Fiona. Es tan lenta que casi no tenemos que movernos.

Snow lleva puesto un traje caro: pantalones negros, chaleco y corbata negros y una chaqueta de raso de la mejor calidad, de color azul intenso con solapas negras. Debe de ser del doctor Wellbelove. Le queda un poco ajustado a la altura de los hombros, pero no consigo ver dónde están escondidas las alas de Snow. Alguien lo ha hechizado para que tenga un aspecto elegante y arreglado.

Yo estoy de pie, tenso, con los hombros cuadrados. Nos está mirando todo el mundo…

Nos miran los que están bailando. Nos miran los que están bebiendo ponche, de pie alrededor del patio. El entrenador Mac, y el Minotauro, y la señorita Possibelf, todos de pie con los vasos de ponche suspendidos a mitad de camino hacia sus labios.

—Se van a dar cuenta —le dije—. Lo irán contando por ahí.

—¿El qué? —Simon está a un millón de kilómetros de aquí.

Últimamente, siempre lo está.

—Se van a enterar de que somos gais.

—Adiós a mis perspectivas de trabajo —dice Simon, indiferente—. ¿Qué pensará mi familia?

Yo no le veo la gracia.

Me mira a la cara y resopla, exasperado.

—Baz, tú eres, literalmente, lo único que podría perder. Siempre y cuando tú no me odies por hacer cosas gais en público, la verdad es que me da igual.

—Solo estamos bailando —le digo —. Eso no es demasiado gay.

—Bailar es bastante gay —dice—. Incluso cuando los que bailan no son dos chicos.

Le miro frunciendo el ceño.

—Tienes a Bunce.

—¿Como pareja de baile?

—No. Tienes a Bunce, a ella también la podrías perder.

Se le descompone el rostro.

Le acerco a mí.

—No. Lo que quería decir es que tienes a más gente, no solo a mí. También tienes a Bunce.

—Se va a ir a Estados Unidos.

—Puede que sí —le digo—. O puede que no. Y, de todas maneras, no se va a ir ahora mismo. Y, además, que se vaya a Estados Unidos no significa que le vaya a dar amnesia. Seguirá siendo tu amiga. Bunce solo tiene dos amigos y medio; no creo que se deshaga de ti.

Snow empieza a decir algo, luego niega con la cabeza una vez y luego baja la vista hacia sus pies. Unos cuantos rizos se le escapan hacia la frente.

—¿Qué? —le pregunto, apretándole la mano. Sus manos me resultan muy familiares. Salir con Simon no ha sido el festín erótico de caricias que siempre imaginé (hasta ahora, lo que hemos hecho ha sido pasar mucho tiempo sentados en silencio y con la mirada perdida a miles de kilómetros), pero, definitivamente estamos casi siempre cogidos de la mano. Snow es como un niño que tuviera miedo de perderse en el supermercado.

Me devuelve el apretón, pero no levanta la cabeza.

Decido no insistir. Está aquí, contra todo pronóstico, vestido de traje y corbata, bailando. Eso ya es mucho.

Empiezo a inclinar la cabeza hacia delante para apoyarla en la suya, pero, de repente, alza la suya y a punto está de golpearme la nariz. Echo el cuerpo hacia atrás.

—¡Por Crowley, Snow!

Se sonroja.

—Es solo que… —me da un apretón en el hombro.

—¿Es solo, qué?

—Que no tenéis por qué hacer esto.

—¿Hacer qué?

Entrecierra los ojos y aprieta los dientes. Las luces de hadas colgadas a través del patio reflejan destellos en su pelo.

—Es solo… Tú… No es…

—¿Qué me estás queriendo decir, Simon?

—Que Penny y tú no tenéis por qué hacer esto. Yo no soy… Yo no soy como vosotros. Nunca lo fui… Soy un fraude.

—Eso no es verdad.

—Baz: yo no soy mago.

—Perdiste tu poder —replico—. Lo sacrificaste.

Su cola sale zumbando de mi mano. Tiende a dar latigazos cuando está enfadado.

—No creo que ese poder nunca fuera mío —dice—. No sé cómo lo hizo el Hechicero, pero Penny y tú siempre tuvisteis razón: los magos no abandonan a sus hijos. Yo soy un Normal.

—Snow.

—Se me daba mal la magia porque… ¡nunca debería haberla tenido! Ni siquiera los portones querían abrirse para dejarme pasar esta noche. Tuvo que abrirlos Penny para que pudiera entrar.

Una pareja anda rondando, acercándose a nosotros, obviamente escuchando: Keris y su pequeña elfa. Les dedico una mueca de desprecio y se alejan lentamente a otro lado.

Snow me está aplastando la mano y el hombro. Se lo permito, a pesar de que soy mucho más fuerte que él.

—*Simon*. Ya vale. No dejas de decir gilipolleces.

—¿Ah, sí? A Penny y a ti os importa

la magia más que a ningún otro miembro del mundo de los Hechiceros. Eso fue lo que os hizo fijaros en mí, el *poder*, y lo he perdido. Nunca fui poderoso.

—¡Sí que lo fuiste! —le digo—. Eras el Hechicero más poderoso que jamás haya caminado entre nosotros. Eso fue real.

—Como mago, era el más patético de todos, ¿cuántas veces me lo dijiste?

—¡Solo te lo decía porque te tenía envidia!

—Bueno, pues ¡ya no tienes nada que envidiarme!

Le suelto.

—¿Por qué me estás diciendo todo esto?

Simon aprieta los puños y se encorva hacia delante como un toro a punto de embestir.

—Porque estoy cansado de *esperar*.

—¿A qué?

—¡A que todos dejéis de sentir pena por mí!

—¡Nunca voy a dejar de sentir pena por ti!

Eso es así. Ha perdido su magia, y eso nunca dejará de partirme el corazón.

—¡Pero yo no quiero eso! —dice, mascullando—. Ya no debería estar contigo.

—Te equivocas —le digo. Vuelvo a cogerle la mano y le rodeo de nuevo con el brazo—. El Crisol nos unió.

—¿El Crisol?

—Yo tenía once años y había perdido a mi madre y mi alma, y tú fuiste el regalo que me dio el Crisol.

—Nos convirtió en compañeros de cuarto —dice.

Niego con la cabeza.

—Siempre fuimos más que eso.

—Éramos enemigos.

—Eras el centro de mi universo —agrego—. Todo giraba a tu alrededor.

—Por lo que era, Baz, por mi magia.

—*No* —me siento casi tan frustrado como él—. Sí. Lo que quiero decir, por Crowley, Snow: *sí*, eso era una parte. Mirarte era como mirar directamente al sol.

—Nunca volveré a ser así.

—No. Y, menos mal, gracias a la magia —dejo escapar un fuerte suspiro —. Del modo en que eras antes…, Simon Snow, no hubo un solo día en que creyera que ambos sobreviviríamos, que lo conseguiríamos.

—¿Conseguir qué?

—*Vivir*. Tú eras el sol y yo estaba constantemente chocando contra ti. Me despertaba todas las mañanas pensando: «Esto terminará ardiendo».

—Pues sí: le prendí fuego a tu bosque…

—Pero ese no fue el final.

—Baz —se le descompone la cara, ahora con una expresión apenada, no con

enfado—. No puedo seguirte el ritmo: soy un Normal.

—Simon: tienes *cola*.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Mira —uno nuestras manos y las coloco entre nosotros y golpeo levemente su barbilla hacia arriba—. Mírame. No quiero tener que estar repitiendo esto constantemente. Es de esas cosas que debería ser un silencio poético —me mira a los ojos—. Sigues siendo Simon Snow. Sigues siendo el héroe de esta historia…

—¡Esto no es una historia!

—*Todo* es una historia. Y tú eres el héroe. Lo sacrificaste todo por mí.

Parece perplejo, avergonzado.

—No lo hice por ti, exactamente…

—Vale. Por mí y por el resto del mundo mágico.

—Solo intenté recomponer el desastre que yo mismo había creado, Baz. Vamos, que a nadie se le ocurriría calificar a alguien de héroe simplemente por ponerse a recoger su propio vómito.

—Fue un acto de valentía. Fue valiente y generoso e inteligente. Así eres tú, Simon. Y no me voy a *cansar* de ti.

Sigue sosteniéndome la mirada. Me mira fijamente para lograr que la aparte, como hizo con aquella dragona, con la barbilla alzada e inmóvil.

—No soy el Elegido —dice.

Yo también le sostengo la mirada y hago una mueca burlona. Mi brazo es una barra de acero alrededor de su cintura.

—Eres a quien yo elijo —le digo—. Simon Snow, te elijo a ti.

Snow no se inmuta ni se ablanda. Durante un segundo, pienso que me va a dar un puñetazo, o a estrellar su cabeza, dura como la piedra, contra la mía. En lugar de eso, presiona bruscamente su cara contra la mía y me besa. Sigue siendo un desafío.

Yo le devuelvo la presión. Le suelto la mano para agarrarle por la nuca. Hace fuerza contra mí y yo resisto. No cedo ni un centímetro. (La verdad, está siendo

muy brusco, y si se corta el labio con mis dientes, podría convertirse en un desastre.)

Cuando nos separamos, está jadeando. Presiono mi frente contra la suya y siento cómo la tensión abandona su cuello y su espalda.

—Puedes cambiar de idea —dice.

—No lo haré —muevo la cabeza de un lado a otro sobre su frente.

—Siempre seré inferior a ti —susurra.

—Lo sé; es un sueño hecho realidad.

Eso le hace reír un poco, patéticamente.

—De todas formas —dice—, siempre puedes cambiar de opinión.

—Los dos podemos —le respondo —. Pero no lo haré.

Tendría que haberme imaginado que bailar con Simon Snow sería así: pelear sin movernos, rendirnos mutuamente.

Me rodea el cuello con ambas manos y deja caer su cuerpo contra el mío. O bien se le ha olvidado que nos está mirando todo el mundo o es que directamente no le importa.

—¿Baz? —me pregunta.

—¿Sí?

—¿Sigues llevándote bien con la cocinera Pritchard?

—Supongo.

—Es que… de verdad esperaba que hubiera sándwiches.

AGATHA

En California brilla el sol todos los días.

Vivo en un piso que comparto con otras dos chicas del instituto. Tiene una pequeña terraza y, cuando vuelvo de clase, me siento fuera con Lucy y tomamos el sol. Lucy es mi perra *cavalier king charles spaniel*. Me la encontré en la nieve a las afueras de Watford. Creí que quizá estuviera muerta, pero no quería detenerme a descubrirlo. Así que, simplemente, la recogí y seguí corriendo.

Sé que Penny nunca me perdonará

que aquel día saliera huyendo, pero no podía volver. No podía. Nunca había tenido más claro cuál era la manera de mantenerme con vida.

Tenía que salir corriendo.

Técnicamente, el punto de la Tierra más alejado de Watford está ligeramente al este de Nueva Zelanda, en medio del océano Pacífico. Pero California *parece* suficientemente lejana.

Me he dejado en casa toda mi ropa antigua.

Ahora uso vestidos de verano y sandalias que se cierran con una hebilla alrededor de los tobillos.

También me dejé la varita en casa; si mi madre se enterara, se desmayaría. Me pregunta constantemente si ya he conocido a algún mago. California es un destino muy popular entre la raza mágica, según ella. Incluso hay un club en Palm Springs.

Pero no me interesa. Vivo en San Diego. Mis amigos trabajan en restaurantes y en edificios de oficinas de centros comerciales en avenidas, y yo salgo con chicos que usan gorros oscuros de punto incluso cuando hace calor.

Entre semana, por las noches, estudio, y los fines de semana, vamos a la playa. El dinero que me mandan mis

padres me lo gasto en la matrícula y en salir a comer tacos.

Todo es tan Normal…

La única maga con la que mantengo el contacto, aparte de con mis padres y Helen, es con Penelope. Me manda mensajes al móvil. Intenté no respondérselos, pero, con ella, eso no funciona.

Me cuenta cómo le va a Simon. Me contó lo de los juicios, y creí que quizá tuviera que volver a casa a declarar, pero el Aquelarre me permitió hacerlo por escrito.

Eso es lo más parecido a hablar con alguien de lo que pasó que he hecho.

De lo que vi.

De Ebb.

Nunca conocí bien a Ebb. Era amiga de Simon. Siempre me pareció que era una tía muy rara: vivía en una choza y se pasaba todo el día con las cabras.

Pero ahora sé más cosas sobre ella.

Era una maga poderosa, pero no hizo lo que hacen los magos poderosos. No quería estar al mando. No quería controlar a la gente…, ni luchar. Solo quería vivir en Watford y cuidar de las cabras.

Y ellos no querían permitírselo.

Es decir, que no podían limitarse a dejarla en paz. Murió en una guerra en la que no tenía nada que ver. Decidir abandonar el mundo de los Hechiceros

no es una opción. «No, gracias», no es una opción.

No sé por qué volvió para salvarme la vida. Apenas había cruzado palabra con ella en mi vida.

Penny dice que debería honrar la memoria de Ebb ayudando a construir un mundo de los Hechiceros mejor…

Pero creo que mejor honraré su memoria mandándolo todo a la mierda, como intentó hacer ella.

Me dijo que *corriera*.

Aún conservo la foto de Lucy y el Hechicero. La tengo pegada en el espejo de la puerta de mi cuarto. Y a veces

pienso en ella mientras me visto.

Ella fue quien consiguió escapar.

Me pregunto si seguirá aquí, en California, si habrá formado una familia. Igual un día me la encuentro en uno de los supermercados de la cadena Trader's Joe. (Pero no le contaré que he bautizado a mi perra con su nombre.)

Creo que algún día le mandaré la foto a Simon.

Todavía no estoy preparada para hablar con Simon, y no estoy segura de que él esté preparado para recibir una foto del Hechicero por correo…

Pero creo que posiblemente Simon sea la única persona que realmente quiso al Hechicero. Sé que fue él quien

lo mató, pero probablemente también sea la persona a la que más le dolió su muerte.

SIMON

Aunque soy el único que no tiene magia, nadie me está ayudando a subir las cajas por los cuatro pisos de escaleras que hay.

—Tú —le digo a Baz, soltando una caja en un sofá—, que hasta tienes superfuerza: seguramente podrías terminar esto en la mitad de viajes que yo.

—Sí… —destapa el vaso de Starbucks para lamer la nata directamente de la tapa—, pero entonces tus vecinos Normales empezarían a hacerse preguntas; ya de por sí sienten

curiosidad por el apuesto joven que anda merodeando delante de tu puerta día y noche.

—Los vecinos ni siquiera saben que nos estamos mudando. Están todos trabajando.

—Bueno, pues se lo *van* a preguntar en cuanto nos vean bien. Tenemos estilo y somos más guapos y misteriosos de lo que debería ser cualquier pareja —levanta la mirada hacia mí y aleja el vaso de su boca—. Hablando de eso, ven aquí, Snow: se te ve un ala.

Creí que las alas desaparecerían, o que se me caerían después de entregarle mi magia al Humdrum. Pero Penny dice que las creé con magia y que el simple

hecho de haberla entregado libremente no significa que todo lo que creé con ella vaya a revertirse.

También sigo teniendo la cola, de la cual Baz no deja de burlarse:

—Ni siquiera es una cola de dragón: te pusiste una cola de diablillo de dibujos animados.

—Estoy seguro de que me la podrían quitar —le digo—. Podría hablar con el doctor Wellbelove.

—No tomemos decisiones apresuradas.

Penny me hechiza todas las mañanas con un **Estos no son los androides que estáis buscando** para que los Normales no noten mis partes de dragón, pero el

hechizo nunca dura todo el día. Tengo miedo de que se me salgan de repente en medio de una clase.

—Simplemente dile a la gente que participas en un espectáculo —me aconseja Baz.

—¿Qué tipo de espectáculo?

—No sé; es lo que mi tía Fiona siempre me ha recomendado que diga si alguna vez alguien se fija en mis colmillos.

Me siento enfrente de Baz ahora, sobre la mesa de centro, que he tenido que subir yo solo. Me pasa su vaso y le doy un sorbo.

—¿Qué es esto?

—Moca de calabaza, mitad de leche

y mitad de café. Es de mi invención.

—Es como beberse una barra de caramelo derretido —le digo—. Creía que íbamos a tomar el té.

—¿No te compró Bunce un hervidor? Tienes que empezar a manejar estas cosas, Snow: autosuficiencia —sostiene su varita sobre mi hombro y le da un golpecito al ala—: **¡Nada que ver!**

—¡Venga, hombre, Baz! Sabes que odio **¡Nada que ver!** Ahora me voy a ir chocando con la gente todo el día.

—A caballo regalado, no le mires el diente. No me sé ese hechizo de los robots de Bunce.

Penny sale de su habitación.

—Simon, ¿has visto mi bola de cristal?

—¿Tendría que haberla visto?

—Está en una caja en la que pone: «Cuidado: bola de cristal». Eh, Baz. ¿Qué haces aquí?

—Voy a estar aquí todo el rato, Bunce. Voy a merodear delante de vuestra puerta día y noche.

—¿Has venido a ayudarnos con la mudanza?

Baz vuelve a ponerle la tapa a su vaso.

—Mmm… No.

Baz y yo hablamos de buscarnos un piso para irnos a vivir juntos después de que acabara sus estudios en Watford. Él

volvió para terminar el segundo semestre, pero yo no pude. Bueno, *podría* haber vuelto si hubiera querido, a pesar de que estaba bajo arresto domiciliario: la madre de Penelope me lo hubiera permitido.

Solo he vuelto una vez, para el baile de graduación de Baz en primavera. Tal vez vuelva de nuevo algún día. Cuando haya pasado el tiempo y todo esto parezca más lejano. Me gustaría visitar la tumba de Ebb, en las profundidades del bosque.

Agatha tampoco volvió a Watford. Sus padres no iban a obligarla. Ahora está yendo al instituto en California. Penny dice que tiene una perra. Yo no he

hablado con ella. Estuve un tiempo sin hablar con nadie, salvo con Baz y Penelope.

Hubo una investigación oficial sobre la muerte del Hechicero que duró tres meses. Al final no me declararon culpable, ni a Penny tampoco. Ella no tenía ni idea de que yo diría lo que dije después de su hechizo, y yo no tenía ni idea de que lo que dije mataría al Hechicero.

Pensé que el mundo de los Hechiceros se vendría abajo sin él, pero ya han pasado siete meses y no ha habido una guerra. Y no creo que la vaya a haber.

No han reemplazado al Hechicero.

El Aquelarre decidió que el mundo de los Hechiceros no necesita un líder, por lo menos no ahora mismo. El doctor Wellbelove sugirió que yo presentara mi solicitud para ocupar el cargo de Hechicero, y yo intenté no echarme a reír como un loco.

Aunque creo que sí que estoy loco.

Es decir, tengo que estarlo.

Estoy hablando con alguien de ello: una psicóloga mágica de Chicago. Es una de las tres que hay en todo el mundo, más o menos. Hacemos las sesiones por Skype. Me gustaría que Baz también hablara con ella, pero, hasta ahora, siempre cambia de tema cada vez que se lo sugiero.

Toda su familia se ha mudado a otra de sus casas, en el norte del país.

Hampshire no ha recuperado su magia. Tampoco lo ha hecho ninguno de los otros puntos muertos, aunque desde Navidad no ha vuelto a abrirse ningún agujero nuevo. (Ese día se abrieron docenas. Me siento fatal por ello, porque esos podría haberlos evitado.) El padre de Penny me llama constantemente para asegurarme que nada está empeorando. Incluso le he acompañado en unas cuantas de sus inspecciones. A mí no me supone un gran esfuerzo visitar los puntos muertos, como les pasa a otros magos; ya no tengo magia que perder. Bueno…, sí me

supone un gran esfuerzo, pero por otros motivos.

El padre de Penny cree que, algún día, la magia volverá a los puntos muertos. Me ha enseñado estudios sobre plantas que están volviendo a reproducirse en Chernóbil y sobre el buitre de California. Cuando le conté que iba a ir a la universidad, me dijo que debería estudiar Restauración Ecológica.

—Podría ser muy curativo, Simon.

No sé. Voy a empezar con los cursos básicos, a ver qué me convence.

Baz empieza el curso en el London School of Economics en unas cuantas semanas. Sus padres, los dos, estudiaron

en Oxford, pero Baz dijo que prefería que le atravesaran con una estaca antes que irse a vivir fuera de Londres.

—¿Eso funcionaría contigo? —le pregunté.

—¿El qué?

—Lo de la estaca.

—Creo que clavarle una estaca en el corazón mataría a cualquiera, Snow.

Ahora sí que me llama Simon de vez en cuando, pero solo cuando nos ponemos cariñosos. (Eso también sigue pasando. Supongo que soy gay; mi psicóloga dice que esa no está ni siquiera entre las cinco primeras cosas que tengo que resolver ahora mismo.)

En fin, que Baz y yo pensamos en

buscar un piso para vivir juntos, pero los dos decidimos que después de siete años compartiendo cuarto, quizá nos vendría bien cambiar de compañero. Y Penny y yo siempre habíamos dicho que nos gustaría tener un lugar dónde vivir juntos.

Aunque nunca pensé que eso llegaría a pasar.

Nunca pensé que hubiera un camino que nos conduciría aquí: a un piso en una cuarta planta con dos dormitorios y un hervidor y un vampiro de ojos grises sentado en el sofá, entretenido con su nuevo móvil.

Nunca pensé que hubiera un camino que nos llevaría a que los dos

siguiéramos vivos.

Cuando lo miro de esa manera, no tuve que renunciar a tanto: mi magia, a cambio de la vida de Baz y la mía.

A veces sueño que sigo teniéndola. Sueño que pierdo el control y me despierto jadeando, sin estar seguro de si es cierto.

Pero nunca hay humo. No me quema el aliento. No me centellea la piel; no siento como si hubiera una estrella a punto de colapsar en una supernova en mi pecho.

Solo hay sudor y pánico, y un corazón acelerado, y mi terapeuta, en Chicago, dice que todo eso es normal para alguien como yo.

—¿Un supervillano caído en desgracia? —preguntaré.

Y ella sonreirá, manteniendo una distante actitud profesional.

—La víctima de un trauma.

No me siento víctima de ningún trauma. Me siento como una casa después de un incendio. Y, a veces, como alguien que se hubiera muerto, pero permaneciera dentro de su cuerpo. Y, a veces siento como si *otra* persona hubiera muerto, como si otra persona que no soy yo lo hubiera sacrificado todo para que yo pudiera tener una vida normal.

Con alas.

Y cola.

Y vampiros.

Y magos.

Y un chico en mis brazos, en lugar de una chica.

Y un final feliz, aunque este no hubiera sido jamás el que yo hubiera soñado o deseado.

Una oportunidad.

—¿Qué hora es? —pregunta Penny —. ¿Es muy pronto para tomar el té? En una de esas cajas hay pastas. Podría hacerlas aparecer mágicamente.

Baz levanta la vista del teléfono.

—El Elegido nos va a preparar el té como lo preparan los Normales —dice —. Es terapia ocupacional.

—Yo prepararé el té —aclaro—. Y

me gustaría que dejaras de llamarme así.

—Es que realmente eras el Elegido —agrega Penny—. Fuiste *elegido* para acabar con el mundo de los Hechiceros. Solo porque no lo consiguieras no quiere decir que no lo fueras.

—La profecía entera es una estupidez —respondo—: **«Y a darnos fin uno vendrá, / y otro que caer le hará».** Entonces, ¿eso quiere decir que provoqué mi propia caída?

—No —dice Baz—. Ese fui yo, obviamente.

—¿Y cómo me has hecho caer? Yo mismo destruí al Humdrum.

Baz baja la mirada otra vez a su teléfono, aburrido.

—*Caíste* en mis brazos, enamorado de mí, ¿no?

A Penny se le escapa un gemido y Baz empieza a reírse, tratando de reprimir una sonrisa.

—¡Ya basta de coqueteos! —dice Penny, desplomándose sobre una silla acolchada que nos han dado sus padres. (Que he tenido que subir yo solo)—. He tenido coqueteo suficiente como para que me dure la vida entera. Tengo hambre, Simon. Busca la caja de pastas.

Baz esboza una sonrisa, luego se inclina hacia mí y me besa en el cuello. (Tengo un lunar ahí; le parece un blanco de besos perfecto.)

—Entonces, venga —dice—.

Adelante, Simon.

NOTA DE LA AUTORA

Si habéis leído mi libro *Fangirl*, sabréis que Simon Snow empezó como un personaje de ficción en esa novela. Un personaje de ficción dentro de una ficción. Una especie de pastiche descendiente de otros cientos de «elegidos» de ficción.

En *Fangirl*, Simon es el héroe de una serie de novelas infantiles de aventuras escritas por Gemma T. Leslie, y el tema de buena parte del *fanfiction* escrito por el personaje principal, Cath.

Cuando acabé ese libro, fui capaz de separarme de Cath y su novio, Levi, y de su mundo.

Sentí que había puesto punto final a su historia…

Pero no podía quitarme a Simon de la cabeza.

Había escrito tantas cosas sobre él a través de otras voces que no podía evitar pensar en lo que haría con él si estuviera en *mi* historia, no en las de Cath o Gemma.

¿Qué haría *yo* con Simon Snow?

¿Qué haría con Baz? ¿Y Agatha? ¿Y Penny?

He leído tantas historias mágicas de elegidos que me han encantado, que…

¿cómo escribiría la mía?

Moriré besando a Simon Snow trata de eso. Es mi perspectiva de un personaje que no podía sacarme de la cabeza, mi perspectiva sobre este *tipo* de personaje y sobre el viaje que vive.

Ha sido mi manera de darles a Simon y a Baz, que apenas quedan imaginados en *Fangirl,* la historia que sentía que les debía.

AGRADECIMIENTO

Joy DeLyria y yo nunca nos hemos visto en persona ni hemos hablado por teléfono, y a veces pasan meses sin que nos escribamos un correo electrónico. Pero *siempre* que me sentía desesperadamente perdida o bloqueada con este libro, solía enviarme un correo electrónico para preguntarme: «¿Cómo está Simon?».

Y siempre me ayudó a desbloquearme.

Gracias, Joy, por apoyar tan apasionadamente a estos personajes y por ser tan generosa con tus acertados

consejos.

Gracias también a Leigh Bardugo y a David Levithan por ser tan buenos amigos y lectores. (Aunque uno de vosotros me hizo una crítica muy dura y me hizo llorar.) (Fue Leigh.)

Y gracias a Susie Day por escucharme de verdad y hablar conmigo de eso. Y a Keris Stainton, que me resolvió mil dudas sobre la vida de los británicos. Si estos personajes parecen estadounidenses, o algo peor, no habrá sido porque ella no haya tenido paciencia.

Gracias a mi marido, Kai, por su amor y por darme ánimos, y por no quedarse jamás sin frases hechas.

A Christopher Schelling, quien insistió en que tenía que haber más cadáveres.

A Sara Goodman, quien me ha dado toda la libertad como autora y todo el apoyo como amiga.

Y a la maravillosa gente de St. Martin's Press, quienes continúan sorprendiéndome con su creatividad y entusiasmo.

Finalmente, gracias a Nicola Barr, Rachel Petty y a toda la gente de Macmillan's Children's Books, por hacerme sentir tan en casa en el Reino Unido y por hacer libros tan maravillosos.



RAINBOW ROWELL (Nebraska, Estados Unidos, 1973) es escritora de novelas contemporáneas para adolescentes.

Sus novelas recibieron buenas críticias en el 2013. La primera novela publicada de Rowell fue *Attachments* en 2011, una

comedia romántica contemporánea.

En 2012-2013 Rowell publicó dos novelas: *Eleanor & Park* y *Fangirl*. Ambas fueron elegidas por el *New York Times* como uno de los mejores libros de ficción para adolescentes del año.